

Stephen Fry

Mythos



Los mitos griegos
revisitados


ANAGRAMA
ARGUMENTOS

Índice

Portada

Preámbulo

EL PRINCIPIO: PRIMERA PARTE

Surgido del Caos

El Orden Primigenio

La Segunda Generación

EL COMIENZO: SEGUNDA PARTE

Lucha de titanes

La Tercera Generación

LOS JUGUETES DE ZEUS: PRIMERA PARTE

Prometeo

Los castigos

Perséfone y la cuadriga

Cupido y Psique

LOS JUGUETES DE ZEUS: SEGUNDA PARTE

Mortales

Faetón

Cadmo

Dos veces nacido

Los hermosos y los malditos. Diosas coléricas

El médico y el cuervo

Crimen y castigo

Sísifo

Hibris

Aracne

Más metamorfosis

Eos y Titono

El florecimiento de la juventud

Eco y Narciso

Amantes

Galateas

Arión y el delfín

Filemón y Baucis, o la hospitalidad recompensada

Frigia y el nudo gordiano

Midas

Apéndices

Epílogo

Agradecimientos

Créditos de las imágenes

Imágenes
Créditos
Notas

ΓΙΑ ΤΟΝ ΈΛΛΙΟΤΤ ΜΕ ΑΓΆΠΗ

PREÁMBULO

Cuando era bastante pequeño tuve la suerte de que me cayera en las manos un libro que se titulaba *Historias de la Grecia Antigua*. Fue amor a primera vista. Por más que luego disfrutara con mitos y leyendas de otras culturas y gentes, aquellos relatos griegos siempre tuvieron algo que me reconfortaba interiormente. La energía, el humor, la pasión, la particularidad y la precisión creíble de su mundo me cautivaron desde el primer momento. Espero que lo mismo os suceda a vosotros. Quizás ya conocéis algunos de los mitos que aquí se cuentan, pero quiero dar la bienvenida especialmente a aquellos que nunca se han cruzado con personajes ni historias del mito griego hasta ahora. Para leer este libro no es necesario que sepáis nada; comienza con un universo vacío. Desde luego no requiere de un «bagaje clásico», ni que sepáis distinguir entre néctar y ninfas, sátiros y centauros o las parcas y las furias. La mitología griega no tiene nada en absoluto de académico ni de intelectual; es adictiva, entretenida, accesible y asombrosamente humana.

Pero ¿de dónde vienen estos mitos de la antigua Grecia? Tal vez podamos tirar de un hilo en medio de la maraña de la historia humana y remontarnos por él, pero al elegir solo una civilización con sus historias puede parecer que nos tomamos libertades con la fuente original del mito universal. Los primeros seres humanos que habitaron el mundo se preguntaron por los orígenes de la potencia que alimentaba los volcanes, las tormentas, las mareas y los terremotos. Celebraban y veneraban el ritmo de las estaciones, la procesión de cuerpos celestiales en el firmamento nocturno y el milagro cotidiano del amanecer. Se preguntaban cómo podía haber empezado aquello. El inconsciente colectivo de muchas civilizaciones ha contado historias de dioses furiosos, de dioses muertos y resucitados, de diosas de la fertilidad, de deidades, demonios y espíritus de fuego, tierra y agua.

Evidentemente, los griegos no fueron los únicos en tejer un tapiz de leyendas y saber popular a partir del desconcertante entramado de la existencia. Puestos a adoptar una perspectiva arqueológica y paleoantropológica, podemos remontarnos para los orígenes de los dioses de

Grecia hasta los padres celestiales, las diosas lunares y los demonios del «Creciente Fértil» de Mesopotamia (hoy Irak, Siria y Turquía). Los babilonios, sumerios, acadios y otras civilizaciones que prosperaron mucho antes que los griegos contaban con sus relatos y sus mitos folclóricos, que, al igual que los idiomas en que los expresaban, tenían su origen en la India y por tanto rumbo a poniente hacia la prehistoria, en África y en el nacimiento de nuestra especie.

Pero siempre que contamos una historia nos vemos obligados a cortar el hilo narrativo por algún punto para tener por donde empezar. Con la mitología griega es fácil hacerlo, porque ha sobrevivido con un detalle, una riqueza, una vivacidad y un color que la distingue de otras mitologías. Fue capturada y conservada por los primerísimos poetas y nos ha llegado siguiendo una línea ininterrumpida casi desde los albores de la escritura hasta la actualidad. Si bien los mitos griegos tienen mucho en común con los chinos, iraníes, indios, mayas, africanos, rusos, americanos nativos, hebreos y nórdicos, ofrecen la particularidad de ser –tal y como lo expresó la escritora y mitógrafa Edith Hamilton– el producto de «la creación de grandes poetas». Los griegos fueron los primeros en componer narraciones coherentes, incluso una literatura, sobre sus dioses, monstruos y héroes.

La estructura de los mitos griegos sigue el ascenso de la humanidad, nuestra batalla por liberarnos de la interferencia de los dioses –de su acoso, sus entrometimientos, su tiranía sobre la vida y la civilización humanas–. Los griegos no se humillaban ante sus dioses. Eran conscientes de su vana necesidad de ser adorados y venerados, pero creían que los hombres eran sus iguales. Según sus mitos, quienquiera que crease este mundo incomprensible, con sus crueldades, maravillas, caprichos, bellezas, locuras e injusticias, tenía que ser cruel, maravilloso, caprichoso, hermoso, loco e injusto. Los griegos crearon dioses a su imagen y semejanza: belicosos pero creativos, sabios pero feroces, cariñosos pero celosos, tiernos pero brutales, compasivos pero vengativos.

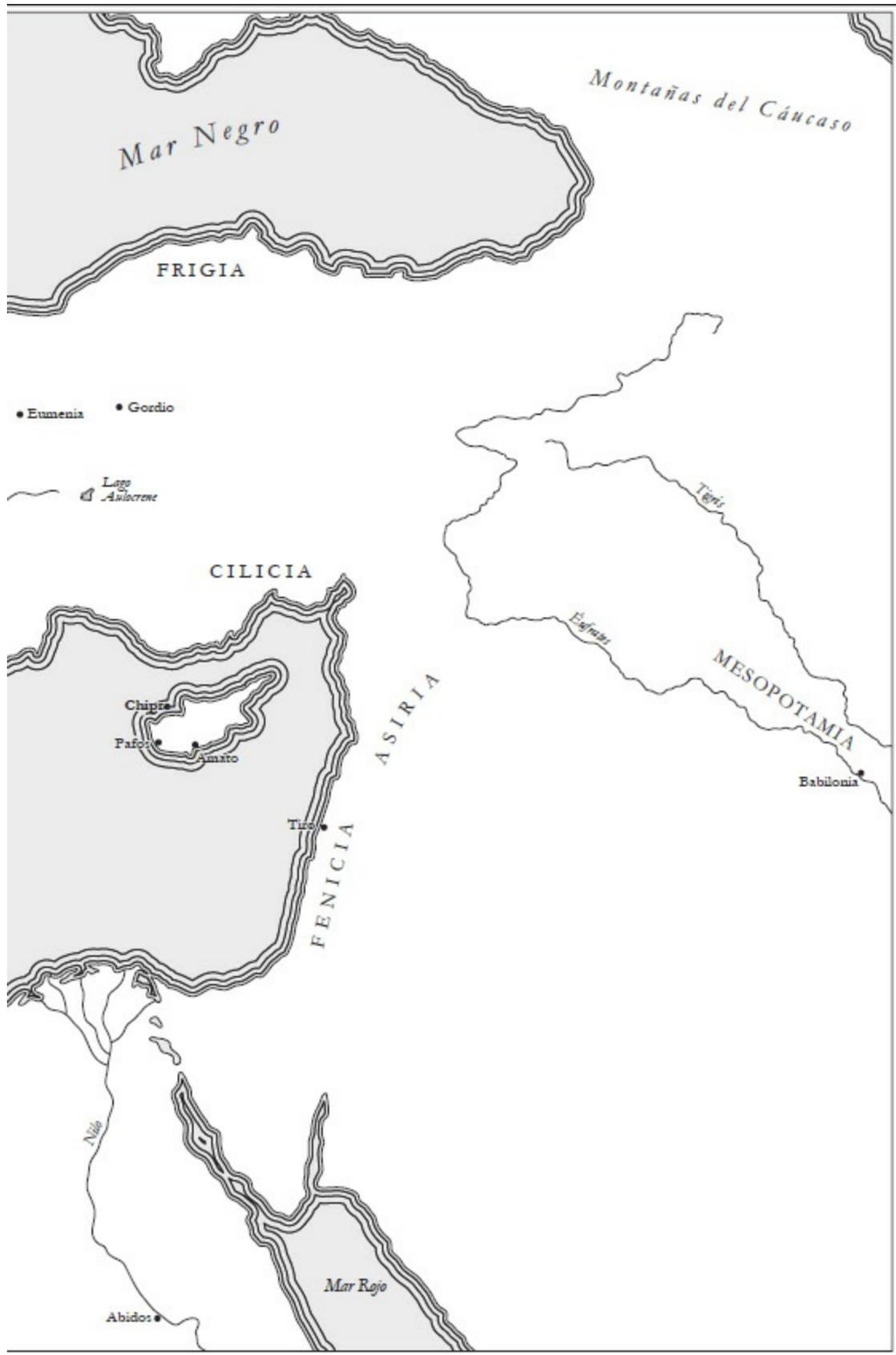
Mythos comienza por el principio, pero no acaba por el final. Si hubiese incluido a héroes como Edipo, Perseo, Teseo, Jasón o Heracles y los detalles de la Guerra de Troya, este libro no lo habría levantado ni un titán. Es más: lo único que me preocupa es contar las historias, no explicarlas ni investigar las

verdades humanas y los entresijos psicológicos que puedan subyacer en ellas. Los mitos son de por sí suficientemente fascinantes en su abundancia de detalles perturbadores, sorprendentes, románticos, cómicos, trágicos, violentos y fabulosos para sostenerse enteramente como relatos. Si, mientras leéis, no podéis evitar preguntaros qué inspiró a los griegos para inventar un mundo tan rico y elaborado en personajes e incidentes, y os descubrís sopesando las profundas verdades que encarnan los mitos..., bueno, pues desde luego eso es parte del placer.

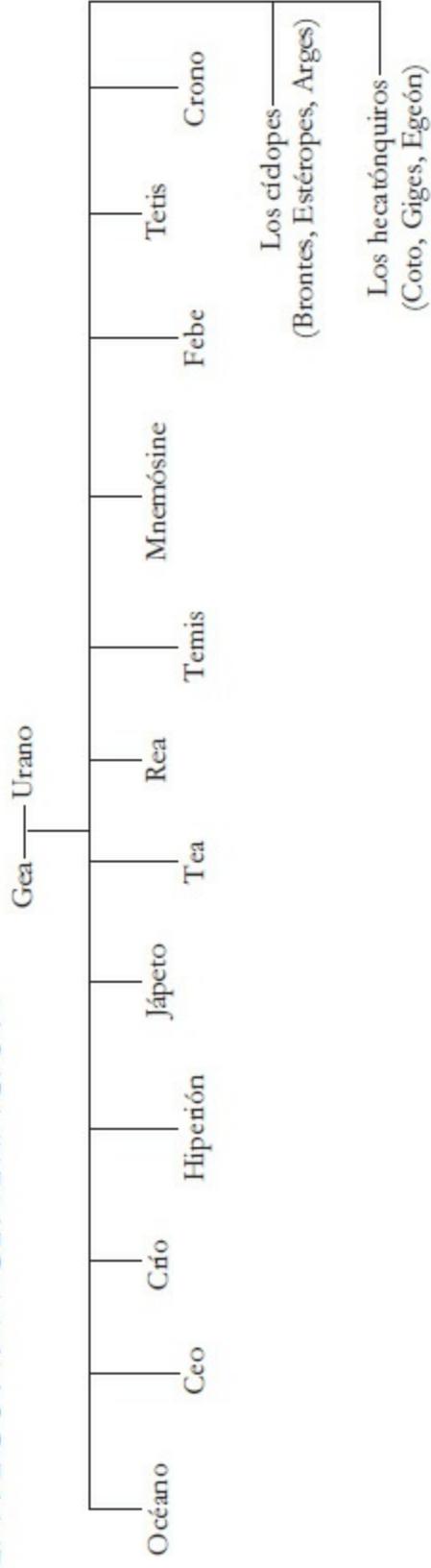
Y placer es el quid de la cuestión cuando hablamos de sumergirnos en el mundo del mito griego.

STEPHEN FRY

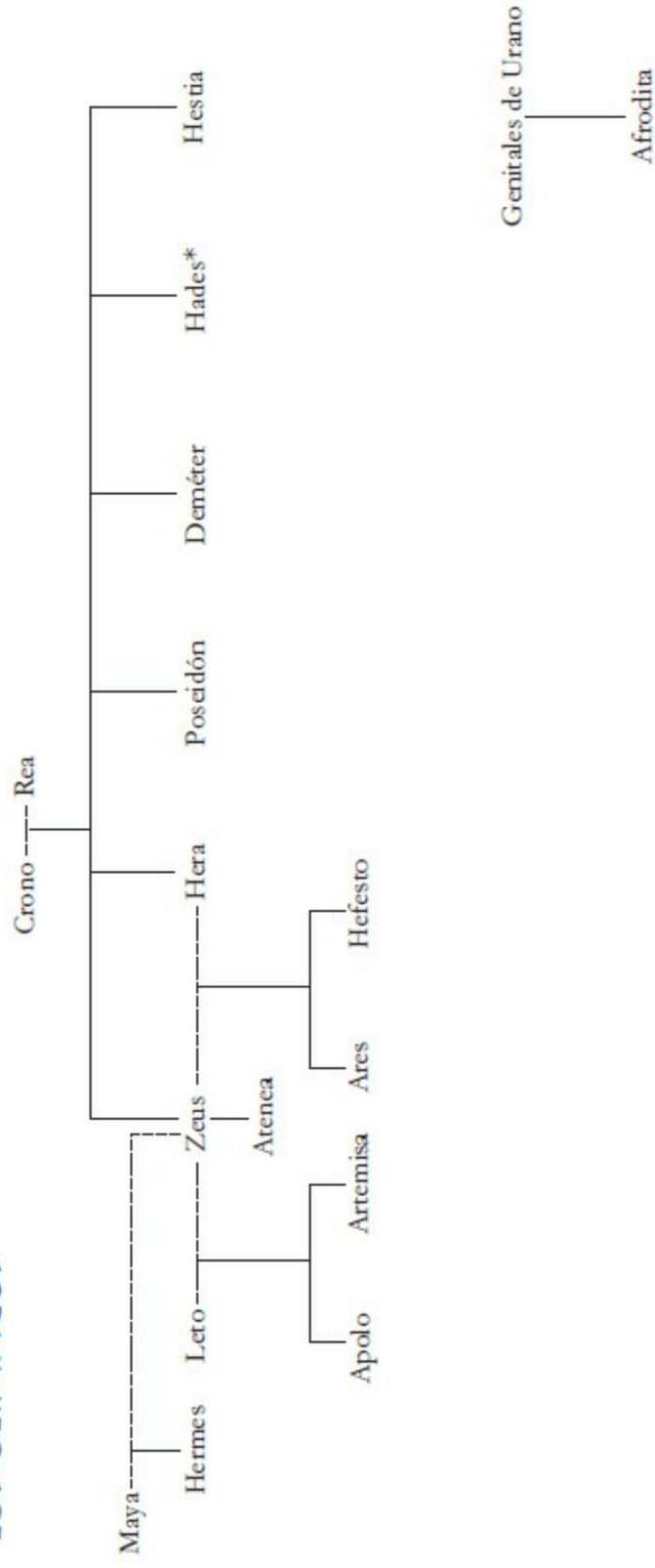




LA SEGUNDA GENERACIÓN



LOS OLÍMPICOS



* Técnicamente, Hades no es un olímpico, dado que pasaba la mayor parte del tiempo en el inframundo.

El principio
Primera parte

SURGIDO DEL CAOS

En los tiempos que corren, el origen del universo se explica mediante un Big Bang, un único acontecimiento que generó al instante la materia de la que todo y todos estamos hechos.

Los antiguos griegos opinaban otra cosa. Decían que todo comenzó no con un estallido, sino con el CAOS.

¿Y Caos era un dios –una divinidad– o simplemente un estado de inexistencia? ¿O no significaría acaso la palabra Caos, igual que cuando la usamos hoy, una especie de tremendo desbarajuste, como el del dormitorio de un adolescente o peor?

Imaginad el Caos como una especie de bostezo cósmico, quizás. Como un abismo o un vacío bostezantes.

Si el Caos generó vida y sustancia a partir de la nada, si hizo brotar vida a fuerza de bostezos y sueños o de alguna otra manera, no lo sé. Yo no estaba ahí. Ni tú. Y, sin embargo, en cierto modo sí estábamos, porque todos los pedazos que nos conforman estaban allí. Basta con decir que los griegos pensaban que fue Caos quien, por medio de una arcada formidable o de un gran respingo, hipido, vómito o tos, inició la larga cadena de creación que ha devenido en pelícanos y penicilina, sapos y pinsapos, peces tigre, peces, tigres, seres humanos y narcisos en flor, y masacre, arte, amor, confusión, muerte, locura y galletitas saladas.

Sea cual sea la verdad, hoy la ciencia coincide en que todo está destinado a *volver* al Caos. A este sino inevitable lo denomina *entropía*: parte del gran ciclo que va del Caos al orden y de vuelta al Caos. Los pantalones que llevas fueron en origen un cúmulo caótico de átomos que, a saber cómo, se fusionaron en una materia organizada por su cuenta a lo largo de eones en una sustancia viviente que evolucionó lentamente hasta convertirse en una planta de algodón que luego se tejió para producir el primoroso material que ciñe tus preciosas piernas. Un día te quitarás esos pantalones –no ahora mismo, espero– y se pudrirán en algún basurero o los quemarán. En cualquiera de los casos, la materia que los compone acabará siendo liberada

para ir a formar parte de la atmósfera del planeta. Y cuando el sol explote y se lleve consigo todas y cada una de las partículas de este mundo, los ingredientes de tus pantalones incluidos, todos los átomos que lo constituyen volverán al frío Caos. Y lo que se aplica a vuestros pantalones puede aplicarse a vosotros, claro.

De modo que el Caos que lo comenzó todo es también el caos que le pondrá fin a todo.

Ahora bien, tal vez seáis de los que se preguntan: «Pero ¿quién o qué había antes del Caos?» o «¿Quién o qué había antes del Big Bang? Algo debía haber».

Bueno, pues no. Tenemos que aceptar que no hubo un «antes», porque todavía no existía el Tiempo. Nadie había apretado un botón que pusiera en marcha el Tiempo. Nadie había gritado ¡Ya! Y, dado que el Tiempo no había sido creado, un vocabulario temporal como «antes», «durante», «cuando», «luego», «después de comer», «el miércoles pasado» no tenía significado posible. Esto es algo que te pone la cabeza como un bombo, pero es así.

El término griego para decir «todo lo que acaece», lo que nosotros llamaríamos «el universo», es COSMOS. Por el momento –aunque «momento» es una palabra temporal y no tiene sentido ahora mismo (al igual que este «ahora mismo»)–, por el momento, el Cosmos es Caos y solo Caos, porque Caos es lo único que acaece. Un desperezarse, un afinar de la orquesta...

Pero las cosas están a punto de cambiar muy deprisa.

EL ORDEN PRIMIGENIO

Del Caos informe brotaron dos creaciones: ÉREBO y NIX. Érebo era la oscuridad y Nix la noche. Copularon enseguida y los frutos destellantes de su unión fueron HÉMERA, el día, y ÉTER, la luz.

Al mismo tiempo –porque todo tiene que suceder simultáneamente hasta que aparezca el Tiempo para separar los acontecimientos–, el Caos engendró otras dos entidades: GEA, la tierra, y TÁRTARO, las profundidades y cavernas subterráneas.

Adivino lo que estáis pensando. Estas creaciones suenan más que atractivas: Día, Noche, Luz, Profundidades y Cavernas. Pero no eran dioses ni diosas, ni siquiera eran celebridades. Y a lo mejor también habréis caído en que, dado que no existía el tiempo, no podía haber narración dramática ni relatos; porque los relatos dependen del «Érase una vez» y del «Entonces resulta que».

Estaríais dando en el clavo. Lo que emergió primero del Caos fueron principios primordiales y elementales, carentes de color, carácter o interés auténticos. Se trataba de las DEIDADES PRIMORDIALES, el Orden Primigenio de seres divinos de los que surge la totalidad de dioses, héroes y monstruos del mito griego. Se apostaron y extendieron bajo la superficie de todas las cosas... a la espera.

La silenciosa vacuidad de este mundo se llenó cuando Gea se arrancó dos hijos del cuerpo.* El primero fue PONTO, el mar, y el segundo fue el cielo: URANO, nombre cuyo sonido siempre ha provocado un enorme placer a niños de entre nueve y noventa años. Hémera y Éter también procrearon, y de su unión surgió TALASA, la contrapartida femenina de Ponto, el mar.

Urano *fue* el cielo y el firmamento en la medida en que – al principio de todo– las deidades primordiales siempre *eran* las cosas que representaban y sobre las que regían.* Podríamos decir que Gea era la tierra que forma colinas, valles, cuevas y montañas, pero dotada del poder de replegarse en una forma capaz de hablar y caminar. Las nubes de Urano – el cielo– flotaban y bullían sobre Gea pero también podían fusionarse en una forma reconocible

para nosotros. Era tan corta la edad de todas las cosas... Había muy poco establecido por el momento.

LA SEGUNDA GENERACIÓN

Urano, el cielo, cubrió a su madre Gea, la tierra, de arriba abajo. La cubrió en los dos sentidos: la cubrió como el cielo cubre la tierra hasta la fecha y la cubrió como el semental cubre a una yegua. Al hacerlo, sucedió algo asombroso. *Comenzó el Tiempo*.

También comenzó otra cosa..., ¿cómo llamarla? ¿Personalidad? ¿Drama? ¿Individualidad? Carácter, con todas sus taras y defectos, tradiciones y pasiones, artimañas y sueños. Comenzó el *significado*, se podría decir. La semilla de Gea nos dio sentido, una germinación de pensamiento que cobra forma. Seminal semiología semántica del semen del cielo. Dejaré tal especulación a gente más cualificada, pero en cualquier caso fue un momento fabuloso. En la creación y ayuntamiento con Urano, su hijo y ahora marido, Gea desenrolló la cinta de la vida que recorre la historia humana y nuestro mismísimo ser, el vuestro y el mío.

Justo desde el principio, la unión de Urano y Gea fue gratificadamente productiva. Primero llegaron doce niños fuertes y sanos: seis varones, seis hembras. Los varones eran OCÉANO, CEO, CRÍO, HIPERIÓN, JÁPETO y CRONO. Las hembras, TEA, TEMIS, MNEMÓSINE, FEBE, TETIS y REA. Estos doce estaban destinados a convertirse en la Segunda Generación de divinidades, labrándose por cuenta propia un nombre legendario.

Y en alguna parte, mientras Tiempo iba cogiendo cuerpo, el reloj echó a andar, el reloj de la historia cósmica que todavía hoy sigue en marcha. Quizás uno de estos recién nacidos fuese responsable de ello, podemos ocuparnos de eso más tarde.

No conformes con estos doce hermanos y hermanas guapos y fuertes, Urano y Gea todavía trajeron al mundo más proge: dos inconfundibles, pero inconfundiblemente *nada* bellos, grupos de trillizos. Primero llegaron los tres CÍCLOPES, gigantes de un solo ojo que dieron a su padre, el cielo, una nueva gama de expresiones y modulaciones. El mayor de los cíclopes se llamaba BRONTES, trueno,* luego vino ESTÉROPES, el relámpago, y después ARGES, el resplandor. Urano tuvo entonces la capacidad de llenar el

firmamento con los resplandores del relámpago y el estruendo del trueno. Se regodeó en el ruido y el espectáculo. Pero el segundo grupo de trillizos que parió Gea hizo estremecerse aún más al padre y a todo aquel que los vio.

Puede que lo más suave sea decir que fueron un experimento mutacional que ojalá no vuelva a repetirse, un callejón sin salida genético. Puesto que aquellos recién nacidos – los HECATÓNQUIROS*– tenían cada uno cincuenta cabezas y cien manos y eran espantosos, feroces, violentos y poderosos como nada que hasta ese momento hubiera sido engendrado. Se llamaban COTO el furioso, GIGES el de los brazos largos y EGEÓN la cabra marina, a veces también conocido como BRIAREO el vigoroso. Gea los amaba. A Urano le repugnaban. Tal vez lo que más lo horrorizaba era pensar que él, el Señor del Cielo, pudiese haber engendrado cosas tan extrañas y feas, pero creo que, como la mayoría de los odios, su repugnancia tenía origen en el miedo.

Lleno de asco, los maldijo: «¡Por haber ofendido a mis ojos, nunca veréis la luz!» Mientras rugía estas furiosas palabras los devolvió a empujones, junto con los cíclopes, al vientre de Gea.

La venganza de Gea

Tenemos buenas razones para preguntarnos qué significa realmente que «los devolvió a empujones al vientre de Gea». Algunos han interpretado que enterró a los hecatónquiros bajo tierra. La identidad divina, en esta época tan temprana, era fluida, cuánto de persona y cuánto de atributo tenía un dios es difícil de determinar. Por entonces no existían las letras mayúsculas. Gea la Madre Tierra era lo mismo que *gea*, la tierra misma, igual que *urano*, el cielo, y Urano el Padre Cielo eran uno y el mismo.

Lo que sí está claro es que al reaccionar así con los tres hecatónquiros, sus propios hijos, y al tratar a su esposa con tan abominable crueldad, Urano cometía el primer crimen. Un crimen elemental que no quedaría sin castigo.

La agonía de Gea era insoportable, así que en su interior, junto al trío de hecatónquiros retorciéndose, blandiendo trescientas zarpas y embistiendo con ciento cincuenta testarazos, brotó de golpe un odio, un odio tremendo e

implacable contra Urano, el hijo al que había alumbrado y el marido con quien había concebido una nueva generación. E, igual que la hiedra se enrosca en un árbol, cobró forma un plan de venganza.

Con el punzante dolor de los hecatónquiros todavía royéndola por dentro, Gea fue a ver a Otris, una enorme montaña desde la que se divisa la región griega central que hoy conocemos como Ftiótide. Desde la cima se puede ver la llanura de Magnesia, que se extiende hacia las aguas azules de la región occidental del Egeo según se rizan alrededor del golfo Maliaco y abarca la diseminación desordenada de islas que conocemos con el nombre de Espóradas. Pero a Gea la estaban consumiendo demasiado dolor y cólera como para disfrutar de una de las vistas más preciosas del mundo. En la cima del monte Otris se puso a construir un artefacto inusitado y terrible. Se afanó durante nueve días y nueve noches hasta que hubo obtenido un objeto que escondió acto seguido en la grieta de la montaña.

A continuación, se fue a visitar a sus doce hermosos y fuertes niños.

–¿Estarías dispuesto a matar a tu padre, Urano, y dirigir el cosmos conmigo? –les preguntó uno por uno–. Heredarías de él el cielo y de golpe la creación entera pasaría a ser nuestro dominio.

A lo mejor nos imaginamos que Gea –Madre Tierra– es blanda, cordial, benévola y amable. Bueno, a veces lo es, pero recordad que está rellena de fuego. A veces puede ser más cruel, severa y aterradora que el mar más bravío.

Y hablando del mundo marino, los primeros hijos a los que Gea intentó ganarse para su causa fueron Océano y Tetis.* Pero estaban en plena negociación para compartir los océanos con Talasa, la diosa primordial del mar. La familia al completo estiraba y flexionaba los músculos a una, estableciendo sus campos de pericia y control, mordisqueándose, gruñendo y calibrando la fuerza y superioridad de unos y otros como cachorros en una cesta. A Océano se le había ocurrido la idea de crear mareas y corrientes que recorrerían el mundo por todas partes como un enorme río salado. Tetis estaba a punto de tener un bebé –pecaminoso en aquellos días primigenios, evidentemente: la reproducción no habría sido posible sin acoplamientos incestuosos–. Estaba embarazada de NILO, el Nilo, y acabaría pariendo al resto de los ríos y como mínimo a tres mil oceánides o ninfas marinas,

seductoras deidades que se desenvolvían con tanta facilidad en tierra firme como en las aguas del mar. Ya tenían dos hermanas adultas: CLÍMENE, que era la amante de JÁPETO, y la astuta y sabia METIS, que está llamada a desempeñar un papel muy importante en lo que ha de venir.* Este par eran felices y ansiaban vivir entre el oleaje oceánico, de manera que ni la una ni la otra vieron razón para ayudar a matar a su padre, Urano.

A continuación, Gea visitó a su hija Mnemósine, que estaba atareada con su impronunciabilidad. Daba la impresión de ser una criatura muy superficial, estúpida e ignorante, que no tenía ni idea de nada y parecía comprender aún menos. Algo engañoso, porque a cada día que pasaba se iba volviendo más y más lista, más y más informada, y más y más capaz. Su nombre significa «memoria» (y nos brinda la palabra «mnemotecnia»). En el momento de la visita de la madre, el mundo y el cosmos eran muy jóvenes, de modo que Mnemósine no había tenido oportunidad de pulirse a base de conocimiento y experiencia. Con el paso de los años, su ilimitada capacidad de almacenamiento de información y experiencia sensorial la convertirían, casi, en la más sabia de todos. Un día daría a luz nueve hijas, las MUSAS, a las que conoceremos más tarde.

–¿Quieres que te ayude a matar a Urano? ¿Seguro que Padre Cielo puede morir?

–Pues destronarlo o incapacitarlo, entonces... no se merece menos.

–No te ayudaré.

–¿Por qué?

–Hay un motivo, y cuando lo sepa me acordaré de contártelo.

Exasperada, Gea acudió entonces a Tea, que también andaba en un emparejamiento fraternal con su hermano Hiperión. A su debido momento daría a luz a HELIO, el sol; SELENE, la luna, y a EOS, la aurora; prole más que suficiente para estar entretenidos, así que no mostraron interés en los planes de Gea para deponer a Urano.

Desalentada por la tibia y poco osada negativa de su progenie a cumplir lo que ella consideraba sus destinos divinos –además de asqueada por lo enamoriscados y amansados que parecían todos–, Gea probó a continuación con Febe, quizás la más inteligente y perspicaz de los doce. Desde la más

tierna edad la resplandeciente Febe había dado muestras de poseer el don de la profecía.

–Ay, no, Madre Tierra –dijo tras escuchar el plan de Gea–. No sería capaz de tomar parte en un complot tal. No veo qué puede traer de bueno. Además, estoy embarazada...

–Maldita seas –soltó Gea–. ¿De quién? De Ceo, seguro.

Estaba en lo cierto. Ceo, hermano de Febe, era su consorte, de hecho. Gea se largó echando chispas con renovada cólera y siguió visitando a lo que quedaba de su descendencia. Alguno habría con arrestos para luchar, ¿no?

Fue a ver a Temis, que llegado el momento sería considerada en todas partes la encarnación de la justicia y el sabio consejo,* y Temis aconsejó sabiamente a su madre que se olvidase de la injusta idea de desposeer a Urano. Gea escuchó con atención este sabio consejo y –como hacemos todos, mortales o inmortales– lo ignoró, y prefirió poner a prueba el temple de su hijo Crío, que se había desposado con la hija que tuvo ella con Ponto, EURIBIA.

–¿Matar a mi padre? –Crío se quedó mirando a su madre incrédulo–. Pero cómo... o sea... ¿por qué?... o sea... uf.

–¿Qué ganamos nosotros con eso, madre? –le preguntó Euribia, conocida como «la del corazón de piedra».

–Casi nada, el mundo y todo lo que contiene –contestó Gea.

–¿A medias contigo?

–A medias conmigo.

–¡No! –dijo Crío–. Vete, madre.

–Vale la pena pensárselo –dijo Euribia.

–Es demasiado peligroso –respondió Crío–. Te lo prohíbo.

Gea dio media vuelta con un gruñido y se fue a buscar a su hijo Jápeto.

–Jápeto, niño querido. ¡Destruye al monstruo Urano y reina conmigo!

La oceánide Clímene, que le había parido a Jápeto dos hermanos y estaba embarazada de un tercero, dio un paso al frente.

–¿Qué clase de madre pide algo así? Para un hijo, matar a su padre sería el más horrendo de los crímenes. El cosmos en pleno pondría el grito en el cielo.

–Hay que reconocer que tiene razón, madre –dijo Jápeto.

–¡Te maldigo y maldigo a tus hijos! –escupió Gea.

La maldición de una madre es algo terrible. Nos tocará ver cómo les llega la muerte a los hijos de Jápeto y Clímene (ATLAS, EPIMETEO y PROMETEO).

Cuando la pregunta fue dirigida a Rea, la undécima hija de Gea, esta dijo que no participaría en el plan, pero –alzando las manos para protegerse de un torrente de insultos de su madre– insinuó que a su hermano Crono, el último de aquellos bellos y poderosos hijos, podría muy bien agradecerle la idea de derrocar a su padre. Lo había oído maldecir muchas veces a Urano y a su poder.

–¿De verdad? –exclamó Gea–. ¿En serio? Bueno, pues ¿dónde está?

–Debe de estar deambulando por las cavernas de Tártaro. Tártaro y él se llevan muy bien. Los dos son lúgubres. Malhumorados. Malos. Imponentes. Crueles.

–Ay, dios, no me digas que estás enamorada de Crono...

–¡Háblale bien de mí, mami, por favor! Es que es tan adorable. Con esos ojos negros centelleantes. Esas cejas tormentosas. Esos largos silencios.

Gea siempre había creído que los largos silencios de su hijo más pequeño no indicaban nada más que sosería intelectual, pero tuvo el tacto de no decirlo así. Tras asegurarle a Rea que, por supuesto, la recomendaría sinceramente a Crono, salió disparada cuesta abajo, abajo, abajo hacia las cavernas de Tártaro a buscarlo.

Si nos diese por dejar caer un yunque de bronce desde el cielo tardaría nueve días en llegar al suelo. Si dejásemos caer ese mismo yunque desde el suelo tardaría otros nueve días en llegar al Tártaro. En otras palabras: el suelo está a medio camino del cielo y el Tártaro. O se puede decir que el Tártaro está tan lejos del suelo como el suelo lo está del cielo. Un lugar muy profundo, insondable, por lo tanto, pero más que un simple lugar. Recordad que Tártaro era también un ser primordial nacido de Caos al mismo tiempo que Gea. Así que cuando ella se le acercó, se saludaron como lo harían dos familiares.

–Gea, has ganado peso.

–Estás horrible, Tártaro.

–¿Qué puñetas te trae por aquí abajo?

–Calla la boca para variar y te lo cuento...

Este malcarado toma y daca no les impedirá, en un futuro próximo, aparearse y producir a TIFÓN, el más deleznable y mortal de los monstruos.* Pero por ahora Gea no está de humor para amoríos ni para intercambiar insultos.

–A ver. Mi hijo Crono... ¿anda por aquí?

Un gruñido resignado de su hermano.

–Casi seguro que sí. Ojalá pudieses decirle que me deje en paz. Se pasa el día sin hacer nada de nada, pero anda por aquí observándome con la mirada gacha y la boca abierta. Creo que le ha dado una especie de calentón platónico conmigo. Me copia el peinado y anda por ahí apoyándose lánguidamente en los árboles y las rocas como un alma en pena, melancólico e incomprendido. Como si estuviese esperando a que alguien lo pinte o yo qué sé. Cuando no me está mirando, está observando esa fumarola de lava de ahí. De hecho, ahí lo tienes, mira. Ve e intenta meterlo en vereda.

Gea se acercó a su hijo.

La hoz

El caso es que Crono (o Cronos, como a veces le gustaba hacerse llamar) no era exactamente el jovencito emo torturado y vulnerable que las descripciones de Rea y Tártaro tal vez os han llevado a imaginaros, dado que era el más poderoso de una raza inimaginablemente poderosa. Tenía un atractivo sombrío, desde luego; y sí, era malhumorado. De haber tenido Crono a su disposición los modelos, quizás se hubiese identificado con Hamlet en el colmo de su introspección, o con Jacques en el colmo de su mórbida autoindulgencia. Con Konstantín, de *La gaviota*, más un toquecito de Morrissey. Aunque también había algo en él de un Macbeth y no poco de Hannibal Lecter (como veremos).

Crono había sido el primero en descubrir que el silencio taciturno se interpreta a menudo como indicador de fortaleza, sabiduría y autoridad. Era el más pequeño de los doce, y siempre había odiado a su padre. El profundo y desgarrador veneno de la envidia y el resentimiento estaba empezando a

desmadejar su cordura, pero se las había arreglado para ocultar la intensidad de su desprecio por todos excepto por su devota hermana Rea, que era el único miembro de su familia con quien se sentía lo suficientemente cómodo para revelar su verdadero ser.

Según iban ascendiendo del Tártaro, Gea vertió más veneno en aquella receptiva oreja.

–Urano es cruel. Está loco. Temo por mí y por todos vosotros, mis hijos bienamados. Vamos, niño, vamos.

Lo conducía al monte Otris. ¿Os acordáis del extraño y horrible artefacto que os conté que había forjado y escondido en la grieta de la montaña antes de ir a visitar a todos y cada uno de sus hijos? Ahora Gea llevó a Crono a ese lugar y le enseñó lo que había hecho.

–Cógelo. Adelante.

Los ojos negros de Crono resplandecieron al comprender la forma y el sentido del más extraño objeto entre los objetos.

Era una hoz. Una guadaña enorme cuya gran hoja curva había sido forjada en adamantino, que significa «indómito». La hoja en forma de media luna – un mazacote gigantesco de pedernal gris, granito, diamante y ofiolita– había sido afilada hasta obtener el más cortante de los filos. Un filo capaz de cortar cualquier cosa.

Crono lo sacó del escondrijo con la misma facilidad con que vosotros o yo cogeríamos un lápiz. Tras calibrar el equilibrio y el peso del instrumento en su mano, lo blandió una, dos veces. El tremendo silbido de la herramienta mientras azotaba el aire hizo sonreír a Gea.

–Crono, hijo mío –dijo–, hemos de esperar la hora propicia en que Hémera y Éter se sumerjan en las aguas de poniente y Érebo y Nix se dispongan a arrojar la oscuridad que...

–Quieres decir que tenemos que esperar hasta el anochecer. –Crono era impaciente y no destacaba por sus dotes poéticas ni por una sensibilidad demasiado refinada.

–Sí. La anohecida. Será entonces cuando tu padre venga a mí, como siempre. Le gusta...

Crono asintió con brusquedad. No le apetecía saber los detalles de los retozos de sus padres.

–Escóndete ahí, justo en la grieta donde tenía escondida la guadaña. Cuando oigas que me está cubriendo y que sus rugidos de pasión aumentan en volumen y gruñe de lujuria... golpea.

Noche y día, luz y oscuridad

Tal y como Gea predijo, Hémera y Éter estaban cansadas tras doce horas de juegos, así que lentamente Día y Luz descendieron hacia el mar. Al mismo tiempo, Nix se retiró el velo oscuro y con la ayuda de Érebo lo extendieron por todo el mundo como un negro tapete centelleante.

Mientras Crono aguardaba en la grieta, guadaña en mano, la creación entera contenía el aliento. Digo «la creación entera» porque Urano y Gea y su descendencia no eran los únicos seres que se habían reproducido. También otros se habían multiplicado y propagado, entre ellos Érebo y Nix, los más prolíficos con diferencia. Tuvieron muchos hijos, unos horribles, otros admirables y algunos encantadores. Ya hemos visto cómo engendraron a Hémera y a Éter. Pero luego Nix, sin ayuda de Érebo, dio a luz a MOROS, o Destino, que habría de convertirse en la entidad más temida de la creación. El destino les llega a todas las criaturas, mortales o inmortales, pero siempre está oculto. Incluso los inmortales temen el todopoderoso, omnisciente control de Destino sobre el cosmos.

Después de Moros llegó una ristra de hijos, uno tras otro, como una monstruosa invasión aérea. Primero apareció ÁPATE, Engaño, al que los romanos llamaron FRAUS (de donde derivan «fraude», «fraudulento» y «defraudador»). Se escabulló rumbo a Creta, donde se quedó esperando el momento propicio. A continuación nació GERAS, Vejez, que tampoco tuvo por qué ser un demonio tan temible como hoy podemos pensar. Si bien Geras era capaz de arrebatarse flexibilidad, juventud y agilidad, para los griegos lo compensaba con creces otorgando dignidad, sabiduría y autoridad. SENECTUS es el nombre latino, y comparte raíz con «senado» y «senil».

Acto seguido vinieron un par de gemelos completamente espantosos: EZIS (MISERIA en latín), el espíritu de la Tristeza, la Depresión y la Angustia, y

su cruel hermano MOMO, la despreciable personificación de la Burla, el Sarcasmo y la Culpa.*

Nix y Érebo empezaban a cogerle el tranquillo al asunto. Su siguiente hija, ERIS, Discordia, se apostaba tras todas las desavenencias, divorcios, rencillas, cizañas, peleas, batallas y guerras. Fue su malintencionado regalo de bodas, la legendaria Manzana de la Discordia, lo que provocó la Guerra de Troya, aunque este épico conflicto armado tendrá lugar mucho, mucho más adelante. La hermana de Discordia, NÉMESIS, era la encarnación del Resarcimiento, esa veta implacable de justicia cósmica que castiga la ambición presuntuosa y desmedida – el vicio que los griegos llamaron *hibris*–. Némesis tiene elementos comunes con la noción oriental de karma y hoy la empleamos para insinuar la funesta oposición revanchista que en su día padecerán los arrogantes y malvados, y que supondrá su caída. Imagino que se podría decir que Holmes fue la Némesis de Moriarty, Bond la de Blofeld y Jerry la de Tom.*

Érebo y Nix también engendraron a CARONTE, cuya abyección comenzaría a crecer una vez que hubo asumido sus funciones como barquero de los muertos. También nació de ellos HIPNOS, la personificación del Sueño. Además, estaba el progenitor de los ONIROS –miles de seres encargados de fabricar y traer los sueños a los dormidos–. Entre los oniros de los que sabemos el nombre encontramos a FOBÉTOR, dios de las pesadillas, y FANTASO, responsable del modo fantástico en que una cosa se convierte en otra en los sueños. Trabajaban bajo la supervisión de MORFEO, hijo de Hipnos, cuyo nombre ya recuerda las formas amorfas, cambiantes, del mundo del sueño.* «Morfina», «fantasía», «hipnótico», «oniromancia» (la interpretación de los sueños) y muchos otros descendientes verbales del sueño griego han sobrevivido en nuestro idioma. TÁNATOS, el hermano del sueño, la muerte en persona, nos ha dado la palabra «eutanasia», «muerte buena». Los romanos la llamaban MORS, de mortales, mortuorio o mortificación.

Estos nuevos seres eran extremadamente aterradores y repugnantes. Dejaron en la creación una marca horrible pero necesaria, dado que por lo visto el mundo nunca ofrece nada que valga la pena sin proporcionar a su vez una espantosa contrapartida.

Se dieron, sin embargo, tres encantadoras excepciones:* tres bellas hermanas, las HESPÉRIDES (ninfas del ocaso e hijas del lucero vespertino). Proclamaban a diario la llegada de su madre y de su padre, pero con un suave fulgor dorado más que con el tenebroso negro de la noche. Su momento es lo que los cámaras de cine denominan hoy «la hora mágica», cuando la luz se encuentra en el apogeo de su embrujo y de su belleza.

Esta fue, por tanto, la descendencia de Nix y Érebo, que incluso en ese instante cubría la tierra con la oscuridad de la noche mientras Gea yacía a la espera de su marido para lo que confiaba en que fuese su último encuentro y Crono acechaba en las sombras de aquel recoveco en el monte Otris, con la enorme guadaña firmemente aferrada.

Urano castrado

Finalmente, Gea y Crono oyeron llegar desde poniente el ruido de unas tremendas pisadas y sacudidas. Las hojas de los árboles temblaron. Crono, apostado en silencio en su escondrijo, no tembló. Estaba listo.

–¡Gea! –rugió Urano al aproximarse–. Prepárate. Esta noche vamos a engendrar algo más que mutantes centímanos y monstruos monoculares...

–¡Ven a mí, hijo magnífico, divino marido! –exclamó Gea, con lo que Crono consideró una demostración de avidez desagradablemente convincente.

Los horrendos sonidos de un babeo, un magreo y un gruñir lujuriosos le dieron a entender a Crono que su padre se afanaba en alguna suerte de prolegómeno.

Dentro de aquella oquedad, Crono inspiró y espiró cinco veces. En ningún momento sopesó la moralidad de lo que estaba a punto de hacer, centraba sus pensamientos únicamente en las tácticas y en la espera del momento idóneo. Con una honda inspiración levantó la enorme guadaña y salió de su escondite ágilmente de costado.

Urano, que se disponía a tumbarse sobre Gea, quedó a sus pies con un irritado gruñido de sorpresa. Avanzando con serenidad, Crono echó atrás la

guadaña y la dejó caer trazando una inmensa curva. La hoja, silbando en el aire, sajó limpiamente los genitales de Urano.

El cosmos al completo pudo oír el colérico grito de dolor, angustia y rabia de Urano. Jamás en la breve historia de la creación se había oído un ruido tan ensordecedor ni tan pavoroso. Todas las criaturas vivientes lo oyeron y tuvieron miedo.

Crono se abalanzó con un obsceno grito triunfal y agarró el trofeo chorreante antes de que llegase a tocar el suelo.

Urano cayó retorciéndose en un sufrimiento inmortal y chilló estas palabras:

–Crono, el más vil de mi prole y el más vil de la creación entera. El peor de los seres, más infame aún que los feos cíclopes y que los asquerosos hecatónquiros, con estas palabras yo te maldigo: *Que tus hijos te destruyan así como tú me has destruido a mí.*

Crono bajó la vista hasta Urano. Sus ojos negros no expresaban nada, pero su boca se curvó en una sombría sonrisa.

–No tienes poder para maldecir, papaíto. Tengo tu poder entre las manos.

Meneó ante los ojos de su padre los macabros despojos de su victoria, reventados y viscosos por la sangre, rezumantes y resbaladizos de simiente. Con una carcajada, echó el brazo atrás y lanzó el fardo de genitales lejos, tan lejos como pudo. Sobrevolaron las llanuras de Grecia y el mar crepuscular. Se quedaron los tres mirando cómo los órganos reproductivos de Urano se perdían de vista mar adentro.

Crono se sorprendió, al darse la vuelta para mirarla, de que su madre se estuviese tapando la boca aparentemente horrorizada. De los ojos de Gea caían lágrimas.

Se encogió de hombros. Como si a ella le importase.

Erinias, gigantes y meliades

La creación, en ese momento, poblada como estaba por deidades primigenias cuya energía y objetivo parecen haber estado puestos, en suma, en la reproducción, se vio beneficiada por una asombrosa fertilidad. La tierra

fue bendecida con una riqueza tan fecunda que casi podía creerse que si se plantaba un lápiz brotarían de él flores. Allí donde cayó la divina sangre, la vida no hacía sino germinar.

De manera que, por más asesino, cruel, insaciable y destructivo que fuese el carácter de Urano, había sido el soberano de la creación, al fin y al cabo. Para su hijo, haberlo mutilado y emasculado constituyó un crimen tremebundo contra el Cosmos.

Tal vez lo que sucedió a continuación no es tan sorprendente.

Alrededor de la escena de la castración de Urano se formaron unos inmensos charcos de sangre. De esta sangre, la sangre que derramó la entrepierna destrozada de Urano, emergieron criaturas vivas.

Las primeras en abrirse paso entre la tierra empapada fueron las ERINIAS, a las que llamamos furias: ALECTO (la implacable), MEGERA (la celosa) y TISÍFONE (la vengadora). Tal vez fue un instinto inconsciente de Urano lo que produjo la aparición de tan vengativos seres. Su deber eterno, desde el instante de su ctónico (o *perteneciente a la tierra*) nacimiento, iba a ser castigar los más alevosos y violentos crímenes: perseguir inexorablemente a los delincuentes y descansar solo cuando los culpables hubiesen pagado el espantoso precio exacto. Armadas con crueles látigos metálicos, las furias despellejaban al culpable hasta dejar a la vista el hueso. Los griegos, con su ironía característica, apodaron EUMÉNIDES o «benévolas» a estas vengadoras.

Los siguientes en emerger de la tierra fueron los gigantes. De ellos hemos heredado «gigantesco» o «gigabyte», pero si bien hacían gala, es cierto, de una fuerza prodigiosa, no superaban en estatura a sus hermanastros y hermanastras.*

Para acabar, en aquel instante de dolor y destrucción fueron creadas las MELÍADES, gráciles ninfas que habrían de convertirse en las guardianas de un fresno cuya corteza exudaba un dulce y saludable maná.*

Tras emerger estos inesperados nuevos seres de la tierra empapada de sangre, Crono se los quedó mirando con repugnancia y los dispersó con un barrido de su guadaña. Acto seguido se volvió hacia Gea.

–Te prometo, Madre Tierra – dijo–, que te voy a aliviar de tu prolongado sufrimiento..., dame un segundo.

Dejando caer de nuevo la guadaña, le abrió a Gea un costado. De su interior salieron atropelladamente los cíclopes y los hecatónquiros. Crono miró a sus padres en el suelo, ambos sanguinolentos, jadeantes y gruñendo como furiosos animales heridos.

–No volverás a cubrir a Gea – le dijo a su padre–. Te destierro a vivir tu eternidad en el subsuelo, enterrado todavía a más profundidad que Tártaro. Ya puedes dar rienda suelta a tu cólera ahí, castrado e impotente.

–Te has pasado de la raya –siseó Urano–. Seré vengado. Maldigo tu vida, que será enclaustrada en la lenta perpetuidad implacable, su eternidad inmortal una carga insoportable sin fin. Tus propios hijos te destruirán igual que...

–Igual que te he destruido yo a ti. Sí, lo sé. Ya lo has dicho antes. Eso ya lo veremos.

–Os maldigo a tus hermanos, a tus hermanas y a ti, vuestra denodada ambición os destruirá.

«El denodado, el esforzado», o TITÁN, es el título que reservamos a Crono, a sus once hijos y a (la mayor parte de) su descendencia. Urano pretendía insultarlo al llamarlo así, pero, no se sabe por qué, el nombre ha ido sonando a través de los tiempos con un punto de grandeza. Hoy en día, nadie se sentiría insultado por que lo llamaran titán.

Crono recibió las maldiciones con gesto burlón y, acorralando a su padre mutilado y a sus hermanos mutantes recién liberados a punta de guadaña, los condujo al Tártaro. A los hecatónquiros y a los cíclopes los encerró en las cavernas, pero a su padre lo enterró todavía más hondo, tan lejos como pudo de sus dominios naturales en el cielo.*

Amenazador, bullendo y rabioso en el subsuelo, en lo más profundo de la tierra que un día lo amó, Urano comprimió toda su furia y su energía divina en la mismísima roca, con la esperanza de que en algún momento alguna criatura excavadora en cualquier parte la horade y trate de usar el poder inmortal que irradia. Eso es imposible que suceda, claro. Sería demasiado peligroso. Todavía tendría que nacer una raza lo suficientemente estúpida como para intentar desatar el poder del uranio, ¿verdad?

De la espuma

Volvamos ahora al enorme arco trazado en el firmamento por las gónadas cercenadas de Urano. Crono había lanzado el paquete del Padre Cielo, si os acordáis, mar adentro.

Ahora lo vemos. Cae cerca de la isla jonia de Citerea, salpica, se hunde, sale a flote y por fin vuelve a descender y se queda semihundido entre las olas. Arrastra una estela de largos hilos de semen como las cintas de una cometa. Allí donde impactan en la superficie del mar se alza una furiosa espuma. Pronto todas las aguas burbujan y hierven. Algo se alza. Proveniente de los horrores de la castración parricida y de la ambición contra natura ha de ser, desde luego, algo indescriptiblemente feo, algo horrendo, algo violento, algo espantoso, que solo puede traer guerra, sangre y sufrimiento, ¿no?

El remolino de sangre y flujo seminal se aviva, burbujea y espumajea. De los espumarajos del oleaje y la simiente emerge una coronilla, luego una frente y después un rostro. Pero ¿qué clase de rostro?

Un rostro muchísimo más bello que lo que había visto o volverá a ver la creación. No alguien simplemente bello, sino la Belleza en persona asciende de la espuma, formada por completo. En griego, «de la espuma» puede traducirse por algo así como AFRODITA, y este es el nombre de quien ahora se eleva de la espuma y las salpicaduras en suspensión. Está de pie sobre una enorme concha de vieira, con una sonrisa recatada y dulce cosquilleándole los labios. Se posa en una playa de Chipre. Allá donde pisa, brotan las flores y surgen nubes de mariposas. Alrededor de su cabeza los pájaros vuelan en círculos, trinando en éxtasis de alegría. El Amor Perfecto y la Belleza acaban de arribar y el mundo ya nunca volverá a ser igual.

Los romanos la llamaron VENUS, y su nacimiento y su llegada a las arenas de Chipre en una concha de vieira jamás han sido mejor representadas que en el exquisito cuadro de Botticelli, imposible de olvidar una vez que se ha visto.

Dejamos a Afrodita instalándose en Chipre y volvemos a Crono, que regresa de las oscuras cavernas del Tártaro.

Rea

Cuando llegó al monte Otris, Crono se encontró a su hermana Rea esperándolo. La visión de aquel hermano suyo lúgubrementemente apuesto, con una enorme guadaña goteando sangre en la mano, la emocionó hasta el punto de hacerla estallar por dentro.

Su autoridad había quedado establecida: ninguno de sus hermanos ni hermanas titanes se atrevió a cuestionarlo.* Su padre ya no tenía poder y Gea, que se descubrió incapaz de solazarse con el furibundo derrocamiento que había puesto en marcha, se retiró a sus dominios y una existencia más pasiva. Jamás perdió su fuerza, su autoridad, ni su alto estatus como Madre Tierra y antepasada de todos, pero no volvió a aventurarse para interactuar ni mezclarse con ellos. Crono era ahora la cabeza visible. Tras un tremendo festejo en el cual su hazaña de castrar y derrocar a Urano fue cantada a pleno pulmón y sin musicalidad alguna, Crono se volvió hacia la ruborizada y temblorosa Rea y se la llevó a un aparte para hacerle el amor.

El júbilo de Rea fue absoluto. Había desempeñado su papel a la hora de ayudar al hermano al que adoraba a obtener el dominio sobre la creación entera. Y ahora estaban unidos. Más aún, al cumplirse el tiempo, empezó a notar los movimientos de una criatura en su interior. Una chiquilla, estaba segura. Su felicidad era deslumbrante.

Crono, por su parte... Su ya de por sí arisca disposición se vio ensombrecida por otra cosa. Las palabras de su padre Urano empezaron a resonar en su cabeza:

Tus propios hijos te derrocarán igual que tú me has derrocado a mí.

A lo largo de las semanas y meses siguientes, Crono contempló con una siniestra corazonada cómo aumentaba y se hinchaba el vientre de Rea.

Tus propios hijos..., tus propios hijos...

Cuando llegó el día del alumbramiento, Rea se tendió en un hueco de la montaña –la misma cavidad, de hecho, donde Gea había escondido la guadaña y donde se había escondido Crono–. Allí dio a luz a una hermosa niña a la que puso el nombre de HESTIA.

Apenas había pronunciado Rea aquel nombre, cuando Crono se adelantó,

se la arrebató de entre los brazos y se la zampó de un bocado. Dio media vuelta y, ni corto ni perezoso, se marchó dejando a Rea blanca y espeluznada.

Los hijos de Rea

Ahora Crono era el señor de la tierra, del mar y del cielo, con la guadaña como símbolo de su autoridad. Su cetro. La tierra se la quitó a Gea, el cielo a Urano. A base de amenazas, arrebató el dominio del mar a Ponto y Talasa y a su descendencia, Océano y Tetis. No confiaba en nadie y gobernaba en solitario.

Crono seguía complaciéndose con Rea y ella seguía accediendo, amándolo desesperadamente y confiando en que el monstruoso engullimiento de su primogénita hubiese sido una especie de aberración puntual.

No lo fue. Su siguiente hijo, un niño al que llamó HADES, fue devorado exactamente igual. Y luego otra niña, DEMÉTER. Luego vino POSEIDÓN, otro chico, y, para acabar, una tercera chica, HERA. Todos ellos engullidos con la misma facilidad con la que vosotros o yo nos tragamos una ostra o una cucharada de gelatina.

Para cuando Crono se hubo zampado a Hera, el quinto embarazo de Rea, el amor de la hermana se había vuelto odio. Aquella misma noche él la agarró y le hizo el amor de nuevo. Ella se juró que si se quedaba embarazada no permitiría que le quitase a su sexto hijo. Pero ¿cómo iba a impedirselo? Era todopoderoso.

Una mañana se levantó y experimentó la conocida náusea. Estaba embarazada. Sus divinos instintos le dijeron que su sexto hijo era un varón.

Abandonó Otris y partió en busca de su madre y de su padre. Por más que hubiese contribuido a su caída, conservaba la confianza filial en su sabiduría y buena voluntad. También era consciente de que la cólera que sentían contra ella por haber tomado parte en su debacle no era nada en comparación con el odio imperecedero que profesaban a Crono.

Durante tres días las llamadas a Gea y a Urano resonaron por las colinas y cuevas del mundo.

—¡Madre Tierra, Padre Cielo, escuchad a vuestra hija y acudid en su ayuda!

El hijo que os rajó y os expulsó se ha convertido en el más repugnante de los ogros, en la criatura más depravada y antinatural del mundo. A cinco de vuestros nietos se ha comido. Llevo dentro otro bebé, listo para salir al mundo. Enseñadme cómo he de salvarlo. Enseñadme, os lo suplico, y lo criaré para que os venere por siempre.

Un profundo y tremendo estrépito se dejó oír en la lejanía. La tierra se estremeció bajo los pies de Rea. La voz de Urano llegó rugiente a sus oídos, pero en ella oyó también el tono más sereno de su madre.

Los tres juntos tramaron un plan fabuloso.

El cambiazo

A fin de poner en marcha este fabuloso plan, Rea fue a Creta a parlamentar con una cabra llamada AMALTEA. También habitaban en aquella isla las meliades, las ninfas del fresno portador del maná. Si os acordáis, habían surgido del suelo empapado con la sangre de Urano, junto con las furias y los gigantes. Tras una alentadora conversación con Amaltea, Rea departió con aquellas apacibles y amables ninfas. Satisfecha de que lo que necesitaba dejar zanjado en Creta hubiese quedado zanjado, volvió al monte Otris a prepararse para su hora.

Crono se había dado cuenta, llegados a este punto, de que su esposa estaba encinta, así que se aprestó para el feliz día en que pudiese zamparse al sexto de sus hijos. No pensaba arriesgarse. La profecía de Urano continuaba retumbando en sus oídos y las punzadas de supersticiosa paranoia que consumen a todos los usurpadores despóticos aumentaban a pasos agigantados día a día para aquel proto-Stalin.

Gea le había hablado a Rea de cierta piedra –un objeto hecho de una magnetita perfecta del tamaño idóneo para sus propósitos, pulida y con forma de judía– que podía encontrarse en las colinas, no muy lejos del mismo monte Otris.*

Por las mañanas, a Crono le gustaba estirar las piernas paseándose de una punta a otra de Grecia, visitando a todos y cada uno de sus hermanos y hermanas titanes, en apariencia para consultarles asuntos, y en realidad para

asegurarse de que no estuviesen conspirando contra él. Cuando supo que su hermano estaría en la orilla, visitando a Océano y a Tetis, Rea se dirigió al lugar que Gea le había descrito, encontró la piedra y se la llevó consigo al monte Otris, donde la envolvió en una tela blanca. El plan iba cuajando.

Una tarde, no mucho después, cuando Crono estaba lo suficientemente cerca como para oírla pero no tanto como para que no le llevase algo de tiempo llegar, Rea empezó a proferir los chillidos propios del alumbramiento. Cada vez más y más fuertes se elevaban sus agónicos alaridos, desgarrando el tejido del aire hasta que, tras un silencio súbito, fueron sustituidos por la mejor imitación que fue capaz de hacer del primer llanto fatigoso de un bebé.

Como era de esperar, llegó Crono. Su sombra cayó sobre Rea.

–Dame al niño –dijo.

–Temido señor y esposo... –Rea le dirigió una mirada implorante–. ¿No me dejarás quedarme con este? Míralo, es tan dulce, tan inocente. Tan inofensivo.

Con una brusca risotada, Crono arrebató el bebé bien fajado de entre los brazos que lo mecían y se lo embuchó de un golpe, con tela y todo. Para adentro que fue, como los demás, como si nada. Crono se palmeó el esternón una, dos veces, soltó un tremendo eructo y abandonó a su atormentada esposa a sus atribulados sollozos.

En cuanto se hubo marchado, los sollozos se transformaron en unos chillidos y risotadas jadeantes, a duras penas contenidos.

Tras recuperar el aliento y levantarse de la cama, Rea descendió la ladera y se dirigió a Creta, a tanta velocidad como le era posible a alguien con un embarazo tan avanzado como el suyo.

El niño cretense

El parto de Rea en Creta fue sobre ruedas. Asistida con ternura por la cabra y las meliades, se dispuso a dar a luz en medio de la seguridad y el confort que le brindaba una cueva en el monte Ida. Pronto alumbró a un bebé extraordinariamente hermoso. Lo llamó ZEUS.

Del mismo modo que Gea había reclutado a su benjamín Crono con el

objetivo de vengarse de su hermano y esposo Urano, Rea juró que criaría a este benjamín suyo para que destruyese a su esposo y hermano Crono. El espantoso ciclo de ansia homicida, codicia y muerte que marcó los dolores de parto del mundo primigenio continuarían en la siguiente generación.

Rea sabía que debía regresar al monte Otris antes de que Crono advirtiese su ausencia y sospechase que algo andaba mal. Según lo acordado, la cabra Amaltea amamantaría al bebé con su rica y nutritiva leche mientras que las meliades lo alimentarían con el dulce y saludable maná que exudaba en forma de savia de sus fresnos. De esta manera, el pequeño Zeus podría crecer fuerte y bien alimentado en Creta. Rea lo visitaría con tanta frecuencia como le fuese posible, para instruirlo en las artes de la venganza.

Aunque esta es la versión mejor conocida, existen muchos relatos distintos sobre cómo logró Zeus pasar inadvertido al gran Crono, dios de la tierra, el cielo y los mares. Uno documenta que una ninfa llamada ADAMANTEA colgó al infante Zeus de un árbol con una cuerda. Así suspendido entre la tierra, el mar y el cielo, permaneció invisible a su padre. Se trata de una imagen gratamente daliniana: el bebé que habrá de convertirse en el más poderoso de los seres barbullando, balbuceando y riéndose en el vacío, colgando entre los elementos sobre los cuales estaba destinado a gobernar.

El juramento de lealtad

Mientras, ignorado por su padre, Zeus crecía fuerte y sano a base de leche de cabra y maná en Creta y aprendía a caminar, hablar y comprender el mundo que lo rodeaba, Crono convocó a sus hermanos titanes en el monte Otris para renovar sus promesas de lealtad y obediencia.

–Este es ahora nuestro mundo –les dijo–. El destino ha decretado que no he de tener descendencia para mejor gobernar. Pero vosotros debéis cumplir con vuestro deber. ¡Reproducíos! Llenad el mundo de nuestra raza de titanes. Criadlos para que me obedezcan en todas las cosas y yo os concederé tierras y provincias para vuestro disfrute. Ahora, inclinados ante mí.

Los titanes hicieron una profunda reverencia y Crono emitió un gruñido de satisfacción que fue lo más cerca que estuvo nunca de expresar alegría. La

vengativa profecía de su padre había sido burlada; la eterna Era de los Titanes podía dar comienzo.

El chico cretense

Puede que Crono hubiese gruñido satisfecho, pero Moros, que simbolizaba el Destino y la Fatalidad, sonrió – como hace siempre cuando el poderoso se muestra confiado—. En esta ocasión, Moros sonrió porque ya veía que Zeus hacía progresos en Creta. Se estaba convirtiendo en el varón más fuerte e impresionante de la creación toda (lo cierto es que su fulgor se había hecho casi doloroso de contemplar).* Las bondades de la leche de la cabra y la potencia nutritiva del maná le habían dado unos huesos fuertes, una tez clara, ojos destellantes y pelo lustroso. Hizo el viaje, por usar los términos griegos, de *pais* (niño) y *ephebos* (adolescente) a *kouros* (joven), y de ahí a un buen ejemplo de lo que hoy tal vez llamaríamos joven adulto. Justo ahora el contorno de lo que habría de convertirse en un ejemplo legendario y majestuoso del arte de la barba empezaba a despuntar en las mejillas y el mentón.* Hacía gala de la confianza, el aire de autoridad desafectado, que diferencia a quienes están destinados a liderar. Era más propenso a la risa que a la cólera, pero cuando su ira se desataba era capaz de aterrorizar a todo bicho viviente que estuviese cerca.

Demostó desde el principio una mezcla de hedonismo vital y fuerza de voluntad que llenaban de admiración incluso a su madre, y algunos declaraban que la leche de Amaltea proporcionaba capacidades extraordinarias al joven en pleno crecimiento. Hoy en día los guías turísticos cretenses entretienen a los visitantes con anécdotas a propósito de los excepcionales poderes del joven Zeus. Cuentan la historia (como si hubiese sucedido hace dos días) de cómo, mientras jugaba de niño con su bienamada niñera-cabra e ignorante de su propia fuerza, Zeus le partió sin querer un cuerno.* Por obra y gracia de sus ya por entonces prodigiosos poderes divinos, el cuerno roto se rellenó al instante de los más deliciosos manjares – pan recién hecho, hortalizas, fruta, carnes curadas y pescado ahumado–, un

abastecimiento que jamás se agotaba por más que uno se sirviese de él. Así nació el famoso Cuerno de la Abundancia, la CORNUCOPIA.

La terca madre de Zeus visitaba Creta cada vez que le parecía que podía escaparse del siempre vigilante Crono.

–Nunca olvides lo que hizo tu padre. Se comió a tus hermanos y hermanas. Intentó comérsete a ti. Es tu enemigo.

Zeus escuchaba mientras Rea describía las infelices condiciones del mundo bajo el dominio de Crono.

–Gobierna a base de miedo. No tiene sentido de la lealtad ni de la confianza. Así no se hacen las cosas, Zeus mío.

–¿Acaso esto no lo fortalece?

–¡No! Lo *debilita*. Los titanes son su familia, sus hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas. Algunos ya empiezan a estar resentidos por su monstruosa tiranía. Cuando te llegue la hora te aprovecharás de ese resentimiento.

–Sí, madre.

–Un auténtico líder forja alianzas. A un auténtico líder se le admira y se confía en él.

–Sí, madre.

–A un auténtico líder se le quiere.

–Sí, madre.

–Ah, tú ríete, pero es la verdad.

–Sí, m...

Rea le soltó una bofetada a su hijo.

–Un poco de seriedad. Tú de tonto no tienes nada, eso lo veo claro. Adamantea me cuenta que eres inteligente pero impetuoso. Que dedicas demasiado tiempo a perseguir lobos, a incordiar a las ovejas, a trepar a los árboles, a seducir a las ninfas de los fresnos. Es hora de que te eduquemos como es debido. Ya tienes dieciséis años y pronto tendremos que mover ficha.

–Sí, madre.

La oceánide y la poción

Rea le pidió a su amiga Metis, la sabia y hermosa hija de Tetis y Océano, que preparase a su hijo para lo que estaba por venir.

–Es listo, pero caprichoso e impulsivo. Enséñale a ser paciente, meticulado y astuto.

A Zeus lo había cautivado Metis desde el primer momento. En su vida había visto tal belleza. La titánide era un poco más pequeña que el resto de los de su raza, pero estaba dotada de una gracia y una gravedad que la hacían brillar. La gracilidad de un ciervo y la astucia de un zorro, la fuerza de un león, la suavidad de una paloma, todo aunado en un porte y una presencia de ánimo que tenían al chico aturdido.

–Túmbate aquí conmigo.

–No. Deberíamos dar un paseo. Tengo muchas cosas que decirte.

–Aquí. En la hierba.

Metis sonrió y le cogió de la mano.

–Tenemos mucho que hacer, Zeus.

–Pero es que te amo.

–Entonces haz lo que te digo. Cuando amamos a alguien siempre queremos complacerlo, ¿o no?

–¿No me amas?

Metis se echó a reír, aunque lo cierto era que estaba asombrada por el aura de glamour y carisma que irradiaba aquel atrevido y apuesto muchacho. Pero su amiga Rea le había pedido que se ocupase de su educación y Metis no era de las que traicionan la confianza depositada en ella.

Durante un año entero le estuvo enseñando a ver dentro de los corazones y a juzgar las intenciones de los demás. A imaginar y a razonar. A encontrar la fuerza para dejar que se enfriasen las pasiones antes de actuar. A hacer un plan y a saber cuándo había que cambiarlo o abandonarlo. A dejar que la cabeza dominase sobre el corazón y al corazón ganar el afecto de los demás.

Su negativa a permitir que la relación entre ambos alcanzase una dimensión física solo consiguió que Zeus la amase más. Aunque nunca se lo dijo, Metis le correspondía. En consecuencia, cuando estaban el uno cerca del otro se abría en el ambiente una especie de brecha.

Un día, Zeus vio a Metis inclinada sobre una enorme roca golpeando la superficie plana con otra piedra más pequeña y redonda.

–¿Pero qué puñetas haces?

–Estoy machacando semillas de mostaza y cristales de sal.

–Ah, claro.

–Hoy –le dijo Metis– cumples diecisiete años. Estás listo para marchar a Otris y cumplir tu destino. Rea llegará pronto, pero primero he de terminar un pequeño brebaje de mi invención.

–¿Qué hay en ese frasco?

–Una mixtura de jugo de adormidera y sulfato de cobre, endulzado con un jarabe de maná proporcionado por las melíades, nuestras amigas del fresno. Mezclo todos los ingredientes y lo agito. Así.

–No entiendo.

–Mira, aquí está tu madre. Ella te explicará.

Delante de Metis, Rea explicó las líneas generales del plan a Zeus. Madre e hijo se miraron a los ojos fijamente, respiraron hondo e hicieron un juramento, de hijo a madre, de madre a hijo. Estaban preparados.

La resurrección de los cinco

Medianoche. El denso manto que Érebo y Nix echaban sobre la tierra, el mar y el cielo para señalar el fin del turno diurno de Hémera y Éter cubrió el mundo. En un valle en lo alto del monte Otris, el Señor de Todas las Cosas se paseaba a solas golpeándose el pecho, preocupado y abatido. Crono se había convertido en el más malhumorado y descontento de los titanes. El poder sobre todas las cosas no lo satisfacía. Desde que Rea lo había echado –sin explicación– del lecho conyugal, el sueño también era un desconocido para él. Sin las propiedades curativas de aquel, su humor y su digestión –que nunca habían sido buenas– habían empeorado. El último bebé que se tragó, por lo visto, le había provocado un agudo reflujo, no como los otros cinco. ¿Qué gracia tenía la omnipotencia si padecía cólicos y los pensamientos le iban dando tumbos a ciegas en medio de la densa niebla del insomnio?

Sin embargo, se animó hasta alcanzar un estado cercano a la felicidad cuando oyó, inesperadamente, la grave y dulce voz de Rea tarareando en voz baja para sí mientras subía la ladera rumbo a la cima de la montaña. ¡La más

encantadora de las hermanas y la más amada de las esposas! Era más que natural que se hubiese enfadado un poquito por que se hubiese zampado él a sus seis hijos, pero seguro que comprendía que no había tenido opción. Era una titánide, entendía de deber y destino. La llamó.

–¿Rea?

–¡Crono! ¿Despierto a estas horas?

–Llevo despierto más días y noches de los que soy capaz de contar. Hipnos y Morfeo se comportan como desconocidos conmigo. La mente llena de escorpiones tengo, esposa dilecta.

Macbeth, otro asesino con problemas para conciliar el sueño y acosado por funestas profecías, habría de decir lo mismo, pero no hasta dentro de muchos años.

–Venga, amor mío. ¿No podrá el ingenio y la destreza de una titánide superar a esos estúpidos demonios del sueño? No hay nada que puedan hacer Hipnos y Morfeo para aliviar tu cuerpo dolorido, para calmar tu mente incansable, para apaciguar tu espíritu herido, que no pueda igualar yo con algo dulce y caliente mío.

–¡Tus dulces y calientes labios! ¡Tus dulces y calientes muslos! ¡Tus dulces y calientes...!

–¡Eso en su debido momento, señor impaciente! Pero primero, te he traído un regalo. Un mozo encantador para que te sirva de copero.

Del escondrijo salió Zeus, con una sonrisa radiante iluminando aquella bonita cara. Hizo una reverencia y le ofreció a Crono un cáliz incrustado de piedras preciosas que el titán le arrebató avariciosamente.

–Guapo, guapísimo. Luego igual lo pruebo –dijo echándole una ojeada con admiración a Zeus mientras se bebía de un trago ansioso el contenido del cáliz–. Pero Rea, es a ti a quien quiero.

Estaba demasiado oscuro para que pudiese ver que Rea había arqueado una ceja con desdeñosa incredulidad.

–¿Que me quieres? –siseó–. ¿Tú? ¿A mí? ¿Me quieres? ¿Tú que te comiste a todos mis preciados hijos menos a uno te atreves a hablarme de amor?

Crono soltó un hipo de desagrado. Estaba notando cosas extrañísimas. Frunció el ceño e intentó concentrarse. ¿Qué estaba diciendo Rea? No podía ser que ya no lo amase. Tenía la mente más nublada y el estómago más

turbulento de lo habitual. ¿Qué le sucedía? Ah, y otra cosa que había dicho Rea. Algo que no tenía ningún sentido.

–¿A qué te refieres –le preguntó con una voz apelmazada por la confusión y la náusea– cuando dices que me comí «a todos tus hijos menos a uno»? Me los comí *a todos*. Me acuerdo perfectamente.

Una estentórea voz juvenil rasgó el aire nocturno como un látigo.

–¡No a todos, precisamente, padre!

Crono, con una náusea que crecía de manera alarmante, se volvió, pasmado, para ver al joven copero adelantarse de entre las sombras.

–¡Quién..., quién..., quiéeeeeeeen!

La pregunta de Crono se transformó en un súbito chorro de vómito incontrolable. De las entrañas, con una tremenda arcada, expulsó una gran piedra. La tela en la que en su día iba envuelta hacía mucho que los ácidos de su estómago la habían disuelto. Crono se la quedó mirando como un bobo, con los ojos anegados y la cara blanca. Pero, antes de que le diese tiempo a comprender lo que estaba viendo, lo asaltó la horrible e inconfundible sensación que indica a un vomitador que aún no ha terminado. Mucho más.

Zeus se adelantó velozmente de un salto, recogió la piedra regurgitada y la lanzó lejos, lejísimos, de la misma manera que en su día Crono había lanzado los genitales de Urano lejos, lejísimos desde aquel lugar exacto. Más tarde descubriremos dónde aterrizó y qué sucedió.

En el interior de Crono, el compuesto de sal, mostaza e ipecacuana continuó realizando su labor emética.* Uno después de otro fue arrojando a los cinco hijos que había engullido. La primera en salir fue Hera.* Luego Poseidón, Deméter, Hades y, al final, Hestia, antes de que el atormentado titán se derrumbase en un paroxismo de resollante extenuación.

Si os acordáis, la poción de Metis contenía cierta cantidad de jugo de adormidera. Esto comenzó a producirle un efecto somnífero de inmediato. Emitiendo un último y tremendo gruñido retumbante, Crono cayó de lado y se hundió en un profundo, profundísimo sueño.

Con un chillido exultante, Zeus se agachó sobre el padre, que roncaba, para agarrar la enorme guadaña y administrarle el *coup de grâce*. Le cortaría la cabeza a Crono de un solo golpe y la alzaría triunfal ante el mundo, produciendo una victoriosa estampa que jamás sería olvidada y que los

artistas representarían hasta el fin de los tiempos. Pero la guadaña, forjada por Gea para Crono, no podía ser utilizada contra él. Por más poderoso que fuese Zeus, no fue capaz ni de levantarla. Lo intentó una vez, pero se le cayó como si estuviese pegada al suelo.

–Gea se la dio y solo Gea puede quitársela –dijo Rea–. Déjalo.

–Pero tengo que matarlo –dijo Zeus–. Hemos de ser vengados.

–Su madre Tierra lo protege. No la enfurezcas. Tendrás tu venganza.

Zeus desistió de sus intentos de mover la guadaña. Era frustrante no poder decapitar a su odiado padre mientras yacía allí roncando como un cerdo, pero su madre tenía razón. Aquello podía esperar. Había demasiado que celebrar.

A la luz de las estrellas que iluminaban el monte Otris, él y sus cinco hermanos liberados rieron, patearon el suelo, ulularon y aullaron arrebatados. También su madre reía, dando palmas de alegría al ver a sus radiantes hijos e hijas tan bien y tan felices, en el exterior por fin y listos para reivindicar su herencia. Cada uno de los cinco rescatados abrazó sucesivamente a Zeus, su hermano benjamín y ahora mayor, su salvador y su líder. Le juraron lealtad para siempre. Juntos derrocarían a Crono y a su fea raza al completo e instaurarían un nuevo régimen...

No se harían llamar, a pesar de su ascendencia, «titanes». Serían dioses. Y no meros dioses, sino *los* dioses.

El comienzo
Segunda parte

LUCHA DE TITANES

En la cima del monte Otris, Crono yacía tendido en el suelo. Los demás titanes aún no se habían enterado del rescate realizado por Zeus de sus hermanos y hermanas, pero era de esperar que cuando así fuese reaccionaran con furiosa violencia. Al amparo de la noche, Rea y sus seis hijos se escabulleron y pusieron tanta distancia como les fue posible entre ellos y el territorio de los titanes.

La guerra, comprendió Zeus claramente, era inevitable. Crono no descansaría mientras viviesen sus hijos y Zeus estaba igualmente decidido a destronar a su padre. Oyó más alto que nunca el sonido que llevaba oyendo durante toda su infancia: un insistente y suave susurro de Moros diciéndole que gobernar era su destino.

Los historiadores conocen el sangriento, violento y destructivo conflicto que vino a continuación con el nombre de TITANOMAQUIA.* Si bien la mayor parte de los detalles de esta guerra de diez años se han perdido, sabemos a ciencia cierta que el ardor y la furia, el poder explosivo y la energía colosal desencadenada en plena batalla por titanes, dioses y monstruos hizo que las montañas escupiesen fuego y que la tierra misma se sacudiese y resquebrajase. Muchas islas y masas terrestres se formaron a raíz de estas batallas. Continentes enteros cambiaron y adoptaron nueva forma y la mayor parte del mundo tal y como lo conocemos hoy debe su geografía a aquellas perturbaciones sísmicas, a aquel conflicto que sacudió la tierra literalmente.

En una lucha cuerpo a cuerpo era casi seguro que la fuerza combinada de los titanes iba a ser demasiado para sus jóvenes adversarios. Eran más fuertes y más despiadadamente salvajes. Todos, salvo los hijos de Clímene, Prometeo y Epimeteo, se pusieron de parte de Crono, superando netamente en número al pequeño grupo de supuestos dioses levantados contra ellos bajo el mando de Zeus. Pero así como había pagado con creces por el crimen de encerrar a los cíclopes y a los hecatónquiros dentro de Gea, Crono estaba a punto de pagar por el despropósito de encerrarlos en las cavernas del Tártaro.

Fue la sabia y astuta Metis quien aconsejó a Zeus que bajase y liberase a sus tres centímanos hermanos de un solo ojo. Les ofreció la libertad de por vida si lo ayudaban a derrotar a Crono y a los titanes. No hubo que pedirselo dos veces. Los gigantes también escogieron el bando de Zeus y demostraron ser unos valientes e implacables guerreros.*

En la batalla decisiva, la despiadada ferocidad de los hecatónquiros –por no hablar de su excedente de cabezas y manos combinaba más que fabulosamente con el tremendo poderío electrizante de los cíclopes, cuyos nombres eran, si recordáis, Resplandor, Relámpago y Trueno: Arges, Estéropes y Brontes. Estos diestros artesanos aplicaron a conciencia su dominio de las tormentas con el objetivo de producir rayos que Zeus usaría como armas, y que aprendió a lanzar con precisión y puntería para hacer estallar en átomos a sus enemigos. Bajo su dirección, los hecatónquiros recogían y arrojaban rocas a una velocidad tremebunda, mientras los cíclopes atosigaban y deslumbraban al enemigo con relampagazos y con los pavorosos fragores de los truenos. Las cien manos de los hecatónquiros arrancaban y disparaban, arrancaban y disparaban innumerables rocas contra el enemigo como sendas catapultas enloquecidas y oscilantes hasta que, apaleados y maltrechos, los titanes pidieron un alto el fuego.

Los dejaremos, con las enormes cabezas ensangrentadas gachas, en total y definitivo sometimiento, y nos tomaremos un momento para fijarnos en qué otras cosas habían ocurrido en el mundo mientras arreciaba la batalla durante aquellos horrorosos diez años.

La proliferación

El fuego y la furia de la guerra habían calcinado, enriquecido y fertilizado la tierra. Brotaron nuevas variedades que crearon un mundo fresco y verde que los dioses victoriosos habrían de heredar.

Si recordáis, el cosmos no había sido en su momento sino caos. Luego el caos había expelido las primeras formas de vida, los seres primigenios y los principios de la luz y las tinieblas. La complejidad aumentaba a medida que cada generación se desarrollaba y nacían nuevas entidades que se reproducían

a su vez. Aquellos viejos primigenios y principios elementales engendraron formas vivientes de diversidad, variedad y riqueza todavía más monumentales. Los seres que nacieron fueron dotados de personalidades únicas y matizadas, y con individualidad. En lenguaje informático, fue como si la vida pasase de 2 bits a 4 bits, de ahí a 8 bits, 16 bits, 32 bits, 64 bits y así sucesivamente. Cada iteración suponía millones y luego miles de millones de nuevas permutaciones de tamaño, forma y lo que podríamos denominar *resolución*. Dio en aparecer el carácter de alta definición, como el que nos preciamos de poseer como humanos modernos, y hubo una explosión de lo que los biólogos llaman *especiación* a medida que nuevas formas daban lugar a nuevos seres.

Me gusta imaginarme el primer estadio de la creación como una vieja pantalla de televisión en la que se juega al videojuego monocromo *Pong*. ¿Os acordáis de *Pong*? Tenía dos rectángulos blancos por raquetas y un punto cuadrado por pelota. La existencia era una primitiva y pixelada forma de tenis rebotante. Unos treinta y cinco o cuarenta años después la cosa había evolucionado hasta los gráficos 3D ultra alta definición con realidad virtual y aumentada. Lo mismo pasó con el cosmos griego: una creación que comenzó con un esbozo burdo y elemental en baja resolución explotaba ahora en una rica y variada vida.

Habían llegado criaturas y dioses ambiguos, incoherentes, impredecibles, intrigantes y misteriosos. Para usar una distinción que empleó E. M. Forster cuando hablaba sobre la gente en las novelas, el mundo ahora pasó de personajes planos a personajes redondos: al desarrollo de personalidades cuyas actuaciones eran susceptibles de sorprender. Comenzó la diversión.

Las musas

Una de las titánides originales, Mnemósine (Memoria), le dio a Zeus nueve hijas notablemente inteligentes y creativas, las musas, que vivieron en diferentes épocas en el monte Helicón (donde después brotó la fuente Hipocrene); en el monte Parnaso, por encima de Delfos, y en Pieria, Tesalia,

donde fluyó la fuente Pieria, fuente metafórica de todas las artes y las ciencias.*

Hoy consideramos a las musas como santas patronas de las artes en general y fuentes privadas de inspiración en particular. «¡Ay, quién tuviera una musa de fuego!», clama el coro al comienzo de *Enrique V*, de Shakespeare. Él o ella es «mi musa», podríamos decir de quienes ponen en marcha nuestra creatividad y nos espolean para llegar a la excelencia. A las musas podemos encontrarlas en la «música» o en los «museos». W. H. Auden creía que la imagen de una diosa caprichosa susurrando ideas al oído del poeta era la mejor manera de representar la exasperante volubilidad de la inspiración creativa. A veces te dan oro, otras uno relee lo que le han dictado y ve que es una porquería. La madre de las musas será Memoria, pero su padre es Zeus, cuya inconstancia traicionera es el tema de muchas historias futuras.

Pero conozcamos a estas nueve hermanas, cada una de las cuales representa y actúa como mecenas de una forma de arte particular.

Calíope

Un destino lingüístico más bien indecoroso le ha sido deparado a CALÍOPE, la musa de la poesía épica. Por algún motivo, se convirtió en un órgano a vapor que se tocaba generalmente en las ferias, prácticamente los únicos lugares donde hoy oiréis su nombre. Para el poeta romano Ovidio era la líder de todas las musas. Su nombre significa «hermosa voz», y dio a luz a ORFEO, el músico más importante de toda la historia griega. Los poetas más destacados –Homero, Virgilio y Dante incluidos– invocaron su ayuda al embarcarse en sus grandes poemas épicos.

Clío

Ahora relegada a ser un modelo del automóvil Renault y una serie de premios de la industria publicitaria, CLÍO, o Kleio (famosa), fue la musa de la historia. Se encargaba de proclamar, hacerse eco en el exterior y procurar fama a las hazañas de los grandes. El grupo de debate más antiguo de Estados

Unidos, fundado en Princeton por James Madison, Aaron Burr y otros, lleva el nombre de Sociedad Cliosófica en su honor.

Erato

ERATO era la musa de la lírica y de la poesía amorosa. Su nombre guarda relación con Eros y lo erótico, y en ocasiones ha sido representada en obras de arte con una flecha dorada que insinúa el vínculo. Las tórtolas y el mirto son símbolos comúnmente asociados con ella, así como el laúd.

Euterpe

La musa de la música misma, la «deleitosa» y «jubilosa» EUTERPE engendró con el dios fluvial ESTRIMÓN al rey tracio RESO, que desempeñaría un papel menor en la Guerra de Troya. No hay consenso sobre si prestó su nombre a los monos que a su vez sirvieron para estudiar los tipos de RH de la sangre humana.

Melpómene

La musa trágica, MELPÓMENE (cuyo nombre deriva de un verbo griego que significa «celebrar con baile y canto»), representó originalmente al coro y después a la tragedia en su totalidad –una importantísima fusión de música, poesía, drama, máscaras, baile, cantos y celebración religiosa–. Los actores trágicos se calzaban una botas particulares de suela gruesa llamadas «borceguíes» (*cothurnus*),* y Melpómene acostumbra a aparecer representada o bien sosteniéndolos o bien llevándolos puestos, además de, evidentemente, con la famosa máscara trágica con los labios curvados hacia abajo en mueca de tristeza. Junto con su hermana Terpsícore, fue madre de las sirenas, a las que ya llegaremos.

Polimnia

En griego, Himnos significa «alabar», y POLIMNIA era la musa de los himnos, de la música sagrada, la danza, la poesía, la retórica, además de –un poco porque sí, podríamos pensar– la agricultura, la pantomima, la geometría y la meditación. Supongo que hoy la llamaríamos «la musa del *mindfulness*». Acostumbra a aparecer representada como una figura más bien seria, llevándose pensativa un dedo a la boca en actitud de solemne reflexión. Es otra de las aspirantes, junto con Calíope, a madre del héroe Orfeo.

Terpsícore

DUEÑO DE LA TIENDA DE QUESOS: Ah, yo creía que se quejaba de la música. CLIENTE: No, Dios me libre. Me precio de disfrutar de todas las manifestaciones de la musa terpsicoriana.

Este diálogo del imperecedero «Sketch de la tienda de quesos» de Monty Python dio a conocer a muchos, entre los que me incluyo, a TERPSÍCORE, musa de la danza.

Talía

TALÍA, la más sofisticada, divertida y amigable de las musas, supervisaba las artes de la comedia y la poesía bucólica. Su nombre proviene del verbo griego que significa «florecer».* Al igual que su trágica contrapartida Melpómene, calza las botas de los actores y una máscara (la suya es la de la alegre sonrisa, por supuesto), pero va envuelta en hiedra y lleva un clarín y una trompeta.

Urania

El nombre de URANIA proviene de Urano, el dios primigenio de los cielos (y bisabuelo de las nueve hermanas); es la musa que preside la astronomía y

las estrellas. También se la considera una figura de Amor Universal, una especie de versión griega del Paráclito, o del Espíritu Santo.

Tríos

Las tres veces tres musas me recuerdan que presente más tríadas. Gea y Urano engendraron, como sabemos, a los tres hecatónquiros, a los tres cíclopes y cuatro veces a tres titanes. También hemos encontrado ya a las tres erinias, también llamadas euménides –aquellas furias vengativas que brotaron de la tierra empapada en sangre cuando la castración de Urano–. El tres parece ser un número más que mágico para los griegos.

Las Gracias

A lo largo de los diez años de Titanomaquia, por más apocalíptica que fuese, Zeus siempre encontró tiempo para satisfacer sus deseos. Tal vez lo veía como una manera de descargar su deber de poblar la tierra. Lo que está clarísimo es que a Zeus descargar le gustaba.

Un día la mirada de Zeus se posó sobre la más bella de las oceánides: EURÍNOME, hermana de Océano y de Tetis. Escondida en una cueva mientras fuera proseguía el fragor de la batalla, Eurínome le parió a Zeus tres muchachas arrebatadoras: AGLAYA (que significa «esplendor»), EUFRÓSINE, también conocida como EUTIMIA (júbilo, regocijo, alegría) y TALÍA* (alborozo). A las tres se las conoció como las CÁRITES o, para los romanos, las GRACIAS. Nosotros las llamamos las Tres Gracias, escogidas a lo largo de la historia por escultores y pintores en busca de un pretexto para producir desnudos femeninos perfectos. Su dulzura de carácter proporcionó al mundo algo con lo que contrarrestar la horrenda malevolencia y la crueldad de las erinias.

Horas

Las HORAS eran dos grupos de trillizas. Estas hijas de TEMIS (la encarnación de la ley, la justicia y las buenas costumbres) personificaban originalmente las estaciones. Por lo visto, al principio solo había dos, verano e invierno, AUXO y CARPO. La primera tríada clásica de las horas se completó con el posterior añadido de TALO (FLORA para los romanos), portadora de flores y pimpollos, la encarnación de la primavera. La cualidad más valiosa de las horas provenía de su madre: el don del momento propicio, la relación benévola entre la ley natural y el desplegarse del tiempo; lo que podríamos denominar «divina serendipia».

El segundo grupo de horas se ocupaba de una clase de ley y orden más mundano. Eran EUNOMIA, diosa de la ley y de la legislación; DICEA, diosa de la justicia y del orden moral (el equivalente romano era IUSTITIA), e IRENE, diosa de la paz (PAX, para los romanos).

Moiras

Las tres MOIRAS, o parcas, se llamaron CLOTO, LÁQUESIS y ÁTROPÓS. Hay que imaginarse a estas hijas de Nix sentadas alrededor de una rueca: Cloto hila la hebra que representa una vida, Láquesis mide la longitud y Átropos (la implacable, la despiadada, literalmente la «irreversible») decide cuándo cortar el hilo y cercenar así una vida.* Yo me las imagino como vejstorios de mejillas hundidas, vistiendo harapos negros, sentadas en una cueva carcajeándose y dando cabezadas mientras hilan, pero muchos escultores y poetas las han representado como damas de mejillas sonrosadas, con vestidos blancos y sonriendo con recato. Sus nombres derivan de una palabra que significa «parte» o «lote», en el sentido de «lo que le corresponde a uno». «Conocer el amor no era algo que el destino le tuviese reservado», o «Le tocó en suerte ser infeliz», son la clase de frases que empleaban los griegos para describir atribuciones o destinos asignados por las moiras. Incluso los dioses tenían que someterse a los crueles designios de las parcas.*

Keres

Estas hijas carroñeras de Nix eran los insaciables y viles espíritus de la muerte violenta. Al igual que las valquirias del mito nórdico y germánico, las keres coleccionaban las almas de los guerreros caídos en el campo de batalla. A diferencia de aquellas benevolentes diosas guerreras, sin embargo, las keres no acompañaban a las almas heroicas hasta la recompensa que suponía el Valhalla. Saltaban de un cuerpo a otro absorbiendo avariciosamente la sangre que de ellos fluía; luego, una vez convenientemente exprimido el cadáver, lo arrojaban lejos de sí por encima del hombro y pasaban al siguiente.

Gorgonas

Ponto, el dios primigenio del mar, tuvo con Gea un hijo, FORCIS, y una hija, CETO. La descendencia de aquellos hermanos fueron tres moradoras de las islas, las gorgonas ESTENO, EURÍALE y MEDUSA. Con cabelleras hechas de serpientes venenosas que se retorcían, unos ojos de intensa mirada, horrendas sonrisas congeladas, colmillos de jabalí, garras de latón en pies y manos, y cuerpos dorados cubiertos de escamas, el aspecto de estas monstruosas hermanas era lo suficientemente aterrador como para helar la sangre. Pero cualquiera que cruzase su mirada con la de una gorgona –un intercambio de un segundo escaso– quedaba literalmente convertido en piedra. La palabra exacta es «petrificado», de ahí la expresión «quedarse de piedra».

Espíritus del aire, de la tierra y del agua

El trío aludido no fue el único significativo que surgió en esta época. Por todo el mundo, mientras se recrudecía la Titanomaquia, empezaron a multiplicarse y a reclamar su porción de soberanía toda clase de criaturas y espíritus de la naturaleza. Se los imagina uno correteando en busca de refugio y temblando detrás de los matorrales mientras las rocas y los rayos vuelan por los aires y la tierra se estremece con la violencia de la guerra. De algún modo,

estas criaturas a menudo frágiles sobrevivieron y prosperaron hasta el punto de enriquecer el mundo con su belleza, dedicación y encanto.

Quizás la más conocida de las especies sea la de las NINFAS, una clase superior de deidades femeninas menores, divididas en clanes o subespecies según sus hábitats. Las ORÉADES guardaban las montañas, las colinas y las grutas de Grecia, así como sus islas, mientras que las NEREIDAS (como las oceánides de las que descendían) eran habitantes de las profundidades. A las NÁYADES, sus contrapartidas de agua dulce, se las encontraba en lagos y arroyos, o en los juncales que los bordeaban y en las márgenes de los ríos. Con el tiempo, algunas ninfas acuáticas comenzaron a ser asociadas a territorios cada vez más específicos. Pronto tuvimos a las PEGEAS, que cuidaban de los manantiales naturales, y a las POTÁMIDES, que habitaban dentro y en las cercanías de los ríos.* En tierra firme, las AULONÍADES se concentraban en pastos y arboledas, mientras que las LEIMÁQUIDES vivían en los prados. Entre los espíritus del bosque se contaban las DRÍADES y HAMADRÍADES de ligeras alas, ninfas silvanas cuyas vidas estaban ligadas a los árboles que les servían de hogar. Cuando morían o eran talados sus árboles, también ellas morían. Algunas ninfas más especializadas poblaban únicamente los manzanos o los laureles. A las melíades, ninfas del fresno del maná, ya las hemos conocido.

El destino de las hamadríades demuestra que las ninfas podían morir. No envejecían, no caían víctimas de enfermedad alguna jamás, pero no siempre eran inmortales.

Y así, mientras el mundo de la naturaleza maduraba, ondulaba y se multiplicaba con tan osado y prodigioso aparato, sembrando en sí mismo semidioses e inmortales a cada cual más fabuloso, la tierra temblaba y se sacudía con la violencia y el terror de la guerra. Pero esta multiplicación garantizaba que, una vez que el humo y el polvo de la batalla se hubiesen posado por fin, los vencedores gobernasen sobre un mundo repleto de vida, color y personalidad. El triunfante Zeus había de heredar una tierra, un mar y un cielo infinitamente más ricos que aquellos en los que nació.

Supremo dador y Juez de la tierra

Ahora Zeus se apresuró a asegurarse de que los titanes derrotados no pudiesen volver a levantarse y amenazar su régimen. Su contrincante más violento y fuerte en la guerra no había sido Crono sino ATLAS: el hijo mayor, brutalmente poderoso, de Jápeto y Clímene.* Atlas había ocupado el centro de cada una de las batallas, arengando a sus compañeros titanes para que se lanzasen al combate, pidiendo a voces un último esfuerzo supremo incluso cuando los hecatónquiros los estaban terminando de someter a golpes. En castigo por su animosidad, Zeus lo condenó a aguantar el cielo durante toda la eternidad. Así mató dos pájaros de un tiro. Los predecesores de Zeus, Crono y Urano, se habían visto obligados a gastar muchas energías en separar el cielo de la tierra. De un plumazo, Zeus quedó relevado de aquel peso insoportable al colocarlo, más que literalmente, sobre los hombros de su más peligroso enemigo. El titán se estremeció, con todo el peso del cielo encima, en la intersección de lo que hoy llamaríamos África con Europa. Con las piernas agarrotadas, los músculos hinchados, se tensó su cuerpo colosal bajo aquel supremo y angustioso esfuerzo. Gruñó durante eones como un halterófilo búlgaro. Con el tiempo se solidificó formando la cordillera de Atlas que soporta los cielos del norte de África hasta la fecha. Su imagen aguantando, agachado, puede encontrarse en ejemplares de los primeros mapas del mundo, que en su honor seguimos llamando «atlas».* A un lado se extiende el Mediterráneo y al otro el océano que todavía hoy conocemos como «Atlántico», donde se dice que prosperó la misteriosa isla de Atlantis.

En cuanto a Crono –el pobre diablo insatisfecho que fue en su día Señor de Todas las Cosas, el tirano taciturno y contra natura que se comía a sus hijos por miedo a una profecía–, su castigo, tal y como su castrado padre Urano había predicho, fue vagar incesantemente por el mundo, midiendo la eternidad en un exilio inexorable, perpetuo y solitario. Obligado a contabilizar cada día, hora y minuto, pues Zeus condenó a Crono a contar la mismísima infinidad. Podemos verlo por todas partes, hoy incluso, esa siniestra figura demacrada con su guadaña. El mote humillante y de mal gusto «Viejo Padre Tiempo» y los rasgos superficiales con que se lo describe nos dan la idea del inevitable y despiadado transcurrir del reloj del cosmos, que conduce sin detenerse hacia el fin de los días. La guadaña cae y corta como un péndulo implacable. La carne mortal toda es como hierba bajo el

arco que traza su hoja segadora. Encontramos a Crono en todo lo «crónico» o «sincronizado», en «cronómetros», «cronógrafos» y «crónicas».* Los romanos le dieron a lo poco que quedaba de este titán derrotado el nombre de SATURNO. Flota en el cielo entre su padre Urano y su hijo Júpiter.*

No todos los titanes fueron desterrados o castigados. Con muchos, Zeus se mostró magnánimo y piadoso, mientras que a aquellos pocos que lo habían apoyado en la guerra les concedió favores.* El hermano de Atlas, Prometeo, lideraba a quienes habían tenido la clarividencia de luchar por los dioses y contra los suyos.* Zeus lo premió con su amistad y disfrutó enormemente de la presencia del joven titán hasta un día que tendrá consecuencias tremendas para la humanidad, consecuencias que todavía hoy son palpables. La historia de esta amistad y su trágico final la contaremos pronto.

Como dijimos, durante la guerra, los cíclopes habían entregado a Zeus en respetuoso homenaje el arma con la que sería asociado por siempre: el rayo. Sus hermanos hecatónquiros, cuya tremenda fuerza había procurado la victoria, fueron devueltos al Tártaro como recompensa (esta vez no como prisioneros, sino como guardianes de las puertas de aquellas profundidades imponderables). La recompensa de los cíclopes consistió en convertirse en artesanos, armeros, herreros personales de Zeus.

LA TERCERA GENERACIÓN

El mundo hecho pedazos todavía humeaba tras la brutalidad de la guerra. Zeus vio que necesitaba sanar y supo que su generación, la Tercera de los seres divinos, tendría que gestionarse mejor que las dos anteriores. Había llegado la hora de un nuevo orden, un orden purgado de la inútil sed de sangre y de la elemental brutalidad que había señalado los primeros tiempos.

Para los vencedores, el botín. Como un director general que acaba de lograr una OPA hostil, Zeus echó a la vieja administración y metió a su gente. Entregó a cada uno de sus hermanos su propio territorio, sus zonas de responsabilidad divina. El Presidente de los Inmortales escogió su consejo de ministros.

En cuanto a él, asumió el mando general como líder supremo y emperador, señor del firmamento, dueño del clima y de las tormentas: Rey de los Dioses, Padre Cielo, Recolector de Nubes. El trueno y el rayo estaban a sus órdenes. El águila y el roble eran sus emblemas, símbolos por entonces igual que hoy de feroz donosura y voluntad incontestable. Su palabra era ley, su poder tremendamente inmenso. Pero no era perfecto. Distaba mucho, *mucho*, de ser perfecto.

Hestia

De todos los dioses, Hestia –«La primera en ser devorada y la última en volver a salir»– es probablemente la que nos resulte menos conocida, quizás porque el territorio que le cedió Zeus en su sabiduría fue el fuego del hogar. En esta época nuestra menos comunal, de calefacción central y habitaciones individuales para cada miembro de la familia, no le otorgamos al hogar exactamente la importancia que nuestros antepasados le daban, griegos y demás. Aun así, incluso para nosotros, el término representa algo más que una chimenea. Decimos «hogar, dulce hogar». En castellano, la palabra viene del latín *focus* (fuego artificial, domesticado), que dio en *fogar* y luego en la

que ya conocemos, y por ser de raíz indoeuropea no guarda relación, como podríamos pensar, con el hecho de que el hogar fuese el punto exacto en el que se hacía el fuego y donde se reunían los habitantes de la casa. En la antigua Grecia, el concepto más amplio de hogar se expresó por medio del término *oikos*, que permanece todavía hoy en palabras como «economía» y «ecología». Es maravilloso y extraño que de una palabra que designa el objeto *chimenea* hayamos producido «enfocar» o «ecoguerrero». El significado esencial de centralidad que las conecta revela también la gran importancia del hogar para griegos y romanos, y en consecuencia la importancia de Hestia, la deidad que lo preside.

Hestia rechazó todas las peticiones de boda de otros dioses y se consagró a la virginidad perpetua. Plácida, satisfecha, amable, hospitalaria y doméstica, tendía a mantenerse al margen de las luchas cotidianas y de las maquinaciones políticas de otros dioses.* Como divinidad modesta, Hestia suele ser representada con una toga lisa y alzando un cuenco con fuego o sentada sobre un cojín de lana burda en un sencillo trono de madera. Era costumbre en Grecia darle gracias antes de cada comida.

Los romanos, que llamaban a Hestia VESTA, la consideraban tan importante que tenían una casa de sacerdotisas consagrada a ella, las celebradas Vírgenes Vestales. Su responsabilidad, aparte de una vida dedicada al celibato, era asegurarse de que la llama que la representaba no se extinguiese nunca. Eran las guardianas originales de la llama sagrada.

Por lo tanto, podéis imaginaros que no abundan las historias sobre esta amable y encantadora diosa. Solo me sé una, que oiremos en breve. Naturalmente, sale bastante bien parada.

El sorteo

A continuación, Zeus se volvió hacia sus oscuros y problemáticos hermanos Hades y Poseidón. Se habían desempeñado ambos con idéntica habilidad, valentía y astucia en la guerra contra los titanes, así que Zeus pensó que lo justo sería otorgarles las dos provincias más importantes que aún no había asignado a nadie: el mar y el inframundo.

Recordaréis que Crono había arrebatado a Talasa, Ponto, Océano y Tetis el control de todas las cosas por encima y por debajo del mar. Ahora Crono se había esfumado y el territorio de agua salada estaba en poder de Zeus. En cuanto al inframundo –formado por el Tártaro, los misteriosos Prados Asfódelos (más sobre esto luego) y las oscuridades subterráneas controladas por Érebo–, también le había llegado la hora de quedar sujeto al dominio de una sola deidad, miembro de la familia de Zeus.

Hades y Poseidón no se tenían en estima, así que cuando Zeus se llevó las manos a la espalda y luego se las puso delante esta vez cerradas se quedaron dubitativos. En casos de antipatía fraternal, normalmente un hermano quiere lo que quiere el otro.

«¿Hades desea el mar o el inframundo?», se preguntó Poseidón. «Si quiere el inframundo entonces yo también, solo por fastidiar.»

Hades pensó tres cuartos de lo mismo. «Escoja lo que escoja gritaré triunfal, solo por incordiar a este capullo de Poseidón», se dijo.

En cada mano cerrada Zeus tenía una piedra preciosa: un zafiro tan azul como el mar en una y un azabache tan negro como Érebo en la otra. Poseidón soltó un grito de satisfacción cuando tocó el dorso de la mano derecha de Zeus y la vio abrirse para mostrarle un destellante zafiro azul.

–¡Los océanos son míos! –rugió.

–Eso quiere decir... ¡sí! –exclamó Hades alzando un puño en el aire–. Eso quiere decir que me toca el inframundo. ¡Ja, ja!

Pero por dentro estaba amargado. Los dioses son unos niños.

Hades

Aquella fue la última vez que se vio reír a Hades. A partir de ese momento lo abandonó cualquier regocijo o sentido de la diversión. Tal vez sus funciones como Rey del Inframundo fueron desterrando cualquier vestigio de placer o desenfado que pudiese haber en él.

Fue a excavar su reino en las profundidades. Y su nombre sería asociado por siempre con la muerte y la otra vida, y el reino entero del inframundo (con el que comparte nombre) con el dolor, el castigo y el sufrimiento

perpetuo; Hades también llegó a simbolizar la riqueza y la opulencia. Las joyas y los metales preciosos que se encuentran en las profundidades del subsuelo y las incalculables cosechas de grano, hortalizas y flores que germinan bajo tierra son recordatorios de que de la putrefacción y de la muerte surgen la vida, la abundancia y la riqueza. Los romanos lo llamaron PLUTÓN, y las palabras «plutócrata» y «plutonio» son indicativos de una opulencia y un poder mayestáticos.*

A las órdenes de Hades en persona quedaron Érebo, Nix y el hijo de ambos, Tánatos (la Muerte misma). Un sistema de deidades fluviales, demasiado oscuras y espantosas como para fluir al aire libre, corrieron enroscándose a través de este inframundo. La principal era Estigia (odio), una hija de Tetis y Océano de cuyo nombre y «estigios» atributos echamos mano todavía hoy cada vez que queremos describir algo oscuro, amenazador y sombrío, algo endemoniadamente negro y siniestro. En su interior se filtraba FLEGETONTE, el flamígero río de fuego; AQUERONTE, el río de la congoja; LETEO, las aguas del olvido, y COCITO, el caudal de las lamentaciones y los quejidos. Al hermano de Estigia, Caronte, se lo designó como barquero, y esperó desde entonces, apoyado en su remo, a las orillas del Estigia. Había soñado que un día miles de almas arribarían a las orillas del río y le pagarían para que los llevase al otro lado. Un día no muy lejano.

Hades le dio el espacio a las furias, las erinias nacidas de la tierra, para que viviesen en lo más profundo del corazón de su reino. Desde allí, las tres podían volar de una punta a otra del mundo para cobrarse venganza en aquellos transgresores cuyos crímenes fuesen lo bastante infames como para merecer sus violentas atenciones.

Al poco, Hades adquirió una mascota, un perrazo gigantesco de tres cabezas y cola de serpiente, descendiente de aquella monstruosa prole de Gea y Tártaro, Equidna y Tifón. Se llamaba KERBEROS (también respondía al nombre latino de CERBERUS). Fue el can original del infierno, el espantoso e implacable perro guardián del inframundo.

En Lerna, un lago que servía como una de las entradas al inframundo, Hades colocó a HIDRA, otra hija de Tártaro y Gea. Antes he aludido a las espantosas mutaciones que pueden darse cuando los monstruos copulan, y la diferencia entre Cerbero y su hermana Hydra constituye un ejemplo

impresionante. Por un lado, un perro con tres cabezas más o menos funcionales y meneando una cola elegantemente serpentina; por el otro, su hermana, una criatura acuática de múltiples cabezas casi imposible de matar. Si le cortabas una cabeza le nacían otras diez en su lugar.

A pesar de estas aberraciones zoológicas, el Hades era por el momento un lugar tranquilo, gobernado por un dios con poco que hacer. Para que el infierno se ponga en marcha hacen falta seres mortales. Criaturas que mueran. Así que por ahora dejaremos a Plutón sentado en su frío trono infernal, rumiando sombríamente, tan hostil, gélido y remoto como el planeta que lleva su nombre,* y maldiciendo para sí la buena fortuna que le había entregado a su detestado hermano el gobierno de los mares.

Poseidón

Poseidón era un dios de una pasta muy distinta a Hades. Podía ser tan agresivo, tempestuoso, vanidoso, caprichoso, incoherente, implacable, cruel e incomprensible como los océanos que gobernaba. Pero también podía ser leal y agradecido. En común con sus hermanos y algunas de sus hermanas presentaba también una ávida lujuria corporal, un profundo amor espiritual y todo lo que media entre esos dos sentimientos. Al igual que todos los dioses, ansiaba que le dedicasen admiración, sacrificio, obediencia y adoración. Como amigo, era el mejor de los amigos; como enemigo, el peor. Y su ambición no se limitaba a ofrendas quemadas, libaciones y plegarias. Nunca dejó de vigilar con mirada avariciosa e impaciente al más joven de sus hermanos, el que ahora se hacía llamar «el mayor» y «rey». Como a Zeus se le ocurriese cometer demasiados errores, ahí estaría Poseidón para derribarlo del trono.

Los cíclopes, del mismo modo que habían forjado rayos para Zeus, crearon ahora una tremenda arma para Poseidón: un tridente. Este enorme arpón de tres puntas servía para provocar maremotos y torbellinos; incluso para hacer temblar la tierra con remolinos, que dieron a Poseidón el apodo de «Sacudidor de la Tierra». El deseo por su hermana Deméter le hizo inventar

el caballo para impresionarla y complacerla. Perdió esta pasión por Deméter, pero el caballo continuó siendo sagrado para él.

Bajo lo que hoy llamaríamos el mar Egeo, Poseidón construyó un vasto palacio de coral y perlas en el que se instaló junto a su consorte elegida, ANFÍTRITE, una hija de Nereo y Doris, o (dicen algunos) de Océano y Tetis. Como regalo de bodas, Poseidón le entregó a Anfítrite el primerísimo delfín. Ella le dio un hijo, TRITÓN, una especie de sireno, al que generalmente representan sentado sobre su cola y soplando con los carrillos hinchados una enorme caracola. Anfítrite, a decir verdad, parece haber sido más bien sosa y no aparece sino en contadas anécdotas de poco interés. Poseidón se pasaba todo el tiempo persiguiendo una cantidad abrumadora de chicas y chicos guapos y engendrando con las primeras cantidades todavía mayores de monstruos, semidioses y héroes humanos: Percy Jackson y Teseo, por nombrar a dos.

El equivalente romano de Poseidón era NEPTUNO, cuyo gigantesco planeta está rodeado de satélites como Talasa, Tritón, Náyade* y Proteo.*

Deméter

La siguiente hija de Crono en recibir la asignación de sus divinas funciones fue Deméter. Con una cabellera del color del trigo en sazón, una piel como de crema y los ojos más azules que el aciano, era tan exuberante y ensoñadoramente bella como cualquiera de las diosas, salvo quizás... bueno, la cuestión de quién era la más bella de las diosas acabaría convirtiéndose en la más polémica, espinosa y finalmente catastrófica que se le hubiera podido ocurrir a nadie.

Tan encantadora era Deméter que atrajo la atención indeseada de sus hermanos Zeus y Poseidón. Para evitar a Poseidón se transformó en una yegua, y este se convirtió en un semental. El resultado de esta unión fue un potro, ARIÓN, que al crecer se convirtió en un caballo inmortal dotado mágicamente con la capacidad de la elocuencia.* Con Zeus tuvo una hija, PERSÉFONE, cuya historia aparecerá más tarde.

Zeus le dio a Deméter la responsabilidad de las cosechas y con ello la

soberanía sobre la agricultura, la fertilidad y las estaciones. Su nombre romano fue CERES, de donde nosotros sacamos la palabra «cereal».*

Al igual que Hestia, Deméter es una de las divinidades que menos nos suenan hoy en comparación con otros miembros de su apasionada y carismática familia. Pero, como en el caso de Hestia, sus dominios eran de una importancia fundamental para los griegos; templos y cultos dedicados a ella sobrevivieron de sobra a aquellos consagrados a los dioses más superficialmente glamourosos. La única gran historia relacionada con Deméter, con su hija y con el dios Hades es tan hermosa como dramática, trascendental y verdadera.

Hera

Hera salió de Rea para bien de todos.* Entre los adjetivos que siguen aplicándosele y con los que debieron de incordiarla tremendamente encontramos «orgullosa», «arrogante», «celosa», «altanera» y «vengativa». En arte y en la referencia común aparece a menudo ensillada con la indignidad extra de tres molestas terminaciones: estatuaria, rubenesca y –cortesía del apelativo latino– juniana.

El destino y la posteridad han sido ingratos con la Reina del Cielo. A diferencia de Afrodita o Gea, no hay ningún planeta bautizado en su honor,* y ha de cargar con una reputación que la describe como más reactiva que activa (reactiva siempre a las infidelidades descarriadas de su marido-hermano Zeus).

Es fácil despachar a Hera como a una tirana y una plasta: celosa y suspicaz, tempestuosa y gritona como la viva estampa de una arpía despechada (se la imagina uno lanzándole la vajilla de porcelana a sus inútiles secuaces), cobrándose rencorosa venganza en ninfas y mortales que la habían desairado al no quemar animales suficientes para ella en los altares o, todavía más fatalmente, cometiendo el crimen de casarse con Zeus (ya fuera voluntaria o involuntariamente, jamás las perdonaba y era capaz de guardar rencor durante vidas enteras). Pero por más ambiciosa, esnob, conservadoramente protectora de la jerarquía e impaciente con la originalidad

y el talento que fuera (arquetipo de más de una solterona literaria y de una señorona viuda de la gran pantalla), Hera jamás fue una plasta.* La energía y la determinación con que se enfrentó a un dios que podría haberla desintegrado con un rayo demuestran confianza en sí misma además de valentía.

Le tengo mucho aprecio a Hera y, aparte de que estoy convencido de que en su presencia tartamudearía, me ruborizaría y tragaría saliva como un bobo, tiene en mí un devoto admirador. Otorgó a los dioses gravedad, peso y ese don inconmensurable que los romanos conocían como *auctoritas*. Si esto la hace pasar por una aguafiestas... bueno, pues a veces la fiesta ha de ser aguada y hay que llamar a los niños para que vuelvan del patio. Su campo particular fue el matrimonio; los animales que se asociaban con ella eran el pavo real y la vaca.

Durante el transcurso de la guerra contra los titanes, Zeus y ella terminaron siendo pareja de manera natural, y para el dios quedó claro que solo ella tenía la suficiente presencia, dignidad y autoridad para convertirse en su consorte y darle a luz nuevos dioses.

A pesar de resquebrajarse a fuerza de tensiones, impaciencia y desconfianza, el suyo fue un gran matrimonio.

Un nuevo hogar

La ambición de Zeus de una nueva era, una nueva repartición del cosmos, conllevaba más que una simple distribución de poderes y terrenos entre sus hermanos y hermanas. Zeus tenía en mente algo más ilustrado y racionalmente constituido que las sangrientas y brutales tiranías precedentes.

Imaginó una asamblea de doce dioses mayores –un *dodecatheon*, como se dijo a la griega para sí mismo–.* Hasta el momento hemos conocido a seis, los hijos de Crono y Rea. Ya existía otra deidad a la que acudir, desde luego, una más vieja que el resto, Afrodita, la que surgió de la espuma. En cuanto estalló la Titanomaquia, Zeus recogió a Afrodita en Chipre, consciente de que podía suponer un alto precio si los titanes la secuestraban, pedían un rescate

por ella o la reclutaban. A lo largo de los últimos diez años había vivido tranquilamente entre ellos y así los dioses eran siete.*

Si los titanes habían hecho de Otris su montañoso hogar, Zeus escogió ahora como cuartel general el monte Olimpo, el pico más alto de Grecia. Sus dioses y él serían conocidos como los OLÍMPICOS, y gobernarían como ningún otro ser había gobernado hasta entonces.

La piltrafa

Hera estaba embarazada cuando los dioses se mudaron al Olimpo. No cabía en sí de gozo. Su ambición era parirle a Zeus hijos de tan esplendoroso poder, fuerza y belleza que su lugar como Reina del Cielo quedase asegurado por toda la eternidad. Sabía que Zeus era muy de sacar a pasear la mirada y estaba decidida a no permitir que sacase a pasear ninguna otra parte de su cuerpo. Primero daría a luz al más fabuloso de los dioses, un niño al que llamaría HEFESTO, y después Zeus se casaría con ella como mandaban los ritos y se sometería a su voluntad para siempre. Este era su plan. Sin embargo, los planes de los inmortales dependen de las crueles artimañas de Moros tanto como los planes de los mortales.

Cuando llegó la hora, Hera se tumbó y nació Hefesto. Para su desazón, la criatura resultó ser tan atezada, fea y diminuta que, tras echarle un vistazo asqueado, la agarró y la lanzó montaña abajo. Los demás dioses vieron rebotar al bebé berreante en un precipicio y desaparecer luego en el mar. Se hizo un silencio horrendo.

Enseguida sabremos qué le sucedió a Hefesto, pero por el momento quedémonos en el Olimpo, donde Hera pronto volvió a estar embarazada de Zeus. Esta vez se cuidó a conciencia, comió alimentos saludables e hizo ejercicio suave pero regular, según todos los preceptos y prácticas recomendados para el embarazo y el parto. Quería un hijo de verdad, no aquella piltrafa que había tenido que tirar nada más verla.

Es la guerra

A su debido momento, Hera logró parir el chiquillo saludable, fuerte y guapo en el que había puesto sus esperanzas.

ARES, porque así lo llamó, fue desde el principio un chaval belicoso, violento y agresivo. Buscaba pelea con todo el mundo y no pensaba más que en el fragor de las armas y los caballos, en cuadrigas, lanzas y artes marciales. Era natural que Zeus, a quien le desagradó el muchacho desde un primer momento, le diese el puesto de dios de la guerra.

Ares –MARTE para los romanos– era poco inteligente, por supuesto, tremendamente burro y nada imaginativo, pues, como es bien sabido, la guerra es estúpida. Aun así, incluso el propio Zeus convino a regañadientes en que el Olimpo necesitaba de su incorporación. La guerra puede ser estúpida, pero también es inevitable y a veces –¿nos atreveremos a decirlo? necesaria.

A medida que Ares maduraba con toda celeridad, se vio irresistiblemente atraído por Afrodita –¿y qué dios no?–. Todavía más desopilante, quizás, es el hecho de que ella se sintiese igualmente atraída por él. Lo amaba, de hecho; su violencia y su fuerza apelaban a algo recóndito de su ser. Él, por su parte, acabó amándola, en el grado en que un cafe violento pueda ser capaz de amar. Amor y guerra, Venus y Marte, siempre han compartido una sólida afinidad. Nadie sabe bien por qué, pero se ha ganado muchísimo dinero intentando encontrar la respuesta.

El trono encantado

A fin de cimentar su posición como la universalmente reconocida Reina del Cielo e indisputable consorte de Zeus, Hera se sintió en la necesidad de instituir una celebración nupcial, una ceremonia para el gran público que la ligase por toda la eternidad en matrimonio a Zeus.

El doble impulso de propiedad y ambición de Hera motivaba casi todo lo que hacía. Le había complacido ver que su hijo se enamoraba de Afrodita, aunque no confiaba en la diosa. Si Afrodita accedía a comprometerse públicamente con Ares, igual que Zeus iba a hacer con Hera, entonces la cosa adquiriría carácter vinculante y oficial, y estamparía un sello permanente

sobre su triunfo. La primera boda del mundo, por lo tanto, formalizaría dos matrimonios.

Se fijó una fecha y se enviaron invitaciones. Empezaron a llegar regalos, el más espectacular de los cuales, convinieron todos, fue una maravillosa silla de oro dirigida personalmente a Hera. Jamás se había visto un objeto tan espléndido y magnífico. Quienquiera que fuese el remitente anónimo era obvio, declaró Hera, que tenía el más exquisito de los gustos. Sonriendo satisfecha, se sentó en el trono. Al instante los reposabrazos cobraron vida y se volvieron hacia dentro, aferrándola en un estrecho abrazo. Por más que forcejeó no fue capaz de escaparse, los reposabrazos se habían cerrado a su alrededor y estaba atrapada. Sus gritos eran espantosos.

El cojo

Hay dudas, desacuerdos y especulaciones sobre qué le sucedió a Hefesto después de que lo arrojasen desde el cielo. Hay quien dice que al dios niño lo cuidó la titánide Tetis, madre de Eurínome, o quizás TETIS, una nereida (hija de Nereo y Doris) que muchos años más tarde habría de dar a luz a AQUILES. Lo que parece seguro, sin embargo, es que Hefesto se crió en la isla de Lemnos, donde aprendió a forjar el metal y a fabricar exquisitos y complicados objetos. Pronto demostró un talento excepcional para construir artefactos útiles, ornamentales e incluso mágicos, cosa que –unida a su estentórea voz y a una aparente inmunidad a quemarse con el intenso calor de las forjas– se combinó para hacer de él el más fabuloso de los herreros.

Al caer rebotando por la ladera del Olimpo se había hecho daño en un pie, cosa que le valió una cojera permanente. Con aquellos andares extraños, aquel semblante levemente retorcido y el pelo negro rizado en desorden, tenía una pinta terrorífica. Sin embargo, su reputación terminó siendo de lealtad, amabilidad, buen humor y temperamento equilibrado. La mitología griega está repleta de niños arrojados al bosque o abandonados a la muerte en las cimas de las montañas, bien a causa de una profecía que dictaba que algún día traerían el desastre a sus padres, a su tribu o ciudad, o bien por ser considerados malditos, feos o deformes. Estos parias parecen sobrevivir

siempre y vuelven para cumplir la profecía o recuperar sus derechos naturales.

Hefesto ansiaba regresar al Olimpo, que sabía era su hogar por derecho, pero era consciente de que nunca podría hacerlo sin rencores ni con normalidad, a menos que se decidiese a realizar un calculado acto de venganza que demostrase la potencia de su personalidad, su derecho a la divinidad y sirviese como salvoconducto para el cielo.

De modo que, mientras aprendía su oficio y trabajaba en sus vociferaciones, su ágil y astuta mente urdió un plan que sus ágiles y astutos dedos convertirían en asombrosa realidad.

La mano de Afrodita

Bien atada en su dorado trono, Hera chillaba con rabia y frustración. Ni su poder, ni siquiera el del mismísimo Zeus, habían sido capaces de librarla de su maldición. ¿Cómo iba a invitar al mundo inmortal a una fiesta en la que habría de permanecer clavada en su asiento como una delincuente en el cepo? Sería grotesco y humillante. Sería el hazmerreír de todos. ¿Qué magia era aquella? ¿Quién le había hecho aquello? ¿Cómo podría librarse del conjuro?

El desventurado Zeus, acribillado por una ráfaga chillona de preguntas y lamentos, buscó ayuda en el resto de los dioses. Quien se las arreglase para liberar a Hera, proclamó, podría tomar la mano de Afrodita, la mayor recompensa matrimonial existente.

Ares puso el grito en el cielo al oír este perentorio decreto. ¿No se daba por hecho que él había de casarse con Afrodita?

–Cálmate –dijo Zeus–. Tú eres más fuerte que todos los demás dioses juntos. Vuestra unión no corre peligro.

Afrodita también confiaba en ello e insistió a su amante para que lo intentara con palabras de ánimo. Pero los tirones, golpes y maldiciones de Ares no surtieron el más mínimo efecto. Si acaso, parecía que cuanto más tiraba, más estrechamente agarraba el trono a Hera. Poseidón (pese a tener ya a Anfítrite por esposa) hizo un enérgico intento que también quedó en nada.

Incluso Hades emergió del inframundo para probar suerte liberando a Hera de su cada vez más bochornoso apuro. Todo sin éxito.

Cuando el propio Zeus tironeaba frenética e inútilmente de los reposabrazos del trono, soportando todavía más insultos de la humillada y colérica Hera, una tos cortés pero insistente interrumpió la conmoción. Los dioses congregados se dieron la vuelta.

En el mismísimo salón del cielo, con una amable sonrisa en el rostro asimétrico, estaba plantado Hefesto.

–Hola, madre –dijo–. ¿Problemillas?

–¡Hefesto!

Avanzó cojeando.

–¿Puede ser que haya oído que se ofrece no sé qué recompensa...?

Afrodita bajó la mirada mordiéndose un labio. Ares gruñó y se abalanzó hacia el cojo, pero Zeus lo agarró. Los demás dioses se apartaron para que la fea criatura se acercase renqueando hasta donde Hera se sentaba prisionera de los reposabrazos de su trono dorado. Al contacto de sus dedos, los reposabrazos del trono de oro se abrieron de par en par y Hera quedó libre.* Se puso en pie, se colocó bien la toga y se enderezó de un modo que reveló a todo el mundo que la situación había estado bajo control todo el tiempo. El rubor afluyó a las mejillas de Afrodita. ¡No podía ser!

Fue un instante de dulce venganza para Hefesto, pero su buen talante natural le impidió regodearse. A pesar de –o tal vez precisamente por– las muestras de rechazo que había soportado toda su vida, no lo movían la ira ni el resentimiento, sino un simple deseo de complacer, de ser de utilidad y hacer disfrutar a los demás. Era consciente de su fealdad y de que Afrodita no lo amaba. Sabía que si la reclamaba como recompensa ella lo traicionaría y se colaría cada dos por tres en la cama de su hermano Ares. Pero estaba feliz simplemente con verse en casa.

En cuanto a Hera, en lugar de darse por enterada de la revancha por su cruel y antinatural traición del instinto maternal, mantuvo un digno y gélido silencio. En el fondo prevalecía un sentimiento de orgullo por su primogénito, y con el tiempo acabó amándolo sinceramente, al igual que el Olimpo entero.

Hefesto crearía regalos para Afrodita y para todos los dioses y demostraría

ser un digno miembro de los doce. Se le entregó un valle entero de la montaña para instalar su forja. Habría de convertirse en el taller más grande y más productivo del mundo. Escogió como ayudantes a los cíclopes, artesanos del más alto nivel ya de por sí, como hemos visto. Todo lo que todavía no sabía Hefesto se lo podían enseñar ellos, y juntos, trabajando a las órdenes del dios, fabricarían objetos extraordinarios que cambiarían el mundo.

Hefesto –dios del fuego, y de los herreros, artesanos, escultores y trabajadores metalúrgicos– estaba en casa. Su nombre latino es VULCANO, que pervive en los volcanes y en el caucho vulcanizado.*

El banquete nupcial

Se enviaron nuevas invitaciones a la boda de Zeus y Hera, corregidas presurosamente para incluir la de Afrodita y Hefesto. Todos los convocados al doble enlace aceptaron con emocionada satisfacción. Jamás se había visto cosa igual en toda la creación, pero es que hasta entonces la creación no había visto a una diosa como Hera, con aquel tremendo sentido de la propiedad y aquella denodada inclinación por el orden, la ceremonia y el honor familiar.

Las ninfas de los árboles, ríos, brisas, montañas y océanos no hablaron de nada que no fuese la boda durante semanas. También los espíritus de la floresta –los rijosos faunos, así como las dríades y hamadriades de dura corteza– se encaminaron hacia el Olimpo desde todos y cada uno de los bosques, sotos y arboledas. Para celebrar las nupcias, Zeus llegó al punto de perdonar a algunos de los titanes. No a Atlas, desde luego, ni al tanto tiempo exiliado Crono, sino a los menos amenazadores y violentos; Jápeto e Hiperión, entre otros, fueron perdonados y recobraron su libertad.

Para añadir diversión a una ocasión ya de por sí esperada con ansia, Zeus propuso un reto: aquel que inventase el mejor y el más original de los platos del banquete podría pedirle cualquier favor. Los inmortales menores y los animales se volvieron locos de emoción con aquella oportunidad para brillar. Ratones, ranas, lagartos, osos, castores y pájaros a una inventaron recetas para presentarlas a Zeus y a Hera. Hubo tartas, bollos, galletas, sopas, terrinas de piel de anguila, cremas de musgo y moho... Todo lo dulce, salado, amargo,

agrio y sabroso habido y por haber se colocó en unas mesitas sobre caballetes para que el Rey y la Reina de los Dioses lo juzgaran.

Pero primero tuvo lugar la boda. Afrodita y Hefesto fueron casados, luego Hera y Zeus. El servicio lo celebró con encantadora sencillez Hestia, que ungió a los cuatro con aceites aromáticos, los impregnó de humos perfumados y cantó himnos al compañerismo, la solidaridad y el respeto mutuo con una voz grave y musical. Familia e invitados contemplaban aquello, muchos sorbiendo por la nariz y pestañeando para contener las lágrimas. Un fauno que cometió el error de tacto de comentar entre sollozos contenidos que Afrodita y Hefesto hacían una pareja encantadora recibió un rápido y violento golpe en la espalda por parte de un enfurecido Ares.

Una vez cumplido el asunto oficial, era hora de averiguar quién era el ganador de la fabulosa competición culinaria. Zeus y Hera se pasearon lentamente de aquí para allá olisqueando, toqueteando, hurgando, probando, sorbiendo y chupando entre los participantes como críticos de cocina profesionales. Los competidores tras las mesas desmontables contenían el aliento. Cuando Zeus asintió aprobadoramente hacia una temblequeante gelatina de hibisco, escarabajo y avellana, su autora, una joven garza llamada Margarita, pegó un chillido de entusiasmo y se desmayó en el acto.

Pero no fue para ella el premio. La ganadora fue la igualmente modesta aportación de una tímida criaturilla llamada Melisa. Ofreció a los dioses una diminuta ánfora casi llena hasta el borde de un líquido pegajoso ambarino.

–Ah, sí –dijo Zeus metiendo un dedo y asintiendo con gesto experto y aprobador–. Resina de pino.*

Pero no era resina de pino lo que contenía el tarrito, sino otra cosa. Algo nuevo. Algo viscoso sin ser un unguento, de movimiento lento sin ser demasiado denso, dulce sin ser empalagoso y perfumado con un aroma que enloquecía de placer los sentidos. Melisa lo llamaba «miel». A Hera se le antojó que, al probar una cucharada, el más esplendoroso aroma del prado florido y las hierbas de la montaña bailaban y canturreaban en su boca. Zeus lamió el reverso de la cuchara y profirió un hummm extático. Marido y mujer se miraron y asintieron. No hizo falta decir más.

–A ver, el... ehmm... el nivel este año... ha sido más que alto –dijo Zeus–.

Bien por todos. Pero la reina Hera y yo estamos de acuerdo. Esta... eeh... *miel* se lleva el primer premio.

El resto de las criaturas, tratando de ocultar su decepción, pusieron expresiones de conformidad y satisfacción mientras formaban un gran semicírculo y contemplaban a Melisa dar un salto adelante para recibir su premio: un deseo que el Rey de los Dioses en persona haría realidad.

Melisa era muy pequeña y todavía lo parecía más al acercarse al podio del ganador. Voló (porque volaba, a pesar de las redondeces y bultos que nos harían pensar lo contrario) tan cerca de la cara de Zeus como se atrevió y le dijo zumbando lo siguiente:

–Temido señor, me satisface que os guste este manjar mío, pero he de deciros que es extraordinariamente difícil de fabricar. He de volar de flor en flor para recoger el néctar de lo más hondo. Todo el día, mientras Éter me proporciona la luz necesaria para ver, tengo que andar sorbiendo, rebuscando y volviendo al nido, sorbiendo, rebuscando y volviendo al nido, recorriendo a menudo grandísimas distancias. Y aun así, al acabar el día, no reúno más que una cantidad minúscula de néctar para convertirlo (por medio de un proceso secreto) en lo que tanto os ha gustado. Llenar solo esa pequeña ánfora que sostenéis en la mano me ha llevado cuatro semanas y media, así que ya veis que se trata de un asunto de lo más laborioso. El olor de la miel es tan intenso, tan arrebatador, que muchos acuden a saquear mi nido. Lo hacen con total impunidad, dado que soy pequeña y lo único que puedo hacer es zumbar furiosa y gritarles que se larguen. Imaginaos, una semana entera de trabajo echada a perder con solo el zarpazo de una comadreja o el lametón de un oseño. Lo único que necesito es un *arma*, majestad. Habéis dotado al escorpión, que no elabora alimentos, con un aguijón mortal, y a la serpiente, que no hace más que tumbarse al sol todo el día, le habéis otorgado una mordedura venenosa. Dadme, gran Zeus, un arma parecida. Un arma fatal, que mate a quien se atreva a robar mi preciada provisión de miel.

Las cejas de Zeus se unieron en un oscuro y preocupado ceño. El cielo retumbó y unas nubes negras empezaron a arracimarse e inflarse sobre sus cabezas. Los animales comenzaron a inquietarse, observando alarmados cómo disminuía la luz y unas ondas de viento removían los manteles festivos y arrugaban las resplandecientes togas de las diosas.

Zeus, como la mayoría de los seres ocupados e importantes, no tenía paciencia con los puntillosos ni con la autocompasión. ¿En serio aquella estúpida criaturilla voladora le estaba pidiendo un aguijón mortal? Bueno, pues se iba a enterar.

–¡Insecto mezquino! –atronó–. ¿Cómo te atreves a exigirme un premio tan monstruoso? Un talento como el tuyo ha de ser compartido, no acaparado celosamente. No solo te negaré esta petición...

A Melisa se le escapó un agudo refunfuño de contrariedad.

–¡Pero habéis dado vuestra palabra!

Se oyó un respingo de los reunidos al completo. ¿De veras se había atrevido aquella criatura a interrumpir a Zeus y cuestionar su honor?

–Disculpa, pero creo que me darás la razón si te digo que yo anuncié –gruñó el dios con una contención gélida mucho más aterradora que cualquier estallido de ira– que el ganador podría *pedirme* un favor. No prometí que yo fuese a *concedérselo*.

Las alas de Melisa se plegaron decepcionadas.*

–No obstante –dijo Zeus alzando una mano–, a partir de este momento te será más fácil hacer acopio de miel, pues decreto que no trabajarás sola. Serás reina de una colonia entera, un enjambre de sujetos productivos. Es más: *he* de concederte un aguijón fatal y doloroso.

Las alas de Melisa se enderezaron alegremente.

–Pero –prosiguió Zeus– si bien producirás un tremendo dolor a quien aguijonees, serás tú y las de tu especie quienes moriréis tras picar. Así sea.

Otro trueno retumbante y el cielo comenzó a despejarse.

De inmediato, Melisa notó un extraño movimiento en su interior. Miró hacia abajo y vio que algo largo, delgado y afilado como una lanza emergía del extremo de su abdomen. Era un aguijón, tan puntiagudo como una aguja pero acabado en una retorcida y horrible púa. Con una brusca contorsión, un zumbido y un último quejido se fue volando.

Mélissa sigue siendo el término griego para «abeja», y es cierto que su aguijón es un arma suicida, un último recurso. Si una abeja se escapa volando después de que la púa quede alojada en la piel horadada de su víctima, se arranca las entrañas en el esfuerzo de liberarse. La avispa, menos útil y diligente, no cuenta con esa púa, de manera que puede administrar su

picadura tantas veces como le plazca sin ponerse en peligro. Pero las avispas, por más irritantes que sean, jamás hicieron peticiones egoístas y presuntuosas a los dioses.

También es cierto que la ciencia llama *himenópteros* al orden de los insectos al que pertenece la abeja, que en griego significa «alas de boda».

Alimento de los dioses

Tal vez fue algo más que mal humor e impaciencia lo que hizo que Zeus castigase a Melisa –cuya miel era de verdad fabulosamente deliciosa– con tanta severidad. Tal vez fue política. El mundo de los inmortales en pleno estaba allí para ser testigo del momento. Había sido una lección de la implacabilidad del Rey de los Dioses.

El silencio que se hizo ahora en el banquete de bodas era tan sombrío e intimidatorio como las nubes tormentosas que poco antes se habían formado. Zeus alzó el ánfora de miel sobre su cabeza.

–Por mi reina y amada esposa bendigo esta ánfora. Jamás se vaciará. Nos alimentará por toda la eternidad. Todo aquel que coma de esta miel no envejecerá ni morirá. Será el alimento de los dioses y, cuando se mezcle con el jugo de las frutas, habrá de ser la bebida de los dioses.

Estallaron los vítores, salieron volando bandadas de palomas, las nubes y el silencio se dispersaron. Las musas Calíope, Euterpe y Terpsícore se adelantaron y dieron palmas. Sonó la música, se cantaron himnos de alabanza y comenzó la danza. Se rompieron muchos platos en pleno éxtasis, una tradición que todavía hoy se estila allí donde se reúnen griegos a comer, celebrar y cobrar a los turistas.

El término griego para «inmortal» es *ambrotos*, e «inmortalidad» es *AMBROSÍA*, que se convirtió en el nombre para aquella miel bendita en concreto. En su forma fermentada bebible la llamaron *NÉCTAR*, en honor de las flores que lo producían.

El mal Zeus

La copa de Hera se desbordaba, en sentido literal, en ese instante –puesto que una atenta náyade le estaba llenando el cáliz de néctar hasta el borde–, pero también en sentido figurado. Su hijo mayor se había casado esplendorosamente y Zeus le había hecho juramento de fidelidad y lealtad ante lo más granado del mundo.

No se dio cuenta de que, incluso en aquel preciso instante, su insaciable señor estaba mirando con ojos lujuriosos cómo bailaba LETO, una ninfa hermosísima de la isla de Kos.* Leto era hija de los titanes Febe y Ceo, beneficiarios agradecidos de la reciente amnistía de Zeus y presentes en el banquete.

Una voz murmuró al oído de Zeus: «Estás pensando que mi prima Leto te debe la vida y que por lo tanto debería estar dispuesta a compartir tu lecho.»

Zeus levantó la mirada hasta los ojos sabios y divertidos de su tutora Metis, la oceánide cuya astucia, habilidad y perspicacia no tenían parangón en ninguna parte. Metis, a quien todavía amaba y quien seguramente seguía amándolo a él. Su sangre, ya entibiada por el néctar y la ambrosía, había sido calentada todavía más por la danza y la música.* La chispa que siempre había saltado entre Metis y él amenazaba con inflamarse en un tremendo fuego.

Ella lo advirtió y levantó una mano.

–Nunca, Zeus, nunca. He sido como una madre para ti. Además, es el día de tu boda..., ¿es que has perdido el sentido más elemental de la decencia?

Lo más elemental de la decencia era exactamente lo que Zeus había perdido. Tocó a Metis bajo la mesa. Ella, alarmada, se apartó. Zeus se levantó y la siguió. Ella apretó el paso, giró en una esquina y salió disparada ladera abajo.

Zeus corrió persiguiéndola, y se transformó primero en un toro, luego en un oso, luego en un león y después en un águila. Metis se escondió bajo una acumulación de rocas en lo más profundo de una cueva, pero Zeus, convertido en una serpiente, se las arregló para colarse por una grieta en las rocas y enroscarse alrededor de ella.

Metis siempre había amado a Zeus, así que, extenuados los dos y conmovida por su insistencia, acabó consintiendo. Sin embargo, incluso en el momento en que ambos alcanzaban juntos el placer, algo preocupaba a Zeus.

Una profecía que había oído a Febe. Algo sobre un hijo de Metis que se levantaría para derrocar al padre.

Después, en modo charla entre compañeros de cama, empezaron a hablar sobre transformaciones –*metamorfosis*, como las llaman los griegos–. Sobre cómo un dios o un titán podía ser capaz de convertir a otros, o a sí mismos, en animales, plantas e incluso en objetos sólidos, tal y como Zeus acababa de hacer mientras perseguía a Metis. Ella lo felicitó por su destreza y su arte.

–Sí –dijo Zeus con cierto pundonor–. Te he perseguido como toro, oso, león y águila, pero ha sido bajo la guisa de serpiente como te he capturado. Tienes reputación de astuta y habilidosa, Metis, pero he sido más listo que tú. Admítelo.

–Ah, estoy segura de que podría haberte vencido. A ver, si me hubiese convertido en una mosca no me habrías atrapado, ¿no?

Zeus se rió.

–¿Tú crees que no? Qué poco me conoces.

–Venga, vamos entonces –le retó Metis–. ¡Cógeme!

Con un zumbido y un silbido se transformó en una mosca y salió disparada por la cueva. En un centelleo, Zeus se transformó en un lagarto y con el veloz gesto de una larga lengua pegajosa Metis (junto con cualquier hijo de Zeus que pudiese estar formándose ya en su vientre) fue a parar sin más a su interior. El ingrato hábito de Crono de comerse a cualquiera de quien hubieran profetizado que había de vencerlo parecía haber pasado a Zeus.

Cuando volvió al Olimpo bajo su forma corriente, felicitándose de cuánto más astuto que Metis era, la música y la danza estaban en su apogeo y su esposa no parecía haberse dado cuenta de nada.

La madre de todas las migrañas

El Rey de los Dioses tenía dolor de cabeza. No era una resaca del banquete de bodas, no era un dolor de cabeza en el sentido de problemas irritantes pendientes de resolver –de esos, como líder, tenía siempre muchos–, sino un dolor de cabeza en el sentido de un auténtico dolor en la cabeza. Y menudo dolor. El dolor aumentaba día tras día hasta que se vio sumido en el más

agudo, abrasador, cegador y aporreante sufrimiento que se hubiese padecido en la historia de todas las cosas. Puede que los dioses sean inmunes a la muerte, a envejecer y a muchos de los demás horrores que afligen y aterran a los mortales, pero no son inmunes al dolor.

Los rugidos, aullidos y chillidos de Zeus llenaban los valles, cañones y cuevas del continente griego. Retumbaban por las grutas, los acantilados y las calas de las islas hasta que el mundo se preguntó si los hecatónquiros habían salido del Tártaro y la Titanomaquia había vuelto a comenzar.

Los hermanos, hermanas y otros miembros de la familia de Zeus, preocupados, se apiñaron a su alrededor en la orilla, donde lo habían encontrado suplicándole a su sobrino Tritón, el primogénito de Poseidón, que lo ahogase en agua de mar. Tritón se negó a hacer tal cosa, así que todos se devanaron los sesos intentando pensar en otra solución mientras el pobre Zeus pataleaba y gritaba atormentado, estrujándose la cabeza entre las manos como si tratase de reventársela.

Entonces a Prometeo, el joven titán favorito de Zeus, se le ocurrió una idea que susurró a Hefesto, quien asintió entusiasmado antes de volver cojeando a su yunque tan deprisa como sus imperfectas piernas le permitían.

Lo que estaba sucediendo dentro de la cabeza de Zeus era bastante interesante. No era de extrañar que sufriese un dolor tan atroz, dado que la habilidosa Metis se afanaba dentro de su cráneo, fundiendo, cociendo y forjando una armadura y armas. En la variada, sana y equilibrada dieta del dios había suficientes metales, minerales, piedras raras y trazas de elementos como para encontrar en su sangre y sus huesos todos los ingredientes, todas las piedras y componentes que necesitaba.

Hefesto, que habría aprobado aquella metalistería rudimentaria pero efectiva, volvió a la atestada playa cargando con una enorme hacha, de dos hojas y de estilo minoico.

Prometeo convenció entonces a Zeus de que la única manera de aliviar su sufrimiento era quitarse las manos de las sienas, arrodillarse y tener fe. Zeus masculló algo sobre que lo malo de ser el Rey de los Dioses es que uno no tiene nadie por encima a quien rezar, pero cayó obedientemente de rodillas y esperó su destino. Hefesto se escupió alegre y confiadamente en las manos, agarró el sólido mango de madera y –mientras la multitud susurrante lo

observaba– dejó caer el hacha limpiamente con un veloz giro de muñeca contra el centro exacto del cráneo de Zeus, que casi se partió en dos.

Se hizo un silencio espantoso mientras todos miraban aquello con perplejo horror. La perplejidad horrorizada se volvió tremenda incredulidad y la incredulidad tremendo asombro desatado cuando vieron emerger del interior de la cabeza abierta de Zeus la punta de una lanza. Le siguieron las puntas de las plumas de una cresta bermeja. Los mirones contuvieron el aliento mientras con lentitud se alzaba ante sus miradas la silueta de una mujer enfundada en una armadura. Zeus bajó la cabeza –nadie podía estar seguro si de dolor, alivio, sumisión o de puro pasmo– y, como si su cabeza gacha fuese una rampa o una pasarela desplegada para ella, el glorioso ser descendió despaciosamente hasta la arena y se volvió hacia él.

Equipada con una armadura plateada, escudo, lanza y casco empenachado, observó a su padre con ojos de un gris hermoso e incomparable. Un gris que parecía irradiar una cualidad por encima de todas las demás: sabiduría infinita.

De uno de los pinos que jalonaban la línea de costa salió volando un búho que se posó en el reluciente hombro de la guerrera. De las dunas una serpiente esmeralda y amatista llegó reptando y se enroscó en su pie.

Con un sonido de ventosa levemente desagradable, la herida de la cabeza de Zeus se cerró y se curó por sí sola.

Quedó claro a todos los presentes que aquella nueva diosa estaba dotada de niveles de poder y personalidad que superaban los de todos los inmortales. Incluso Hera, que se dio cuenta de que la recién llegada solo podía ser fruto de un lío adúltero que tenía que haberse dado muy cerca de su día de bodas, se sintió tentada casi de arrodillarse ante ella.

Zeus contempló a la hija que tanto dolor le había causado y le sonrió cordialmente. Le vino un nombre a la cabeza y lo pronunció.

–¡Atenea!

–¡Padre! –dijo ella sonriendo cortésmente en respuesta.

Atenea

Las cualidades que encarnaba ATENEA* fueron las virtudes y logros fundamentales de la gran ciudad estado que llevó su nombre: Atenas. La sabiduría y la perspicacia eran herencia de la madre, Metis. La destreza manual, el arte de la guerra y el arte del liderazgo eran suyos. También la ley y la justicia. Participaba de los dominios del amor y la belleza que hasta entonces habían sido exclusivos de Afrodita. El tipo de belleza de Atenea se expresaba en su estética, en la aprehensión de su *ideal* en el arte, en la representación, el pensamiento y el carácter, más que en las capas más físicas, obvias y quizás superficiales que siempre serían patrimonio de Afrodita. El amor que simbolizaba Atenea también contaba con un énfasis menos físico y enardecido; era del tipo que más tarde sería conocido como «platónico». Los atenienses acabarían valorando estos atributos de Atenea por encima de todos los demás, igual que la valoraban a ella, su patrona, por encima de todos los inmortales existentes. Digo «existentes» porque – como descubriremos– otras dos deidades olímpicas todavía por nacer entrarían en juego a la hora de definir lo que iba a ser un ateniense y un griego.

En años venideros, Atenea y Poseidón se disputarían el patronazgo concreto de la ciudad de Cecropia. Poseidón clavó su tridente en la alta roca sobre la que estaban y produjo un manantial de agua de mar; un truco impresionante, pero la salinidad la relegó a poco más que la condición de una pintoresca fuente pública. El sencillo regalo de Atenea fue el primer olivo. Los ciudadanos de Cecropia, en su sabiduría, vieron los múltiples beneficios del fruto, el aceite y la madera y la escogieron a ella como deidad principal y protectora, y cambiaron el nombre de su ciudad por Atenas en su honor.*

En Roma se le rindió culto como MINERVA, aunque en realidad sin la conexión personal que los griegos sentían con ella. Sus animales preferidos eran el búho, ese símbolo majestuoso de prudente sabiduría, y la serpiente – bajo la guisa de la cual su padre había vencido a su madre–. El olivo, cuyo fruto tierno y versátil demostró ser toda una bendición para Grecia, también era sagrado para ella.*

La aparente dulzura de aquellos ojos grises contradecía un nuevo tipo de ideal en el que se combinaban el poder físico, la fuerza de carácter y la fortaleza de espíritu. No era inteligente hacerla enfadar. Además, si irritabas a Atenea, estabas irritando a Zeus. Aquel estaba prendado de su hija y era

incapaz de verle defecto alguno. Ares, el menos preferido de sus hijos, producía un interesante contraste con su nueva medio hermana. Ambos eran dioses de la guerra, pero los intereses de Atenea residían en la planificación, las tácticas, la estrategia y el inteligente arte de la guerra, mientras que Ares era un dios de batallas, combate y toda modalidad de lucha. Solo entendía la violencia, la fuerza, la agresión, la conquista y la coerción. Es inquietante, pero esencial, reconocer que ni uno ni otro eran tan poderosos como cuando actuaban juntos.

Atenea recibía a menudo el sobrenombre de PALAS, y como Palas Atenea protegía su ciudad, Atenas. El símbolo de su tutela se denominó *palladium*, una palabra que a saber cómo ha encontrado su lugar a la hora de poner nombre a los teatros, además de darnos el elemento químico «paladio». La Palas original era una de las hijas del dios marino Tritón, y una apreciada compañera de infancia de Atenea. Jugaban juntas medio en serio a guerrear. En una ocasión en que Palas estaba venciendo a Atenea, Zeus (siempre vigilante y protector de su predilecta) intervino y, con un rayo, dejó a Palas inconsciente. Atenea, por pura inercia, le dio el golpe de gracia y mató a su amiga. A partir de entonces y para siempre, llevó el nombre de Palas como triste homenaje de su afecto y arrepentimiento duraderos.

Atenea, al igual que Deméter, nunca fue tocada por un hombre.* Su vida de soltería y desprovista de infancia y su relación juvenil con Palas han llevado a algunos a sostener que debemos considerarla un símbolo del amor homosexual femenino.

Metis interna

Cuando Zeus engañó a la madre de Atenea para que se convirtiese en mosca y así poder usar su lengua de lagarto y envolverla, Metis fue extrañamente ingenua. O eso pareció.

Lo cierto es que para nada la habían engañado. Lo suyo sí que había sido un ardid. Metis significa «destreza» y «artimaña», al fin y al cabo. Se había dejado tragar por Zeus muy deliberadamente –más aún: lo había embaucado para que lo hiciese—. Vio que si sacrificaba su libertad y se quedaba dentro de

él para siempre podría asumir el papel de sabia consejera, una especie de *consigliere*, capaz de asesorarlo entre susurros por los siglos de los siglos. Le gustase o no a él.

Aquellos que le dicen verdades al poder suelen acabar encadenados o en una tumba prematura, pero dentro de la cabeza de Zeus Metis nunca podría ser silenciada. Ejercería un prudente control sobre los excesos y pasiones precipitadas que a menudo amenazaban con meter en líos al dios del rayo. Sus estallidos de cólera, lujuria y celos necesitaban del equilibrio de una voz serena, una voz que aplacase sus instintos hasta conducirlos por canales más tolerantes.

Si Metis sacrificó su libertad por sentido del deber o de la responsabilidad, o por amor a Zeus, al que siempre había adorado, no lo puedo afirmar taxativamente. Me gusta pensar que fue una mezcla de las dos cosas. Servir y amar era, como podría decir un griego, su *moira*.

Combinada con otras características positivas de Zeus –el carisma,* el corazón, la astucia natural y (normalmente) un recto sentido de la justicia, la ecuanimidad y el derecho–, la sagaz orientación interior de Metis ayudó a convertirlo en un gran gobernador cuyos atributos superaban con creces a los de su padre y su abuelo, Crono y Urano. De hecho, Metis llegó a ser una parte tan importante de Zeus que a veces Homero se refería a este como *Metieta*: «sabio consejero».

Buscando refugio

La sabiduría, bajo la forma de Metis, susurraba en un oído de Zeus, pero por el otro siempre oía los enardecidos apremios de la pasión. Cuando se cruzaba con chicas y mujeres guapas –y a veces con jovencitos–, nada podía evitar que las persiguiese de una punta a otra de la tierra, aun cuando tuviese que transformarse en un sinfín de animales. Cuando la lujuria se adueñaba de Zeus, Metis no tenía más control sobre él del que un susurro tiene para calmar una tempestad, mientras que los chillidos enfurecidos de celosa rabia de Hera no tenían más poder para retenerlo que los aleteos de una mariposa para inflar las velas de un navío.

He comentado que la mirada apasionada de Zeus ya había recaído una vez en Leto, hija recatada de los titanes Febe y Ceo. Imagino que «recatada» es un adjetivo molesto de oír aplicado a una misma (después de todo, raramente oímos hablar de hombres recatados), pero Leto iba a convertirse en una deidad menor que representaría precisamente la cualidad de modesta dignidad que el término «recatada» evoca.* Aun así, Zeus pronto la persiguió y obtuvo lo que deseaba de ella.

Como titánide poco dada a la ostentación, Leto (LATONA para los romanos) fue luego adorada como una diosa de la maternidad y ejemplo de modestia. Tal vez fue en honor de un embarazo que, una vez que Zeus acabó con ella, resultó ser un triunfo mayestático contra la adversidad. Porque cuando Hera descubrió que su marido había dejado encinta a Leto, ordenó a su abuela Gea que le negase a Leto tierra alguna donde dar a luz. Ya era suficientemente exasperante que la ilegítima Atenea hubiese ganado prioridad en los afectos de Zeus por encima de sus nobles y queridos hijos Hefesto y Ares (parecía haber olvidado, en su repentino estallido de amor maternal hacia el primogénito, que en su día lo lanzó desde lo alto de los cielos), y no estaba dispuesta a permitir que otro diosecillo bastardo viniese a colarse a la fuerza y a perturbar el orden idóneo del Olimpo. En Hera hay tantas cosas que recuerdan a Livia, la esposa del emperador romano Augusto, o a las esposas de ciertos reyes británicos y padrinos mafiosos... Siempre velando por las dinastías y las estirpes, siempre dispuestas a hacer lo que sea por el honor y por la familia, el linaje y el legado.

Sin derecho a recalar, la pobre y joven Leto embarazada navegó por los mares en busca de un lugar donde parir. Intentó encontrar refugio entre los salvajes hiperbóreos, que habitaban más allá de Bóreas,* pero aquellos, temiendo la cólera de Hera, no la dejaron quedarse. A la deriva en todos los sentidos, Leto lanzó súplicas a Zeus, que era en primera instancia quien la había metido en aquel espantoso trance; pero, como Rey de los Dioses, su autoridad consistía en aceptar y respaldar el derecho del resto de los dioses a gobernar sus propias esferas y ejercer su voluntad. No podía interferir ni revocar el edicto de Hera ni deshacer su horroroso conjuro. Los líderes, reyes y emperadores siempre se quejan de ser los menos libres, y algo de verdad hay en ello. Gracias a su poderío y majestuosidad, Zeus, desde luego, siempre

se veía constreñido por los principios de consenso y responsabilidad colectiva del gabinete gubernamental que le permitían gobernar.

Lo mejor que se le ocurrió para Leto en aquel momento fue convencer a su hermano Poseidón de que provocase una crecida de las olas que guiase el barco hasta Delos, una isleta deshabitada que flotaba en los remolinos y contracorrientes de las Cícladas, sin anclaje en el fondo del mar y, por lo tanto, inmune a la maldición de Hera.

¡Gemelos!

Leto arribó exhausta a la isla flotante de Delos prácticamente con la energía justa para arrastrarse por las dunas hasta un refugio entre una arboleda dispersa de pinos que ribeteaba la orilla. Las pocas bayas y hierbas que pudo comer no alimentaban la vida pujante que notaba sacudirse en su interior, así que se abrió paso hasta un valle verde que vio a lo lejos. Allí, bajo el monte Cintos, subsistió durante un mes a base de frutas y semillas, viviendo como un animal salvaje pero a salvo de la maldición de Hera. Se le hinchó la barriga tanto durante este tiempo que temió llevar dentro un monstruo o un gigante. Pero aun así buscó comida, comió y descansó, buscó comida, comió y descansó.

Un día las punzadas de hambre dieron paso a unas nuevas y más agudas cuchilladas de dolor. Sola y sin ayuda, Leto dio a luz a una niña, el más precioso de los retoños hasta la fecha.* Leto le puso el nombre de ARTEMISA con un jadeo. Fuerte, dotada de una agilidad asombrosamente mercurial y de una fuerza elástica, la niña se puso manos a la inmediata y milagrosa obra ya en su primer día de vida. Puesto que Leto comprendió entonces por qué su embarazo había sido tan duro y pesado: llevaba dentro otro niño, y aquel segundo gemelo se había atascado de lado en el canal de parto, produciéndole tremendos sufrimientos. Artemisa demostró poseer un sentido instintivo de cuál era la manera más sencilla de parir un niño y asistió a su madre en el nacimiento de un magnífico gemelo.

Madre e hija exclamaron con jubilosa sorpresa cuando el niño soltó su primer llanto. Porque el pelo de la cabeza no era negro como el azabache

igual que el de la hermana o la madre, era rubio –herencia de su abuela materna, la brillante Febe–. Leto llamó al chico APOLO. «Apolo de Delos», lo llamaban a veces en honor a su lugar de nacimiento, y «Febo Apolo» por deferencia hacia su abuela titánide y a su propia belleza radiante y dorada, puesto que Febo significa «el brillante».

Artemisa

Zeus amaba a Artemisa casi tanto como amaba a Atenea, así que se esforzó mucho en protegerla de la cólera de Hera, que no podía soportar la contemplación de otro hijo fruto del adulterio, sobre todo de uno al que consideraba un marimacho y una vergüenza para la dignidad de la divinidad femenina.

Una tarde, cuando Artemisa todavía era una chiquilla, Zeus se la encontró cazando y liberando juguetonamente ratoncitos y ranas entre los matorrales de la falda del monte Olimpo. Se sentó en una roca a su lado y se la puso en una rodilla.

Ella le tiró de la barba mientras le preguntaba:

–Papá, ¿tú me quieres?

–¡Artemisa, menuda pregunta! Ya sabes que sí. Sabes que te quiero con todo mi corazón.

Si eres la hija de un traidor depravado no hay casi nada de lo que no puedas convencerlo. Artemisa retorció a Zeus entre sus dedos igual que le retorció los pelos de la barba.

–¿Me quieres lo suficiente como para concederme un deseo?

–Por supuesto, cariño mío.

–Hummm. Ahora que lo pienso, eso no es nada. Tú le concedes deseos a las ninfas y espíritus del agua más diminutos e insignificantes. ¿Me concederías varios deseos?

Zeus gruñó para sus adentros. El mundo entero parecía creer que ser el todopoderoso, sentarse en el trono del Olimpo y gobernar los cielos y la tierra era la tarea más fácil del mundo. ¿Qué sabían de culpabilidad paternal,

rivalidad entre hermanos, luchas de poder y esposas celosas? Complace a un miembro de la familia y enojarás a otro.

–¿Varios deseos? ¡Caray! Yo diría que tienes todo lo que una chica pueda desear, ¿no? Eres inmortal y una vez que alcances la plenitud de tu belleza ya no envejecerás jamás. Eres fuerte, lista, astuta y... ¡au! –Esta exclamación se debía a un pelo que le acababan de arrancar con cierta violencia de la barbilla.

–No son deseos difíciles, papá. Solo cosillas.

–Muy bien, escuchémoslos.

–No quiero tener jamás de los jamases novio ni marido, ni que un hombre me toque, ya sabes..., de esa manera...

–Sí, sí..., ejem..., lo comprendo perfectamente.

Aquella debió de ser la primera vez que Zeus se ruborizaba.

–También quiero un montón de nombres distintos, igual que mi hermano. «Apelativos», se llaman. También un arco, de los que él tiene una colección entera, me he fijado, y yo no por ser chica, cosa que es totalmente injusta. Al fin y al cabo soy la mayor. Hefesto me puede hacer uno realmente especial como regalo de cumpleaños igual que hizo con Apolo, un arco de plata con flechas de plata, por favor. Y quiero una toga hasta las rodillas para salir de caza, porque los vestidos largos son estúpidos y poco prácticos. No quiero el dominio sobre pueblos y ciudades, sino sobre laderas y florestas. Y sobre los ciervos. Los ciervos me gustan. Y sobre los perros, pero perros de caza, no esos perrillos falderos inútiles. Y, si fueses tan *tan* amable, me gustaría tener un coro de chicas que me cantasen alabanzas en templos y un grupo de ninfas que me paseasen a los perros y me cuidasen y me protegiesen de los hombres.

–¿Y ya está?

Zeus estaba medio mareado tras la retahíla.

–Creo que sí. Ah, y querría el poder de facilitar el parto a las mujeres. He visto lo doloroso que es. De hecho, sinceramente, es bastante asqueroso y quiero ayudarlas a que sea mejor.

–No veas. Solo te falta la luna, ¿eh?

–¡Ay, qué buena idea! La luna. Sí, ponme la luna, por favor. Con eso estará todo. No te volveré a pedir nada nunca más.

Zeus le concedió todos y cada uno de los deseos. ¿Cómo negarse?

Artemisa fue debidamente investida diosa de la caza y de los castos, de los indoctos y de los indómitos, de los perros y de los ciervos, de las parteras y de la luna. La reina de los arqueros y de las cazadoras creció hasta valorar su independencia y su celibato por encima de todas las cosas. La bondad con la que expresaba su compasión por las parturientas contrastaba con la ferocidad con la que perseguía a la presa y castigaba a cualquier hombre que considerase que se le había acercado demasiado. Temida, admirada y adorada de un extremo al otro del antiguo mundo, se la conoció algunas veces, en honor a su montaña natal, como CINTIA. Los romanos la llamaban DIANA. Su árbol era el ciprés. Si Atenea era diosa de las cosas cultivadas, fabricadas, elaboradas e inventadas, Artemisa –por su dominio sobre lo natural, lo instintivo y lo salvaje– figuró como su opuesta. Compartían, sin embargo – junto con Hestia–, una pasión por la castidad propia.

Apolo

Si Artemisa era plata, su gemelo Apolo era todo oro. Si Artemisa era la luna, él era el sol. Su aspecto radiante cautivaba a todo aquel que lo contemplase. Sus proporciones y rasgos característicos siguen siendo todavía hoy el ideal de cierto tipo de belleza masculina. Digo «cierto tipo», puesto que Apolo era impresionante no solo por su tez clara sino por su cara lampiña y su pecho sin vello, una rareza entre los griegos o sus dioses. Igual que Jacob en la Biblia era un hombre delicado, pero no por eso menos viril.

Apolo era señor de las matemáticas, la razón y la lógica. La poesía y la medicina, el conocimiento, la retórica y la ilustración eran sus campos. En esencia, era dios de la armonía. La idea de que el mundo básicamente material y sus objetos ordinarios tenían propiedades divinas y eran capaces de resonar con los cielos era apolínea, ya se expresase en las propiedades mágicas de los cuadrados, círculos y esferas o en la modulación perfecta y los ritmos de una voz o una cadena de razonamientos. Hasta el sentido y el destino mismos podían leerse en las cosas ordinarias si uno poseía el don. Apolo lo poseía de sobra, a lo que se añadía una incapacidad absoluta para mentir. Esto hizo de él la opción natural a la hora de buscar respuestas en

oráculos y profecías. La pitón era sagrada para él, por supuesto, y el laurel. Sus animales eran el delfín y el cuervo blanco.*

Quien confundiese la belleza dorada de Apolo con una señal de debilidad sería un tonto. Era un arquero notable y, cuando hacía falta, un guerrero tan brutal y salvaje como todos los del Olimpo: al igual que sus allegados, era capaz de crueldad, maldad, celos y desprecio. Sorprendentemente para un dios, fue adorado por los romanos bajo su nombre griego sin alteraciones. En el mundo antiguo, Apolo era Apolo allá donde fueses.

La cólera de Hera

En aquella isla flotante, los gemelos recién nacidos Apolo y Artemisa se vieron convertidos en el centro de las continuas iras de la Reina de los Cielos. Hera había hecho todo lo posible para evitar el nacimiento de aquellos recordatorios vivientes de la infidelidad de Zeus y su cólera frustrada al no conseguirlo no tenía límites. Así que volvió a intentarlo.

Cuando los gemelos tenían solo unos días de vida les envió una serpiente pitón a comérselos. ¿Os acordáis de la piedra de magnetita que Rea embarazada logró que Crono engullera en lugar del niño Zeus? ¿La que luego había vomitado y que Zeus lanzó por los aires desde Otris? Bueno, pues había aterrizado en un lugar llamado Pito, en las faldas del monte Parnaso. Incrustada en la tierra acabaría convirtiéndose en el Ónfalos o piedraumbilical de Grecia –el ombligo helénico, su centro espiritual y punto de origen–. En el lugar exacto donde cayó, a una orden de Gea, para quien aquel territorio ya era sagrado, había emergido del suelo una enorme serpiente parecida a un dragón que habría de ser la guardiana de la piedra. Tomando el nombre de su lugar de nacimiento se llamó Pitón, como muchas serpientes en su honor desde entonces.

Hera, en plena cólera, envió ahora a Pitón a la isla de Delos a matar a Leto y sus hijos. Zeus se arriesgó a enfurecerla aún más al susurrárselo al viento, que se lo contó al niño Apolo, quien a su vez envió un mensaje desesperado a Hefesto, suplicándole el mejor arco y las mejores flechas que su medio hermano pudiera fabricarle. Hefesto bregó en la forja siete días y siete

noches, al final de los cuales un arma de belleza y potencia sin parangón y siete flechas doradas fueron despachadas a Delos, justo a tiempo para que Apolo las cogiese, se escondiese tras las dunas y esperase la llegada de la inmensa serpiente. En cuanto Pitón emergió del mar y se deslizó por la arena Apolo se adelantó de su escondrijo y le atravesó un ojo con una flecha. Despedazó el cuerpo allí en la playa y lanzó un tremendo grito de victoria al cielo.

Pensaréis que Apolo tenía todo el derecho del mundo de proteger a su hermana, a su madre y a sí mismo de tan letal criatura, pero Pitón era ctónica –surgida de la tierra–, cosa que hacía de ella una hija de Gea y, por tanto, bajo su protección. Zeus sabía que tenía que castigar a Apolo por asesinar a la serpiente o perdería toda su autoridad.

En realidad, el castigo que escogió para Apolo no fue demasiado severo. Zeus exilió al joven dios durante ocho años al lugar de nacimiento de la serpiente, más allá del monte Parnaso, para que expiara su crimen. Además de sustituir al monstruo serpentino Pitón como guardián del Ónfalos, Apolo quedó encargado de organizar allí un torneo periódico de atletas. Los Juegos Píticos empezaron a celebrarse puntualmente cada cuatro años, al principio y al final de las competiciones olímpicas.*

Apolo también estableció en Pito (cuyo nombre cambió a Delfos)* un oráculo donde cualquiera podía ir a plantear al dios o a su sacerdotisa asignada (conocida a veces como sibila o pitia) preguntas sobre el futuro. En una especie de trance de éxtasis profético, la sacerdotisa se sentaba fuera del campo de visión del interrogador, encima de una sima en el suelo que conectaba con el mismísimo vientre de la tierra, y que hacía llegar ambiguos pronósticos a la cámara superior donde el angustiado peticionario esperaba a que se pronunciase. Por lo tanto, se consideraba que Apolo y la sibila extraían sus poderes oraculares en parte de Gea misma, la bisabuela del dios. Se dice que emergían vapores del suelo y que muchos resultaban ser el mismísimo aliento de Gea.* La fuente de Castalia burbujea allí, y se dice de sus aguas que inspiran poesía a quienes beben de ella o escuchan sus murmullos.*

Así que Apolo Délico pasó a ser Apolo Délfico. La gente sigue viajando a Delfos para preguntarle por su futuro. Yo mismo lo he hecho. Apolo nunca miente, pero tampoco da jamás una respuesta clara, porque le hace gracia

responder con otra pregunta o un acertijo tan complicado que solo se acaba de comprender cuando ya es demasiado tarde.

Para expiar el lamentable ataque de la manera adecuada y para permitir que la asesinada Pitón pudiese dormir el sueño eterno de la muerte en brazos de su madre Gea, Zeus acabó fijando el suelo que daba sepultura a la serpiente, la isla de Delos, a la tierra. Si bien ya no flota libremente, quienes visitan la isla pueden testimoniar que aún hoy es difícil navegar hasta ella, puesto que le asaltan a uno los vientos etesios y las traicioneras corrientes meltemi. Cualquiera que se dirija allí sufrirá, más que probablemente, un mal de mar tremendo. Es como si Hera todavía no hubiese perdonado a Delos por el papel que desempeñó en el nacimiento de los LETOIDES, los majestuosos gemelos Artemisa y Apolo.

Maya Maya

¿Cuántos olímpicos llevamos de momento? Hagamos un recuento rápido.

Zeus en el trono, con Hera a su lado, eso hacen dos. A su alrededor dan vueltas Hestia, Poseidón (a quien le agrada pisar tierra firme y vigilar a Zeus), Deméter, Afrodita, Hefesto, Ares, Atenea, Artemisa y Apolo: eso hacen once. Hades no cuenta porque se pasa todo el tiempo en el inframundo y no le interesa formar parte del *dodecatheon*. Once. Falta uno, por tanto, para que el Olimpo alcance su quórum de doce.

Apenas se habían calmado los ánimos y las gimientes recriminaciones por el desastre de la Pitón se habían reducido a enfurruñamiento y miradas hoscas, Zeus ya vio ante sí el camino despejado. Tenía que engendrar al decimosegundo y último dios. O, por decirlo de otra manera, su mirada calenturienta se posó en otra apetecible inmortal.

Durante la Titanomaquia, Atlas, el más fiero adalid de los titanes, había engendrado siete hijas con la oceánide PLÉYONE. En su honor, a las Siete Hermanas se las conocía como las PLÉYADES, aunque a veces, por respeto a su padre, podía uno dirigirse a ellas también como las ATLANTES.

La mayor y más encantadora de aquellas hermanas de ojos oscuros se llamaba MAYA. Vivía, como la tímida y alegre oréade que era, en las

apacibles laderas corintias del monte Cilene en la Arcadia. Alegre, por lo menos, hasta la noche en que el gran dios Zeus se le apareció y la dejó encinta. Con gran sigilo –puesto que el rumor de la saña de Hera contra cualquier hijo bastardo de Zeus se había extendido y atemorizaba a todas las chicas guapas de Grecia y más allá–, Maya dio a luz llegado el momento en una remota cueva oculta a un niño saludable al que llamó HERMES.

El niño prodigio

Hermes demostró ser el bebé más extraordinariamente vivaz y precoz que se hubiera visto. Al cuarto de hora de haber nacido ya se había recorrido gateando la cueva de una punta a otra mientras le iba comentando la jugada a su asombrada madre. Cinco minutos después había pedido una luz para inspeccionar mejor las paredes de la caverna. Al no proporcionársela, golpeó dos piedras sobre unas briznas de paja retorcidas y prendió una llama. Lo nunca visto. Entonces, poniéndose en pie (con menos de media hora de edad), aquel niño extraordinario anunció que se iba a dar un paseo.

–La angostura de esta gruta me angustia y me está dando una engorrosa claustrofobia –dijo, inventando a una la aliteración y la familia morfológica de «fobia» sobre la marcha–. Ya nos veremos. Tú ponte con tu punto o con tu calceta o lo que sea, madre, no te cortes.

Según descendía las pendientes del monte Cilene, aquel singular y sensacional prodigio empezó a tararear para sí. Su tarareo se tornó un melódico canto que el ruiseñor del bosque empezó a imitar de inmediato y desde entonces trata de reproducir.

Después de recorrer ni se sabe cuánto, se vio en un campo donde se topó con la maravillosa visión de un ganado de vacas blanquísimas pastando con las testas gachas bajo la luz de la luna.

–¡Oh! –soltó en un suspiro, extasiado–. Qué mumus más bonitas.

Porque pese a su precocidad no había dejado atrás todavía el habla infantil. Hermes contempló a las vacas y las vacas contemplaron a Hermes.

–Venid aquí –les ordenó.

Las vacas se lo quedaron mirando un momento, luego bajaron las cabezas

y continuaron pastando.

–Hummm. ¿Con que esas tenemos?

Hermes pensó un instante y cogió unas largas briznas de hierba que trenzó formando una suerte de versión bovina de las herraduras que colocó en cada una de las pezuñas de cada vaca. Envolvió cada pata rolliza con hojas de laurel. Para acabar, partió una rama de un sauce joven y la deshojó hasta obtener una larga vara con la que cosquilleó y aguijó a las vacas para que formasen un rebaño compacto y manejable. Como precaución extra, las guió caminando de espaldas hasta subir del todo la ladera y llegar a la boca de la cueva, donde su asombrada y alarmada madre había estado esperándolo preocupada desde que saliese a pasear tan tranquilamente.

Maya no había tenido experiencia maternal hasta entonces, pero estaba convencida de que el estilo llamativo y el excéntrico comportamiento de su hijo no eran habituales (ni siquiera entre dioses). Apolo, como sabía, había derrotado a Pitón siendo todavía un niño, y Atenea, claro está, había nacido armada de la cabeza a los pies, pero ¿crear fuego solo con unas piedras? ¿Guiar un rebaño? ¿Y qué era aquello que le ponía delante de las narices..., *una tortuga*? ¿Estaba soñando acaso?

–A ver, madre –dijo Hermes–. Atiende. Se me ha ocurrido una idea. Quiero que mates a esta tortuga, le saques la carne y la cocines. Creo que saldrá una sopa deliciosa. Yo que tú le pondría mucho ajo y una pizca de hinojo, ¿qué te parece? Y luego, de primero, habrá ternera, ahora voy a por ella. Te cojo prestado este cuchillo y vuelvo antes de que te des cuenta.

Con estas palabras, desapareció por el fondo de la cueva entre cuyas paredes resonaron los espantosos mugidos de una vaca degollada por una gordezuela manita de bebé.

Después de confesar que la cena había sido realmente deliciosa, Maya reunió el coraje para preguntarle a su hijo qué iba a hacer a continuación, dado que lo veía colgar unas tiras correosas de entraña de vaca delante del fuego. Mientras esperaba a que se secasen aquellas tiras malolientes, el niño se ocupó en hacer pequeñas perforaciones en los bordes del caparazón de la tortuga.

–Se me ha ocurrido una idea –fue todo lo que le dijo.

Apolo lee las señales

Tan posible es que fuese consciente como que no, pero en su primera noche sobre la tierra Hermes había recorrido una enorme distancia. Desde su lugar de nacimiento en el monte Cilene, rumbo al norte y a través de los campos de Tesalia y hasta llegar a Pieria, donde había descubierto y robado aquellas vacas. Y de vuelta otra vez. En pasos de bebé es una distancia considerable.

Lo que Hermes no podía saber, desde luego, era que el blanco ganado pertenecía a Apolo, quien lo apreciaba tremendamente. Cuando al dios le llegó la noticia de la desaparición, se puso en camino hacia Pieria con el objetivo de seguir hasta su guarida a lo que daba por hecho que era una banda de ladrones. Dríades salvajes o faunos descarriados, se imaginó. Se iban a arrepentir de arrebatarle su propiedad al dios de las flechas. Se tendió en el pasto del ganado para examinar el suelo con la exhaustividad de un rastreador experto. Para su perplejidad, los forajidos no habían dejado huellas aprovechables. No veía más que borrones aquí y allá, espirales y remolinos absurdos y –a menos que se estuviese volviendo loco– la huella diminuta del pie de un bebé. Las huellas que habían dejado las pezuñas de las vacas parecían dirigirse no hacia fuera del campo, ¡sino hacia el interior!

Quienquiera que hubiese robado el ganado se estaba burlando de Apolo. Eran ladrones ejercitados y expertos, eso estaba clarísimo. Su hermana Artemisa era la cazadora más diestra que conocía: ¿se habría atrevido ella? A lo mejor había dado con algún astuto sistema para ocultar sus huellas. Ares no era tan listo. A Poseidón no podía interesarle. ¿Hefesto? Poco probable. ¿Quién, entonces?

Se fijó en un zorzal que se limpiaba el plumaje en una rama no muy alejada y con un ágil ademán sacó el arco y derribó al animalillo. El dios de los oráculos y los augurios rajó por la mitad a su presa y se fijó bien para leer las entrañas.

Por la coloración del intestino delgado, el torcimiento del riñón derecho y la disposición poco habitual del timo estaba clarísimo que el ganado estaba en algún punto de la Arcadia, no lejos de Corinto. ¿Y qué le estaba diciendo

aquel coágulo de sangre en el hígado? Monte Cilene. ¿Y qué más? Pues al final resulta que era una huella de bebé.

El ceño habitualmente liso de Apolo se frunció, los ojos azules destellaron y los labios rosáceos se apretaron en una mueca adusta.

La venganza sería suya.

Medio hermanos

Para cuando Apolo llegó al pie del monte Cilene estaba de los nervios y casi a punto de perder los estribos. Era bien sabido que las vacas para él eran sagradas. Era obvio que eran de una raza rara y valiosa. ¿Quién había tenido la osadía?

Una hamadriade que se descolgó de unas ramas de su chopo no pudo darle ninguna pista pero le informó de que más arriba se había reunido un grupo variado de ninfas alrededor de la entrada de la cueva de Maya. ¿Encontraría acaso allí la respuesta? Ella misma iría si pudiese dejar su árbol.

Cuando Apolo llegó a la cima vio que la población entera de Cilene se había congregado ante la cueva. Según se acercaba fue oyendo un sonido que emergía de allí –un sonido como no había oído en su vida–. Era como si la dulzura, el amor, la perfección y todo lo bello hubiesen cobrado vida y fluyesen despaciosos por sus oídos hasta ir a parar a su mismísima alma. Al igual que el aroma a ambrosía atraía a un dios a la mesa y lo hacía suspirar de antemano por el esplendor de lo que iba a saborear, al igual que la visión de una ninfa hermosa hacía que el caliente icor de sus venas trinara y bullese hasta sentir que estaba a punto de explotar, al igual que el cálido roce de la piel con la piel lo conmocionaba hasta lo más hondo..., así lo sedujeron y hechizaron los ruidos invisibles hasta que el dios pensó que iba a volverse loco de júbilo y deseo. Si al menos pudiese arrancarlo del aire y absorberlo por los pulmones, si al menos...

El sonido mágico se detuvo de golpe y el hechizo se rompió.

La multitud de náyades y dríades y otros espíritus que se habían apiñado alrededor de la entrada de la cueva se dispersaron, sacudiendo la cabeza maravillados, como si emergiesen de un trance. Abriéndose paso a

empellones, Apolo vio que, junto a la entrada de la cueva, encima de unas rocas apiladas, había extendidas dos medias canales de vaca cortadas a pedazos. Su furibunda indignación rebrotó.

–¡Ahora me las pagarás! –vociferó mientras se precipitaba en la cueva–. Ahora...

–¡Sssh!

La prima de Apolo, la oréade Maya, estaba sentada en una silla de mimbre zurciendo. Se llevó un dedo a los labios e inclinó la cabeza en dirección a una cuna junto al fuego donde un bebé de mejillas sonrosadas balbuceaba dormido.

Apolo no iba a darse por vencido.

–¡Ese niño del demonio me ha robado el ganado!

–¿Estás loco? –contestó Maya–. Pero si mi angelito no tiene ni un día de vida.

–¡Y un cuerno, angelito! Sé leer bien las entrañas de un zorzal. Además, oigo a mis animales coceando y mugiendo ahí atrás. Distinguiría sus muus donde fuese. Ese bebé es un ladrón y exijo que...

–¿Exiges qué? –Hermes se había incorporado y miraba a Apolo con aire pacífico–. ¿Es que no se puede echar una cabezadita? He tenido una noche muy dura transportando el ganado y lo último que me apetece...

–¡Lo admites! –chilló Apolo acercándosele a zancadas–. Por Zeus, te voy a estrangular, pequeño...

Pero cuando alzó a Hermes, dispuesto a quién sabe qué, un extraño aparato de madera y caparazón de tortuga cayó de la cuna. Al caer hizo un sonido que al instante le recordó a Apolo al mágico sonido que tanto lo había embelesado fuera de la cueva.

Soltó a Hermes en su catre y agarró el artefacto. Habían pegado dos laminas de madera al caparazón de tortuga y unos filamentos secos de tripa de vaca tensados de una punta a la otra. Apolo tocó una de las cuerdas con el pulgar y el maravilloso sonido se repitió.

–¿Cómo...?

–¿Qué, este cacharro? –dijo Hermes alzando las cejas sorprendido–. Una chorrada, nada más. Lo construí anoche. Lo llamo «lira». La verdad es que se le puede sacar algo interesante. Si pulsas como es debido. O puedes rasguear,

si te apetece. Tocas un par de cuerdas seguidas y... Trae, dame, que te lo enseño.

Enseguida estaban punteando, pulsando, rasgueando, percutiendo, formando nuevos acordes como dos adolescentes entusiasmados. Hermes estaba en plena demostración del principio de los armónicos naturales cuando Apolo, por más extasiado que lo tuviesen los sentimientos que el extraordinario artefacto le removía, volvió en sí.

–Ya, todo eso está muy bien, pero ¿qué hay de mi puñetero ganado?

Hermes le echó una ojeada inquisitoria.

–Tú debes de ser, a ver..., no me lo digas... Apolo, ¿verdad?

Que no lo reconociesen suponía una experiencia nueva para Apolo, una experiencia que descubrió que no le gustaba. Que un bebé de un día de vida le hablase con tono de superioridad era una experiencia más a añadir a su lista de cosas menos favoritas. Ya estaba a punto de machacar a aquel mequetrefe enteradillo pegándole un corte y quizás también un rápido gancho de derecha en la barbilla cuando se encontró delante de las narices una rolliza manita tendida.

–Chócala, Pol. Encantadísimo de conocerte. Hermes, el último fichaje de la plantilla divina. Tú debes de ser mi medio hermano, ¿verdad? Aquí mi madre Maya me hizo un repaso del árbol genealógico anoche. Menuda pandilla de botarates, ¿eh? ¿Eh?

Otra nueva experiencia para Apolo era que le clavasen un dedo en las costillas en plan de broma. Notó que estaba perdiendo el control de la situación.

–Mira, me da igual quién seas, no puedes ir por ahí robándome el ganado y creyendo que no vas a pagar por ello.

–Ah, ya te lo pagaré, por eso no te preocupes. Pero es que lo necesitaba. Tripas de la mejor calidad. Si le iba a hacer una lira a mi bienamado medio hermano tenía que ser con las cuerdas más excelentes.

Apolo paseó la mirada de Hermes a la lira y de la lira a Hermes.

–¿Quieres decir...?

Hermes asintió.

–Con todo mi amor. Tuya es la lira y su arte. Es decir, ya eres el dios de los

números, la razón, la lógica y la armonía. La música casa bastante bien con ese currículum, ¿no te parece?

–No sé qué decir.

–Puedes decir «Gracias, Hermes», y «Quédate el ganado, hermano mío, faltaría más».

–¡Gracias, Hermes! Y sí: quédate el ganado, hermano mío, faltaría más.

–Muy amable por tu parte, viejo, pero la verdad es que solo necesito un par de reses. Te devuelvo el resto.

Apolo se llevó una mano desconcertada a la frente sudada.

–¿Y por qué solo necesitas dos?

Hermes bajó al suelo de un salto.

–Maya me ha contado que a los dioses les encanta que los adoren, ¿sabes?, y lo que les gustan los sacrificios animales. Así que maté un par y ofrecí once pedazos de carne quemada por cada uno de los que habitan el Olimpo. Mamá y yo compartimos el decimosegundo filete anoche. Ha sobrado un poco si te gusta frío. Queda muy bueno con una preparación de semillas de mostaza de mi invención.

–Gracias, no –dijo Apolo–. Muy considerado por tu parte enviar así humo a los dioses –añadió. A Apolo le encantaban las ofrendas como al que más–. Muy formal.

–Bueno –contestó Hermes–, vamos a ver si ha funcionado. –Sin previo aviso se encaramó a los brazos de Apolo y se agarró de sus hombros.

La mente, el cuerpo y la conducta veloz como el rayo de aquel bebé tenían aturdido a Apolo.

–¿A ver si ha funcionado?

–Mi plan para congraciarme con nuestro padre. Llévame al Olimpo y preséntame a la gente –dijo Hermes–. Ese decimosegundo trono vacío lleva mi nombre.

El decimosegundo dios

En Hermes todo era velocidad. Mente, astucia, impulsos y reflejos. Los dioses del Olimpo, ya halagados por el delicado y aromático humo que se

había elevado hasta sus narinas la noche anterior desde el monte Cilene, quedaron cautivados por el recién llegado. Hasta Hera le puso la mejilla para recibir un beso y declaró que el niño era encantador. Antes de que se dicesen cuenta ya estaba en el regazo de Zeus tironeándole de la barba. Zeus se reía, y con él todos los dioses.

¿Cuáles serían sus deberes como dios? Su agilidad de mente y pies apuntaban a una respuesta inmediata: debería ser el mensajero de los dioses. Para que Hermes fuese aún más rápido, Hefesto fabricó lo que se convertiría en su calzado característico, la *talaria*: un par de sandalias aladas que le permitían deslizarse de un lado a otro con la agilidad de un águila. La alegría de Hermes fue tan campechana y le dio un abrazo a Hefesto con tal cordialidad y agradecido afecto que el dios del fuego y las forjas salió cojeando de inmediato hacia su taller y, tras un día y una noche de trabajo afanoso, volvió con un casco alado abierto y una visera flexible que hacía juego con la *talaria*. Aquello confirió a Hermes un toque de grandeza y le mostró al mundo que aquel joven descarado y atractivo representaba la temida majestad de los dioses. Para un ímpetu y glamour extras, Hefesto le entregó un bastón de plata coronado de alas y con dos serpientes entrelazadas.*

A Zeus, las historias de las hazañas de Hermes le hacían una gracia tremenda, entonces y en adelante. La astucia y la doblez que había demostrado al robarle el ganado a Apolo hizo de Hermes la elección natural como dios de granujas, ladrones, mentirosos, estafadores, apostadores, charlatanes, bromistas, cuentistas y deportistas. La abundancia clara de mentirosos, bromistas y cuentistas le proporcionó también un lugar en la literatura, la poesía, la oratoria y la elocuencia. Su habilidad y su perspicacia le permitieron influir en los campos de la ciencia y de la medicina.* Se convirtió en el dios del comercio y las transacciones, de los pastores (evidentemente) y de los viajes y las carreteras. A pesar de haber inventado la música, y tal y como prometió, cedió esa divina responsabilidad a Apolo como regalo. Apolo simplificó la estructura de la lira al reemplazar el caparazón de tortuga por la elegante caja dorada que hoy asociamos con el instrumento clásico.

De la misma manera que he insinuado que Artemisa y Atenea podían ser

consideradas como representaciones opuestas (salvaje vs. cultivada, impulsiva vs. considerada, etcétera), la volubilidad, agilidad y enérgicos impulsos del tráfico y las transacciones personificadas por Hermes podrían suponer un contrario exacto de la serenidad, la permanencia, el orden y la suficiencia centrados y domésticos de Hestia.

Aparte del bastón, el casco y las sandalias aladas que Hefesto fabricó para Hermes, entre sus símbolos se contaba la tortuga, la lira y el gallo. Los romanos lo llamaban MERCURIO y lo adoraban casi con tanto fervor como los griegos. Era suave de piel como su medio hermano favorito, Apolo (ahora eran amigos convencidísimos), e igual que él era una deidad de luz. Su luz no era dorada como la de Apolo, sino plateada..., mercurial. De hecho, el elemento conocido como «mercurio» había sido llamado «azogue» o «plata líquida», de ahí que todo lo mercurial nos recuerde a este dios encantador entre los encantadores. Más tarde, Hermes asumiría la más importante, tal vez, de sus divinas responsabilidades, pero por el momento lo sentaremos en la decimosegunda silla y contemplaremos la grandeza de Megala Kazania,* el inmenso escenario en la cima del monte Olimpo.

Los olímpicos

Dos grandes tronos frente a otros diez más pequeños. Cada uno ocupado ahora por un dios o una diosa. Zeus tiende su mano izquierda para que Hera se la coja.

Megala Kazania, el anfiteatro que excavaron los hecatónquiros en la roca olímpica durante la tremenda reyerta con los titanes, se extiende ahora ante los dioses.* Se alza una gran ovación entre la multitud de inmortales reunidos allí para presenciar esta gran ocasión, el instante supremo de Zeus.

La Reina del Cielo le toma la mano. Está satisfecha. Han tenido ella y su caprichoso marido una Conversación. No habrá más dioses nuevos. Se acabaron las seducciones y los embarazos de ninfas y titánides. El *dodecatheon* está completo y Zeus ahora ha de volcarse en el grave asunto de establecer su gobierno a perpetuidad. Ella, Hera, siempre estará ahí para apoyarlo y guiarlo, para mantener el orden y el decoro.

Mientras contempla a los diez dioses sonrientes que tiene delante, Zeus nota la mano de Hera estrujando la suya y comprende lo que significa ese apretón. Saluda a la multitud de titanes indultados y de ninfas embelesadas de abajo. Cíclopes, gigantes, melíades y oceánides se empujan entre ellos para ver bien. Las cárites y las horas titilan tímidamente. Hades, las erinias y otras criaturas oscuras del inframundo agachan la cabeza. Los trescientos brazos de los hecatónquiros se agitan con salvaje lealtad.

Ahora, para señalar el comienzo del Reino de los Doce, Hestia desciende de su trono y prende fuego al aceite de un enorme y resplandeciente cuenco de cobre batido. Resuena una tremenda ovación por toda la montaña. Un águila la sobrevuela. Retumba el trueno por los cielos.

Hestia vuelve a su trono. Zeus observa cómo se alisa tranquilamente la toga y luego pasea la mirada entre los otros, uno por uno: Poseidón. Deméter. Afrodita. Hefesto. Ares. Atenea. Artemisa. Apolo. Hermes. Estos dioses y toda la creación se postran ante él. Todos sus enemigos están dispersos, destruidos, encarcelados o sometidos. Ha creado un imperio y un gobierno como jamás se había visto en el mundo. Ha ganado. Y, sin embargo, no siente nada.

Alza la mirada y en el horizonte lejano de la montaña ve recortada contra el cielo la silueta de una figura cuyas oscuras ropas ondean al viento. Su padre Crono ha acudido. La hoja de su guadaña lanza a sus pies un destello por la luz de las llamas cuando la hace mecerse como un péndulo. A pesar de que ni Zeus es capaz de distinguir nada a tanta distancia con tan poca luz, está convencido de que lleva en el rostro una mueca cruel, burlona y ruinosa.

–Saluda, Zeus. ¡Y sonríe, por lo que más quieras! –El susurro disimulado de Hera lo sobresalta. Cuando vuelve a mirar, la oscura silueta del padre se ha esfumado. Quizás solo se lo ha imaginado.

Más ovaciones. Al gruñido del trueno hay que añadir un retumbar de la propia tierra. Gea y Urano se suman a la enhorabuena. O quizás son advertencias. Las aclamaciones no se acaban. Todas las cosas vivas lo veneran y adoran. Este debería ser el día más feliz de su vida.

Hay algo que falla. *Algo...*, frunce el ceño y piensa. De repente un gran rayo cae desde el cielo e impacta contra el suelo levantando una violenta humareda y polvo quemado.

–No hagas eso, cariño –dice Hera.
Pero Zeus no la escucha. Ha tenido una idea.

Los juguetes de Zeus

Primera parte

PROMETEO

Ya he mencionado a Prometeo, hijo de Jápeto y Clímene. Este titán sagaz poseía todos los atributos que hacen de un ser alguien encantador. Era fuerte, casi angustiosamente atractivo, leal, fiel, discreto, modesto, bienhumorado, considerado, de buenos modales y, en resumidas cuentas, la más seductora y cautivadora de las compañías. A todo el mundo le caía bien, pero a Zeus el que más. Cuando la atestada agenda de Zeus lo permitía, salían los dos a pasear por el campo juntos, charlando de todo y de nada: de la fortuna, la amistad y la familia, de la guerra y el destino y de muchas cosas tontas e irrelevantes, como hacen los amigos.

En los días que precedieron a la inauguración del *dodecatheon*, Prometeo – que estimaba a Zeus tanto como Zeus lo estimaba a él– había empezado a notar un cambio en su amistad. El dios parecía malhumorado e irritable, menos inclinado a las caminatas, menos frívolo y juguetón y más proclive a enfados y estallidos de irritabilidad impropios del dios regio, divertido y sereno que Prometeo conocía y amaba. Lo atribuyó a los nervios y se mantuvo al margen.

Un día, aproximadamente una semana después de la gran ceremonia, Prometeo, al que le había dado por dormir en la alta hierba por los fragantes prados de Tracia, se vio sacado de golpe de su sueño por unos insistentes pellizcos en los dedos de los pies. Abrió los ojos y se encontró con un vivaracho y rejuvenecido Rey de los Dioses pegando botes delante de él como un niño impaciente en la mañana de su cumpleaños. La melancolía se había esfumado como una neblina de la cima de un monte y toda la jovialidad característica le había vuelto decuplicada.

–¡Arriba, Prometeo! ¡Arriba y al lío!

–¿Cómo?

–Hoy vamos a hacer algo memorable, algo que el mundo repetirá durante eones. Resonará por los siglos de los siglos, será el...

–¿A cazar osos vamos?

–¿Osos? He tenido una idea extraordinaria. Vamos.

–¿Adónde vamos?

Zeus no respondió, sino que, echándole un brazo por el hombro a Prometeo, lo guió a la fuerza campo a través en un silencio interrumpido solo por ocasionales accesos de risa eufórica. Si Prometeo no conociese bien a su amigo habría pensado que estaba borracho de néctar.

–Esa idea –tanteó–. ¿No podrías comenzar por el principio?

–Bueno, sí. El principio. Eso es. El principio es exactamente por donde vamos a empezar. Siéntate aquí. –Zeus le indicó un árbol caído y se puso a andar de aquí para allá mientras Prometeo inspeccionaba la corteza antes de sentarse por si había hormigas–. Vale. Plantéate cómo empezó todo. *En arché en Chaos*. En el principio era el Caos. Del Caos surgió el Orden Primigenio: Érebo, Nix, Hémera y su generación, seguido de la Segunda Generación, nuestros abuelos Gea y Urano, ¿sí?

Prometeo asintió con cautela.

–Gea y Urano, que luego le enjaretaron a la creación la catastrófica aberración de tu gente, los titanes...

–¡Ey!

–... y luego vinieron todas esas ninfas y espíritus, una retahíla interminable de deidades menores, monstruos, animales y lo que se te ocurra, y al final la culminación. Nosotros. Los dioses. El cielo y la tierra completados.

–Tras una larga y sangrienta lucha contra los de mi raza. Que os ayudé a ganar.

–Sí, sí. Pero el resultado final..., todo bien. La paz y la prosperidad han brotado por todas partes. Y sin embargo...

Zeus hizo una pausa tan larga que Prometeo se sintió obligado a interrumpirla.

–¿No me estarás diciendo que echas de menos la guerra?

–No, no es eso... –continuó Zeus mientras se paseaba de aquí para allá delante de Prometeo, como un profesor dando clase a un solo alumno–. Te habrás dado cuenta de que últimamente he estado fuera, por decirlo así. Te diré por qué. ¿Sabes que a veces me gusta planear por los aires bajo la forma de un águila?

–Acechando ninfas.

–Este mundo –prosiguió Zeus, simulando no haber oídoes

extraordinariamente hermoso. Todo está en su sitio: ríos, montañas, aves, animales, océanos, bosques, llanuras y cañones... Pero mira, cuando miro hacia abajo, me descubro lamentándome de lo vacío que está.

–¿Vacío?

–Ah, Prometeo, no tienes ni la más mínima idea de lo aburrido que es ser un dios en un mundo completo y acabado.

–¿Aburrido?

–Sí, aburrido. Llevo un tiempo dándome cuenta de que estoy aburrido y solo. Digo «solo» en el sentido amplio. En el sentido cósmico. Estoy cósmicamente solo. ¿Va a ser así por los restos? ¿Yo en el trono del Olimpo, con el rayo apoyado en el regazo, mientras todo el mundo se postra y se arrastra, lanzándome alabanzas y pidiéndome favores? A perpetuidad. ¿Dónde está la diversión ahí?

–Bueno...

–Sé honesto, tú también lo odias.

Prometeo apretó los labios y pensó un momento. Era verdad que nunca había envidiado a su amigo el trono imperial ni todas sus preocupaciones y cargas.

–Pongamos –dijo Zeus–, pongamos que quisiese inaugurar una nueva casta.

–¿De galgos?

–No, un nuevo orden de seres igual a nosotros en todo, que caminen erguidos, con dos piernas...

–¿Con una cabeza?

–Una cabeza. Dos manos. En todo semejantes a nosotros, y tendrán... Tú eres el intelectual, Prometeo, ¿cómo se le dice a eso que nos diferencia de los animales?

–¿Las manos?

–No, esa parte que nos dice que existimos, que nos hace conscientes de nosotros mismos.

–La conciencia.

–Eso. Estas criaturas tendrán conciencia. E idioma. No representarán una amenaza para nosotros, por supuesto. Vivirán ahí abajo en la tierra, emplearán su astucia para sembrar y buscarse su propio sustento.

–Entonces... –Prometeo frunció el ceño, concentrado, mientras intentaba hacerse una imagen mental coherente–. ¿Una raza de seres como nosotros?

–¡Exactamente! Pero no tan grandes. Y serían creación mía. Bueno, creación nuestra.

–¿Nuestra?

–Tú eres mañoso. Otro Hefesto. Mi idea es que tú modelarías estas criaturas con... barro, por ejemplo. Deberían estar hechas a semejanza nuestra, anatómicamente correctas en todos los detalles, pero a una escala menor. Luego podemos animarlas, darles vida, hacer copias y soltarlas en plena naturaleza a ver qué pasa.

Prometeo reflexionó sobre la idea.

–¿Trataremos con ellos, hablaremos con ellos, nos moveremos entre ellos?

–Ese sería el asunto, precisamente. Tener una especie inteligente (bueno, semiinteligente) que nos alabe y adore, que juegue con nosotros y nos entretenga. Una raza subordinada e idólatra de seres minúsculos.

–¿Varones y hembras?

–Ah, no, cielos, no: solo varones. Imagínate lo que diría Hera de lo contrario...

Prometeo podía imaginarse muy bien la reacción de Hera si el mundo se llenase de repente de más mujeres susceptibles de liarse con su descarriado marido. Vio que Zeus estaba muy entusiasmado por aquel gran plan suyo. Una vez que se le metía una idea en la cabeza, sabía muy bien Prometeo, hasta algo tan novedoso y extraño como aquello, ni los hecatónquiros ni los gigantes juntos podrían desviar a su amigo de llevarlo a cabo.

No es que Prometeo estuviese en contra de la idea. Era un experimento emocionante, decidió. Juguetitos para los inmortales. Bien pensado, era una idea más bien apasionante. Artemisa tenía sus perros, Afrodita sus palomas, Atenea su búho y su serpiente, Poseidón y Anfítrite sus delfines y tortugas. Incluso Hades tenía un perro (aunque fuese asquerosísimo). Lo suyo era que el jefe de los dioses se fabricase su propia mascota especial, más inteligente, leal y entrañable que el resto.

Amasar y hornear

La historia no se pone de acuerdo exactamente sobre dónde fueron a buscar Prometeo y Zeus el mejor barro para llevar a cabo su plan. Fuentes tempranas, como la del viajero Pausanias en el siglo II d. C., aseguran que el sitio fue Panopeo, en la Fócida. Los eruditos posteriores dirían que ambos se dirigieron rumbo al este de Asia Menor, directos a las fértiles tierras que se extienden entre el río Tigris y el Éufrates.* Estudios más recientes sostienen que la búsqueda los llevó pasado el Nilo, cruzaron el ecuador y acabaron en el este de África.

Dondequiera que fuese, encontraron por fin lo que Prometeo consideró el lugar perfecto: un río cuyas márgenes resbaladizas rebosaban con el tipo de lodo y minerales exactos que él deseaba por consistencia, textura, duración y color.

–Esto es barro bueno –le dijo a Zeus–. No, no te sientes. Necesito trabajar tranquilo y libre de toda distracción. Pero antes de que te marches necesitaré tu saliva.

–¿Perdona?

–Si estas criaturas han de vivir y respirar, necesitarán algo tuyo en su composición.

A Zeus le pareció justo y le complació carraspear y llenar una poza vacía con su divino escupitajo.

–Voy a tener que alinear mis figuritas de barro una por una en la orilla para que se cuezan al calor del sol –dijo Prometeo–. Así que vuelve a la caída del crepúsculo y seguramente estarán listas del todo.

A Zeus le habría encantado mirar, pero sabía lo suficiente de temperamento artístico para dejar hacer a Prometeo. Alzándose por los aires con la forma de un águila se fue volando y dejó a su amigo a solas con su arte.

Prometeo empezó tanteando, primero hizo unas salchichas de arcilla, cada una de unos cuatro *podes* escasos de largo.* Encima les colocó una pelotita de barro húmedo de saliva por cabeza. A partir de ahí ya fue cuestión de probar, retorcer y darles vueltas, compactar, moldear y amasar, estirar, apretar y pellizcar, hasta que apareció la versioncilla de un dios o un titán. Cuanto más trabajaba, más entusiasmado estaba. Zeus no había exagerado cuando comparó a Prometeo con Hefesto: tenía auténticas habilidades. De hecho, lo

que demostraba ahora mientras amasaba y daba forma era más que habilidad, era sentido artístico.

Mezclando la arcilla con diversos pigmentos fabricó un variopinto y colorido abanico de criaturas masculinas que parecían vivas. Su primer esfuerzo había dado como resultado un pequeño ser cuya piel imitaba la tez bronceada por el sol de los dioses. Acto seguido hizo uno de un negro brillante, luego otro de un color marfil cremoso teñido de rosa, luego unas figuras color ámbar, amarillo, bronce, rojo, verde, beis, violeta chillón y una del más eléctrico de los azules.

Un grupo reducido

Al caer la tarde, Prometeo se irguió y se estiró con un bostezo y ese rugido especial de cansancio y satisfacción que sigue a una larga sesión de labor concentrada.

El sol de la tarde había calentado su trabajo hasta darle una consistencia elástica y maleable que en el mundo de la cerámica se conoce como «punto de quesito». Esto suponía una sincronización perfecta por parte de Prometeo, puesto que si las creaciones acabadas hubiesen quedado expuestas al calor más intenso del mediodía, se habrían secado al «punto de galletita», de manera que habrían sido demasiado desmenuzables y frágiles para cualquiera de las modificaciones de última hora que su real y divino patrón había de exigir con total seguridad. Orejas más largas, el doble de genitales, cosas así. Otra cosa no, pero los dioses son un rato caprichosos.

Y allí, a menos que lo engañasen sus oídos, llegó el Rey de los Dioses, abriéndose paso entre los matorrales mientras charlaba a voces con alguien. Prometeo solo discernía una voz femenina grave y mesurada. Zeus se había traído consigo a Atenea, su hija favorita.

—Tu padre el dios emperador, como sabe el mundo —oyó que decía el dios—. Zeus el todopoderoso, sí. Zeus el conquistador de todas las cosas, desde luego. Zeus el omnisciente, por supuesto. Zeus el...

—¿Zeus el modestísimo?

—... o Zeus el creador. ¿Es pegadizo?

–Y tan pegadizo.

–A ver entonces, la margen debe de estar por ahí. Vamos a llamarlo. ¡Eh, Prometeo!

Unas aves que hacían sus nidos salieron disparadas graznando alarmadas.

–¡Prometeeeeo!

–Aquí –exclamó Prometeo–. Pero tened cuidado, porque...

¡Demasiado tarde!

Abriéndose paso entre los árboles hasta el claro, Zeus, en pleno entusiasmo, había pisado la hilera de figuras delicadamente fabricadas que se secaba en la orilla. Con un aullido de furia y desesperación Prometeo se apresuró a comprobar los daños.

–¡Pedazo de patoso! –se quejó–. Los has destrozado. ¡Mira!

Nadie en toda la creación se había atrevido a hablarle así a Zeus. Atenea estaba atónita viendo a su padre agachar la cabeza en señal de disculpa.

Cuando se pararon a mirar, las cosas no estaban tan mal como había temido Prometeo. Solo tres figuras habían quedado irreparables. Las recogió del barro, la arcilla aplastada todavía con la huella de los enormes pies de Zeus.

–Ah, bueno –dijo Zeus alegremente–, los demás están bien, hay un montón. Nos ponemos manos a la obra, ¿no?

–¡Pero mira estas! –dijo Prometeo sosteniendo las estatuillas aplastadas y hechas trizas–. Las criaturitas verdes, violetas y azules eran casi mis preferidas.

–Pero aún tenemos la negra, la marrón, la marfileña, la amarilla, la rojiza y tal. Tenemos de sobra.

–Es que ese tono azul cobalto me encantaba.

Atenea contemplaba en el suelo las figuras intactas que refulgían bajo los rayos moribundos del sol.

–Ay, Prometeo, son perfectas –dijo con aquella voz tenue suya que suscitaba más atención que los rugidos y gritos de otros olímpicos. Prometeo se animó de golpe. Una alabanza de Atenea lo era todo.

–Bueno, es que prácticamente he puesto todo mi corazón y toda mi alma en ellos.

–Buen trabajo, más que bueno –dijo Zeus–. Moldeados por un gran titán a

partir del barro de Gea, unidos por mi saliva real y secados por el sol, cobrarán vida por medio del suave aliento de mi hija.

Era Metis, siempre dentro de Zeus, quien había provocado la ocurrencia de que debía ser Atenea quien diese vida a aquellas criaturas. Exhalaría su aliento sobre cada una de ellas, *inspirándoles* literalmente algunos de sus más fabulosos rasgos de sabiduría, instinto, destreza y sensatez.

Se encuentra un nombre

Atenea se arrodilló en la orilla del río, echó su cálido y dulce aliento sobre cada una de las estatuillas. Cuando hubo terminado se irguió junto a Prometeo y a su padre para contemplar lo que sucedería a continuación.

Todo ocurrió bastante despacio.

Al principio, una de las figuras más oscuras se estremeció y soltó una especie de respingo.

En la otra punta de la hilera, una amarilla se sacudió, se incorporó y soltó una tosecita.

En pocos segundos todos los serecillos estaban vivos y se movían. Instantes después estaban probando sus extremidades, ojos y otros sentidos, mirándose entre ellos, husmeando el aire, charlando y gritando. No tardaron mucho en ponerse en pie e incluso dar sus primeros pasos tambaleantes.

Zeus cogió a Prometeo de las dos manos y dio vueltas y vueltas con él bailando.

–¡Mira! –gritaba–. ¡Mira! ¿No son hermosos? ¡Son maravillosos, una maravilla!

Atenea se llevó un dedo a los labios.

–¡Sssh! Los estás asustando.

Señaló a los hombrecillos que estaban mirando hacia arriba con caras de temor y consternación. El más alto no les llegaba siquiera por las rodillas.

–No pasa nada, pequeñines –dijo Zeus agachándose y dirigiéndose a ellos con lo que suponía era un tono tranquilizador–. ¡No hay nada que temer!

Pero el estallido colosal que surgió de su boca pareció alarmar a las criaturillas aún más y empezaron a agitarse y dar vueltas fuera de sí.

–Reduzcámonos a su tamaño –dijo Prometeo.

Mientras hablaba se encogió de manera que fuese solo un poco más alto que sus creaciones. Zeus y Atenea hicieron lo mismo.

A fuerza de abrazos, sonrisas y cuchicheos, aquellos seres asustados y apabullados se fueron apaciguando y cogiendo confianza poco a poco. Se apiñaron alrededor de los tres inmortales, haciendo reverencias y postrándose.

–Las reverencias sobran –dijo Prometeo, tocando a uno de ellos y maravillándose con el tacto y la vida que percibía palpitando allí dentro. El aliento de Atenea había transformado la arcilla en una carne cálida y vivísima. Los ojos brillaban todos de vida, energía y esperanza.

–Perdona –dijo Zeus–, no sobra ninguna reverencia. Somos sus dioses y no han de olvidarlo.

–Yo no soy su dios –dijo Prometeo bajando la vista hacia los seres con un intenso sentimiento de amor y orgullo–. Soy su amigo. –Se arrodilló para quedar por debajo de ellos–. Les voy a enseñar a sembrar, a moler trigo y centeno para que puedan hacer pan. A cocinar y forjar herramientas y...

–¡No! –Zeus pegó un súbito rugido que, de nuevo, provocó el pánico generalizado de las sobresaltadas criaturas. El tremendo retumbar de un trueno en el cielo respondió al rugido de Zeus–. Puedes congraciarte con ellos tanto como desees, Prometeo, y no tengo duda de que Atenea y los demás dioses harán otro tanto. Pero hay una cosa que no deben obtener. Jamás. Y esa cosa es el fuego.

Prometeo se quedó mirando a su amigo asombrado.

–Pero... pero ¿por qué no?

–Con el fuego serían capaces de alzarse contra nosotros. Con fuego podrían llegar a creerse nuestros iguales. Lo percibo y lo sé. Jamás ha de dárselos el fuego. He dicho.

Un largo trueno a lo lejos subrayó sus palabras.

–Pero –ahora Zeus sonrió– todo lo demás de este mundo es para su propio disfrute. Podrán viajar de una punta a la otra. Podrán surcar los océanos de Poseidón, buscar la ayuda de Deméter a la hora de sembrar semillas y cosechar alimento, aprender de Hestia las artes domésticas, descubrir cómo criar animales para obtener su leche, su pellejo y su trabajo, y pueden

aprender el arte de la caza de Artemisa. Hermes puede enseñarles argucias, Apolo puede instruirlos en las artes de la música y el conocimiento. Atenea les enseñará a ser sabios y a estar satisfechos. Y Afrodita compartirá con ellos las artes amatorias. Serán libres y felices.

–¿Cómo deberíamos llamarlos? –preguntó Atenea.

–«Los que están por debajo» –dijo Zeus tras pensárselo–. *Anthropos*.*

Dio unas palmadas y el montoncillo de humanos hechos a mano se volvió un centenar y el centenar se convirtió en una horda y la horda, extendiéndose sin parar, se volvió una multitud, hasta que la población humana, en número ahora de cientos de miles, se puso a la tarea de buscar un hogar por todos los rincones del mundo.

Y así surgió la primera raza de hombres. Se podría decir que Gea, Zeus, Apolo y Atenea eran tan progenitores suyos como Prometeo, que había fabricado la humanidad a partir de cuatro elementos: tierra (arcilla de Gea), agua (la saliva de Zeus), fuego (el sol de Apolo) y aire (el aliento de Atenea). Vivieron y prosperaron, dando ejemplo de lo mejor de sus creadores. Pero faltaba algo. Algo muy importante.

La Edad de Oro

Alma Máter, la pródiga Madre Tierra, fértil y fructífera por obra de Deméter, era un dulce paraíso para los primeros hombres. No conocían enfermedad, pobreza, hambruna ni guerra. La vida era un idilio de inocencia y ligeros deberes pastoriles. Era una época de alegre adoración, y de familiaridad e incluso amistad con las deidades que se paseaban entre ellos en tamaños y formas manejables, tranquilizadores. A Zeus y los demás dioses, titanes e inmortales les producía un gran placer mezclarse con los encantadores e infantiles homúnculos que Prometeo había moldeado a partir de barro.

Quizás solo nos imaginamos estos primeros días de bella simplicidad y simpatía universal a fin de fijar un punto alto de sublimidad paradisíaca a partir del cual juzgar los bajos y degradados tiempos que vinieron después. Los griegos posteriores creían, desde luego, que la Edad de Oro había

existido realmente. Siempre estuvo presente en su pensamiento y en su poesía y les proporcionó un sueño de perfección al que aspirar, una visión más concreta y realizada que nuestras vagas ideas de un hombre primitivo gruñendo en las cavernas. Los ideales platónicos y las formas perfectas fueron, tal vez, la expresión intelectual de la memoria de aquella nostálgica raza.

Era natural que, de entre todos los inmortales, el que más amase a la humanidad fuese su artista-creador Prometeo. Su hermano Epimeteo y él se pasaban ahora más tiempo viviendo con los hombres que en compañía de sus colegas inmortales en el Olimpo.

A Prometeo lo entristecía que solo le hubiesen permitido crear varones, puesto que intuía que aquella raza clonada unisexual carecía de variedad tanto en su actitud, disposición y carácter como en su incapacidad para criar y crear nuevos individuos. Sus humanos eran felices, sí; pero para Prometeo aquella existencia tan indiscutida e indiscutible no tenía ninguna gracia. Para aproximarse al estatus casi divino que su creación merecía, la humanidad necesitaba algo más. Necesitaba fuego. Un fuego caliente, intenso, crepitante, llameante de veras con el que poder derretir, fundir, tostar, hervir, asar, fabricar y forjar; y necesitaba también un fuego interno, un fuego divino, que le diese la posibilidad de pensar, imaginar, osar y hacer.

Cuanto más cuidaba y se involucraba en su creación, más convencido estaba de que el fuego era exactamente lo que necesitaban. Y sabía dónde encontrarlo.

El bulbo de hinojo

Prometeo contempló las cimas gemelas del Olimpo que se alzaban ante sus ojos. El pico más alto, el Mytikas, se elevaba casi a diez mil *podes* y se perdía entre las nubes. A su lado, setenta o noventa metros más abajo pero mucho más difícil de escalar, lo secundaba la cara rocosa del Stefani. Al este se cernían las alturas del Skolio. Prometeo sabía que los rayos moribundos del sol crepuscular ocultarían la escalada –la más impracticable de todas– de la

mirada de los dioses que se sentaban alrededor en sus tronos, y así comenzó el peligroso ascenso, confiando en que podría alcanzar la cima sin ser visto.

Prometeo nunca había desobedecido a Zeus hasta entonces. En nada importante, al menos. En juegos y carreras y en peleas y competiciones para ganar los corazones de algunas ninfas había engañado y le había tomado el pelo a su amigo, pero nunca lo había desafiado de manera directa. La jerarquía del panteón no era algo que se pudiese perturbar sin consecuencias reales. Zeus era un amigo querido, pero era, ante todo, Zeus.

Aun así, Prometeo estaba decidido a seguir su línea de acción. Por más que hubiese amado siempre a Zeus, descubrió que amaba más a la humanidad. El entusiasmo y la resolución que sentía eran más fuertes que el miedo a la ira divina. Odiaba irritar a su amigo, pero, puestos a elegir, no le quedaba otra opción.

Para cuando hubo escalado la escarpada pared del Skolio, las puertas de poniente se habían cerrado tras el carro del sol de Apolo y la montaña entera estaba envuelta en un manto de oscuridad. Agazapado, Prometeo avanzó por el dentado afloramiento rocoso que coronaba la cresta de aquel anfiteatro con forma de cuenco de Megala Kazania. Mirando al frente podía ver la Meseta de las Musas más abajo, centelleando por las chispas danzarinas de luz que arrojaban los fuegos de la forja de Hefesto a unos setecientos *podes* de allí.

Al otro lado del Olimpo los dioses cenaban. Prometeo oyó la lira de Apolo, la flauta de Hermes, la risa ronca de Ares y los gruñidos de los perros de Artemisa. Aferrándose a las paredes exteriores de la forja, el titán se deslizó siguiendo el contorno hasta el patio. Tuvo un sobresalto cuando, al doblar la esquina, vio desnuda y tumbada en el suelo la enorme silueta de Brontes roncando junto al fuego. Prometeo se quedó escondido en las sombras. Sabía que los cíclopes ayudaban a Hefesto, pero que tuviesen que dormir allí no se lo habría imaginado.

En la mismísima entrada de la forja vio una planta de hinojo, a veces conocida como cañaheja (*Ferula communis*), no exactamente el vegetal bulboso que usamos hoy para conferirle un agradable aroma anisado al pescado, pero con un vínculo lo suficientemente próximo. Prometeo se inclinó hacia delante y arrancó un largo y recio espécimen. Bien apretujado en su interior guardaba un espeso tuétano como de pelusa. Tras quitarle las

hojas externas al tallo, Prometeo se estiró y acercó el bulbo hacia la entrada, por encima del bulto durmiente y murmurante de Bronte, hacia el fuego. El calor que emanaba de la fragua bastó para que el extremo del bulbo se prendiese al instante. Prometeo lo recuperó con tanto cuidado como le fue posible, pero no pudo evitar que una chispa cayese del extremo chisporroteante directamente sobre el pecho de Bronte. La piel del cíclope crepitó y siseó y este se despertó con un rugido de dolor. Mientras Bronte se miraba el pecho atontado, tratando de comprender de dónde venía aquel dolor y qué significaba, Prometeo alzó el bulbo y se escabulló.

El regalo del fuego

Prometeo bajó a zancadas el Olimpo, con el bulbo de hinojo ente los dientes, el tuétano ardiendo lentamente. Cada cinco minutos o así se lo sacaba de la boca y lo soplaba suavemente, cuidando el fulgor. Cuando por fin estuvo a salvo en el suelo del valle, se dirigió hacia el asentamiento humano donde su hermano y él habían puesto su casa.

Habrá quien diga que Prometeo bien podría haber tenido la sensatez de enseñar al hombre a golpear dos piedras una con otra, o a frotar palitos de madera, pero tenemos que recordar que lo que Prometeo había robado era fuego del cielo, fuego divino. Tal vez cogió la chispa interna que prendió en el hombre la curiosidad para frotar palitos y entrechocar pedernales en un principio.

Cuando les mostró a los hombres aquel demonio saltarín y célere danzarín, de primeras chillaron atemorizados y recularon ante las llamas. Pero la curiosidad pronto superó al miedo y comenzaron a solazarse con aquel nuevo juguete mágico, aquella sustancia, fenómeno..., llamadlo como queráis. Supieron por Prometeo que el fuego no era su enemigo sino un poderoso aliado que, convenientemente domesticado, tenía diez mil millares de usos.

Prometeo pasó de una aldea a otra enseñándoles técnicas para fabricar herramientas y armas, cocer cacerolas de arcilla, cocinar carne y hornear masas de cereales, lo que enseguida desencadenó una avalancha de ventajas

que supuso la prevalencia del hombre sobre la presa animal, que no podía reaccionar a las lanzas y flechas de punta metálica.

No tardó mucho Zeus en bajar la mirada desde el Olimpo y ver puntos de titilante luz naranja salpicando el paisaje a su alrededor. Al instante supo lo que había sucedido. Tampoco hizo falta que le dijese quién era el responsable. Su ira fue arrebatada y terrible. Jamás se había presenciado una furia tan extrema, tan tumultuosa, tan apocalíptica. Ni siquiera Urano, en su mutilada agonía, había experimentado una rabia tan vengativa. Urano fue vencido por un hijo que le resultaba indiferente, pero Zeus había sido traicionado por el amigo al que más amaba. Ninguna traición podía ser más terrible.

LOS CASTIGOS

El regalo

La cólera de Zeus fue tan abrumadora que el Olimpo entero temió que Prometeo fuese fulminado de tal manera que sus átomos jamás pudiesen recomponerse. Es posible que tal destino le hubiese acaecido al titán hasta ahora favorito de no ser porque la sabia y estabilizadora presencia de Metis dentro de la cabeza de Zeus aconsejó una venganza más sutil y digna. La intensidad de su ira no disminuyó ni un ápice, pero ahora estaba más bien concentrada, canalizada en modalidades de represalia más claras. Dejaría a Prometeo por el momento y daría rienda suelta a su furia cósmica sobre el hombre, el esmirriado e insolente hombre, la criatura con la que tanto se había solazado y por la que ahora no sentía nada más que rencor y frío desprecio.

Durante toda una semana, bajo la mirada de una seria y preocupada Atenea, el Rey de los Dioses se paseó de aquí para allá delante de su trono rumiando cómo habrían de pagar los humanos por osar apropiarse del fuego, por atreverse a imitar a los olímpicos. Una voz interior parecía susurrarle que un día, independientemente de cómo se vengase, la humanidad se levantaría hasta ponerse al nivel de los dioses..., o, aún más terrible quizás, hasta que ya no necesitasen a los dioses y no dudasen en abandonarlos. Adiós a la adoración, adiós a las plegarias dirigidas al celestial Olimpo. La perspectiva era demasiado blasfema y absurda para Zeus, pero el hecho de que tan escandalosa idea pudiese penetrar siquiera en su mente no hizo más que alimentar su ira.

Si el fabuloso plan que finalmente se puso en marcha era suyo o de Metis, o incluso de Atenea, no está claro, pero era, en opinión de Zeus, un plan niquelado. Había en ello una primorosa simetría que agradaba a su grieguísima mente. Se iba a enterar Prometeo y, por el cielo que sí, se iba a enterar la humanidad.

Primero ordenó a Hefesto que hiciese lo mismo que Prometeo, moldear un

ser humano de barro humedecido en su saliva. Pero esta vez sería la figura de una joven mujer. Tomando como modelos a Afrodita, a su madre Hera, a su tía Deméter y a su hermana Atenea, Hefesto esculpió amorosamente una chica de tremenda hermosura a la que acto seguido Afrodita insufló vida y todas las artes del amor.

Los demás dioses se unieron para dotar a la chica como a nadie en el mundo. Atenea la instruyó en las habilidades domésticas, el bordado y el punto, y la vistió con una fabulosa toga plateada. A las cárites se las responsabilizó de complementarla con collares, broches y brazaletes de las más exquisitas perlas, ágatas, jaspes y calcedonias. Las horas trenzaron flores en su cabellera hasta que estuvo tan bella que a todo aquel que la veía se le cortaba la respiración. Hera la dotó de aplomo y compostura. Hermes la educó en la elocuencia y en las artes del engaño, la curiosidad y el ingenio. Y le dio un nombre. Dado que todos los dioses le habían aportado un talento notorio o una habilidad, hubo de llamarse «poseedora de todos los dones», que en griego se dice PANDORA.*

Hefesto otorgó un último don a este modelo, que le entregó Zeus en persona. Se trataba de un recipiente lleno de... secretos.

Ahora igual pensáis que voy a decir que el recipiente era una caja, o quizás algún tipo de cofre, pero el caso es que era un ánfora sellada de cerámica con mosaicos conocida en tierras griegas como *pithos*.*

–Ten, querida –dijo Zeus–. A ver, es únicamente decorativa. No has de abrirla jamás. ¿Entiendes?

Pandora negó con aquella preciosa cabeza.

–Jamás –soltó con gran sinceridad–. ¡Jamás!

–Así me gusta, chiquilla. Es tu regalo de bodas. Entiéndalo bien hondo bajo tu cama de matrimonio, pero no la abras. Nunca. Lo que contiene..., bueno, da lo mismo. Tampoco es que te incumba.

Hermes cogió a Pandora de una mano y la llevó a la casita de piedra donde Prometeo y su hermano Epimeteo vivían, justo en el centro de un próspero poblado humano.

Los hermanos

Prometeo sabía que Zeus idearía algún tipo de represalia por su desobediencia y le advirtió a su hermano Epimeteo que, mientras estuviera fuera enseñando a las aldeas y pueblos recién surgidos cómo usar el fuego, no debía aceptar regalos del Olimpo bajo ningún concepto, independientemente de la forma bajo la cual se le ofreciese.

Epimeteo, que siempre actuaba primero y se planteaba las consecuencias después, prometió obedecer a su más perspicaz hermano.

Nada podía prepararlo para el regalo de Zeus, no obstante.

Epimeteo fue a abrir la puerta una mañana y se encontró con la alegre y sonriente cara de los mensajeros de los dioses.

—¿Podemos entrar?

Hermes se apartó ágilmente a un lado para que contemplase, con un ánfora de gres entre los brazos, a la criatura más hermosa que Epimeteo había visto en su vida. Afrodita era hermosa, por supuesto que sí, pero demasiado remota y etérea como para ser considerada otra cosa que un objeto de veneración y fascinación a distancia. Lo mismo sucedía con Deméter, Artemisa, Atenea, Hestia y Hera. Su hermosura era majestuosa e inalcanzable. La belleza de las ninfas, oréades y oceánides, si bien bastante cautivadora, se antojaba superficial e infantiloides al lado de la ruborizada dulzura de la visión que levantaba los ojos hacia él con tanta timidez, tan encantadora, adorablemente.

—¿Podemos? —repitió Hermes.

Epimeteo tragó saliva y retrocedió abriendo la puerta del todo.

—Te presento a tu futura esposa —dijo Hermes—. Se llama Pandora.

Oro parece

Pronto, Epimeteo y Pandora estuvieron casados. Epimeteo tenía la sospecha de que Prometeo —que estaba lejos, enseñando el arte de fundir bronce a las gentes de Varanasi— no daría su aprobación a Pandora. Una boda rápida antes de que su hermano volviese le pareció buena idea.

Epimeteo y Pandora estaban enamoradísimos. Eso era innegable. La belleza y las virtudes de Pandora lo deleitaban a diario, y, por su parte, la frívola capacidad de vivir siempre para el momento y no inquietarse por el

futuro de él le daban a su esposa la sensación de una vida vivida como una liviana y agradable aventura.

Pero una minucia le estorbaba, una pequeña mosca volaba alrededor de su oreja, un gusanito la horadaba por dentro.

Aquella ánfora.

La había dejado en una estantería en su dormitorio. Cuando Epimeteo le preguntó por ella se echó a reír.

–Una fruslería que Hefesto me hizo para que me acordase del Olimpo. No tiene valor.

–Pero bonita es –dijo Epimeteo sin darle mayor importancia.

Una tarde, cuando su esposo estaba fuera practicando el lanzamiento del disco con sus amigos, Pandora se acercó al ánfora y deslizó un dedo por el borde de la tapa sellada. ¿Por qué había comentado Zeus que no había nada interesante dentro? Si fuese verdad no habría hecho tal comentario. Reconstruyó mentalmente la lógica del asunto.

Si le das a un amigo un ánfora vacía no te vas a preocupar de comentar que el ánfora está vacía. Tu amigo mirará dentro un día y lo verá por su cuenta. De modo que, ¿por qué se había tomado Zeus la molestia de repetir que el ánfora aquella no contenía nada de interés? Solo podía haber una explicación. Había algo de tremendo interés dentro. Algo de valor o con poder. Algo o bien encantador o bien encantado.

Pero, no: había jurado no abrirla. «Una promesa es una promesa», se dijo, y se sintió muy virtuosa de golpe. Se convenció de que era su deber resistir el hechizo del ánfora que en ese momento, la verdad, parecía casi canturrearle del modo más seductor. Era demasiado fastidioso tener un objeto tan cautivador en su dormitorio, donde podía mofarse de ella y tentarla cada mañana y cada noche.

La tentación pierde la mayor parte de su poder cuando desaparece de la vista. Pandora se dirigió al pequeño patio trasero y –junto a un reloj de sol que un vecino le había dado como regalo de bodas– cavó un agujero y enterró el ánfora bien hondo. Aplanó el suelo a pisotones y colocó el pesado reloj de sol con su plinto y todo encima del escondrijo. ¡Hala!

A lo largo de la siguiente semana fue la persona más alegre, juguetona y feliz del mundo. Epimeteo se enamoró aún más de ella e invitó a sus amigos

a un banquete para que escuchasen una canción que había compuesto en su honor. Fue una fiesta alegre y propicia. La última celebración que conocería la Edad de Oro.

Aquella noche, quizás un poco eufórica por los elogios que con tanta liberalidad se habían prodigado sobre ella, a Pandora le costó dormir. A través de la ventana del dormitorio, la luz de la luna iluminaba el jardín. El gnomon del reloj de sol destellaba como una espada de plata y de nuevo oyó la música del ánfora.

Epimeteo dormía plácidamente a su lado. Los rayos de la luna bailaban en el jardín. Incapaz de resistirlo por más tiempo, Pandora saltó del lecho conyugal y al momento estaba en el jardín, apartando la base del reloj y escarbando en la tierra, antes de que le diese tiempo a decirse que aquello no estaba bien.

Sacó el ánfora del escondrijo y giró la tapa. El sello de cera cedió y ella destapó el ánfora. Irrumpió en sus oídos una frenética agitación, un furioso aleteo y un brutal batallar y bregar.

¡Oh! ¡Espléndidas criaturas voladoras!

Pero no..., de espléndidas no tenían nada. Pandora dio un chillido de dolor y terror al notar algo correoso rozándole el cuello, seguido de una aguda y tremenda punzada de dolor cuando un aguijón o un mordisco le atravesó la piel. Cada vez más y más siluetas voladoras salían zumbando de la boca del ánfora; una gran nube que parloteaba, chillaba y aullaba en sus oídos. A través del remolino de niebla de aquellas espantosas criaturas vio la cara de su marido que salía a ver lo que sucedía. Blanca de horror y espanto. Soltando un gran grito, Pandora reunió el valor y la fuerza necesarios para cerrar la tapa y sellar el ánfora.

Mientras, junto al muro del jardín, bajo la forma de un lobo, Zeus contemplaba, con la más terrible y aviesa de las sonrisas, cómo una nube de langostas, las criaturas gimientes y aullantes, sajabán el aire y planeaban en círculos sobre el jardín en un gran remolino antes de alzar el vuelo y poner rumbo a la ciudad, al campo y al mundo entero, instalándose como una plaga allí donde habitase el hombre.

¿Y qué eran aquellas siluetas? Eran mutantes descendientes de los oscuros y maléficos hijos de Nix y Érebo. Habían nacido de Ápate, Engaño; Geras,

Vejez; Ezis, Miseria; Momo, Culpa; Keres, Muerte violenta. Eran los descendientes de Ate, Ruina, y de Eris, Discordia. Sus nombres: PONOS, Penalidades; LIMOS, Hambrunas; ALGOS, Dolor; DISNOMIA, Anarquía; PSEUDEA, Mentiras; NEIKEA, Desacuerdos; ANFILOGÍA, Disputas; MACAS, Guerras; HISMINAI, Batallas; ANDROCTASIAS y FONOI, Matanzas y Asesinatos.

Habían llegado Enfermedad, Violencia, Engaño, Miseria y Deseo. No abandonarían jamás la tierra.

Lo que no sabía Pandora era que, al cerrar la tapa con tanto apresuramiento, había encerrado para siempre dentro a una última hija de Nix. Una última criaturilla quedó allí aleteando desesperada dentro del ánfora para siempre. Su nombre era ELPIS, Esperanza.*

El cofre, las aguas y los huesos de Gea

Y así es como la Edad de Oro tocó a su rápido y terrible fin. La muerte, la enfermedad, la pobreza, el crimen, la hambruna y la guerra eran ahora parte inevitable y eterna del sino de la humanidad.

Pero la Edad de Plata, como iba a ser conocida esta época, no era todo desesperación. Se diferenciaba de la nuestra en que los dioses, semidioses y monstruos se mezclaban con los humanos, procreaban con nosotros y se involucraban plenamente en nuestras vidas. Con el fuego del lado de los hombres, y ahora con mujeres que permitían la multiplicación además del sentido total de familia y compleción, algunos de los males del ánfora de Pandora quedaron compensados. Zeus bajó la mirada y lo vio. En su interior, la voz de Metis parecía susurrarle que no podría hacer nada por evitar que un día la humanidad se alzase sobre sus dos pies, en un sentido que iba más allá del evidente. Esto lo inquietó profundamente.

Mientras tanto, la gente veneraba debidamente a los dioses y acostumbraba a emplear su reciente familiaridad con el fuego para enviar ofrendas quemadas al Olimpo como señal de obediencia y devoción.

Pandora, la primera mujer, dio a luz varios niños de Epimeteo, entre ellos su hija PIRRA. También Prometeo tuvo un hijo llamado DEUCALIÓN,

posiblemente de su propia madre, Clímene, o, si creemos a las fuentes, de HESÍONE, una oceánide.

Y así la raza de los hombres y las mujeres se multiplicó.

Prometeo, a quien nunca lo abandonó el don de la previsión,* era más que consciente de que la ira de Zeus todavía estaba por aplacar. Crió a Deucalión preparándolo para las peores represalias divinas imaginables. Cuando el chico fue lo bastante mayor le enseñó el arte de la carpintería. Construyeron juntos un cofre enorme.

Los hermanos titanes se regocijaron cuando sus hijos Pirra y Deucalión se enamoraron y se casaron. Prometeo y Epimeteo podían verse ahora como patriarcas de una nueva e independiente dinastía humana. Aunque siempre les acechaba la amenaza del Tronador, cavilando en su trono olímpico.

Pasó el tiempo y la humanidad continuaba creciendo y multiplicándose, a ojos de Zeus más como una plaga que como los amados juguetitos que en su día había adorado. La excusa que necesitaba para enviar un segundo castigo a la humanidad se la proporcionó uno de sus primeros gobernadores, LICAÓN, Rey de la Arcadia e hijo de Pelasgos, que dio nombre a los pelasgos. Este Pelasgos había sido una de las figuras de barro originales moldeadas por Prometeo y animadas por Atenea, de tez, cabellos y ojos marrones. Más tarde los griegos tildarían a estas gentes, su idioma y sus prácticas de bárbaros; y, como veremos, esta primera raza no estaba destinada a habitar el Mediterráneo durante mucho tiempo.

Licaón, ya fuese por poner a prueba la omnisciencia y el discernimiento de Zeus o por otras brutales razones, mató y asó a su propio hijo NÍCTIMO, y se lo sirvió al dios, que había asistido como invitado a un banquete en su palacio. Zeus se sintió tan repugnado por aquel acto horrorosamente obsceno que devolvió la vida al chico y a Licaón lo convirtió en lobo.* A Níctimo no le dio tiempo a gobernar demasiado tiempo el territorio de su padre, no obstante, porque sus cuarenta y nueve hermanos arrasaron la región con tal violencia y se comportaron tan desagradablemente que Zeus decidió que era hora de cortar de raíz con el experimento humano en pleno. Con este objetivo, amontonó las nubes en una tormenta tan intensa que la tierra quedó inundada y toda la gente de Grecia y del mundo Mediterráneo se ahogó.

Todos salvo Deucalión y Pirra, quienes –gracias a la perspicacia de

Prometeo— sobrevivieron los nueve días de crecida a bordo del cofre de madera, que flotaba tranquilamente sobre la inundación. Como buenos *survivalistas*, habían provisto el cofre de comida, bebida y un puñado de herramientas y artefactos útiles, a fin de que, cuando el diluvio terminase por amainar y su embarcación pudiese posarse en el monte Parnaso, fuesen capaces de sobrevivir entre el cieno y el lodo posdiluviano.*

Cuando el mundo se hubo secado lo suficiente como para permitir a Pirra y Deucalión (de quien se dice que tendría ochenta y dos años por entonces) viajar sin peligro ladera abajo, se dirigieron a Delfos, que se extiende en el valle del Parnaso. Allí consultaron al oráculo de Temis, la titánide profética cuya cualidad especial consistía en comprender la manera idónea de actuar.

—Oh, Temis, Madre de la Justicia, la Paz y el Orden, instrúyenos, te imploramos —exclamaron—. Ahora estamos solos en el mundo y somos de edad demasiado avanzada como para llenar el mundo con nuestra prole.

—Hijos de Prometeo y Epimeteo —entonó el oráculo—. Escuchad mi voz y haced lo que os ordeno. Cubríos la cabeza y lanzad los huesos de vuestra madre por encima del hombro.

La desconcertada pareja no logró que el oráculo pronunciase ni una sola palabra más.

—Mi madre era Pandora —dijo Pirra, sentándose en el suelo—. Y he de dar por supuesto que se ha ahogado. ¿Dónde voy a encontrar sus huesos?

—Mi madre es Clímene —dijo Deucalión—. O, si quieres creer a las fuentes variantes, es la oceánide Hesíone. En cualquier caso, ambas son inmortales y por lo tanto están vivas y seguro que nada dispuestas a entregar sus huesos.

—Tenemos que pensar —dijo Pirra—. *Los huesos de nuestra madre*. ¿Acaso puede tener otro sentido? *Huesos de madre*. Huesos maternos... ¡Piensa, Deucalión, piensa!

Deucalión se cubrió la cabeza con un paño doblado, se sentó al lado de su esposa, que ya tenía la cabeza tapada, y reflexionó sobre el problema con el ceño fruncido. Oráculos. Siempre engañando y tergiversando. Enfurruñado, cogió una piedra y la hizo rodar colina abajo. Pirra le agarró de un brazo.

—¡Nuestra madre!

Deucalión se la quedó mirando fijamente. La mujer había empezado a palmoear el suelo.

–¡Gea! Gea es la madre de todos –gritó–. ¡Nuestra Madre Tierra! Estos son los huesos de nuestra madre, mira... –Empezó a recoger rocas del suelo–. ¡Venga!

Deucalión se puso en pie y rebuscó a su alrededor, recogió rocas y piedras. Atravesaron los campos de la parte baja de Delfos lanzando piedras por encima del hombro como se les había ordenado, pero sin atreverse a volver la mirada atrás hasta que hubieron recorrido muchas *stadia*.

Cuando se giraron, el panorama que se les presentó les llenó los corazones de júbilo.

Del suelo donde habían ido cayendo las piedras que lanzaba Pirra habían brotado chicas y mujeres, centenares, sonrientes, saludables y formadas por completo. Del suelo donde las piedras de Deucalión cayeron habían crecido chicos y hombres.

Así es como se ahogaron los viejos pelasgos en el Gran Diluvio y como fue repoblado el mundo mediterráneo por una nueva raza descendiente, a través de Deucalión y Pirra, de Prometeo, Epimeteo, Pandora y –lo más importante, desde luego– de Gea.*

Y esto es lo que somos, un compuesto de previsión e impulso, de todos los dones y de la tierra.

Muerte

Nuestra raza humana, constituida ahora a partes iguales de hombres y mujeres, se multiplicó y se extendió por el mundo construyendo ciudades y estableciendo naciones. Barcos y cuadrigas, cabañas y castillos, cultura y comercio, comerciantes y mercados, agricultura y economía, armas y trigo. En resumidas cuentas, comenzó la civilización. Fue una época de reyes, reinas, príncipes y princesas, de cazadores, guerreros, pastores, alfareros y poetas. Una época de imperios, esclavos, conflictos armados, negocios y tratados. Una época de ofrendas votivas, sacrificios y adoración. Pueblos y aldeas escogían a sus dioses y diosas favoritos como deidades guardianas, patronos y protectores. Los inmortales mismos no se privaban de descender con su propio aspecto o bajo forma de humanos o animales, para

contemporizar con los humanos que les apeteciese o para castigar a aquellos que los hubiesen agraviado y recompensar a los que más los adulaban. Los dioses nunca se cansan de la adulación.

Quizás es más importante comentar que la plaga de pesares que fluyó del ánfora de Pandora había asegurado que en adelante la humanidad se enfrentase a la inevitabilidad de la muerte bajo todas sus formas. Muerte súbita, muerte lenta y morosa, muerte violenta, muerte por enfermedad, muerte por accidente, muerte por asesinato y muerte por decreto divino.

El dios Hades descubrió, para su gran deleite –o para lo más parecido al deleite que aquel dios lúgubre fuese capaz de experimentar–, que las sombras de cada vez más humanos muertos comenzaban a llegar a su reino subterráneo. A Hermes se le asignó un nuevo rol: el de archipsicopompo, o «guía de las almas en jefe» – un cargo que desempeñó con su habitual vivacidad y travieso humor–. Aunque, conforme la población humana aumentaba, solo a los muertos más importantes se les dispensaba el honor de la escolta personal de Hermes; al resto se los llevaba Tánatos, la repelente e intimidatoria figura de la Muerte.

En el instante en que los espíritus humanos abandonaban sus cuerpos, Hermes o Tánatos los conducían a la caverna del subsuelo donde el río Estigia (Odio) confluye con el Aqueronte (Aflicción). Allí el repelente y silencioso Caronte les tendía la mano para recibir el pago por cruzarles en barca por el Estigia. Si el muerto no tenía con qué pagar, se veía obligado a esperar cien años hasta que el poco servicial Caronte consentía en llevarlo. Para evitar este limbo se convirtió en costumbre entre los vivos colocar algo de dinero, normalmente un *obolus*, en la lengua del moribundo para pagar al barquero y asegurarse un paso rápido y sin contratiempos.* Una vez que había cobrado, Caronte subía al alma muerta a bordo y remaba con su chalana o esquife color óxido por encima de las negras aguas estigias hasta el desembarco, punto de reunión del infierno.* Una vez muerto, ningún mortal podía volver al mundo de la superficie. Los inmortales, si se atrevían a probar un bocado de comida o un sorbo de bebida en el Hades, se condenaban a volver al reino infernal.

¿Y cuál era su destino final? Parece ser que esto dependía más bien de la clase de vida que uno hubiese llevado. Al principio, el propio Hades era el

árbitro, pero años después delegó el Gran Pesaje en dos hijos de Zeus y EUROPA: MINOS y RADAMANTO, quienes, tras sus propias muertes, fueron nombrados, junto con su medio hermano ÉACO, Jueces del Inframundo. Decidían si un individuo había vivido una vida heroica, corriente o puniblemente malvada.*

Los héroes y aquellos considerados extremadamente rectos (así como los muertos que tenían algo de sangre divina) se veían transportados a los Campos Elíseos, que se extendían en algún punto del archipiélago conocido como las Islas Afortunadas, o Islas de los Bienaventurados. No hay consenso real sobre dónde estarían situadas realmente. Tal vez son lo que hoy llamamos las Canarias, tal vez las Azores, las Antillas Menores o incluso las Bermudas.* Descripciones ulteriores sitúan los Campos Elíseos dentro del reino de Hades mismo.* En estos relatos las almas que se reencarnaban tres veces, y llevaban en cada ocasión una vida heroica, justa y virtuosa, se ganaban acto seguido un traspaso del Elíseo a las Islas de los Bienaventurados.

Una mayoría sin tacha, cuyas vidas no eran ni especialmente virtuosas ni especialmente despiadadas, podía esperar aparcada por toda la eternidad en los Prados Asfódelos, cuyo nombre provenía de las flores blancas que alfombraban sus campos. A dichas almas se les garantizaba un porvenir bastante agradable: antes de llegar bebían las aguas del olvido en el río Leteo para poder disfrutar de una eternidad despreocupada y agradable, sin las molestias de recuerdos incómodos de la vida terrenal.

Pero los pecadores – los degenerados, blasfemos, malvados y disolutos–, ¿qué se hacía con ellos? Los menos se paseaban de aquí para allá por los vestíbulos del Hades, eternamente sin sentimientos, sin fuerzas ni conciencia real alguna de su existencia, pero los más profanos e imperdonables eran llevados a los Campos de Castigo, que se extendían entre los Prados Asfódelos y las abismales profundidades del mismísimo Tártaro. Aquí se infligían torturas eternas que se ajustaban con diabólica exactitud a los crímenes de cada uno. Algo más adelante conoceremos a algunos de los más celebrados de estos pecadores. Nombres como SÍSIFO, IXIÓN y TÁNTALO todavía resuenan a través de los siglos.

Mientras Homero describe los espíritus de los fallecidos con las caras y

apariciones que tenían en vida, relatos alternativos cuentan de un horrendo demonio llamado EURÍNOMOS que recibía a los muertos y, al igual que las furias, los desollaba hasta dejar los huesos al aire. Otros poetas insinúan que las almas del inframundo eran capaces de elocuencia y dadas a relatarse entre ellas las historias de su vida.

Hades era el más celoso de toda su celosa familia. Ni una sola alma podía soportar que escapase de su reino. Cerbero, el perro de tres cabezas, patrullaba las puertas. Pocos, muy pocos héroes eludieron o engañaron a Tánatos y Cerbero y se las arreglaron para visitar los reinos del Hades y volver vivos al mundo de la superficie.

Y así es como la muerte se convirtió en una constante en la vida humana, como sigue siendo hasta la fecha. Pero el mundo de la Edad de Plata, hemos de comprenderlo, era muy distinto al nuestro. Dioses, semidioses y toda clase de inmortales seguían caminando entre nosotros. La interacción personal, social y sexual con los dioses era tan normal para los hombres y las mujeres de la Edad de Plata como la interacción con las máquinas y las inteligencias artificiales lo es para nosotros hoy. Y, me atrevería a decir, muchísimo más divertida.

Prometeo encadenado

Con abrasadora furia, Zeus observó cómo sobrevivían Pirra y Deucalión, y el surgimiento de una nueva raza de hombres y mujeres de las piedras de la tierra. Nadie, ni siquiera el Rey de los Dioses, podría interferir con la voluntad de Gea. Representaba un orden más antiguo, profundo y permanente que el de los olímpicos, y Zeus sabía que le era imposible impedir la repoblación del mundo. Pero por lo menos podía volver su atención hacia Prometeo. Amaneció el día en que decidió que el titán había de pagar por su traición. Observó desde el Olimpo y lo vio en la Fócida, ayudando a proyectar un nuevo pueblo, inmiscuyéndose como siempre en los asuntos de los hombres.

La humanidad se había propagado en un abrir y cerrar de ojo inmortal, que así podríamos llamar al paso de varios siglos. Todo esto mientras Prometeo

había, con titánica paciencia, animado a extender la civilización entre la Humanidad 2.0 (enseñando de nuevo a la gente todas las artes, artesanías y prácticas de agricultura, manufactura y construcción).

Tras adoptar la forma de un águila, Zeus bajó planeando y se posó en las vigas de un templo a medio construir que iba a ser dedicado a él. Prometeo, que había estado grabando escenas de la vida del joven Zeus en el frontón, levantó la mirada y supo al instante que el ave era su viejo amigo. Zeus asumió su forma habitual e inspeccionó el grabado.

–Si se supone que esa que está ahí conmigo es Adamantea, las proporciones están fatal –dijo.

–Licencia artística –dijo Prometeo, al que le palpitaba el corazón a toda prisa. Era la primera vez que hablaban desde que robara el fuego.

–Ha llegado la hora de pagar por lo que has hecho –dijo Zeus–. A ver, puedo llamar a los hecatónquiros para que te lleven a la fuerza a tu destino o puedes plegarte a lo inevitable y acompañarme sin alborotos.

Prometeo soltó el martillo y el cincel y se restregó las manos en el mandil de cuero.

–Vamos –dijo.

No hablaron ni se pararon a descansar o a refrescarse hasta que llegaron a las faldas de las montañas del Cáucaso, donde los mares Negro y Caspio se encuentran. En el transcurso del viaje, Zeus había querido decir algo, había ansiado coger a su amigo por el hombro y abrazarlo. Una disculpa llorosa le habría permitido perdonarlo y arreglarlo. Pero Prometeo seguía en silencio. La hiriente sensación de haber sido tratado injustamente y utilizado se reavivó de nuevo en Zeus. «Además», se dijo el dios, «los grandes dirigentes no pueden dejarse ver demostrando debilidad, sobre todo cuando se trata de traición por parte de sus allegados.»

Prometeo se protegió los ojos y alzó la mirada. Vio a los tres cíclopes esperando junto a una gran pared de roca en pendiente que formaba una de las caras de la montaña más alta.

–Sé que se te da bien escalar montañas –dijo Zeus con lo que esperaba que sonase como gélido sarcasmo, aunque emergió incluso a sus oídos más bien como un murmullo enfurruñado–. Así que escala.

Cuando Prometeo llegó donde estaban los cíclopes, estos lo ataron y

encadenaron, lo tendieron boca arriba y clavaron las cadenas a la roca con enormes estacas de hierro irrompible. Dos hermosas águilas descendieron del cielo y planearon cerca de Prometeo, tapando la luz del sol. Oyó el aire caliente haciendo ondear sus plumas.

Zeus le habló en voz alta.

–Te quedarás tendido y encadenado a esta roca para siempre. No hay posibilidad de huida ni de perdón, en toda la eternidad. Cada día estas águilas vendrán a desgarrarte el hígado, igual que tú me desgarraste el corazón. Se lo comerán ante tus ojos. Como eres inmortal te volverá a crecer cada noche. Esta tortura no tendrá fin. Cada día el sufrimiento te parecerá más grande. No tendrás nada más que tiempo para reflexionar sobre la enormidad de tu crimen y la estupidez de tus actos. Tú que fuiste conocido como «previsor» no demostraste previsión alguna al desafiar al Rey de los Dioses. –La voz de Zeus resonó por los cañones y desfiladeros–. ¿Y bien? ¿No tienes nada que decir?

Prometeo suspiró.

–Estás equivocado, Zeus –dijo–. Pensé mis actos con gran cuidado. Sopesé mi comodidad comparándola con el futuro de la raza del hombre. Veo ahora que florecerá y prosperará independientemente de lo que haga cualquier inmortal, incluso tú. Saber esto es un consuelo para cualquier dolor.

Zeus contempló a su antiguo amigo durante un largo rato antes de hablar.

–No te mereces las águilas –dijo con espantosa frialdad–. Que sean buitres.

Las dos águilas se transformaron de inmediato en repugnantes y feos buitres que sobrevolaron en círculos el cuerpo tendido antes de dejarse caer encima. Sus talones afilados como hojas abrieron un costado del titán y con horrorosos chillidos de triunfo dieron comienzo al banquete.

Prometeo, el principal creador, abogado y amigo de la humanidad, nos enseñó, robó para nosotros y se sacrificó por nosotros. Todos tenemos nuestra parte del fuego prometeico, sin él no seríamos humanos. Está bien apiadarse de él y admirarlo, pero, a diferencia de los dioses celosos y egoístas, nunca pidió que lo venerásemos, alabásemos ni adorásemos.

Y tal vez os haga felices saber que, a pesar del eterno castigo al que fue condenado, un día se alzaría un héroe lo bastante poderoso como para desafiar a Zeus, desatar al campeador de la humanidad y ponerlo en libertad.

PERSÉFONE Y LA CUADRIGA

El mundo sobre el que Zeus había gobernado como señor soberano del cielo era una madre benévola para la humanidad. Los hombres, mujeres y niños se sirvieron del fruto de los árboles, el grano de los pastos, el pescado de las aguas y los animales de los campos sin esfuerzo ni demasiado trabajo. Deméter, diosa de la fertilidad y de las cosechas, bendecía el mundo natural. Si había hambre o privación era solo resultado de la crueldad humana y de los afanes de aquellas terribles criaturas puestas en libertad por el ánfora de Pandora, y no del descuido divino. Todo esto iba a cambiar, no obstante. Hades tuvo algo que ver en ello, ¿y quién sabe?, tal vez su plan fue desde el primer momento apresurar y aumentar la muerte en el mundo y así aumentar la población de su reino. Intrincado es el proceder de Moros.

Deméter tuvo una hija, Perséfone, con su hermano Zeus. Tan bella, pura y encantadora era que los dioses dieron en llamarla CORÉ, o CORA, que significa simplemente «la doncella». Los romanos la llamaron PROSERPINA. Todos los dioses, especialmente los solteros Apolo y Hermes, se enamoraban embriagadoramente de ella e incluso le proponían matrimonio. Pero la protectora (habrá quien diga superprotectora) Deméter la escondió en una campiña remota, lejos de los ojos hambrientos de dioses e inmortales, honestos y deshonestos por igual, con la intención de que permaneciese –como Hestia, Atenea y Artemisa– virgen y soltera por siempre. Sin embargo, hubo un poderoso dios que posó su mirada codiciosa sobre la chica y no tenía intención de respetar los deseos de Deméter.

No había nada que gustase más a la dulce e ingenua Perséfone que conversar con la naturaleza. Hija de su madre, decididamente, las flores y los preciosos brotes de lo que fuese constituían su mayor fuente de alegría. Una tarde dorada, un poco apartada de las compañeras que su madre le había asignado para protegerla, Perséfone estaba cazando mariposas según revoloteaban de una flor a otra en un prado florido veteado por el sol. De repente oyó un rugido profundo y desgarrador. Era como un trueno, aunque parecía no venir del cielo, sino de la tierra que pisaban sus pies. Miró a su

alrededor, asustada y perpleja. La tierra se sacudía y la ladera que tenía delante se abrió en dos. De la abertura salió estruendosamente una enorme cuadriga. Antes de que a la aterrada muchacha le diese tiempo a dar media vuelta y salir corriendo, el auriga la había atrapado, giró el carro y volvió a meterse por la grieta de la ladera. Para cuando los alarmados compañeros de Perséfone llegaron allí, la abertura se había sellado por sí sola, sin dejar ni rastro.

La desaparición de Perséfone fue tan inexplicable como repentina y total. Estaba brincando alegremente por el prado y al instante siguiente se había esfumado sin dejar huella.

Difícilmente podemos describir la desesperación de Deméter. Todos hemos perdido alguna vez algo preciado –animal, vegetal o mineral– y hemos atravesado los estadios de sufrimiento y duelo, temor y enfado que puede provocar el súbito desposeimiento. Cuando la pérdida es tan personal, los sentimientos se amplifican hasta el más alto grado. Aunque conforme transcurrían los días cada vez era más difícil creer que pudiesen volver a ver a Perséfone, Deméter prometió que encontraría a su hija por más que le costara su eternidad inmortal.

Deméter pidió ayuda a su amiga titánide HÉCATE. Hécate era una diosa de pociones, llaves, fantasmas, venenos y toda clase de hechicerías y encantamientos.* Tenía en su posesión dos antorchas que podían iluminar todos los rincones de la tierra. Deméter y ella recorrieron esos rincones, una, dos, mil veces. Proyectaron luz en cada una de las cavernas y lugares oscuros que se encontraron. Peinaron el mundo sin éxito.

Pasaron los meses. Durante todo este tiempo, Deméter desatendió sus responsabilidades. El maíz, los cultivos, la maduración de la fruta y la siega de las cosechas: estaba todo abandonado, y de la tierra nada brotaba. Ninguna semilla germinaba, ni un capullo se abría, no crecía ni un tallo y el mundo empezaba a desertizarse.

Los dioses estaban a salvo en el Olimpo, pero los gritos de hambre y desesperación de la gente de la tierra llegaron a oídos de Zeus. Solo cuando una noche, con otros dioses, comentaban el misterio de la desaparición de Perséfone, le dio por hablar al sol titán Helios.*

–¿Perséfone? Ah, yo vi lo que le pasó. Lo vi todo.

–¿Lo viste? ¿Entonces por qué no dijiste nada? –preguntó Zeus–. Deméter ha estado vagando enloquecida por la tierra buscándola, frenética de pesadumbre y el mundo se está volviendo un desierto. ¿Por qué puñetas no lo has contado?

–¡Nadie me preguntó! Nadie me pregunta nunca nada. Pero yo sé un montón de cosas. El ojo del sol lo ve todo –dijo Helios, repitiendo una frase que había usado Apolo con frecuencia durante sus días a cargo del carro del sol.

–¿Qué le sucedió?

–La tierra se abrió y a que no adivinas quién salió de allí en su cuadriga y la agarró... ¡Hades!

–¡Hades! –corearon los dioses.

Los granos de granada

Zeus bajó al inframundo de inmediato para traer de vuelta a Perséfone. Pero el Rey del Inframundo no estaba dispuesto a aceptar órdenes del Rey del Sobremundo.

–Se queda aquí. Es mi reina.

–¿Te atreves a desafiarme?

–Eres mi hermano pequeño –dijo Hades–. De hecho, el más pequeño de mis hermanos. Siempre has tenido lo que has querido. Exijo el derecho a quedarme con la chica a la que amo. No me lo puedes negar.

–¿Ah, no? –dijo Zeus–. El mundo está en plena hambruna. Los gritos de hambre de los mortales no nos dejan dormir. Niégate a devolver a Perséfone y enseguida descubrirás la fuerza y el alcance de mi voluntad. Hermes no te traerá más espíritus de los muertos. Ni una sola alma se te volverá a enviar aquí. Se despachará todo a un nuevo paraíso, o a lo mejor dejan de morir. Hades se volverá un reino vacío, drenado de todo poder, influencia o majestuosidad. Tu nombre será el hazmerreír de todos.

Los hermanos se fulminaron con la mirada. Hades fue el primero en parpadear.

–¡Maldito seas! –gruñó–. Dame un día más con ella y luego manda a

Hermes a recogerla.

Zeus volvió al Olimpo bien satisfecho.

Al día siguiente Hades llamó a la puerta de la alcoba de Perséfone. Os sorprenderá que llamase, pero la cosa es que en su digna y firme presencia incluso un poder como el de Hades se descubría vacilante y tímido. La amaba con todo su corazón, y aunque había perdido la batalla de voluntades con Zeus, tenía claro que no podía dejarla marchar. Además, notaba algo en ella..., algo que le daba esperanza. ¿Un titilar de amor correspondido?

–Querida –dijo con una dulzura que habría asombrado a cualquiera que lo conociese–. Zeus me obliga a que te envíe de vuelta al mundo de la luz.

Perséfone alzó el pálido rostro y le clavó la mirada.

Hades le devolvió la mirada serio.

–Espero que no te lleves una mala impresión de mí.

Ella no contestó, pero a Hades le pareció percibir una leve coloración de las mejillas y la garganta.

–¿Te comes conmigo un poco de esta granada para demostrar que no hay rencor?

Con desgana, Perséfone cogió seis granos de la palma tendida y exprimió lentamente en su boca la pungente dulzura.

Cuando llegó Hermes, el dios de las artimañas, descubrió que la artimaña se la habían tragado Zeus y él.

–Perséfone ha comido una fruta de mi reino –dijo Hades–. Decretado está que aquel que pruebe la comida del infierno habrá de volver a él. Ha comido seis granos de granada, así que ha de quedarse conmigo seis meses al año.

Hermes agachó la cabeza. Sabía que así era. Tomó a Perséfone de una mano y la acompañó fuera del inframundo. Deméter se puso tan eufórica al ver a su hija que el mundo empezó a florecer de inmediato. Era una alegría que había de durar la mitad del año, puesto que seis meses más tarde, según la ineludible ley divina, Perséfone estaba obligada a volver al inframundo. El pesar de Deméter ante la partida de su hija hizo que a los árboles se les cayeran las hojas y que un tiempo muerto se arrastrase por el mundo. Pasaron otros seis meses, Perséfone emergió de los dominios de Hades, y el ciclo del nacimiento, la renovación y el crecimiento comenzó otra vez. Así es como surgieron las estaciones: el otoño y el invierno de la pesadumbre de Deméter

por la ausencia de su hija y la primavera y el verano por su júbilo al regreso de Perséfone.

En cuanto a la propia Perséfone..., bueno, por lo visto acabó disfrutando de sus temporadas abajo tanto como de las de arriba. Durante seis meses no era prisionera de Hades, sino la satisfecha Reina del Inframundo, una encantadora consorte que ejercía una imperiosa influencia sobre el dominio de los muertos con su esposo. A lo largo de los seis meses siguientes volvía a ser la riente Coré de la fertilidad, las flores, los frutos y el regocijo.

El mundo había dado con un nuevo ritmo.

Hermafrodito y Sileno

Mientras los hombres y mujeres de la Edad de Plata se acostumbraban al esfuerzo, la brega y el sufrimiento que ahora parecían ser su sino común, los dioses continuaron multiplicándose. Hermes, que había madurado rápidamente hasta alcanzar una virilidad atractiva pero eternamente juvenil, engendró con la ninfa DRÍOPE a PAN, el dios de la naturaleza con patas de cabra.* A espaldas de Hefesto y Ares, también copuló con Afrodita, una unión bendecida con el nacimiento de un hijo de más que extraordinaria gracia llamado –en honor de cada padre– HERMAFRODITO.

Este hermoso chico creció a la sombra del monte Ida, vigilado por las náyades.* Cuando cumplió quince años lo soltaron a vagar por el mundo. Una tarde esplendente, mientras viajaba por Asia Menor, conoció a una náyade llamada SALMACIS, que estaba chapoteando en las claras aguas de un arroyo cerca de Halicarnaso. Hermafrodito, que era tan tímido como encantador, se sintió confuso e infeliz cuando aquella atrevida criatura, atónita ante su belleza, intentó seducirlo.

A diferencia de la mayor parte de los miembros de su especie – ninfas afanasas y recatadas que atendían con diligencia el mantenimiento de los riachuelos, estanques y cauces a su cargo–, Salmacis tenía reputación de vanidosa e indolente. Prefería nadar perezosamente de aquí para allá admirando sus propias extremidades en el agua que cazar o ejercitarse con el resto de las náyades. Pero su serenidad y su autoestima se hicieron añicos

ante la belleza del tal Hermafrodito, e hizo esfuerzos denodados para ganárselo. Cuanto más lo intentaba –girando desnuda en el agua, frotándose los pechos tentadoramente, haciendo coquetas burbujas bajo la superficie–, menos cómodo estaba el chico, hasta que le acabó gritando que lo dejase en paz. Ella se marchó al instante, enfurruñada, pasmada y humillada por aquella nueva e indeseable experiencia de rechazo.

Sin embargo, hacía un día muy bueno, así que Hermafrodito, acalorado y sudoroso tras haberse librado de aquella hada y pensando que estaría bien lejos, se desvistió y se metió en las frías aguas del arroyo para refrescarse.

Casi de inmediato, Salmacis, que había vuelto nadando oculta entre los juncos, saltó sobre él como un salmón y se aferró con todas sus fuerzas a su cuerpo desnudo. Asqueado, Hermafrodito se sacudió y se retorció y contorsionó para soltarse, mientras ella exclamaba a los cielos:

–¡Oh, dioses de las alturas, no dejéis que este joven y yo nos separemos!
¡Que seamos siempre uno!

Los dioses oyeron su plegaria y respondieron con la despiadada literalidad en la que parecen deleitarse siempre. En un instante, Salmacis y Hermafrodito se convirtieron realmente en uno. La pareja se fusionó en un solo cuerpo. Un cuerpo, dos sexos. Dejaron de ser la náyade Salmacis y el joven Hermafrodito para ser, en cambio, intersexuales, varón y hembra coexistiendo bajo una forma. Aunque los romanos considerarían este estado como un desorden que amenazaba las estrictas normas militaristas de su sociedad, los más abiertos griegos apreciaron, celebraron e incluso adoraron el género hermafrodita. Las estatuas y las representaciones en cerámica y en frisos de los templos nos muestran que, al parecer, lo que los romanos temían los griegos lo encontraban admirable.*

En este nuevo estado, Hermafrodito se unió al séquito de los EROTOS, cuya naturaleza y propósito contaremos muy pronto.

Con una ninfa desconocida, Hermes* engendró también al sátiro de nariz chata y rabo de burro SILENO, que acabó siendo un viejo borracho barbudo, barrigudo y de frente arrugada, un tema popular en los cuadros, esculturas y vasos con grabados, y al que tampoco tardaremos en encontrarnos.

Así como se multiplicaban los dioses, se multiplicaban los hombres. Pero que el fuego divino formase ahora parte de nuestra naturaleza significaba que

compartíamos con los dioses la capacidad no solo de lujuria, copulación y reproducción, sino también la capacidad de amar.

El amor, como sabían los griegos, es complicado.

CUPIDO Y PSIQUE

Erotes

Los griegos desenmarañaron la complejidad del amor a base de nombrar cada una de sus hebras por separado y aportar divinidades que las representasen. A Afrodita, la diosa suprema del amor y la belleza, la atendía un séquito de diosecillos alados y desnudos llamados los erotes. Como muchas deidades (Hades y sus cohortes del inframundo, por ejemplo) los erotes se encontraron de repente con mucho por hacer una vez que la humanidad se estableció y comenzó a florecer. Cada uno de los erotes era capaz de promulgar y promover una pasión amorosa distinta.

ANTEROS: el joven patrón del egoísta amor incondicional.*

EROS: el líder de los erotes, dios del amor físico y del deseo sexual.

HEDÍLOGOS: el espíritu del lenguaje del amor y de las expresiones cariñosas, que hoy, damos por hecho, vela por las tarjetas de San Valentín, las cartas de amor y las novelas rosas.

HERMAFRODITO: el protector de los varones afeminados, las hembras masculinas y todos aquellos que hoy denominaríamos de un género más fluctuante.

HÍMERO: la encarnación del amor desesperado, impetuoso, impaciente por ser satisfecho y listo para estallar.

HIMENEO: el guardián de la alcoba nupcial y de la música de la boda.

POTO: la personificación del anhelo lánguido, del amor por el ausente o el que ha partido.

De todos estos, el más influyente y devastador fue Eros, en poder y capacidad para sembrar malentendidos y desavenencias. Hay dos historias sobre su origen e identidad. En una era el pájaro del cosmos y salió de un enorme huevo puesto por Nix y abrió el cascarón para propagar su semilla por todo el universo. Por lo tanto, podía considerarse entre los primerísimos espíritus primordiales que pusieron en marcha el torrente de la creación. En una perspectiva quizás más frecuentemente sostenida a propósito del mundo clásico, Eros era hijo de Ares y de Afrodita. Bajo el nombre romano de CUPIDO, suele ser representado como un niño risueño con alas a punto de disparar una flecha con su arco de plata, una imagen muy reconocible hasta la

fecha, cosa que hace de Eros tal vez el más instantáneamente identificable de los dioses de la Antigüedad clásica.

La codicia y el deseo erótico se asocian con su figura, así como el enamoramiento súbito e incontrolable que resulta tras ser atravesado por su dardo, la flecha que obliga a sus víctimas a enamorarse de la primera persona (o animal) que vean después de ser heridos.* Eros puede ser tan caprichoso, dañino, azaroso y cruel como el amor mismo.

Amor, amor, amor

Los griegos tenían como mínimo cinco términos para «amor»:

AGAPE: el amor grande y generoso que describiríamos como «caridad» y que podría referirse a cualquier tipo de amor sagrado, como el de los padres por sus hijos o el amor de los adoradores por su dios.*

EROS: la hebra de amor llamada con el nombre del dios, o con el nombre del cual recibió el suyo el dios. El tipo de amor que nos mete en líos tremendos. Mucho más que afecto, mucho menos que espiritual, *eros* y lo erótico pueden llevarnos a la gloria o a la desgracia, al apogeo de la felicidad y a las profundidades de la desesperación.

FILIA: la forma de amor aplicada a la amistad, la inclinación y el cariño. Vemos sus huellas en palabras como «francófilo», «necrofilia» y «filantropía».

STORGE: el amor y la lealtad que uno sentiría por su país o su equipo de fútbol podría ser considerado estórgico.

El propio Eros, mientras que en el Renacimiento y el Barroco sería representado como acabo de describir –un querubín descarado, risueño, con hoyuelos (a veces con los ojos vendados para significar la naturaleza caprichosa y arbitraria de su puntería–, era para los griegos un joven adulto de gran destreza. Artista y atleta (tanto sexual como deportivo), se le consideraba patrón y protector del amor entre hombres, así como una presencia titular en el gimnasio y en la pista de atletismo. Se lo asociaba con delfines, gallos, rosas, antorchas, liras y, claro está, con aquel arco y aquel carcaj lleno de flechas.

Tal vez el mito más conocido relativo a Eros y Psique – amor físico y alma– es de interpretación y explicación casi absurdamente evidente. Sin embargo, creo que es mejor contarlo igual que todos los mitos, no como una alegoría, una fábula simbólica o una metáfora, sino como una historia. Una historia nada más. Tiene muchos de los ritmos y giros de guión que asociamos con relatos de aventuras y cuentos de hadas pos teriores,* quizás porque nos ha llegado como lo que muchos consideran el mayor candidato a primera novela: *El asno de oro* del escritor latino Apuleyo.* La influencia de la historia en el pensamiento occidental, la literatura popular y el arte – por no hablar de su encanto– justifican, espero, que la vuelva a contar aquí pormenorizadamente.

Psique

Una vez, en una región cuyo nombre hoy se ha perdido para nosotros, vivían un rey, una reina y sus tres hermosas hijas. Vamos a llamar al rey ARÍSTIDES y a la reina DÁMARIS. Las dos hijas mayores, CALANTE y ZONA, eran lo suficientemente encantadoras como para que las admirasen por todas partes; pero la pequeña, cuyo nombre era PSIQUE, era tan absolutamente hermosa que muchos en el reino abandonaron el culto a Afrodita y en su lugar adoraron a esta muchacha. Afrodita era una diosa celosa y vengativa y no podía soportar rivalidades, menos aún de una mortal. Invocó a su hijo Eros.

–Quiero que me encuentres un cerdo –le dijo–, el más feo y peludo de toda la región. Vete al palacio donde vive Psique, dispárale tu flecha y asegúrate de que el cerdo es lo primero que ve.

Acostumbrado a las entrañables prácticas de su madre, Eros se dirigió a cumplir el recado con toda la alegría del mundo. Le compró un verraco especialmente híspido y apestoso a un porquero que vivía no muy lejos del palacio y puso rumbo aquella tarde hacia la ventana del cuarto donde dormía Psique. Con más torpeza de la que supondría a un esbelto dios atlético, intentó trepar por la ventana con el cerdo bajo el brazo sin hacer ruido.

Pasaron un montón de cosas y muy rápido.

Eros aterrizó sin problemas en la alcoba iluminada por la luna.

Psique dormitaba pacíficamente.

Eros se incrustó el cerdo firmemente entre las piernas.

Eros echó la mano a su espalda para agarrar una flecha del carcaj.

El cerdo soltó un gruñido.

Un azorado Eros se rasguñó el brazo con la punta de la flecha al sacar el arco.

Psique se despertó sobresaltada y encendió una vela.

Eros vio a Psique y quedó profundamente enamorado de ella.

Menudo negocio. El mismísimo dios del amor enamorado. Os imaginaréis que lo que hizo a continuación fue disparar una flecha a Psique y que todo acabó felizmente. Pero en esta historia Eros sale bastante bien parado. Tan auténtico, puro y absoluto era su amor que ni se le pasó por la cabeza engañar a Psique y dejarla sin capacidad de elección. Le echó una última mirada anhelante, se giró, saltó por la ventana y de vuelta a la noche.

Psique vio al cerdo corriendo enloquecido en círculos resoplando, llegó a la conclusión de que debía de estar soñando, sopló la vela y se volvió a dormir.

Profecía y abandono

Al día siguiente, el rey Arístides se alarmó al avisarle un sirviente de que la menor de sus hijas había convertido su dormitorio en una suerte de cochiguera. La reina Dámaris y él ya estaban suficientemente preocupados por el hecho de que, a diferencia de sus hermanas Calante y Zona, que se habían aliado con ricos terratenientes, Psique se hubiese negado tercamente a casarse. La noticia de que ahora conviviese con cerdos hizo al padre decidirse. Viajó hasta el oráculo de Apolo para enterarse de cómo sería el futuro de la chica.

Después de realizar los sacrificios y plegarias de rigor, la Sibila dio una respuesta.

–Enguirnalda a tu hija con flores y llévala a un lugar alto. Déjala encima de una roca. Aquel que llegue a tomarla por esposa es el más peligroso ser sobre

la faz de la tierra, el cielo o el agua. Todos los dioses del Olimpo temen su poder. Así, como está ordenado, ha de ser. Fracasa en esto y la criatura arrasará tu reino y las consecuencias serán discordia y desesperación. A ti, Arístides, se te llamará destructor de la felicidad de tu gente.

Diez días después, una extraña procesión salió del pueblo. Alzada en una litera, festoneada con flores y vestida del blanco más inmaculado, iba sentada una sombría pero resignada Psique. Le habían contado el pronunciamiento del oráculo y lo aceptaba. Su presunta belleza siempre había sido una fuente de irritación para ella. Detestaba los aspavientos y el revuelo que causaba, lo raro que hacía comportarse a la gente en su presencia y lo extravagante y aislada que eso la hacía sentirse. Había planeado no casarse nunca, pero si no había más remedio, entonces un animal codicioso no sería peor que un tedioso príncipe adulador con ojos de bobo. El sufrimiento de sus atenciones, por lo menos, acabaría rápidamente.

Con lastimeros alaridos de pena y pesadumbre la multitud la acompañó ladera arriba hasta que llegaron a una enorme roca de basalto sobre la que había de tenderse Psique para el sacrificio. Su madre Dámaris chilló, gimió y sollozó. El rey Arístides le palmoteó la mano y deseó estar en cualquier otro lado. Calante y Zona, con sus sosos y viejos pero ricos maridos a los lados, se esforzaron al máximo por ocultar la profunda satisfacción que les producía saber que pronto su belleza no tendría rival.

Mientras la ataban a la roca, Psique cerró los ojos y respiró hondo, a la espera de que acabasen todos de recrearse en lamentos y muestras de pesar. Pronto todo el sufrimiento y el dolor se habrían esfumado.

Cantando himnos a Apolo, la muchedumbre emprendió el camino de vuelta a la colina, dejando a Psique sola en la roca. El sol resplandecía sobre ella. Las alondras cantaban en el cielo azul. Se había imaginado nubarrones, vientos aullantes, lluvia azotadora y truenos terroríficos como acompañamiento de su violación y muerte, no aquel esplendente idilio de sol de final de primavera y trinos propagándose.

¿Quién o qué sería aquella criatura? Si su padre había citado bien al oráculo, entonces hasta los más altos olímpicos lo temían. Pero ella no había oído hablar nunca de un monstruo tan terrible en ninguna de las leyendas y

rumores de leyendas con las que se había criado. Ni siquiera Tifón o Equidna tenían el poder de asustar a los poderosos dioses.

De repente un aliento de viento cálido hizo ondear su blanco vestido ceremonial. El aliento se convirtió en racha que introdujo entre el frío basalto sobre el que reposaba y su espalda un cojín de aire. Para su gran sorpresa, Psique notó que la alzaban. El viento parecía casi una cosa sólida: la aguantaba, la agarraba y la transportaba por los aires.

El castillo encantado

Psique sobrevoló el suelo a gran altura, segura en los fuertes pero suaves brazos de CÉFIRO, el Viento del Oeste.

«Este no puede ser el animal salvaje que todos tememos», pensó ella. «Este viento ha de ser el mensajero y heraldo de la bestia. Me lleva a mi funesto destino. Bueno, por lo menos es una forma cómoda de viajar.»

Contempló la ciudad en la que se había criado, a sus pies. Qué pequeño, compacto y pulcro parecía todo. Tan distinta al municipio descuidado, pestífero y desvencijado que conocía y odiaba. Céfiro cogió velocidad y altura y pronto se zambullían sobre colinas y a lo largo de valles, sobrevolando el océano azul y pasando de largo por islas, hasta que llegaron a un país que Psique no reconocía. Era fértil y muy boscoso, y según empezaron a descender gradualmente vio, en un claro, un magnífico palacio con una torre en cada ángulo y coronado por torretas. Suave y pacíficamente bajaron a Psique hasta que aterrizó deslizando un pie sobre la hierba florida frente a un portón dorado de doble hoja. Con un siseo y un suspiro el viento se alejó y Psique se vio sola. No oía gruñidos, rugidos ni ronquidos ávidos, solo una música que le llegaba flotando a lo lejos desde el interior del palacio. Al iniciar un movimiento de tanteo las puertas se abrieron de par en par.

El palacio real en el que Psique se había criado era –para cualquier ciudadano común de su país– ornado, opulento y abrumador, pero al lado de aquel precioso y fabuloso edificio en el que estaba entrando no era más que un burdo cuchitril. Conforme iba avanzando, sus ojos fascinados se paseaban

por columnas de oro, madera de citrón y marfil, paneles de bajorrelieves grabados en plata con una complejidad y un talento artístico que jamás hubiera creído posibles, y estatuas de mármol tan perfectamente acabadas que parecían moverse y respirar. La luz resplandecía en los pasillos y corredores de esplendente oro, el suelo que pisaba era un mosaico cambiante de joyas y la música cada vez sonaba más y más alta según se internaba. Pasó por delante de fuentes donde las aguas cristalinas trazaban arcos milagrosos, formándose y deformándose y desafiando a la gravedad decididamente. Advirtió unas voces graves femeninas. O estaba soñando o aquel palacio era divino. Ningún mortal, y seguramente ningún monstruo, podía haber dispuesto una morada tan fabulosa.

Había llegado a una habitación central cuadrada cuyos paneles pintados mostraban escenas del nacimiento de los dioses y de la guerra contra los titanes. El aire estaba perfumado de sándalo, rosas y especias cálidas.

Voces, visiones y un visitante

Los susurros y la música parecían venir de todas partes y de ninguna, pero cesaron de golpe. En el manifiesto silencio que se hizo, una voz queda la llamó.

–Psique, Psique, no seas tímida. No te quedes mirando así estremecida como un fauno sobresaltado. ¿No sabes que todo esto es tuyo? Toda esta belleza, todas estas gemas, este palacio excelso y las tierras que lo rodean..., todo tuyo. Atraviesa aquella puerta y date un baño. Las voces que oyes son las de tus sirvientas, que están aquí para lo que ordenes. Cuando estés lista se dispondrá un gran banquete. Sé bienvenida, amada Psique, sé bienvenida y disfruta.

La deslumbrada muchacha entró en la habitación contigua, una vasta alcoba con tapices y sedas colgados, iluminada con antorchas en soportes de bronce. En un extremo había una bañera de cobre y en el centro una cama de proporciones sencillamente colosales cuya estructura envuelta en arrayanes era de ciprés pulido y cuyas sábanas aparecían salpicadas de pétalos de rosa. Psique estaba tan cansada y atontada y se sentía tan incapaz de asumir lo que

veía que se tumbó allí y cerró los ojos, con la confusa esperanza de que dormir la despertase de aquel tremendo sueño.

Pero cuando se despertó seguía dentro del sueño. Dejó las suaves almohadas con brocados y vio que de la bañera se alzaba vapor. Se deshizo de sus ropajes y se metió en el agua.

Aquí es donde las cosas se pusieron del todo raras.

Un frasco de plata a un lado del baño se elevó, bailó por los aires y derramó su contenido en el agua. Antes de que le diese tiempo a gritar de sorpresa, una fabulosa nube de fragancias desconocidas invadió sus sentidos. Ahora un cepillo con mango de marfil le frotaba la espalda y un aguamanil de agua caliente se vaciaba sobre su melena. Unas manos invisibles la masajearon, acariciaban, palmeaban, tiraban y apretaban. Si aquello era un sueño dentro del mundo real o un momento de realidad dentro de un sueño, ya no parecía importante. Disfrutaría de la aventura y ya vería adónde la llevaba.

Telas de damasco, seda, raso y gasa salieron volando de armarios ocultos y se posaron sobre la cama restallando a su lado, crepitando con la expectación de ser escogidos. Eligió una toga de raso color lapislázuli; holgada, cómoda y fascinante.

Las puertas de su alcoba se abrieron y, con pasos tímidos y vacilantes, volvió al salón principal. Un gran banquete aparecía dispuesto en la mesa. Manos invisibles iban de aquí para allá con bandejas de frutas, copas de miel fermentada, platos con exóticas aves asadas y platillos de confites. Jamás había imaginado Psique un banquete semejante. Fuera de sí de alegría, metió los dedos en platos de una exquisitez tal que no pudo contener una exclamación de placer. Los puercos de las pocilgas de las granjas paternas no husmeaban y trufaban en sus comederos con abandono más desinhibido que ella entre los vasos de cristal, plata y oro que se llenaban y volvían a llenar solos tan pronto como los vaciaba. Las servilletas volaban para limpiar sus labios teñidos de vino y su barbilla manchada de comida. Un coro invisible cantaba en voz baja romances e himnos al amor humano mientras ella zampaba y trasegaba en pleno éxtasis.

Finalmente se sintió saciada. Una sensación de calor y bienestar la embargó. Si estaba engordando para un ogro, entonces que así fuera.

Se alzaron ahora las velas de la mesa y la condujeron de vuelta a su dormitorio. Las antorchas titilantes y las tenues lámparas de aceite se habían extinguido y la habitación estaba casi en completa oscuridad. Las manos desapercibidas la empujaron suavemente hacia el lecho y la toga de raso le subió por la cabeza y voló. Desnuda se tendió entre las sábanas de satén y cerró los ojos.

Un instante después dio un respingo de sorpresa. Alguien o algo se había deslizado a su lado en la cama. Notó que atraían su cuerpo con suavidad hacia aquel bulto. Un aliento dulce y cálido se mezcló con el suyo. Su piel entró en contacto con el cuerpo, no de un animal salvaje, sino de un hombre. Era lampiño y –lo supo sin necesidad de verlo– hermoso. No veía ni su silueta, solo sentía su calor y su firmeza juvenil. La besó en los labios y se entrelazaron.

Al día siguiente la cama estaba vacía y Psique fue bañada de nuevo por las criadas invisibles. En el decurso del largo día terminó reuniendo la valentía necesaria para hacerles preguntas.

–¿Dónde estoy?

–Anda, pues está aquí, su alteza.

–¿Y dónde es aquí?

–Lejos de allí pero cerca de al lado.

–¿Quién es el señor de este castillo?

–La señora es su alteza.

Jamás una respuesta directa. No insistió. Sabía que estaba en un palacio encantado y percibía que sus criadas eran esclavas de sus órdenes y necesidades.

Aquella noche, en total oscuridad, el hermoso joven volvió a su cama. Ella intentó hablar con él, pero este le puso un dedo en los labios y una voz sonó en su cabeza.

–Silencio, Psique. No preguntes. Ámame como yo te amo.

Y lentamente, con el paso de los días, Psique se dio cuenta de que realmente amaba mucho a aquel hombre invisible. Cada noche hacían el amor. Cada mañana descubría al despertarse que se había esfumado.

El palacio era fabuloso y no había nada que las criadas de Psique no hiciesen por ella. Tenía todo lo que se le pudiese ocurrir, lo mejor para comer

y beber, y música para acompañarla a todas partes. Pero qué largos, qué días solitarios tendidos entre las noches de delicioso amor, qué duro se le hacía el paso del tiempo.

El «monstruo» con quien dormía cada noche era, como habréis adivinado, el dios Eros cuya herida de la flecha propia había provocado su enamoramiento, un amor ahora acrecentado por las múltiples noches de dicha mutua. El oráculo no había mentido al decir que Eros era un ser cuyos poderes aterraban a todos los dioses, puesto que no había nadie en todo el Olimpo que no hubiese sido vencido por él en alguna ocasión. Tal vez era un monstruo, a fin de cuentas. Pero podía ser sensible y dulce, así como caprichoso y cruel. Vio que Psique no era enteramente feliz, así que una noche, mientras yacían juntos en la oscuridad, le inquirió con ternura:

–¿Qué te aflige, mi amada esposa?

–Detesto decirlo cuando me has dado tanto, pero me encuentro sola durante el día. Echo de menos a mis hermanas.

–¿A tus hermanas?

–Calante y Zona. Me creen muerta.

–De codearte con ellas solo va a sobrevenir infelicidad. Tristeza y desesperanza para ellas y para ti.

–Pero yo las quiero...

–Tristeza y desesperanza, te digo.

Psique suspiró.

–Por favor, créeme –le dijo él–. Es mejor para ti no verlas.

–¿Y a ti? ¿No he de verte a ti? ¿No contemplaré nunca el rostro de aquel a quien tanto amo?

–No debes pedirme eso. Nunca me pidas eso.

Pasaron los días y Eros vio que Psique (pese al vino y la comida, pese a la música y a las fuentes mágicas y a las voces encantadas) estaba melancólica. Le dijo:

–¡Anímate, bienamada! Mañana es nuestro aniversario.

¡Un año! ¿Un año entero había pasado?

–Mi regalo es concederte un deseo. Mañana por la mañana, mi amigo Céfiro te esperará fuera del palacio y te llevará donde necesites. Pero, por favor, ten cuidado. No te permitas involucrarte demasiado en las vidas de tu

familia. Y has de prometerme que nunca les hablarás de mí. Sobre mí, ni una palabra.

Psique prometió y se echaron el uno en los brazos del otro durante una noche de amor de aniversario. Jamás había sentido más apasionada adoración ni placer físico, y notó idénticos sentimientos de ardor y amor por parte de él.

Al día siguiente se despertó, como siempre, en la cama vacía. Febril de impaciencia se dejó vestir y servir el desayuno por sus criadas antes de salir corriendo emocionada hacia el gran portón en la entrada del palacio. Apenas había puesto un pie fuera cuando Céfiro la levantó y se la llevó entre sus fuertes y serviciales brazos.

Hermanas

Mientras tanto, de vuelta en la tierra natal de Psique, el populacho había estado contando el aniversario de su captura a manos del legendario monstruo invisible. El rey Arístides y la reina Dámaris habían encabezado la procesión luctuosa colina arriba hacia el bloque de basalto en el que su hija había sido atada –conocida desde entonces como «la roca de Psique» en su honor–. Solo quedaban en el monumento las dos princesas, Calante y Zona, que habían hecho saber en voz alta a todos que deseaban quedarse allí y plañirse en privado.

Una vez que se hubo esfumado la multitud se retiraron sus velos de luto y se echaron a reír.

–Imagínate qué clase de criatura se la llevó –dijo Zona.

–Alada como una furia... –propuso Calante.

–Con garras de hierro...

–Y un aliento ardiente...

–Unos enormes colmillos amarillentos...

–Serpientes por cabellos...

–Una gran cola que... ¿Qué ha sido eso?

Una súbita ráfaga de viento las hizo girarse. Lo que vieron las hizo gritar aterradas.

Su hermana Psique estaba plantada ante ellas, radiante y con una toga

blanca resplandeciente ribeteada de oro. Tenía una pinta espantosamente hermosa.

–Pero... –empezó Calante.

–Pensábamos... –tartamudeó Zona.

Y las dos juntas:

–¡Hermana!

Psique se les acercó con los brazos abiertos y la más dulce de las sonrisas de tierno amor fraternal iluminando su rostro. Calante y Zona le tomaron cada una de una mano y se la besaron.

–¡Estás viva!

–Y entonces... entonces...

–Ese vestido... te debe de haber costado, es decir, parece...

–Y tienes un aspecto... –dijo Zona–, tan... tan... Calante, ¿tú cómo lo dirías?

–¿Feliz? –propuso Psique.

–Tremenda –convinieron las hermanas–. Desde luego, estás tremenda.

–Pero cuéntanos, Psique querida...

–¿Qué te ha pasado?

–Aquí estamos, llorándote, estrujando nuestros corazones por ti.

–¿Quién te ha regalado este vestido?

–¿Cómo te escapaste de la roca?

–¿Eso es oro auténtico?

–¿Vino a por ti un monstruo? ¿Un animal salvaje? ¿Un ogro?

–Y ese material.

–¿Un dragón, tal vez?

–¿Cómo consigues que no se te arrugue?

–¿Te llevó a su guarida?

–¿Quién te peina?

–¿Intentó devorarte?

–Eso no será una esmeralda auténtica, ¿no?

Riéndose, Psique levantó una mano.

–¡Queridas hermanas! Os contaré todo. Mejor aún, os lo enseñaré todo.
¡Ven, viento, llévanos allí!

Antes de que las hermanas se enterasen de lo que pasaba, fueron alzadas

las tres del suelo y se desplazaron a toda velocidad por los aires, a buen recaudo entre los brazos del Viento del Oeste.

–No forcejeéis. Relajaos –dijo Psique mientras Céfiro las levantaba por encima de las montañas. Los chillidos de Zona comenzaron a remitir y los sollozos contenidos de Calante se redujeron a un gáñido. Al poco, incluso fueron capaces de abrir los ojos durante unos segundos sin gritar.

Cuando el viento por fin las depositó sobre la hierba delante del palacio encantado, Calante había decidido que aquella era la única manera de viajar.

–¿Quién necesita de un estúpido caballo tirando de un viejo carro destartado? –dijo–. A partir de ahora, cogeré el viento...

Pero Zona no la escuchaba. Estaba contemplando en trance las murallas, las torretas y la puerta tachonada de plata del palacio, resplandeciente todo bajo el sol de la mañana.

–Entrad –dijo Psique.

Qué sensación más emocionante la de enseñar a sus queridas hermanas su nueva casa. Era una pena que no pudiesen conocer a su adorado marido.

Decir que las chicas estaban impresionadas sería restarle importancia al asunto de una manera criminal. Y por eso, naturalmente, recorrieron resoplando, bostezando, soltando risitas, sacudiendo la cabeza y poniendo pegas una estancia dorada tras otra a través de corredores con revestimientos de plata y pasadizos incrustados de joyas. Sus cabezas ladeadas y sus narices fruncidas daban a entender que estaban acostumbradas a cosas mejores.

–Un pelín vulgar, ¿no os parece, cariños? –insinuaba Zona. Por dentro se decía: «¡Esta es la casa de un dios!»

Calante pensaba: «Si me paro y finjo que me estoy colocando bien los lazos de las sandalias igual puedo arrancar uno de los rubíes incrustados de esa silla...»

Cuando el personal invisible de camareros, lacayos y criadas empezó a servir la comida, a las hermanas les costó aún más disimular su maravilla y su asombro. Después les pusieron aceites, las bañaron y las masajearon a una detrás de otra.

Cuando le insistieron para que contase detalles del dueño del castillo, Psique recordó su promesa y se inventó algo a toda prisa.

–Es un apuesto cazador y terrateniente del lugar.

–¿Cómo se llama?

–Tiene unos ojos atentísimos.

–¿Y se llama...?

–Lamenta mucho no poder conoceros. Me temo que durante el día siempre se lanza al campo con sus perros. Estaba deseando saludaros en persona. Quizás en otra ocasión.

–Sí, pero ¿cómo se llama?

–En... en realidad no tiene nombre.

–¿Qué?

–Bueno, nombre tiene. Evidentemente, tiene nombre, todo el mundo tiene nombre, Zona, ¡pues claro! Pero no lo usa.

–¿Pero esto qué es?

–¡Ay, maldita sea, rápido! Pronto oscurecerá. Céfiro no os llevará volando de noche... Venid, hermanas, coged algunas cosillas que queráis llevaros a casa. Aquí tenéis un puñado de amatistas. Esto son zafiros. Eso es oro, plata... Aseguraos de coger regalos para madre y padre también.

Cargadas con preciosos tesoros, las hermanas se dejaron transportar de nuevo a la roca. Psique, que se había quedado despidiéndolas agitando la mano, se sintió a un tiempo aliviada y triste al ver que se marchaban. Si bien agradecía su compañía y la oportunidad de enseñarles aquello y darles regalos, su determinación de mantener la promesa hecha a su marido había hecho de evadirse de todas aquellas preguntas un asunto extenuante.

De nuevo en casa, a pesar de los fabulosos tesoros que ahora poseían, a las hermanas las reconcomía la envidia, el rencor y la furia. ¿Cómo podía su hermana pequeña, la estúpida y egoísta Psique, encontrarse ahora prácticamente en la posición de una diosa? Era tan desoladoramente injusto. ¡Criatura mimada, vanidosa y fea! Bueno, fea tal vez no. Dotada de cierta belleza obvia y más bien vulgar, pero difícilmente comparable a la hermosura regia de ellas. Aquello era todo de una monstruosidad demasiado injusta: en el fondo de aquello casi seguro tenía que haber brujería y maldad. ¿Cómo no sabía siquiera el nombre de su dueño y señor?

–El reuma de mi marido Sato –dijo Calante– ha empeorado tanto que cada noche tengo que frotarle los dedos uno por uno, luego ponerle gasas y cataplasmas. Es asqueroso y degradante.

–¿Te crees que tu vida es un infierno? –replicó Zona–. Mi Carión está calvo como un huevo, le apesta el aliento y tiene el impulso sexual de un cerdo muerto. Mientras que Psique...

–Esa zorra egoísta...

Las hermanas cayeron una en brazos de la otra y vaciaron sus corazones a fuerza de lágrimas.

Aquella noche el amante de Psique, Eros, le traía noticias cruciales. Ella estaba desbordante de gratitud, explicándole lo bien que se las había arreglado para evitar describirlo a sus hermanas, cuando él le puso un dedo en los labios.

–Dulce niña confiada. Me da miedo lo que esas hermanas tuyas puedan hacerte. Pero me alegro de que estés contenta. Deja que te haga aún más feliz. –Psique notó su cálida mano deslizarse abajo y acariciarle suavemente el vientre–. Nuestro hijo está creciendo aquí.

Psique dio un respingo y lo abrazó estrechamente, asombrada de júbilo.

–Si guardas el secreto –le dijo él–, el niño será un dios. Si se lo dices a quien sea, será mortal.

–Guardaré el secreto –dijo Psique–. Pero antes de que mi estado se vea a las claras permite por lo menos que vea a Calante y Zona una vez más y me despida de ellas.

Eros se sintió contrariado, pero no vio cómo negarle una petición tan respetable y fraterna, de modo que accedió.

–Céfiro les mandará una señal y vendrán –le dijo, inclinándose para besarla–. Pero recuerda: ni una palabra sobre mí ni sobre el bebé.

Una gota de aceite

Al día siguiente, Calante y Zona se despertaron con el aliento de Céfiro alborotado como un perrillo faldero hambriento que jadea y rasca las sábanas con las garras. Cuando abrieron los ojos y se incorporaron el viento se marchó, pero su instinto, su avaricia y su malicia innata les dijo lo que significaba la señal, así que se apresuraron a llegar a la roca a esperar el

transporte. Esta vez estaban decididas a llegar al fondo del misterio del amante de su hermana.

Psique estaba allí para recibirlas cuando fueron depositadas frente al palacio. Abrazándola afectuosamente, las hermanas disimularon la tremenda envidia que sentían por su buena fortuna, y se deshicieron, por el contrario, en un batiburrillo de solícitos cacareos y chasquidos de lengua, acompañado de mucho sacudimiento de cabeza.

–Pero ¿qué pasa, Calante? –preguntó una desconcertada Psique mientras las hacía sentarse ante un delicioso desayuno a base de frutas, tarta e hidromiel–. ¿A qué viene ese pesar, Zona? ¿No os alegráis de verme?

–¿Alegrarnos? –gruñó Calante.

–Ojalá –suspiró Zona.

–¿Qué puede preocuparos tanto?

–Ay, niña, niña –dijo Calante con un gemido–. Eres tan joven. Tan dulce. Tan ingenua.

–Es tan fácil aprovecharse de ti.

–No entiendo.

Las hermanas se miraron entre ellas como sopesando si convenía revelar sus duras verdades.

–¿Cómo de bien conoces, si es que lo conoces siquiera, a este... a esta cosa que viene a visitarte cada noche?

–¡No es una cosa! –protestó Psique.

–Por supuesto que es una cosa. Es el monstruo que predijo el oráculo.

–Escamoso, seguro –dijo Zona–. O si no es escamoso, peludo.

–Ni una cosa ni la otra –replicó Psique indignada–. Es joven y hermoso. De piel suave, músculos firmes...

–¿De qué color tiene los ojos?

–Bueno...

–¿Es rubio o moreno?

–Hermanas queridas –dijo Psique–, ¿sabéis guardar un secreto?

Calante y Zona estiraron los cuellos y palmearon a su hermana cariñosamente.

–¿Que si sabemos guardar un secreto? ¡Menuda pregunta!

–La cosa es –dijo Psique–, bueno, la cosa es que no sé realmente qué

aspecto tiene. Nunca lo he visto, solo..., bueno..., lo toco.

–¿Qué? –Calante estaba pasmada.

–¿Quieres decir que jamás le has visto la cara siquiera?

–Insiste en que no debo verlo. Viene a visitarme en lo más negro de la negra noche, se desliza entre las sábanas y..., bueno..., ya sabéis... –Psique se ruborizó–. Pero resigo su contorno y lo que noto por el tacto no es el cuerpo de un monstruo. Es el cuerpo de un hombre espléndido y maravilloso. Lo que pasa es que por la mañana se esfuma.

–¡Ay, tonta del capirote! –soltó Zona meneando la cabeza–. ¿Acaso no sabes...? –Se interrumpió como temerosa de terminar la frase.

Las hermanas intercambiaron miradas abatidas y cómplices.

–Ay, cariño...

–¡Psique no lo sabe!

Calante respondió con un sonido a medio camino entre el chasquido de lengua y el suspiro.

Psique miró a una y a otra perpleja.

–¿Que no sé qué?

Calante le pasó un brazo por los hombros y le contó, con ayuda de las apostillas, observaciones y afirmaciones de Zona. Los peores y más espantosos monstruos, ¡de hecho los de la clase que Apolo había predicho que la devorarían!, tenían poderes (¡siempre ha sido así, se les conoce por ello, se les celebra en el mundo entero por ello!); el poder, por ejemplo, de transformarse, de adoptar formas engañosas (formas que pueden parecer excitantes y atractivas al tacto de una joven) pero solo para ganarse la confianza de los inocentes (¡de los inocentes y de los bobos!) para lograr plantar un día su diabólica semilla en su interior (pobre chiquilla, no entiende de estas cosas, pero los hombres son capaces de esto) y hacerle dar a luz una nueva abominación, un monstruo incluso más terrible (una mutación); así es como se reproducen, como multiplican su vil especie.

Psique levantó una mano.

–¡Parad! ¡Por favor! Sé que vuestras intenciones son buenas, pero no tenéis ni idea de lo tierno, amable, agradable...

–¡Así es como te la cuela! ¡Así es exactamente como te la cuela!

–¿No lo ves? ¡Si algo demuestra que es un monstruo feroz es esa misma

ternura y amabilidad!

–Señal inequívoca de que ha de ser un demonio horrendo.

Psique pensó en la nueva vida que crecía en su interior y en la insistencia de su marido en que no se lo contase nadie. Y en su negativa a dejarse ver. Ay no. A lo mejor sus hermanas tenían razón.

Ellas advirtieron que vacilaba y aprovecharon.

–Esto es lo que vas a hacer, cariño mío. Cuando venga esta noche a tu cama permítele que disponga de ti salvajemente como de costumbre...

–¡Puaj!

–... y luego espera a que se duerma. Pero tú mantente despierta.

–Sobre todo, mantente despierta.

–Cuando estés segura de que duerme profundamente, te levantas y coges una lámpara.

–Y esa cuchilla que tus criadas usan para cortarte el pelo.

–Sí, ¡la vas a necesitar!

–Enciende el candil en un rincón del cuarto y tápalo para no despertarlo.

–Entonces acércate con sigilo a la cama...

–Alza la lámpara...

–Y le pegas un tajo en ese cuello escamoso de dragón...

–Saja sus nudosas venas...

–Mátalo...

–Mata a la bestia...

–Luego coge todo el oro y la plata que puedas...

–Y las gemas, eso es lo más importante...

Las hermanas siguieron parloteando hasta que Psique quedó convencida del todo.

De modo que la noche llegó a aquel punto: una vez que Eros estuvo plácidamente dormido en la cama, Psique se vio plantada delante de él con una lámpara tapada en una mano y una cuchilla en la otra. Alzó la pantalla del candil. La luz se proyectó sobre la forma acurrucada y desnuda del más hermoso de los seres que hubiese contemplado Psique. La luz cálida bailó sobre la suave y juvenil piel... y sobre un maravilloso par de alas plumadas.

Psique no pudo evitar que se le escapase un respingo de asombro. Comprendió al instante a quién contemplaba. Aquel no era ningún monstruo,

ogro ni abominación. Era el joven dios del amor. Eros en persona. Y pensar que se le hubiese pasado por la cabeza siquiera hacerle daño. Qué bello era. Sus labios carnosos y rosados estaban un poco separados y le llegó la dulzura de su aliento al agacharse a observarlo con más atención. ¡Todo en él era tan perfecto! El suave henchirse y distenderse de los músculos le confería a su juvenil hermosura un toque viril, pero sin aquella dura y abultada tosquedad que tenía vista en los cuerpos de los atletas y guerreros de su padre. El pelo enmarañado brillaba con un color cálido entre el oro de Apolo y el caoba de Hermes. ¡Y aquellas alas! Plegadas tras su cuerpo, tenían la hechura y la blancura de las de un cisne. Estiró una mano temblorosa y pasó un dedo por una hilera de plumas. El suave murmullo que provocaron apenas se oyó, pero fue suficiente para perturbar el sueño de Eros y hacerlo murmurar.

Psique retiró y cubrió la lámpara, y a los pocos segundos comprobó gracias a la rítmica respiración que Eros seguía durmiendo profundamente. Destapó de nuevo la lámpara y vio que ahora estaba vuelto hacia ella. Se fijó también en que el movimiento había hecho que un curioso objeto quedase a la vista. La luz de la lámpara cayó sobre un cilindro plateado entre sus alas. ¡El carcaj!

Sin apenas atreverse a respirar, Psique se inclinó y sacó una flecha. Dándole vueltas en la mano tocó con cuidado la punta de brillante ébano. La punta estaba unida al cuerpo de la flecha con una cinta dorada... Con la lámpara en alto en la mano izquierda pasó el pulgar de la mano derecha por la punta y entonces: ¡au! Tan afilada estaba que se hizo sangre. En ese instante justo, un sentimiento la embargó de la cabeza a los pies, un sentimiento de amor tan intenso por el durmiente Eros, tal calor, pasión y deseo, una devoción tan completa y eterna, que no pudo evitar besarle los rizos de la nuca.

¡Ay! Al hacerlo, el aceite de la lámpara goteó en el hombro derecho del dios. Se despertó con un grito de olor que, al ver a Psique delante de él, se convirtió en un tremendo rugido de decepción y desesperanza. Las alas se abrieron y comenzaron a batir. Cuando se elevaba, Psique se adelantó y se agarró a su pierna derecha, pero él era más fuerte, se la quitó de encima de una sacudida sin decir palabra y desapareció en la noche.

Tal y como se marchó, todo se vino abajo. Las paredes del palacio se

arrugaron, se desvanecieron y se esfumaron en el aire nocturno. Una desesperada Psique vio encogerse las columnas de oro que la rodeaban hasta recuperar la forma de una oscura columnata de árboles y las baldosas de incrustados mosaicos a sus pies se redujeron a un amasijo de barro y grava. Al poco, el palacio, los preciosos metales, las piedras preciosas..., todo se había desvanecido. El dulce canto de las criadas se convirtió en el aullido de los lobos y el ulular de los búhos, y los cálidos y misteriosos perfumes se tornaron de golpe vientos helados e implacables.

Sola

Una chica atemorizada y triste en medio de un bosque frío y desolado. Se dejó caer contra el tronco de un árbol hasta que quedó sentada en sus duras raíces. El único pensamiento que cruzaba su mente era terminar con su vida.

La despertó un escarabajo correteando por sus labios. Se incorporó con un respingo y se despegó una hoja húmeda de la frente. No había soñado los horrores de la noche anterior. Estaba de verdad sola en el bosque. ¿Acaso habría sido todo lo anterior un sueño y esto siempre había sido la realidad? ¿O se había despertado en otro episodio de un sueño más extenso? Casi ni valía la pena esforzarse en averiguarlo. Sueño o realidad, todo le resultaba insoportable.

–¡No lo hagas, muchacha preciosa!

Sobresaltada, Psique alzó la mirada y vio al dios Pan plantado delante de ella. La frente risueña, el pelo encrespado y rizado del que brotaban dos cuernos, los peludos y anchos flancos que terminaban en pezuñas de cabra..., no podía ser otro, mortal o inmortal.

–No, no –dijo Pan pateando el suelo embarrado con las pezuñas–. Lo veo en tu cara y no puede ser. No lo permitiré.

–¿No vas a permitir qué? –dijo Psique.

–No te voy a permitir que te lances contra las rocas desde ese precipicio. No te voy a permitir que busques las mortales atenciones de un animal salvaje. No voy a permitir que recojas belladona y te bebas su venenoso jugo. No te voy a permitir nada de eso.

–¡Pero es que no puedo seguir viviendo! –gimió Psique–. Si conocieses mi historia me comprenderías y me ayudarías a morir.

–Has de preguntarte qué te trajo hasta aquí –le dijo Pan–. Si es amor, entonces debes pedir guía y alivio a Afrodita y a Eros. Si ha sido tu propia maldad lo que ha ocasionado tu caída, entonces debes vivir para arrepentirte. Si esto lo provocaron otros, debes vivir para vengarte.

¡Venganza! Psique comprendió de repente lo que había que hacer. Se puso en pie.

–Gracias, Pan. Me has enseñado el camino.

Pan apretó los dientes en una sonrisa y asintió. Sus labios arrancaron una frase de despedida de la hilera superior de la flauta que tenía en la mano.

Cuatro días después, Psique llamó a las puertas de la gran mansión de su cuñado Sato, el marido de Calante. Un sirviente la acompañó hasta el salón donde recibía su hermana.

–¡Psique! ¡Querida! ¿Fue todo según lo planeado? Pareces un poco...

–No te preocupes por mí, querida hermana. Te contaré lo que ha sucedido. Seguí vuestras instrucciones al pie de la letra, encendí una lámpara sobre la forma dormida de mi marido y resultó que no era otro que el gran dios Eros. ¡Eros en persona!

–¡Eros! –Calante estrujó su collar de ámbar.

–Ay, hermana, imagínate mi angustia y decepción cuando me contó que solo me había llevado a su palacio a fin de conseguirte a ti.

–¿A mí?

–Ese era su oscuro plan: «Tráeme a tu hermosa hermana Calante», me dijo, «la de los ojos verdes y el pelo bermejo.»

–Más castaño que bermejo...

–«Tráemela. Dile que vaya a la roca alta. Ponla en brazos de Céfiro, que la recogerá y me la traerá. Dile a la bella Calante todo esto, Psique, te lo imploro.» Este es su mensaje, que yo te transmito con toda fidelidad.

Podéis imaginar la velocidad a la que Calante se preparó. Dejó una nota garabateada a su marido explicándole que después de todo no eran marido y mujer, que su matrimonio había sido un error calamitoso, que el oficiante que los casó estaba borracho, incapacitado y no cualificado, que de todas maneras jamás lo había amado y que ahora era una mujer libre, así que aire.

En la alta roca de basalto oyó el susurro de una brisa y, con un gemido de júbilo extático, se lanzó a lo que dio por hecho que era Céfiro.

Pero el Viento del Oeste no estaba cerca siquiera. Con un grito de frustración, rabia, decepción y terror, Calante cayó dando volteretas por la ladera, rebotando de una roca afilada a otra hasta que su cuerpo entero quedó despanzurrado y aterrizó en el fondo más muerto que una piedra.

Idéntico destino tuvo su hermana Zona, a quien Psique le contó la misma historia.

Las tareas de Afrodita

Llevada a cabo su venganza, Psique tenía el resto de su vida para reflexionar. Cada instante de vigilia estaba repleto del amor y el anhelo que sentía por Eros y de las punzadas de sufrimiento que la apuñalaban, consciente de que estaba condenada a no volver a verlo.

Eros, mientras tanto, yacía en una habitación secreta, retorciéndose de dolor por el sufrimiento de la herida en el hombro. Vosotros y yo podemos soportar sin problemas la leve molestia de una quemadura de aceite, pero para Eros, por más inmortal que fuese, aquello era una herida infligida por la persona a la que amaba. Esta clase de heridas tardan mucho tiempo en sanar, si es que llegan a sanar.

Con Eros indispuerto, el mundo empezó a sufrir. Los jóvenes y las doncellas dejaron de enamorarse. No se celebraban matrimonios. La gente empezó a murmurar y refunfuñar. Se elevaron plegarias descontentas hacia Afrodita. Cuando esta las oyó y se enteró de que Eros se escondía y descuidaba sus deberes, se enfadó. Las noticias de que una chica mortal le había robado el corazón a su hijo y lo había herido convirtió el enfado en cólera. Pero cuando descubrió que se trataba de la misma chica mortal que en su día le había enviado a Eros para que la humillara, se quedó lívida. ¿Cómo podía haber fallado tan estrepitosamente su plan de hacer que Psique se enamorase de un cerdo? Bueno, esta vez se aseguraría personalmente y de una vez por todas de la perdición de la muchacha.

A través de encantamientos que ignoraba que estaban obrando en ella,

Psique se encontró un día llamando a la puerta de un espléndido palacio. Unas terribles criaturas la arrastraron por el pelo y la echaron dentro de una mazmorra. Afrodita en persona llegó a visitarla, trayéndole sacos de trigo, cebada, mijo, semillas de amapola, garbanzos, lentejas y habichuelas, que vació y entremezcló en el suelo de piedra.

–Si quieres recuperar la libertad –le dijo–, separa los diferentes granos y semillas y clasifícalos por montones. Termina esta tarea antes de que amanezca y te liberaré.

Con una risa que, poco propia de una diosa del amor y la belleza, estaba a medio camino del graznido y el berrido, Afrodita se fue, cerrando de un portazo.

Psique se derrumbó sollozando en el suelo. Iba a ser imposible separar aquellas semillas, ni aunque tuviese un mes para hacerlo.

Pero resulta que entonces una hormiga que cruzaba por los adoquines se vio sepultada por una caliente y salada lágrima que había caído de la mejilla de Psique.

–¡Cuidado! –gritó enfadada–. Para ti será una lagrimita, pero para mí es un diluvio.

–Lo siento muchísimo –dijo Psique–. Me temo que no te he visto. Estaba concentrada en mi pesadumbre.

–¿Qué pesadumbre puede ser tan grande como para que andes a punto de ahogar a hormigas decentes?

Psique le explicó su apuro y la hormiga, que era de natural servicial e indulgente, le ofreció ayuda. Con un grito inaudible para los humanos, hizo venir a su gran familia de hermanos y hermanas y juntos se pusieron a clasificar las semillas.

Con las lágrimas secándosele en las mejillas, Psique observó asombrada cómo diez mil animadas hormigas correteaban y bregaban de acá para allá, moviendo y separando las semillas con precisión militar. Mucho antes de que los rosados dedos de Eos hubiesen abierto las puertas del amanecer, el trabajo estaba hecho y siete montones diferenciados y perfectos aguardaban la inspección de Afrodita.

La cólera frustrada de la diosa fue digna de verse. Se inventó al instante otra tarea imposible.

–¿Ves esa arboleda allá a lo lejos, en la otra margen del río? –dijo Afrodita, arrastrando del pelo a Psique y obligándola a mirar por la ventana–. Allí hay ovejas, pastando y deambulando sin dueño. Ovejas especiales con lana de oro. Ve allí enseguida y tráeme una vedija de esa lana.

Psique emprendió el camino hacia la arboleda con brío, pero sin ninguna intención de llevar a cabo aquella segunda tarea. Decidió usar su libertad para escapar no solo de la prisión de la odiosa maldición de Afrodita sino de la mismísima prisión de la odiosa vida. Se tiraría al río y se ahogaría.

Pero cuando se plantó en la orilla, respirando con fuerza y reuniendo el valor para tirarse de cabeza, uno de los juncos se balanceó (aunque no había ni un soplo de brisa) y le susurró.

–Psique, dulce Psique. Por más atormentada que te halles por tus tremendos pesares, no contamines mis límpidas aguas con tu muerte. Hay una manera de sortear tus problemas. Aquí las ovejas son salvajes y violentas, protegidas por el más furioso de los carneros, cuyos cuernos podrían despanzurrarte como a una fruta madura. ¿Las ves ahí pastando bajo ese plátano de sombra en la margen más alejada? Acercarte ahora significaría una muerte rápida y dolorosa. Pero si te echas a dormir, entrada la tarde se habrán movido hasta nuevos pastos y allí podrás deslizarte hasta el árbol, donde encontrarás jirones de lana dorada enredados en las ramas más bajas.

Aquella noche, una airada y confundida Afrodita tiraba a un lado la lana dorada e insistía en que Psique descendiera al inframundo a suplicarle una muestra de crema de belleza a Perséfone. Dado que en poco había pensado aparte de en la muerte desde que Eros la dejó, la pobre chica accedió sumisamente y siguió las indicaciones de Afrodita para ir al Hades, donde pensaba quedarse y soportar una eternidad deprimente, solitaria y sin amor.

La unión del Amor y el Alma

Un día una golondrina parlanchina le contó a Eros lo de las tareas que su celosa e inclemente madre le había impuesto a Psique. Tratando de ignorar el dolor todavía atroz de su herida, se levantó y con un tremendo esfuerzo abrió las alas. Voló directo al Olimpo, donde exigió audiencia inmediata con Zeus.

Eros le contó su historia ante un público olímpico embelesado y fascinado. Su madre siempre había detestado a Psique. La dignidad y el honor de Afrodita como olímpica se habían visto amenazados por la belleza de la chica y por la voluntad de un puñado de humanos estúpidos de venerarla a ella, la doncella mortal, dejando de lado a la diosa inmortal. Y por eso había enviado a Eros para que Psique se enamorara de un cerdo. Expuso bien su caso.

Zeus envió a Hermes al inframundo a por Psique y un águila a llamar a Afrodita. Cuando ambas estuvieron presentes ante la celestial compañía, Zeus habló.

–Este ha sido un lío extraordinario y poco digno. Afrodita, querida mía. Tu posición no está en entredicho; jamás lo estará. Baja la mirada a la tierra y mira cómo tu nombre es santificado y elogiado por todas partes. Eros, llevas demasiado tiempo siendo un chico estúpido, impúdico e irresponsable. Que tu razón de ser sea que amas y eres amado y tal vez eso salve al mundo de los peores excesos de tus traviesas y desviadas flechas. Psique, ven y bebe de mi copa. Esto es ambrosía, y ahora que la has probado eres inmortal. Aquí, con todos nosotros por testigos, quedas unida para siempre a Eros. Abraza a tu nuera, Afrodita, y regocijémonos todos.

Todo fueron risas y deleite en la boda de Eros y Psique. Apolo cantó y tocó su lira, Pan se unió con su siringa. Hera bailó con Zeus, Afrodita bailó con Ares y Eros bailó con Psique. Y hasta el día de hoy todavía siguen bailando juntos.*

Los juguetes de Zeus

Segunda parte

MORTALES

Ío

La mayoría de los humanos del mundo mediterráneo eran gobernados por reyes. La explicación de cómo lograron esos autócratas establecer su dominio sobre esa gente varía. Algunos descendían de inmortales, incluso de dioses. Otros, como es costumbre humana, acapararon el poder por medio de la fuerza de las armas o de las intrigas políticas.

ÍNACO fue uno de estos tempranísimos gobernadores de Grecia. Fue el primer rey de Argos en la península del Peloponeso, después un nuevo y bullente pueblo y hoy una de las ciudades antiguas más continuamente deshabitadas del mundo. Ínaco fue más tarde semideificado y transformado en un río, pero durante su vida humana su consorte MELIA le parió dos hijas, ÍO y MICENE.*

Micenas se casó satisfactoriamente con un noble llamado ARÉSTOR, pero el destino de Ío era ser la primera mortal en atraer las atenciones depredadoras de Zeus. Ínaco había escogido a Hera, la Reina del Cielo, como deidad patrona de Argos y su hija Ío había sido educada como sacerdotisa en el santuario más importante dedicado a Hera en el mundo griego. Que Zeus coquetease con cualquier fémina hubiera bastado para provocar la indignación de su esposa, pero cualquier intento de desflorar a una de sus propias sacerdotisas había de llevar su furia al límite. Aun así, deseaba muchísimo a la encantadora Ío. ¿Cómo poseerla sin que Hera se enterase?

Zeus se acarició la barba, se devanó los sesos y se le ocurrió lo que consideró una jugada maestra. Transformó a Ío en una vaca, una vaquilla rolliza y preciosa con flancos bamboleantes y unos ojos grandes y amables.* Si la escondía en un campo, Hera jamás la descubriría y él podría visitarla cuando le viniese en gana. O eso creyó. Cuando sobreviene la lujuria, la discreción, el sentido común y la sabiduría se escapan, y lo que puede parecer astuto disimulo a quien es presa de la pasión, al resto se le antoja idiotéz claramente burda.

Es más fácil esconder cien montañas de la mirada de una mujer celosa que una amante. Hera, para quien las vacas eran sagradas, y quien poseía por tanto un ojo experto y avezado para las especies, se fijó en el animal y sospechó su verdadera identidad al momento.

–Qué vaquilla más preciosa –señaló como casualmente a Zeus durante el desayuno en el Olimpo una mañana–. Qué formas más perfectas. Qué pestañas más largas y qué ojos más bonitos.

–¿Qué, esa vacucha? –respondió Zeus mirando hacia abajo con aire de aburrimiento fingido a donde le indicaba Hera.

–Ese es uno de tus campos, querido, así que debe de ser una de las tuyas.

–Posiblemente, muy posiblemente. Uno tiene miles de vacas trajinando por ahí. No se puede esperar que las tenga caladas a todas.

–A mí me haría muchísima ilusión esa vaquilla en particular –dijo Hera–, como regalo de cumpleaños.

–Ehmm... ¿en serio? ¿Esa? Seguro que te puedo encontrar un animal mucho más gordo y adecuado.

–No –dijo Hera... y quienes la conocían habrían reconocido aquel destello en sus ojos y el acero en su voz–. Esa es la que me gustaría.

–Claro, claro –dijo Zeus fingiendo un bostezo–. Es tuya. Tienes una jarra de ambrosía ahí junto al codo..., ¿me la empujas hasta aquí, por favor?

Hera conocía más que bien a su marido. Una vez que se enardecían sus inclinaciones libidinosas, no había manera de domesticarlas. Hizo que mudasen a Ío a un prado cercado y envió a su sirviente ARGOS, nieto de Ínaco, a vigilarla.

Argos, hijo de Micene y Aréstor, era un leal seguidor de Hera como todos los argivas de esa época,* pero también poseía un don muy especial que hacía de él un guardián perfecto para su tía Ío. Tenía cien ojos. Su sobrenombre era PANOPTES, el «que todo lo ve».* Como siempre obediente a la voluntad de Hera, se colocó en el campo, fijó cincuenta ojos en Ío y dejó que los otros cincuenta se paseasen independientemente alrededor y de arriba abajo, atentos a merodeadores.

Zeus vio esto y se puso a andar de aquí para allá furioso. Se le subió la sangre a la cabeza. Golpeó la palma de una mano con el puño de la otra. Se haría con Ío. Se había vuelto una cuestión de principios derrotar a Hera en

aquella guerra silenciosa e inadvertida. Conocía los límites de su propia astucia, no obstante, así que llamó al granuja más caprichoso y amoral del Olimpo para que lo ayudase.

Hermes comprendió enseguida lo que había que hacer. Siempre contento de complacer a Zeus y de sembrar malentendidos, se apresuró hacia el prado de Ío.

–Hola, Argos. Deja que te haga compañía un rato –dijo abriendo el cerrojo de la puerta y colándose–. Qué vaquilla más bonita tienes ahí.

Argos dirigió una decena de ojos hacia Hermes, que se había sentado en la hierba, se sacó sus flautas y empezó a tocar. Durante dos horas estuvo tocando y cantando. La música, el calor de la tarde, el aroma de las amapolas, las lavandas y el serpol, el suave circular y arremolinarsse del riachuelo cercano..., lentamente los ojos de Argos comenzaron a cerrarse uno por uno.

Cuando el ojo número cien parpadeó por última vez, Hermes bajó la flauta, se adelantó con sigilo y apuñaló a Argos en el corazón. Todos los dioses eran capaces de una extremada crueldad: Hermes podía ser tan violento como cualquiera de ellos.

Una vez muerto Argos, Zeus abrió la puerta al campo y dejó libre a Ío. Pero antes de que tuviese oportunidad de volverla a transformar en humana, Hera, que había visto lo sucedido, envió un tábano que picó a Ío produciéndole un dolor tan intenso y persistente que la vaquilla dio una sacudida, chilló y salió al galope, lejos del alcance de Zeus.

Lamentándose por la muerte de su bienamado sirviente, Hera tomó el brillante centenar de ojos y los fijó a la cola de un ave de corral sin estilo ni gracia alguna, transformándola así en lo que hoy conocemos como pavo real, que es el motivo por el que la ahora orgullosa, colorida y altanera ave ha quedado asociada para siempre con la diosa.*

Ío, mientras tanto, arremetió por la orilla norte del mar Egeo, nadó hasta donde Europa se convierte en Asia, el punto que seguimos llamando en su honor *vado de la vaca*, o «Bós foro»* en griego. Siguió y siguió trotando, arrasando, sacudiéndose y chillando en su sufrimiento hasta que llegó al Cáucaso. Allí el tábano pareció ceder por un rato, lo suficiente para que lograrse ver la figura de Prometeo, retorciéndose de dolor en la ladera.

–Siéntate y recupera un poco el aliento, Ío –le dijo el titán–. Anímate. Las

cosas irán a mejor.

–A peor, difícilmente pueden ir –gimió ella–. Soy una vaca. Me está atacando el más grande y rencoroso de los tábanos que se ha visto en el mundo. Y Hera va a destruirme. Solo es cuestión de si me pican hasta morir o me vuelvo loca y me ahogo en el mar.

–Sé que ahora lo ves todo negro –le dijo Prometeo–, pero a veces veo cosas en el futuro y sé lo siguiente. Recuperarás tu forma humana. Fundarás una gran dinastía en la región donde reptaba el Nilo. Y de tu linaje surgirá el más grande de todos los héroes.* De modo que no desespere y ánimo, ¿eh?

A Ío le costó, pese a todas sus tribulaciones, ignorar aquellas palabras de alguien que (incluso mientras lo observaba horrorizada) estaba siendo abierto en canal y devorado por un par de buitres de aspecto maléfico. ¿Qué eran sus ínfimas molestias si las comparaba con el sufrimiento perpetuo de Prometeo?

Porque resultó que Ío recuperó la forma humana. Se reunió con Zeus en Egipto y le parió un hijo, ÉPAFO, que desempeñará un papel importante en la historia de Faetón, que viene prácticamente a continuación. Supuestamente, Zeus dejó embarazada a Ío con solo tocarla con una mano (Épafo significa «toque»). Ío también tuvo una hija con Zeus, llamada CERÓESA, cuyo hijo BIZANTE fundaría la gran ciudad de Bizancio. Si Ceróesa fue concebida por un toque o por un método más tradicional de reproducción, no lo sabemos.

Puede que Ío fuese una vaca, pero fue una vaca muy influyente e importante.

El pañuelo empapado en semen

Una historia bastante conmovedora cuenta cómo Atenea, sin sacrificar su castidad, desempeñó un papel en la concepción y nacimiento de uno de los fundadores de la ciudad estado de Atenas.

El cojo Hefesto, desde que le partió la cabeza a Zeus y lo ayudó así a traer a Atenea al mundo, había desarrollado una rotunda pasión por la diosa. Un día, incapaz de controlar su lujuria, la siguió hasta un rincón del alto Olimpo e intentó forzarla. Ay, en su excitación solo consiguió verter su simiente en el

muslo de la diosa. Atenea, con silenciosa repugnancia, se quitó el pañuelo que llevaba alrededor de la cabeza, se limpió aquello y lo tiró montaña abajo.

La tela pringada aterrizó en el suelo allá a lo lejos. El divino semen de Hefesto se filtró en la tierra y Gea quedó embarazada. De ella nació un niño, ERECTEO. Observando desde el cielo, Atenea vio esto y decidió que aquel niño sería inmortal. Descendió del Olimpo, puso al bebé en una canasta de mimbre, la selló y la dejó al cuidado de tres hermanas mortales, HERSE, AGLAURO y PÁNDROSO. Bajo ningún concepto, les dijo Atenea, debían abrir jamás la canasta. Pero Aglauro y Herse no pudieron resistirse a echar un vistazo. Vieron a un bebé retorciéndose mientras una serpiente se enroscaba en su cuerpo. Para Atenea todas las serpientes eran sagradas, y aquella era parte del encantamiento que la diosa estaba usando para dotar al niño Erecteo de inmortalidad. La pasmosa visión volvió locas al instante a las dos mujeres, que se lanzaron desde la cima de la parte más alta de la montaña que hoy llamamos Acrópolis, o «alta ciudadela». Erecteo creció y se convirtió en (o engendró a, las versiones difieren) ERICTONIO, el legendario fundador de Atenas.*

Si visitáis la Acrópolis de Atenas hoy todavía podéis ver, justo al norte del Partenón, el hermoso templo llamado Erecteón. Su famoso pórtico de las cariátides, unas damas con toga haciendo las veces de columnas, es uno de los grandes tesoros arquitectónicos del mundo. No muy lejos se erigieron santuarios a las pobres Aglauro y Herse, como debe ser.*

FAETÓN

El hijo del sol

Erecteo tenía a Atenea por familia política, a Gea por madre y a Hefesto por padre. Se podría considerar que tres padres inmortales es pasarse (y casi jactancia sobre su fundador, por parte de los atenienses), pero no era poco común para los mortales reivindicar tales progenitores. La historia del valiente pero temerario FAETÓN,* igual que el mito de Perséfone, explica cómo se produjeron ciertos cambios en la geografía del mundo, además de ofrecer un ejemplo muy literal del tipo de lecciones acusadoras favoritas del mito griego: cómo el orgullo precede a la caída.

Faetón contaba con una paternidad divina, pero fue criado por su padrastro MÉROPE, un hombre decepcionantemente mortal. Cada vez que Mérope estaba fuera, la madre de Faetón, CLÍMENE, que pudo haber sido o no inmortal,* deleitaba al chico con historias de su divino padre, el glorioso dios del sol Febo Apolo.*

Cuando Faetón fue lo suficientemente mayor, fue al colegio con otros chicos mortales, algunos de los cuales eran humanos del todo y otros, como él, podían adjudicarse antepasados divinos por una u otra parte. Uno de estos últimos era Épafo, el hijo de Zeus e Ío. Con tan ilustres padres, Épafo se sintió justificado para actuar con prepotencia con sus compañeros de clase. Faetón, que era un chaval orgulloso y apasionado, detestaba que Épafo lo mangonease y le irritaban constantemente la arrogancia y el aire de superioridad del otro.

Épafo siempre andaba exasperantemente ufanísimo de su pedigrí. Decía cosas como: «Sí, el próximo finde, papá..., o sea, Zeus..., me ha invitado al Olimpo a cenar. Me ha dicho que igual me deja sentarme en su trono, a lo mejor me da uno o dos sorbitos de néctar. No es la primera vez, claro. Seremos solo unos pocos. El tío Ares, mi medio hermana Atenea, unas cuantas ninfas, igual, por redondear. Nos echaremos unas risas.»

Faetón volvía siempre a casa cabreado después de soportar aquel reguero

de nombres tan como quien no quiere la cosa.

–¿Cómo es que Épafo ve a su padre cada fin de semana y yo nunca he conocido al mío? –se quejaba a su madre.

Clímene lo abrazaba estrechamente y trataba de explicárselo.

–Apolo está ocupadísimo, cariño. Cada día tiene que conducir el carro del sol por todo el cielo. Y cuando ha cumplido con ese deber, tiene santuarios en Delos y Delfos y a saber qué más obligaciones. Profecías, música, arquería..., es uno de los dioses más ocupados. Pero estoy convencida de que vendrá a visitarnos pronto. Cuando naciste dejó esto para ti... Iba a esperar a que fueses un poco más mayor para dártelo, pero qué importa si te lo doy ahora...

Clímene fue a la alacena y sacó una flauta dorada bellísima y se la tendió. El chico se la llevó enseguida a la boca y sopló, produciendo un chiflido entrecortado y ni por asomo musical.

–¿Qué se supone que hace?

–¿Hacer? ¿A qué te refieres, cariño?

–Zeus le dio a Épafo un látigo mágico de cuero que hace que los perros le obedezcan. ¿Esto qué hace?

–Es una flauta, amor mío. Hace música. Música hermosa y cautivadora.

–¿Cómo?

–Bueno, aprendes las posiciones de las notas y luego..., bueno, pues tocas.

–¿Y dónde está la magia ahí?

–¿Nunca has oído una melodía de flauta? Es el sonido más mágico que hay. Aunque requiere mucha práctica, la verdad.

Faetón tiró el instrumento contra el suelo, enfadado, y se largó a zancadas a su dormitorio, donde se pasó enfurruñado el resto del día y la noche.

Alrededor de una semana más tarde, el último día del curso antes de las largas vacaciones de verano, lo abordó el exasperantemente condescendiente Épafo.

–¿Qué hay, Faetón? –empezó, arrastrando las palabras–. Me preguntaba si te apetecería verte a la finca familiar en la costa del norte de África la semana que viene. Una fiestecilla en casa para unos pocos. Solo papá, igual Hermes, Deméter y unos cuantos faunos. Embarcamos mañana. Será divertido. ¿Qué me dices?

–Ay, qué pena –exclamó Faetón–. Mi padre, ya sabes, Febo Apolo, me ha

invitado a... a conducir el carro del sol por el cielo la semana que viene. No puedo dejarlo plantado.

–¿Perdona?

–Sí, ¿no te lo había comentado? Siempre anda soltándome indirectas, que a ver si le alivio un poco la carga que lleva sobre los hombros, que le eche una mano con el rollo del sol para aquí y para allá.

–En serio me estás diciendo... Y un huevo. Tíos, ¡esto tenéis que oírlo! –Épafo hizo acudir a los demás chicos a donde estaban ellos dos frente por frente–. Cuéntaselo a ellos –le pidió.

Lo habían pillado en plena mentira. El orgullo, la rabia y la frustración lo hicieron seguir con la cosa. Ni de broma iba a recular y darle el gusto a aquel esnob insufrible.

–No es nada del otro mundo –dijo–. Solo que mi papá, Apolo, me ha insistido en que aprenda a conducir los caballos del sol. Tampoco es para tanto.

Los demás chicos, encabezados por un burlón Épafo, se partieron de risa, incrédulos y socarrones.

–¡Todos sabemos que tu padre es ese viejo tonto y aburrido de Mérope! –gritó uno.

–¡Solo es mi padrastro! –gritó Faetón–. Apolo es mi padre auténtico. ¡Que sí! Ya veréis. Esperad y lo veréis. Me costará un poco llegar a su palacio, pero un día no muy lejano... mirad al cielo. Os saludaré desde ahí. Seré yo quien esté ahí arriba conduciendo el carro. ¡Ya veréis!

Y corriendo que se fue para casa, con los abucheos, silbidos y risotadas de mofa de sus compañeros resonándole en los oídos. Uno de ellos, su amigo y amante CICNO,* salió detrás de él.

–Ay, Faetón –exclamó–, ¿qué has dicho? No puede ser cierto. Te me has quejado muchísimas veces de que ni siquiera habías conocido a tu verdadero padre. Vuelve y diles que estabas bromeando.

–Déjame en paz, Cicno –dijo Faetón empujándolo a un lado–. Me voy al Palacio del Sol. Es la única manera de callarle la boca a ese cerdo de Épafo. Cuando me vuelvas a ver, todos me respetarán por fin y me conocerán por quien soy.

–Pero yo sé quién eres –dijo el descontento Cicno–. Eres Faetón y te

quiero.

De tal palo, tal sombrilla

Tampoco hubo nada que Clímene pudiese decir para hacer que Faetón cambiase de opinión. Lo observó con dolorosa desesperación mientras este hacía el equipaje.

–Mira al cielo y me verás –le dijo, dándole un beso de despedida–. Te saludaré mientras conduzco el carro.

El Palacio del Sol quedaba, claro está, hacia el oriente; de hecho, muy al oriente, como en la India. No hay consenso sobre cómo llegó Faetón allí. He leído que unos halcones mágicos del sol le hablaron a Apolo de la lenta caminata del chico desde territorio griego, cruzando Mesopotamia y la región que hoy llamamos Irán, y que el dios dio orden a aquellas aves espléndidas de que agarraran a Faetón y lo llevaran volando el resto del trayecto.

En cualquier caso, Faetón llegó; era de noche y de inmediato fue llamado a la sala del trono del palacio, donde Apolo estaba sentado togado de púrpura y envuelto en el resplandor que resplandecía del oro, la plata y las joyas que decoraban la habitación. El trono que ocupaba tenía más de diez mil incrustaciones de rubíes y esmeraldas. El muchacho se hincó de rodillas, bastante abrumado por la majestuosidad del palacio, el aturdimiento a la vista de las gemas y, sobre todo, la gloria radiante de su padre el dios.

–Entonces tú eres el chaval de Clímene, ¿no? Levanta, deja que te eche un vistazo. Sí, ya veo que bien podrías ser el fruto de mis entrañas. La misma cara, el mismo color. Me han dicho que has hecho un largo viaje para llegar aquí. ¿Por qué?

La pregunta era directa, y Faetón se vio un poco aturullado. Se las arregló para balbucear unas palabras sobre Épafo y «los otros chavales» y fue tremendamente consciente de que sonaba más como un niño mimado que como el orgulloso hijo de un olímpico.

–Sí, sí. Muy malos, muy irrespetuosos. ¿Y qué tengo yo que ver?

–Toda mi vida –dijo Faetón, ardiendo con el orgullo y el rencor que durante tanto tiempo lo habían abrasado por dentro–, toda mi vida mi madre

lleva hablándome del genial y glorioso Apolo, el dios dorado, mi esplendente y perfecto padre. ¡P-pe-pero nunca has venido a vernos! Nunca nos has invitado a ningún sitio. Ni siquiera has demostrado que supieses de mi existencia.

–Bueno, sí, lo siento. Fallo mío. He sido un padre horroroso, ojalá pudiese compensártelo. –Apolo articuló las palabras que los padres ausentes articulan en todas partes del mundo a diario, pero en realidad tenía la cabeza puesta en caballos, música, beber..., cualquier cosa que no fuese aquel niño aburrido, gruñón y quejica.

–Si pudieses concederme solo un deseo. Un deseo, nada más.

–Pues claro, pues claro. Dime.

–¿En serio? ¿De verdad?

–Pues claro.

–¿Me juras que me lo concederás?

–Te lo juro –contestó Apolo, divertido por la seriedad exagerada del chico–. Te lo juro por mi lira. Te lo juro por el frío curso de las aguas del mismísimo Estigia. Tú dime, digo.

–Quiero llevar a tus caballos.

–¿Mis caballos? –dijo Apolo, sin acabar de comprender–. ¿Llevarlos? ¿A qué te refieres?

–Quiero conducir el carro del sol por el cielo. Mañana.

–Ah, no –respondió Apolo abriendo la boca en una sonrisa–. ¡No, no, no! No seas tonto. Eso no puede hacerlo nadie.

–¡Me lo has prometido!

–Faetón, Faetón. Es de valientes y espléndido, incluso, soñar siquiera con hacer algo así. Pero nadie, nadie, lleva a esos animales aparte de mí.

–¡Me lo has jurado por el Estigia!

–¡Ni Zeus es capaz de controlarlos! No ha nacido semental más fuerte, salvaje, terco e inmanejable que los míos. Solo responden a mi llamada y a mi tacto. No, no. No me puedes pedir algo así.

–Te lo he pedido. ¡Y me lo has jurado!

–¡Faetón! –Los otros once dioses se habrían quedado asombrados al oír un tono de súplica y desesperación en la voz de Apolo–. ¡Te lo ruego! Lo que

sea. Oro, comida, poder, conocimiento, amor... Lo que pidas es tuyo eternamente. Pero eso no. Eso jamás.

–Ya he pedido y tú has jurado –replicó el testarudo muchacho.

Apolo agachó la dorada cabeza y maldijo para sí.

Ay, esos dioses y esa lengua fácil. Ay, esos mortales y sus ridículos sueños. ¿Acaso aprenderán un día?

–Muy bien. Entonces vamos, que te lo enseño. Pero entérate de esto –dijo Apolo mientras se acercaban a los establos y el olor a caballo se le antojaba a Faetón más intenso y fuerte–: puedes cambiar de opinión cuando quieras. No voy a tenerte en menos por eso. Francamente, pensaría mucho mejor de ti.

Al acercarse el dios, los cuatro sementales, blancos con crines doradas, patearon el suelo y se movieron por el pesebre.

–¡Ey, Pirois! ¡Alto ahí, Flegonte! ¡Tranquilo, Éoo! ¡Despacito, Aetón! – Apolo les habló a uno detrás de otro–. Bueno, acércate, chico, deja que te conozcan.

Faetón no había visto en su vida caballos más hermosos. Los ojos tenían un resplandor de oro y de las pezuñas saltaban chispas en las baldosas. Se sintió sobrecogido, pero también notó una súbita punzada de miedo que se esforzó en confundir con avidez emocionada.

Delante de los enormes portones del amanecer había una cuadriga dorada, el gran carro al que pronto serían enganchados los cuatro sementales. Una silenciosa figura femenina, vestida de azafrán de la cabeza a los pies, pasó con prisas. Faetón percibió una fragancia a la que no supo ponerle nombre pero que lo dejó mareado de placer.

–Esa era Eos –dijo Apolo–. Pronto le va a tocar abrir las puertas.

Faetón lo sabía todo sobre Eos, la diosa del amanecer. La llamaban *rhododaktylos* –«la de rosados dedos»– y era admirada en todas partes por su dulzura y delicada belleza.

Mientras ayudaba a su padre a llevar los sementales hasta ocupar su posición al frente del carro, Faetón de repente notó que lo apartaban bruscamente a un lado.

–¿Qué está haciendo este mortal?

Una enorme silueta vestida con una armadura de resplandeciente y lustroso cuero había agarrado la brida de los cuatro caballos a la vez y tiraba de ellos.

–Ah, Helios, estás ahí –dijo Apolo–. Este es Faetón. Mi hijo Faetón.

–¿Y?

Faetón sabía que Helios era el hermano de Eos y de la diosa luna Selene y que ayudaba a Apolo en sus quehaceres diarios con el carro. Apolo parecía incómodo en presencia del titán.

–Bueno, la cosa es que hoy el carro lo va a conducir Faetón.

–¿Perdona?

–Bueno, también puede aprender, ¿no te parece?

–¿Estás de broma?

–Es que se podría decir que se lo he prometido.

–Bueno, pues desprométeselo.

–Helios, no puedo. Sabes que no puedo.

Helios dio un pisotón en el suelo y pegó un berrido que hizo que los caballos reculasen y relinchasen:

–¡A mí no me has dejado conducir nunca, Apolo! Nunca. ¿Cuántas veces te lo he pedido y cuántas veces me has dicho que no estoy preparado? ¿Y ahora dejas que este... canijo coja las riendas?

–Helios, harás lo que se te ordene –respondió Apolo–. He hablado y por lo tanto he..., mmm, hablado.

Apolo le arrebató los cuatro corrajes a Helios, aupó a Faetón y lo sentó en el carro. Helios soltó una gran carcajada cuando vio cómo se bamboleaba el chico de un lado para otro.

–¡Baila ahí dentro como si fuese un guisantito! –dijo con una risita sorprendentemente aguda.

–Le irá bien. Venga, Faetón. Estas riendas son tu línea de comunicación con los caballos. Ellos se saben el camino, lo recorren cada día, pero tienes que demostrarles que eres tú quien manda, ¿entiendes?

Faetón asintió con gravedad.

Parte de su excitación y de la cólera de Helios parecía haberse contagiado a los caballos, que corcoveaban y resoplaban sin parar.

–Lo más importante –prosiguió Apolo– es no volar ni demasiado alto ni demasiado bajo. Una distancia media entre el cielo y la tierra, ¿vale?

Faetón asintió de nuevo.

–Ah, casi se me olvida. Enséñame las manos... –Apolo sacó un tarro y le

derramó un aceite a Faetón en las palmas abiertas—. Úntate todo el cuerpo con esto. Te protegerá del calor y el resplandor generado por los caballos en su galope por los aires. La tierra se calentará e iluminará a tu paso, así que mantén una línea recta hacia el oeste rumbo al Jardín de las Hespérides. Son doce horas de camino. No aflojes. Recuerda: los caballos ya saben. Llámalos por su nombre, Éoo, Aetón, Pirois y Flegonte.

Faetón se fijó en cómo se les levantaban las orejas al pronunciar sus nombres Apolo.

—Pero no es demasiado tarde, chico. Ya los has visto, los has tocado, te regalaré unas estatuillas de oro de los caballos hechas por Hefesto para que te las lleves a casa. Eso satisfará a tus amigos del colegio.

Otra risita aguda de Helios hizo que se ruborizaran las mejillas de Faetón.

—No —dijo secamente—. Me diste tu palabra, y yo igual.

Al romper el día

Mientras Faetón hablaba, Eos se adelantó en una brillante nube de perla y rosa. Saludó sonriente con un gesto de la cabeza a Apolo y Helios, miró inquisitiva al ruborizado Faetón en el carro y ocupó su posición ante las puertas del amanecer.

Para un viajero que mirase hacia levante y arriba hacia las nubes en las que se oculta el Palacio del Sol, la primera señal de que Eos se ponía manos a la obra siempre llegaba bajo la forma de una coloración de rosa coral que permeaba el cielo. Según iba abriendo más las puertas, el rosa pálido se intensificaba en un destello de oro que se iba volviendo cada vez más brillante y luminoso.

Para Faetón, dentro del palacio, el efecto fue inverso: las puertas se abrieron para revelar la oscuridad del mundo al otro lado, iluminado solo por el resplandor plateado de Eos y de la hermana de Helios, la diosa luna Selene, que llegaba al final de su trayecto nocturno. Justo cuando Eos terminaba de abrir las puertas, Faetón la vio irradiar una luz rosa y dorada que sepultó la oscuridad de la noche. Como si aquella fuese la señal, los cuatro caballos

levantaron las orejas, se estremecieron y se encabitaron. Con un tirón, Faetón y el carro empezaron a avanzar.

–Recuerda, chico –le gritó Apolo–, no te asustes. Mano firme. No tires de las riendas. Límitate a dejar que los caballos sepan que tienes el control. Todo irá bien.

–A fin de cuentas, ¿qué puede salir mal? –exclamó Helios mientras el carro empezaba a despegarse del suelo. Los agudos falsetes de su risa le dolieron a Faetón como latigazos.

Si cambiamos de nuevo el punto de vista al viajero que mira hacia levante desde la carretera, el resplandor dorado es ahora una enorme bola de fuego que cada vez cuesta más observar sin entrecerrar los ojos. El breve fulgor del amanecer ha tocado a su fin y el día ha comenzado.

Conduciendo

Los caballos de Apolo emprendieron el ascenso coceando en el aire. Todo iba bien. Sabían lo que hacían. Llegaron a cierta altura, enderezaron y arremetieron al frente. Fue fácil.

Faetón también se puso recto, con cuidado de no tirar de las riendas, y miró a su alrededor. Divisaba la curva que marcaba la separación entre el cielo azul y la oscuridad estrellada. Veía el efecto de la luz que irradiaba el carro. Estaba aislado, mágicamente a salvo del calor y el resplandor, pero las enormes nubes se fundían y se evaporaban según se acercaba. Miró hacia abajo y vio cómo se contraían las largas sombras de las montañas y los árboles a medida que avanzaban sobrevolándolos. Vio el ondulado mar que reflejaba un millón de centelleos de luz, y vio el resplandecer del rocío elevándose como una neblina esplendente a medida que se aproximaban a la costa de África. En algún lugar, precisamente al oeste del Nilo, Épafo debía de estar de vacaciones en la playa. ¡Ah, iba a ser todo un triunfo!

Cuando Faetón tuvo la línea de costa más nítidamente en su campo de visión, tiró de las riendas con la intención de hacer descender a Éoo, el caballo principal, que tenía a la izquierda. Éoo quizás estuviese pensando en otras cosas, en paja dorada o en alguna yegua guapa, el caso es que no se

esperaba que un tirón lo sacase de su trayecto habitual. Del susto, reculó y viró hacia abajo, llevándose consigo al resto de los caballos. El carro se hundió en el aire y cayó en picado hacia el suelo. En vano Faetón tiraba de las riendas, que a saber cómo se le habían quedado enredadas en las manos. La tierra verde corría a su encuentro con un ruido ensordecedor y veía su muerte segura. Pegó un último tirón desesperado de las riendas, y en el ultimísimo segundo (ya fuese en respuesta a aquella sacudida o por un movimiento instintivo para salvarse) los cuatro animales enderezaron a una y galoparon rumbo norte sin fijarse por dónde iban. Pero no antes de que Faetón viese con terror y desesperación que el tremendo calor del carro del sol había incendiado la tierra.

Según volaban, una cortina de llamas ardientes arrasaba la tierra debajo de ellos, dejando todo y a todos calcinados. Toda la extensión de África por debajo de la costa norte quedó destrozada. Todavía hoy, la mayor parte de esa región es un gigantesco desierto que llamamos Sáhara, pero para los griegos era la tierra que Faetón quemó.

Ahora estaba fuera de control por completo. Los caballos tenían claro que no contaban con la mano firme y familiar de Apolo para guiarlos. ¿Qué es lo que los volvió locos, la alegría salvaje de verse libres o el pánico de la falta de control? Tras descender tanto como para incendiar la tierra, ahora subieron tan lejos hacia la curva púrpura que separaba el cielo de las estrellas que el mundo se enfrió y oscureció. El mar se congeló y la tierra se volvió hielo.

Tambaleándose, bamboleándose, dando bandazos y virajes, sin ningún tipo de control ni dirección alguna, el carro brincó y giró en el aire como una hoja en plena tormenta. Mucho más abajo, la gente de la tierra alzaba la mirada asombrada y alarmada. Faetón les gritaba a los caballos, les suplicaba, los amenazaba, tiraba de las riendas... pero todo en vano.

El fatal desenlace

Llegó a oídos de los dioses en el Olimpo y, por fin, del propio Zeus la noticia de la devastación que tenía lugar en la superficie de la tierra.

–Mira lo que está sucediendo –exclamó una consternada Deméter–. Las

cosechas se están achicharrando con el sol o congelándose. Es un desastre.

–La gente está asustada –dijo Atenea–. Por favor, padre. Algo hay que hacer.

Con un suspiro, Zeus se estiró para agarrar un trueno. Miró allí donde ahora se lanzaba el carro del sol bamboleándose como loco, rumbo a Italia.

El trueno, como todos los truenos de Zeus, alcanzó su blanco. Faetón saltó fulminado del carro y cayó envuelto en llamas a la tierra, donde se hundió como un misil fallido en las aguas del río Erídano con un siseo y cuatro burbujas.

Los asombrosos corceles del sol se tranquilizaron al dejar de oír los chillidos de pánico del chico y de sufrir los violentos tirones de las correas y por fin se colocaron a la altura conveniente y, claro está, retomaron su camino instintivamente hacia la tierra de las Hespérides en el lejano oriente.

Febo Apolo no era un buen padre, ni afectuoso, pero la muerte de su hijo le resultó muy dura. Juró no volver a conducir el carro del sol, le pasó el testigo al agradecido y entusiasmado Helios, quien desde entonces y para siempre se convirtió en el solo auriga del sol.*

Su cariñoso amigo Cigno fue al río Erídano, en cuyas aguas se había zambullido el pobre Faetón muerto. Se sentó allí en la orilla a llorar la pérdida de su amado con gemidos tan luctuosos que un consternado Apolo lo volvió mudo y finalmente, por piedad y remordimientos ante el incesante pero ahora silencioso sufrimiento inconsolable del joven, lo transformó en un bello cisne. Esta especie, el cisne mudo, fue sagrada para Apolo. En recuerdo de la muerte de su amado Faetón, esta ave está toda la vida callada hasta el preciso instante de su muerte, momento en el cual canta con tremenda melancolía su extraño y precioso adiós, su canto del cisne.

¿Y Épafo qué? ¿Levantó la mirada y vio a Faetón allá en lo alto conduciendo el gran carro, o estaba demasiado ocupado comiendo dátiles y flirteando con ninfas a bordo del barco en el que navegaba con sus amigos hacia la playa del norte de África donde pasaban las vacaciones? A uno le gustaría pensar que, en efecto, miró hacia arriba y que el resplandor del carro lo dejó ciego, un castigo apropiado para sus crueles burlas. De hecho, Épafo llegó a convertirse en un gran patriarca. Se casó con MENFIS, la hija del Nilo, que dio nombre a la ciudad que fundó. Tuvieron una hija, LIBIA, y su

linaje, que incluye a su bisnieto EGIPTO, llegó a gobernar Egipto durante generaciones.

El mismo Faetón acabó siendo colocado entre las estrellas, en la constelación de consolación llamada Auriga.* Los franceses bautizaron un carruaje veloz, deportivo, ligero y peligroso con el nombre de *faetón* en su honor. Fue el medio de locomoción favorito de muchos jóvenes impulsivos a finales del siglo XVIII y principios del XIX que, reproduciendo estúpidamente el mito de Faetón en su juvenil impetuosidad, volcaron muy a menudo sus carruajes, para enfado de sus más que sufridos padres.

La helenista norteamericana Edith Hamilton propuso estos versos a modo de epitafio para Faetón:

Aquí yace Faetón, que dirigió del dios del sol el carro
[y los jumentos.
Y, a pesar de su completo fracaso, mayor fue
[su atrevimiento.

CADMO

El toro blanco

Gracias a Faetón, los yermos desérticos y las regiones polares heladas dieron a la humanidad extremos de temperatura con los que lidiar, además del ciclo de estaciones provocado por la estancia de Perséfone en el inframundo. No obstante, la lección impartida a Faetón no detuvo a la humanidad a la hora de intentar llegar más alto. Por toda Grecia los reinos continuaron alzándose y derrumbándose. El mundo griego abarcaba por aquella época Asia Menor, así como Siria y las tierras de Levante (el Líbano de nuestros días). La influencia de esta parte del mundo en la cultura griega y el mito fue inmensa: motivó un gran tráfico comercial, la escritura ortográfica y, finalmente, los fundamentos del primer ejemplo de la *polis*, la ciudad estado que alcanzaría su culminación con el establecimiento de Troya, Esparta y Atenas. Es una historia en la que se combinan Zeus, transformaciones, un dragón, serpientes, una ciudad y una boda.

El rey de los levantinos de Tiro, AGÉNOR (hijo de Poseidón y Libia), y su reina TELEFASA (hija de Nilo y de la ninfa nube NÉFELE) tuvieron cinco hijos: una hija, Europa, y cuatro hijos, CADMO (o, a veces, en una ortografía más griega, KADMOS), CÍLIX, FÉNIX y TASO.

Los hijos de Agénor estaban jugando en un prado florido una tarde cuando Europa empezó a deambular y se separó de sus hermanos. Le había llamado la atención un hermoso toro blanco que pastaba en la zona de hierba alta. Al acercarse, el animal alzó la cabeza y la observó. Algo en su mirada la fascinó. Se acercó más. El aliento del toro era dulce y su morro suave y acariciable. Trenzó guirnaldas de flores alrededor de sus cuernos y le pasó los dedos por el pelaje cálido, tupido y atrayente. Luego, sin saber por qué, se subió a lomos del animal. Se inclinó hacia delante y agarró cada cuerno con una mano.

–Ay, pero qué cosa más preciosa –le susurró al oído–. Tan fuerte, sabio y

dócil.

Con un empujón de la enorme testa, el animal se puso a trotar. El trote se convirtió enseguida en algo más parecido al galope. Europa se reía y le animaba a continuar.

Cadmo y su hermano pequeño habían estado compitiendo entre ellos a ver quién era capaz de lanzar una piedra más lejos (Cadmo siempre ganaba, era un lanzador de piedras, discos y jabalinas especialmente dotado). Se giraron justo para ver a su hermana desapareciendo de su vista a lomos de un toro. Corrieron tras ella tan rápido como pudieron, pero el toro era increíblemente veloz. A los hermanos se les antojó, por más que fuese imposible, que las pezuñas del animal no tocaban ya el suelo.

En pleno ataque de pánico, llamaron a gritos a Europa por su nombre y le chillaron que saltase, pero o bien no los oyó o no les hizo caso. El toro se elevó más y más por los aires hasta que lo perdieron de vista.

Cadmo volvió a casa y llevó las noticias a sus padres, el rey Agénor y la reina Telefasa. Tremendo fue el lamento y grande la recriminación.

Mientras tanto, el toro blanco llevó volando a Europa hacia el oeste, lejos de su reino natal de Tiro, atravesando el Mediterráneo en dirección a las islas de Grecia. Encantada y para nada atemorizada, Europa se echó a reír cuando primero el suelo y luego el mar desaparecieron bajo sus pies. Europa estaba en trance. El viaje fue tan asombroso que la masa geográfica al oeste de su tierra natal se ha llamado desde entonces Europa en su honor.

No se detuvieron hasta llegar a la isla de Creta, donde el toro reveló ser...

... ¿quién sino Zeus?

Si fue la transformación de Ío en vaquilla a cargo de Hera lo que lo inspiró para adoptar la forma de un toro o no, no podemos saberlo, pero el truco funcionó, por lo visto, dado que Europa se quedó gustosamente en Creta el resto de su vida. Le acabaría dando tres hijos a Zeus: Minos, Radamanto y SARPEDÓN, que, tras sus muertes respectivas, como recordaréis, se convertirían en los Jueces del Inframundo y se dedicarían a sopesar las vidas de las almas muertas y distribuirles castigos y recompensas apropiados.

La búsqueda de Europa

En Tiro, los infelices padres de Europa enviaron a Cadmo y a sus tres hermanos a buscar a su hermana, con instrucciones terminantes de que no se les ocurriera volver a casa sin ella.

Los tirios ya eran célebres navegantes y comerciantes. Fénix, el hermano de Cadmo (que no debemos confundir con la mítica ave), acabaría sucediendo a Agénor en el trono del reino, que rebautizó Fenicia en honor a sí mismo. La habilidad de los fenicios como comerciantes les reportaría grandes riquezas y prestigio. Trataban con sedas y especias del lejano oriente, pero la invención y propagación del *alfabeto* que tantas ventajas le dio sobre sus vecinos y rivales fue cosa suya. Por primera vez en la historia humana un lenguaje podía escribirse según su sonido, lo que suponía que la costa mediterránea, el norte de África y Oriente Medio incluidos eran capaces de comunicarse por primera vez usando símbolos sobre papiro, cueros, cera o cerámica que podían leerse en voz alta.* Las marcas de la página o de la pantalla que interpretáis mientras leéis ahora derivan del alfabeto fenicio. Y fue Cadmo quien llevó este maravilloso invento a Grecia en el transcurso de su larga búsqueda de Europa.

Durante años viajaron en vano. Por algún motivo, tal vez una divina influencia inadvertida, Creta resultó ser el único lugar en el que no buscaron, por lo visto. La isla en la que se quedaron más tiempo fue Samotracia, más al norte en el Egeo.

En Samotracia vivía una pléyade llamada ELECTRA.* Las pléyades, o Siete Hermanas, eran (si recordáis) hermanas de Atlas y de la oceánide Pléyone. Electra había dado a luz a dos hijos de Zeus: DÁRDANO* y YASIO, así como a una hija, HARMONÍA.* Cadmo quedó inmediatamente cautivado por la belleza, la dulzura y los plácidos modales de Harmonía y se la llevó para que lo acompañase en su búsqueda. Hasta qué punto fue voluntario no está claro, pero la pareja dejó Samotracia y puso rumbo a Grecia; en teoría para buscar a Europa, aunque por lo que respecta a Cadmo lo animaba un propósito mayor.

El oráculo se pronuncia

Nos referimos a Cadmo con frecuencia como «el primer héroe». Si nos preocupamos de hacer las cuentas, veremos que forma parte de una quinta generación de paternidad humana y divina a partes iguales. Podía remontarse en su línea genealógica hasta el principio de la vida con su abuelo paterno Poseidón, cuyo padre fue Crono, hijo de Urano. Por parte de su abuela Libia descendía de Ínaco, cosa que añadía una porción de sangre humana real a la circulación de sus venas. Poseía la inquietud y el espíritu viajero típicos del héroe, así como las proporciones requeridas de valentía, seguridad y confianza en sí mismo. Poseidón le tenía cariño a su nieto, como es natural, pero fue Atenea quien se ocupó de él al otorgarle el mayor de los favores, sobre todo una vez unido a Harmonía, que era una de las más devotas seguidoras de la diosa.

Igual que Taso, el hermano de Cadmo, había fundado un pequeño reino en una isla cercana llamada Tasos, e igual que Fénix le había dado su nombre al reino fenicio, el tercero de los hermanos de Cadmo, Cílix, abandonó la búsqueda de Europa y se volvió a Asia Menor para establecer su propio reino, al que llamó Cilicia.*

Con Harmonía a su lado y un largo séquito de leales seguidores de Tiro ocupándose de ambos, Cadmo puso rumbo a Delfos para consultar al oráculo. Sabía en lo más hondo de su ser, como todos los héroes, que estaba destinado a grandes gestas, pero no sabía muy bien dónde le esperaba su futuro; y todavía necesitaba guía en lo relativo a la búsqueda de la perdida Europa.

Ya conocéis de sobra los oráculos como para sorprenderos de la excéntrica respuesta de la Pitia.

–Cadmo, hijo de Agénor, hijo de Poseidón –declamó–. Abandona la búsqueda de tu hermana y sigue a la vaquilla marcada con una media luna. Síguela hasta que caiga exhausta. Allí donde caiga has de construir.

–¿Construir qué?

–Hasta nunca, Cadmo, hijo de Agénor, hijo de Poseidón.

–¿Qué vaca? No veo ninguna vaca.

–Allí donde caiga la vaca, allí Cadmo, hijo de Agénor, hijo de Poseidón, has de construir.

–Sí, pero la vaca esa...

–La vaquilla con la media luna ayudará a Harmonía y a su héroe, hijo de

Agénor, hijo de Poseidón.

–Oye, mira...

–Hasta nunca...

Cadmo y Harmonía se miraron, se encogieron de hombros y salieron de Delfos con su séquito de leales tirios. Era posible que una vaca se materializase por arte de magia ante sus narices, o quizás que algún mensajero celestial apareciese para guiarlos hasta el tal animal. Mientras tanto, debían echar un vistazo por allí.

Hoy, Delfos y su oráculo, el estadio y los templos, están situados en la zona de Grecia conocida como Fócida. El rey de Fócida, PELAGÓN, al oír que Cadmo y Harmonía –por entonces famosos en el lugar por el regalo del alfabeto– estaban en la zona, envió a sus mensajeros para ofrecerles quedarse como invitados de honor en su palacio. Fue una invitación que la pareja, embarrada por el viaje, y su hambrienta huete se sintieron más que satisfechos de aceptar.

Los Juegos Focenses

Tres días de comilonas y festejos habían transcurrido tan agradablemente y sin novedades cuando Cadmo y Harmonía, mientras daban un paseo vespertino por los jardines de palacio entre banquete y banquete, se vieron interceptados por el padre de Pelagón, ANFIDAMAS.

–He tenido un sueño –dijo Anfidamas, acercándose a la pareja y expeliendo vapores de hidromiel sobre ellos– en el que tú, Cadmo, corrías en carreras, lanzabas jabalinas, discos y ganabas el mayor premio del mundo. Mira, mi hijo Pelagón inaugura los Juegos Focenses mañana. Una pequeña reunión local, pero los sueños sueños son y tienen un propósito. ¿Cuándo miente Morfeo? Mi consejo es que participes.

Hipando con benevolencia, se alejó tambaleante.

–Bueno, pues –dijo Cadmo poniéndole a Harmonía un brazo alrededor de la cintura y alzando la mirada fija a la luna–, ¿por qué no? Todavía no ha nacido el hombre que lance un disco o una jabalina más lejos que yo. Y creo que también soy bastante veloz en la pista.

–¡Mi héroe! –suspiró Harmonía enterrando la cabeza en su pecho. Lo hizo no presa de una admiración idólatra, sino para amortiguar su risa..., la vanidad masculina en lo relativo a pericia física le resultaba cómica a más no poder.

Los competidores a los que se enfrentaba Cadmo al día siguiente eran principalmente un puñado de jóvenes enclenques del lugar y unos guardias de palacio barrigudos. Cuando mandó el disco fuera del recinto del palacio con su primer lanzamiento tuvieron que enviar a un sirviente a buscarlo y la multitud estalló en vítores. A media tarde, Cadmo había ganado cada una de las pruebas. Harmonía fulminaba con la mirada a las mujeres y chicas que le lanzaban besos y flores a los pies.

Pelagón, que no era un monarca rico, envió a su chambelán a buscar un premio adecuado para su noble *vtor ludorum*.

–Gente de Fócida –exclamó el rey, colocando en la frente de Cadmo una corona apresuradamente trenzada con hojas de olivo–, contemplad a vuestro campeón, nuestro honorable huésped el príncipe Cadmo de Tiro. Y he aquí un premio que se adecúa con su gran velocidad, fuerza y gracia.

Se elevó un tremendo clamor que cayó en un confuso silencio cuando el chambelán de palacio se abrió paso entre la muchedumbre guiando por delante a una gran vaca. El silencio burbujeó hasta convertirse en risita y la risita en un estallido franco. La vaca rumió, levantó el rabo y soltó una plasta líquida por detrás. La multitud ululó con hilaridad.

Pelagón se puso color escarlata. Su padre, Anfidamas, le dijo a Cadmo con un guiño:

–Ah, bueno. Morfeo no siempre puede acertar, ¿no?

Pero Harmonía le dio un codazo a Cadmo muy emocionada.

–¡Mira –le dijo sin aliento–, fíjate, Cadmo, fíjate!

Cadmo vio de repente lo que había atraído la atención de su esposa. En el lomo de la vaca se veía una marca en forma de media luna. No había otra manera de describirla. ¡Una media luna bien clara!

Pelagón le murmuraba algo poco convincente en su oreja sobre el pedigrí del animal y la cantidad de leche que daba, pero Cadmo lo interrumpió.

–¡Su majestad no podría haber encontrado un regalo más maravilloso e idóneo! Estoy abrumado de satisfacción y gratitud.

–¿En serio? –dijo un Pelagón levemente asombrado.

El chambelán se quedó tan sorprendido de oír aquello que se le cayó la vara de sauce con la que había estado azuzando al animal hacia el estrado del ganador. A la vaquilla le llevó quizás treinta segundos advertir que el punzante golpeteo ya no la obligaba a avanzar, así que se giró y empezó a deshacer el camino.

–Desde luego –dijo Cadmo saltando del estrado y ayudando a Harmonía a bajar después de él–. La verdad es que es el regalo perfecto. Justo lo que queríamos...

La vaca se dirigió hacia la multitud. Cadmo y Harmonía, dando la espalda a los monarcas, empezaron a seguirla. Por encima del hombro, Cadmo le dirigió unas palabras al rey, balbuceando agradecimientos y cumplidos incoherentes.

–Su majestad nos perdonará... una estancia maravillosa... muy agradecidos por su hospitalidad... comida excelente, entretenimiento genial... amabilísimo... ehmmm... hasta más ver...

–Agradecidísimos –repitió Harmonía–. Nunca lo olvidaremos. Nunca. ¡Hermosísima la vaquilla! Adiós.

–¡Pe-pero! ¿Qué? Es decir... –dijo Pelagón, aturdido por aquel rápido y repentino mutis–. Yo pensaba que se quedaban ustedes otra noche.

–No tenemos tiempo. Vamos, hombres. ¡Con nosotros! –exclamó Cadmo, invocando a su comitiva de sirvientes tirios, guerreros, civiles y cortesanos. Recogiendo sus armaduras sobre la marcha, dejando caer comida y dando besos de despedida a las nuevas amistades alcanzaron a Cadmo, Harmonía y la vaca.

–Locos –dijo Anfidamas contemplando el penacho de polvo que quedó girando en el aire a lo lejos mientras el ejército de desharrapados de Cadmo desaparecía de su vista–. Locos de atar. Lo dije desde el principio.

El dragón acuático

Durante tres días y tres noches Cadmo, Harmonía y su reguero de leales tirios siguieron a la vaquilla con la marca de la medialuna en su vagar de aquí

para allá por colinas, a través de prados, campos y riachuelos. Parecían viajar con un rumbo sureste en dirección a la provincia de Beocia.*

Harmonía creía que la vaquilla iba a resultar ser la mismísima Europa. Después de todo, al raptarla Zeus se había transformado en un toro, de modo que ¿por qué no iba a adoptar ella también una forma bovina? Cadmo, hipnotizado por el rítmico bambolearse de los cuartos traseros de la vaca, se inclinaba más bien por pensar que todo aquello era una cruel humorada que le había sido enviada para confundirlo.

Súbitamente, tras descender una pronunciada cuesta y alcanzar el borde de una vasta llanura, la vaquilla se vino abajo y soltó un gruñido de agotamiento.

–Gracias a dios –dijo Cadmo.

–¡Tal y como profetizó el oráculo! –exclamó Harmonía–. ¿Qué dijo la Pitia? «Allí donde caiga la vaca, allí debéis construir.» Pues eso.

–¿Pues eso qué? –dijo Cadmo irritado–. ¿Qué quieres decir con «pues eso»? ¿Construir? ¿Construir qué? ¿Construir cómo?

–Te lo diré –dijo Harmonía–. Sacrifiquemos la vaca a Palas Atenea. La pobre criatura ya está casi muerta, de todas formas. Atenea nos guiará.

Cadmo convino con ella y decidió establecer una especie de campamento primitivo allí mismo. Para poder purificar como convenía el sacrificio, envió a varios de sus hombres a por agua a un arroyo cercano.

Cadmo degolló a la vaca y justo estaba salpicando con la sangre un altar improvisado adornado con flores silvestres y salvia quemada cuando uno de los tirios volvió en un estado de desesperación lamentable portando horrendas noticias. Un dragón, bajo la forma grotesca de una gigantesca serpiente marina, defendía el arroyo. Ya había matado a cuatro hombres, apretándolos entre sus nudos hasta asfixiarlos y arrancándoles las cabezas a mordiscos con sus enormes mandíbulas. ¿Qué podía hacerse?

Los héroes no se quedan parados retorciéndose las manos, los héroes actúan. Cadmo corrió hacia el arroyo y por el camino cogió una enorme roca. Escondido tras un árbol silbó para atraer la atención del dragón, y entonces le lanzó la roca contra la cabeza, se la machacó y lo mató en el acto.

–Adiós a las serpientes de agua –dijo Cadmo contemplando la sangre y los sesos del monstruo mientras se mezclaban con las aguas del arroyo.

Resonó una voz alta y clara.

–Hijo de Agénor, ¿por qué observas a la serpiente que acabas de asesinar? También tú serás una serpiente y soportarás las miradas de los desconocidos.

Cadmo miró a su alrededor pero no vio a nadie. La voz debía de haber retumbado en su interior. Sacudió la cabeza y volvió al campamento, satisfecho tanto por los vítores de sus seguidores como por los besos admirados de Harmonía, a quien no le contó nada de la voz aquella.

Lo bastante lejos como para no ser oído por Cadmo, uno de sus hombres mascullaba con el irritante deleite de aquellos que traen malas noticias. Este hombre venía de Beocia y susurró a sus compañeros con un astuto sacudimiento de cabeza que aquel *Drakon Ismenios*, el dragón ismenio, que Cadmo acababa de asesinar, era conocido por ser sagrado para Ares, dios de la guerra. De hecho, prosiguió, ¡algunos creían que la criatura era, en realidad, hija de Ares!

–Su muerte no nos va a traer nada bueno –dijo, chistando y chasqueando la lengua–. Uno no enfada al dios de las batallas con impunidad. No, señor. Lo mismo da quién sea tu abuelo.

Hay que reconocer aquí que uno de los retos más pesados que los héroes y mortales de aquella época afrontaban tenía que ver con las relaciones de los diversos dioses. Abrirse paso entre los celos y animosidades de los olímpicos era un asunto delicado. Demostrar demasiada lealtad y servilismo a uno podía suponer provocar la enemistad de otro. Si Poseidón y Atenea te favorecían, como les sucedía a Cadmo y Harmonía, por ejemplo, entonces probablemente Hera, o Artemisa, o Ares, o incluso Zeus en persona, harían lo imposible por ponerte obstáculos y trabas. Y que el cielo ayudase a aquel lo suficientemente estúpido como para matar a uno de sus favoritos. Todos los sacrificios y ofrendas votivas del mundo no serían capaces de ablandar a un dios ofendido, a un dios vengativo, a un dios que había quedado en mal lugar delante del resto.

Cadmo, al asesinar al favorito de Ares, se había hecho enemigo de uno de los dioses más agresivos y despiadados, desde luego.* Pero no era consciente de ello, dado que el rumor entre las filas de su séquito no había llegado a sus oídos. Encendió incienso despreocupadamente y completó su sacrificio a Atenea, suponiendo que las cosas iban sobre ruedas. Aquella sensación se vio reforzada por la aparición inmediata y benigna de Atenea. Complacida por la

ofrenda de la vaquilla, descendió de la nube de fragante humo que Cadmo había producido y dedicó una grave sonrisa a sus humildes adoradores.

Los dientes del dragón

—Levanta, hijo de Agénor —dijo la diosa, adelantándose y ayudando a incorporarse al suplicante Cadmo—. Tu sacrificio nos ha resultado grato. Si sigues mis instrucciones con cuidado todo irá bien. Labra esta fértil llanura. Lábrala bien. Luego siembra en los surcos los dientes del dragón que acabas de matar.

Con estas palabras retrocedió en el humo y desapareció. Si Cadmo no hubiese contado con el testigo de Harmonía y los demás que habían oído lo mismo de Atenea, podría haber creído que lo había soñado. Pero las instrucciones divinas son instrucciones divinas, por extrañas que sean. De hecho, cuanto más extrañas, comenzaba a advertir Cadmo, más probabilidades de que fuesen divinas.

Primero talló una reja de arado de madera de encina. Luego, dado que no contaban con animales de tiro, enyugó a una dispuesta cuadrilla de los más leales de sus seguidores. Habrían entregado sus vidas por su carismático príncipe de Tiro, de modo que tirar de un arado no era nada.

Era finales de primavera y la tierra de la llanura estaba lo suficientemente manejable como para labrar surcos poco hondos, pero largos y bien marcados, sin necesidad de esfuerzos terribles por parte de los afanosos tirios.

Una vez el terreno labrado, Cadmo se puso a perforar los surcos unos centímetros con el extremo romo de su espada. En cada agujero dejó caer un diente de dragón. Como todos sabemos, los humanos tienen treinta y dos dientes. Los dragones acuáticos tienen hileras e hileras de dientes, como los tiburones, cada una avanza cuando la de delante se desgasta de tanto triturar huesos humanos. Quinientos doce dientes plantó Cadmo en total. Cuando hubo terminado se irguió para contemplar el campo.

Un leve viento soplaba por la llanura removiendo las copas de los matorrales y levantando nubecillas polvorientas de tierra. Los demonios del

polvo restallaban y se arremolinaban por allí. Se cernió sobre todo una gran quietud.

Harmonía fue la primera en ver cómo se movía la tierra de un surco. Señaló con un dedo y todas las miradas lo siguieron. Un respingo y un grito amortiguado se alzaron de entre la multitud de mirones. La punta de una lanza asomaba, luego apareció un casco, seguido de unos hombros, una coraza, unas piernas enfundadas en grebas de cuero..., hasta que surgió del todo un soldado armado de los pies a la cabeza, salvaje y colérico, pisando con gran estrépito. Luego otro, y otro, hasta que el campo estuvo repleto de guerreros que marchaban en su sitio en las hileras labradas. El tintineo y charrarreo de las armaduras, el clangor y entrecocar de las hebillas, cinturones y botas, el clamor y el golpeteo del metal y el cuerpo de las corazas, grebas y escudos, el rítmico gruñido y los gritos marciales se elevaban en un hórrido escándalo que llenó de terror a los espectadores.

A todos menos a Cadmo, que se adelantó sin pensárselo y alzó una mano.

–¡Espartos! –vociferó hacia la llanura, dándoles un nombre que significa «hombres sembrados»–. ¡Mis espartos! Soy el príncipe Cadmo, vuestro general. Descansen.

Quizás por haber nacido a partir de dientes de dragón arrancados de la mandíbula de una criatura sagrada del dios de la guerra, aquellos soldados estaban llenos desde un primer momento de una extraordinaria agresividad. En respuesta a la orden de Cadmo se limitaron a entrecocar y hacer resonar sus escudos y lanzas.

–¡Silencio! –gritó Cadmo.

Los guerreros no hicieron caso. Su marcha en el sitio se convirtió en un lento avance. Exasperado, Cadmo agarró una roca que, con su acostumbrada destreza y fuerza, lanzó contra las filas. Alcanzó a uno de los soldados en un hombro. El hombre miró al soldado que tenía a su lado y, tomándolo por el agresor, se abalanzó sobre él con un tremendo rugido, la espada en alto. En unos instantes se oían por todo el campo alaridos beligerantes que helaban la sangre mientras los soldados se lanzaban unos contra otros.

–¡Parad! ¡Parad! ¡Os ordeno que paréis! –gritaba Cadmo como un padre frenético en la línea de banda viendo cómo a su hijo lo machacan en una escaramuza. Pateando frustrado el suelo se volvió hacia Harmonía–. ¿Qué

sentido tiene que Atenea se haya tomado tantas molestias para hacerme crear esta raza de hombres solo para que se destruyan entre ellos? Mira esta violencia, esta sed de sangre. ¿Qué significa?

Pero incluso antes de decirlo, Harmonía ya estaba señalando al centro de la refriega. Cinco de los espartos de Cadmo formaban un círculo, los únicos supervivientes. El resto yacían muertos, empapando su sangre la tierra de la que habían salido. Los cinco se adelantaron con las espadas apuntando hacia el suelo. Llegaron hasta Cadmo y se arrodillaron, las cabezas gachas.

Grande fue el alivio, grande el regocijo de los tirios. El día había sido extraño, uno de los más extraños que habían conocido los mortales en toda la historia. Pero parecía haber emergido una suerte de orden.

–¿Cómo se llama este lugar? –preguntó Cadmo–. ¿Alguien lo sabe?

Una voz se destacó, la voz del hombre que había advertido que el dragón ismenio era sagrado para Ares.

–Yo soy de por aquí – dijo–. Llamamos a este lugar «la llanura de Tebas».

–Entonces en esta llanura construiré mi gran ciudad. En adelante no somos tirios, sino tebanos –se alzó un tremendo griterío de alabanza–, y estos cinco espartos serán los señores de Tebas.

Las bodas de Cadmo y Harmonía

Los cinco señores fundadores de Tebas recibieron sus respectivos nombres: EQUIÓN, UDEO, CTONIO, HIPERENOR y PELOR.* Bajo la supervisión de Cadmo y de su leal ejército de seguidores tirios construyeron poco a poco una ciudadela (la Cadmea) de la que surgió un floreciente pueblo. Con el tiempo este pueblo se convirtió en la poderosa ciudad estado de Tebas.* La sólida muralla que la rodeaba contaba con siete puertas de bronce cada una dedicada a un dios olímpico.

La muralla la construyeron ANFIÓN y ZETO, hijos gemelos de Zeus y ANTÍOPE, la hija del dios fluvial local ASOPO. Hermes había sido amante de Anfión y le enseñó a tocar la lira. A propósito de la construcción de la gran muralla alrededor de Cadmea, Anfión cantó acompañado por la lira y las pesadas piedras transportadas por Zeto quedaron encantadas por la música de

tal manera que flotaron por los aires y el muro se terminó en un abrir y cerrar de ojos. En consecuencia, Anfión y Zeto, así como Cadmo, son considerados cofundadores de Tebas.

Una vez completada la obra, Cadmo y Harmonía abordaron el asunto de su boda. Descendiente de titanes y dioses, aliados de los olímpicos y castigados por ellos, pero muy mortales y muy humanos, los dos fueron lo que hoy llamaríamos una «pareja icónica». La prensa actual y las redes sociales, sospechamos, difícilmente se resistirían a apodararlos «Cadmonía».

Su estatus como la pareja más importante del mundo conocido suponía que su festín de bodas era un honor jamás hasta entonces concedido a una unión mortal, a la que asistían los más notables de la tierra y los más notables del cielo. Los regalos fueron estupendos. Afrodita le entregó a Harmonía un ceñidor, una prenda mágica de lencería que tenía el poder de provocar el deseo arrebatado más turbador.* Se dice que Harmonía era reacia al asunto del tálamo y que su amor por Cadmo todavía estaba pendiente de consumar. Aquel ceñidor, prestado durante lo que se prolongase la luna de miel por la diosa del amor y la belleza (que muy bien podría haber sido la madre de Harmonía) era, por tanto, un detalle de gran valor.

Pero ningún regalo de bodas eclipsó al collar que Cadmo le consiguió a su novia. Era la joya más hermosa que se hubiese visto jamás. Fabricada con la calcedonia, el jaspe, las esmeraldas, los zafiros, el jade, el lapislázuli, la amatista, la plata y el oro más selectos, produjo respingos maravillados entre los invitados cuando se lo colgó en el cuello a la futura esposa.* Corrió el rumor de que también se lo había proporcionado Afrodita.

El rumor añadía que lo había fabricado Hefesto. El rumor iba aún más allá e insinuaba que su esposa Afrodita había urgido a Hefesto a fabricarlo porque a su vez su amante, Ares (que, como recordaréis, le guardaba rencor a Cadmo por matarle al dragón ismenio), le había urgido a que lo hiciera. Porque la verdad cruel y pasmosa es que el collar estaba maldito. Profunda e irrevocablemente maldito. Un horrible infortunio y una trágica calamidad lloverían sobre las cabezas de los dueños de aquella joya.

Todo esto es confuso y fascinante a partes iguales. Si Ares y Afrodita fuesen realmente los verdaderos padres de Harmonía, ¿por qué iban a querer condenar a su propia hija? ¿Todo por vengar a una serpiente de agua muerta?

Además, ¿acaso podía ser Harmonía la hija del Amor y de la Guerra? Y, si así era, ¿por qué iban a condenar el benéfico resultado de aquellas dos poderosas y pavorosas fuerzas con crueldad tan antinatural?

La unión de Cadmo y Harmonía parece, al igual que la de Eros y Psique, indicar el ayuntamiento de dos aspectos primordiales y contradictorios de nosotros mismos. Quizás la tradición conquistadora, escritora y comerciante oriental representada por Cadmo –su nombre viene de la antigua raíz árabe y hebrea *qdm*, que significa «del este»– pueda ser considerada como elemento de fusión del amor y la sensualidad con vistas a crear una nueva Grecia dotada de ambos.

Pero en su historia, como en tantas otras, lo que de verdad discernimos es un engañoso, ambiguo y caprichoso acertijo de violencia, pasión, poesía y simbolismo que subyace en el corazón del mito griego y se niega a ser resuelto. Como una operación algebraica demasiado inestable como para ser computada adecuadamente, tiene forma humana y forma de dios, no es pura ni matemática. Es divertido intentar interpretar tales símbolos y giros narrativos, pero las sustituciones no acaban de funcionar y las respuestas normalmente no aportan más soluciones que las de un oráculo equívoco.

Así que volvemos a la historia. La boda fue un éxito rotundo. El ceñidor cumplió su (literalmente) afrodisíaca función y la feliz pareja fue bendecida con lo suyo: dos hijos, POLIDORO e ILIRIO, y cuatro hijas: ÁGAVE, AUTÓNOE, INO y SÉMELE.

Cadmo todavía tenía que pagar por el asesinato del dragón, no obstante. Ares lo puso a trabajar para él durante un año olímpico, que por lo visto equivalía a ocho años humanos.

Después de esto, Cadmo volvió para gobernar la ciudad que había levantado. Pero la maldición del collar consistía en contaminar cualquier tipo de felicidad o satisfacción que pudiera haber experimentado como rey.

Sepultado en el polvo

Tras muchos años de paz y prosperidad en Tebas, Ágave, la hija de Cadmo y Harmonía, se había casado con PENTEIO, el hijo de Equión, uno de los

Cinco Fundadores (el quinto esparto que quedó en pie, como recordaréis). Harto de ejercer de soberano, pero, al igual que tantos héroes después de él, incapaz de contener el espíritu viajero, Cadmo le dijo un día a Harmonía:

–Vámonos de viaje. Veamos más mundo. Penteo está listo para ocupar el trono durante nuestra ausencia.

Vieron bastante. Muchos pueblos y muchas ciudades. Iban bajo la forma de una pareja corriente de mediana edad, sin pedir grandes recibimientos ni banquetes en su honor. Solo los acompañaba un pequeño grupo de asistentes. Fue mala suerte, sin embargo, que Harmonía metiese el collar maldito en su equipaje.

Después de haber viajado bastante por Grecia decidieron ir a visitar el reino que hay más allá del norte del Adriático, al sur de los Balcanes y orientado hacia la costa este de Italia, que había establecido su hijo más pequeño, Ilirio, y que no nos sorprenderá saber que se llamó Iliria.*

Una vez allí, Cadmo se sintió súbitamente agotado y lleno de un insoportable temor. Clamó al cielo.

–A lo largo de los últimos treinta años he sabido en lo más hondo de mi corazón que al matar a aquella serpiente de agua mataba cualquier posibilidad de felicidad para mi esposa y para mí. Ares es despiadado. No descansará hasta verme tan aplastado en el suelo como aquella serpiente. Si sirve para aplacarlo y para traer más paz a mi desasosegada vida, dejad que la termine arrastrándome por el polvo. Así sea.*

Tan pronto como estas palabras salieron de su boca, la infeliz plegaria se hizo realidad. Su cuerpo empezó a encogerse por los lados y a estirarse a lo largo, la piel se le cuarteó y formó suaves escamas, y la cabeza se le aplastó en forma de diamante. La lengua que había gritado aquel horrendo deseo hacia los cielos ahora entraba y salía disparada entre dos colmillos. El hombre que en su día fue Cadmo, príncipe de Tiro y rey de Tebas, cayó retorciéndose al suelo, convertido en una serpiente común.

Harmonía soltó un gran alarido de desesperación.

–¡Tened piedad, dioses! Afrodita, si eres mi madre, demuestra tu amor ahora y deja que me una en el suelo con aquel a quien amo. Los frutos del mundo son polvo para mí. Ares, si eres mi padre, demuestra misericordia.

Zeus, si, como dicen, eres tú mi padre, entonces, en nombre de toda la creación, ten piedad, te lo suplico.

Sin embargo, no fue ninguno de estos tres quien oyó sus ruegos, sino la piadosa Atenea, que la transformó en una serpiente. Harmonía se deslizó por la tierra tras su marido-serpiente y se entrelazaron amorosamente.

La pareja vivió sus días en las sombras de un templo consagrado a Atenea, dejándose ver solo cuando necesitaban calentarse la sangre a la luz del sol de mediodía. Cuando les llegó su fin, Zeus les devolvió sus formas humanas a tiempo para morir. Sus cadáveres se llevaron a enterrar con gran ceremonia en Tebas, y Zeus envió a dos grandes serpientes a guardar sus tumbas por toda la eternidad.

Dejaremos a Cadmo y a Harmonía en su descanso eterno. Murieron sin enterarse de que en su ausencia su hija más pequeña, Sémele, había soltado en el mundo una fuerza que lo cambiaría para siempre.

DOS VECES NACIDO

Las regiones del águila

Después de que Cadmo y Harmonía partiesen de viaje, reinó en Tebas su yerno Penteo.* No era un rey fuerte, pero era honesto y dio lo mejor de sí mismo con la porción limitada de carácter y astucia que le fue posible reunir. Si bien la ciudad estado prosperaba a buen ritmo bajo su mandato, siempre tuvo que guardarse las espaldas de los hijos de Cadmo, sus hermanos y cuñados, cuya avaricia y ambición le suponían una constante amenaza. Incluso su esposa Ágave parecía despreciarlo y estar ávida de que fracasase. Su cuñada más joven, Sémele, era la única con la que se sentía a gusto, en realidad porque aquella era menos mundana que sus hermanos Polidoro e Ilirio, y para nada ambiciosa de riquezas y posición como sus hermanas Ágave, Autónoe e Ino. Sémele era una chica hermosa, amable y generosa, conforme con su vida de sacerdotisa del gran templo de Zeus.

Un día sacrificó a Zeus un toro de un tamaño y fuerza especialmente impresionantes. Completada la ofrenda, se lanzó al río Asopo para limpiarse la sangre. Sucedió además que Zeus, complacido por el sacrificio y con la intención, en cualquier caso, de observar Tebas para ver cómo prosperaba la ciudad, estaba sobrevolando el río en ese momento bajo su forma preferida, la de un águila. La visión del cuerpo desnudo de Sémele resplandeciendo en el agua lo excitó tremendamente y aterrizó, volviendo de prisa a su forma conveniente. Digo «conveniente» porque cuando los dioses decidían revelarse a los humanos se presentaban en una forma reducida, manejable, que no los deslumbrara ni intimidase. Así que la figura que se plantó en la margen sonriendo ante Sémele tenía apariencia humana. Grande, asombrosamente atractivo, de complexión poderosa y poseedor de un fulgor poco habitual, pero humano al fin y al cabo.

Cruzando los brazos sobre sus pechos, Sémele exclamó:

–¿Quién eres? ¿Cómo te atreves a espiar a una sacerdotisa de Zeus?

–¿Una sacerdotisa de Zeus eres, pues?

–Lo soy. Si piensas hacerme daño llamaré al Rey de los Dioses y correrá en mi ayuda.

–¿En serio lo dices?

–Tenlo por seguro. Ahora vete.

Pero el desconocido se acercó.

–Me complaces mucho, Sémele –dijo.

Sémele retrocedió.

–¿Sabes mi nombre?

–Sé muchas cosas, fiel sacerdotisa. Puesto que soy el dios al que sirves. Soy el Padre Cielo, el rey del Olimpo. Zeus, el todopoderoso.

Sémele, todavía con medio cuerpo dentro del río, dio un respingo y cayó de rodillas.

–Ven aquí –dijo Zeus entrando a zancadas en el río–, déjame verte los ojos.

Fue algo chapoteante, frenético y húmedo, pero fue hacer el amor de verdad. Cuando acabaron, Sémele sonrió, se ruborizó, rió y luego lloró, apoyando la cabeza contra el pecho de Zeus y sollozando sin cesar.

–No llores, mi querida Sémele –dijo Zeus pasándole los dedos por la melena–. Me has complacido.

–Lo siento, señor mío. Pero te amo y sé demasiado bien que nunca amarás a una mortal.

Zeus bajó la mirada hasta ella. La erupción de lujuria que había sentido se extinguía, pero le sorprendió notar que se removía algo más hondo en su corazón, refulgiendo como brasas. A pesar de ser un dios que actuaba en momentos verticales sin pensar en las consecuencias sobre la marcha, realmente experimentó un tremendo torrente de amor por la bella Sémele, y así se lo dijo.

–¡Sémele, sí te amo! Te amo sinceramente. Créeme cuando te lo juro por las aguas de este río que siempre te cuidaré, te protegeré, te honraré. –Le tomó la cara entre las manos y se inclinó para darle un tierno beso en los suaves, receptivos labios–. Ahora, adiós, dulzura. Vendré una vez cada luna nueva.

Vestida con su túnica, la melena todavía mojada y cálida y radiante de amor y felicidad de la cabeza a los pies, Sémele volvió por los campos hacia el templo. Al alzar la cabeza, protegiéndose los ojos con una mano, vio un

águila que planeaba y surcaba el cielo, como si se dirigiese hacia el sol, hasta que el resplandor hizo que le lloraran los ojos y tuvo que desviarlos.

La esposa del águila

Zeus lo decía en serio.

Estas cinco palabras presagiaban muy a menudo el desastre para cualquier pobre semidiós, ninfa o mortal. El Rey de los Dioses amó realmente a Sémele y de verdad pretendía hacer lo mejor por ella. En el fervor de su nueva fascinación se las arregló para olvidar los tormentos que Ío había soportado, atosigada por el tábano enviado por su vengativa esposa.

Ay, puede que Hera ya no contase con Argos el de los cien ojos para recabar información, pero contaba con miles de ojos en otros sitios. Si fue una de las celosas hermanas, Ágave, Autónoe o Ino, quien descubrió a Sémele y delató a Hera la historia del encuentro amoroso en el río, o si fue una de las propias sacerdotisas de la Reina del Cielo, no se sabe. Pero Hera se enteró.

Así fue como, una tarde, Sémele, al volver acariciando románticos sentimientos al lugar de sus periódicos encuentros amorosos con Zeus, se topó con una vieja encorvada apoyada en un cayado.

–Vaya, qué chica tan preciosa –graznó la vieja, exagerando un poco la voz ronca y quebrada de un pobre vejestorio.

–Vaya, gracias –respondió Sémele sin sospechar nada con una sonrisa amistosa.

–Acompáñame –le dijo el carcamal atrayéndola hacia sí con el bastón–. Deja que me apoye en ti.

Sémele era cortés y considerada por naturaleza en una cultura en la que a los mayores se les dispensaba indistintamente el máximo respeto y atención, de modo que acompañó a la anciana y soportó su brusquedad sin quejas.

–Me llamo Beroe –le dijo la vieja.

–Yo soy Sémele.

–¡Qué nombre más bonito! Y esto es el Asopo. –Beroe señaló las claras aguas del río.

–Sí –asintió Sémele–, ese es el nombre del río.

–He oído decir –aquí la voz de la anciana se redujo a un áspero susurro– que una sacerdotisa de Zeus fue seducida aquí. Justo aquí entre los juncos.

Sémele se quedó callada, pero el rubor que se extendió al instante desde su cuello a las mejillas la traicionó tan claramente como lo hubiese hecho una palabra en alta voz.

–¡Ay, querida! –gimió la arpía–. ¡Eras tú! Y ahora que me fijo, veo tu barriga. ¡Estás encinta!

–Lo... lo estoy... –contestó Sémele con una favorecedora mezcla de timidez y orgullo–. Pero... ¿podría usted guardarme el secreto...?

–Ah, estos viejos labios jamás van con cuentos a nadie. Me puedes confiar lo que se te antoje, querida.

–Bueno, el caso es que el padre de esta criatura no es otro que... el mismísimo Zeus.

–¡No! ¡No me digas! ¿De verdad?

Sémele hizo un gesto muy vehemente de afirmación con la cabeza. No le gustó el tono escéptico de la vieja.

–De verdad. El Rey de los Dioses en persona.

–¿Zeus? ¿El gran dios Zeus? Bueno, bueno. Me pregunto... No, mejor me callo.

–¿Callarse qué, señora?

–Pareces una chica tan inocente... Tan ingenua. Pero, querida, ¿cómo sabes que era Zeus? ¿Acaso no es eso exactamente lo que cualquier avieso seductor diría para convencerte?

–Ah, no, era Zeus. Sé que era Zeus.

–Hazle el favor a esta anciana y descríbeselo, niña mía.

–Bueno, era alto. Tenía barba. Fuerte. Amable...

–Ah, no, siento decirlo, pero eso difícilmente se corresponde con la descripción de un dios.

–¡Pero era Zeus, era él! Se transformó en un águila. Lo vi con mis propios ojos.

–Ese truco lo puede hacer cualquiera. Los faunos y semidioses lo pueden hacer. Hasta algunos mortales.

–Era Zeus. Lo sentí.

–Mmm... –Beroe sonaba dubitativa–. Yo he vivido entre dioses. Mi madre es Tetis y mi padre Océano. Crecí y me criaron los jóvenes dioses tras renacer del estómago de Crono. Es verdad. Sé cómo actúan y conozco su naturaleza y te digo esto, hija mía: cuando un dios se manifiesta como es en realidad es como una gran explosión. Un formidable acontecimiento de potencia y fuego. Inolvidable. Inconfundible.

–¡Y eso es lo que sentí!

–Lo que tú sentiste no fue sino el éxtasis del acto amoroso de los mortales. Eso depende. Dime ahora, ¿volverá este amante tuyo?

–Ah, sí, desde luego. Me visita puntualmente a cada fin de ciclo lunar.

–Yo que tú –dijo la anciana– le haría comprometerse a revelarse como es de verdad. Si es Zeus lo sabrás. De lo contrario, me temo que se ha burlado de ti, y tú eres demasiado hermosa, ingenua y dulce para permitirte. Ahora vete y deja que contemple las vistas. Ale, ale, márchate.

Y así Sémele dejó a la vieja, cada vez más y más indignada. No podía evitarlo, pero aquella vieja criatura verrugosa y arrugada la había emponzoñado. Qué típico de la vejez eso de intentar acabar con el placer que cualquier joven pueda experimentar. Sus propias hermanas, Autónoe, Ino y Ágave, no la habían creído cuando les contó, orgullosa, cómo había amado a Zeus y Zeus la había amado a ella. Se habían reído incrédulas y burlonas y la habían tildado de tonta cándida. Y ahora aquella Beroe dudaba también de su relato.

Aunque tal vez, solo tal vez, había algo de verdad en lo que la vieja bruja y sus hermanas le habían dicho. Los dioses tenían que ser algo más que carne cálida y músculo sólido, por gustoso que esto fuese, ¿no? «Bueno, dos noches más y en el cielo habrá luna nueva, y entonces podré demostrar a esa asquerosa arpía metomentodo que se equivoca», se dijo Sémele.

Si a Sémele le hubiese dado por girarse y mirar hacia el río, habría presenciado la extraordinaria visión de la asquerosa arpía metomentodo ahora juvenil, hermosa, magistral e imperiosa, elevándose hacia las nubes en un carro púrpura y dorado tirado por una docena de pavos reales. Y si hubiese poseído el don de la doble visión, Sémele podría haber captado la imagen de la auténtica Beroe, la vieja e inocente niñera de los dioses, viviendo a kilómetros de distancia de allí en un respetable retiro en la costa de Fenicia.*

*La manifestación**

No sin algo de impaciencia, la noche de la luna nueva Sémele se paseó por las orillas del río Asopo esperando a su amante. Llegó por fin, esta vez bajo la forma de un semental: negro, reluciente y elegante, galopando por los campos hacia ella mientras el sol se ponía en el oeste a su espalda, haciendo que pareciese que incendiaba su crin. ¡Ay, cuánto lo amaba!

La dejó acariciarle los flancos y palmearle el caliente hocico antes de transformarse en la figura que tan bien conocía y tanto amaba. Abrazándolo y estrechándolo con fuerza, la sacerdotisa empezó a llorar.

–Mi muchachita querida –dijo Zeus pasándole un dedo por el vientre, donde dibujó el contorno de su hijo–, ¿otra vez con lloros? ¿Qué estoy haciendo mal?

–¿De verdad eres el dios Zeus?

–Lo soy.

–¿Me prometes que me concederás un deseo?

–Ay, ¿no me queda otra? –dijo Zeus con un suspiro.

–No es nada..., no se trata de poder, sabiduría o joyas, ni nada así. Y no quiero que destruyas a nadie. Es una cosilla, de verdad.

–Entonces –dijo Zeus haciéndole una caricia afectuosa bajo la barbilla– te concederé ese deseo.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo. Te lo prometo por este río..., no, por eso ya juré. Te lo voy a prometer por el gran Estigia mismo.* –Alzando la mano con burlona solemnidad, entonó–: Amada Sémele, te juro por el sagrado Estigia que te concederé tu deseo.

–Entonces –dijo Sémele tras respirar hondo–, muéstrate ante mí.

–¿A qué te refieres?

–Quiero verte como eres de verdad. No como hombre, sino como dios, en tu auténtica divinidad.

La sonrisa se congeló en el rostro de Zeus.

–¡No! –exclamó–. ¡Lo que sea menos eso! Eso no lo deseas. ¡No, no, no!

Era el tono que suelen emplear los dioses cuando se dan cuenta de que acaban de caer en la trampa de una promesa apresurada. Apolo gritó igual,

recordaréis, cuando Faetón le reclamó el honor de su juramento. La sospecha creció en Sémele.

–¡Me lo has prometido, me lo has jurado por el Estigia! ¡Me lo has jurado, es un juramento!

–Pero cariño mío, no sabes lo que me estás pidiendo.

–¡Lo has jurado! –Sémele pateó el suelo y todo.

El dios alzó la mirada al cielo y gruñó.

–Pues sí. He dado mi palabra y mi palabra es sagrada.

Mientras hablaba, Zeus comenzó a henchirse en la forma de un tremendo nubarrón tormentoso. En el centro de aquella masa oscura resplandecía la luz más brillante que se pueda imaginar. Sémele no apartó la vista, la cara se le quebró en una amplia y extática sonrisa de júbilo. Solo un dios podía cambiar de aquella manera. Solo Zeus podía crecer y crecer con un fuego tan cegador y una grandeza tan dorada.

Pero el resplandor se estaba volviendo tan brutal, tan terrible en la ferocidad de su fulgor, que levantó un brazo para protegerse los ojos. Sin embargo, el brillo se intensificó. Con un estrépito tan tremendo que a Sémele le estallaron los oídos y se le llenaron de sangre, aquella irradiación estalló en mil truenos que dejaron ciega a la muchacha al instante. Sorda y ciega, retrocedió tambaleante, pero demasiado tarde para esquivar la fulgurante fuerza de un rayo tan poderoso que la partió por la mitad y la mató de golpe.

Por encima de él, a su alrededor, en su interior, Zeus oyó la risa triunfal de su esposa. Cómo no. Debería haberlo sabido. De algún modo, Hera había engañado a aquella pobre chica para que lo obligase a hacer su funesta promesa. Bueno, no acabaría con su hijo. Con un trueno, Zeus recompuso la carne y la sangre y extrajo el feto del vientre de Sémele. Era demasiado pequeño para respirar, así que Zeus cogió un cuchillo, se hizo un tajo en un muslo e introdujo allí al embrión. Manteniéndolo apretado en aquel vientre improvisado, Zeus se arrodilló para coser al niño dentro de su cálida carne.*

El último dios

Tres meses después, Zeus y Hermes viajaban hacia Niso, en la costa norte

de África, una zona situada, según se cree, en algún punto entre Libia y Egipto. Allí cortó Hermes la sutura del muslo de Zeus y sacó a un hijo, DIONISO.* El niño fue amamantado por las ninfas de la lluvia de Niso,* y, una vez destetado, fue educado por el barrigudo Sileno, que habría de convertirse en su más íntimo compañero y seguidor – una especie de Falstaff para el joven príncipe Hal de los dioses–. Sileno tenía su propia recua de seguidores también, los *sileni*: criaturas con aspecto de sátiros asociados por siempre con la excentricidad, el desmadre y la jarana bufonesca.

Dioniso era muy joven cuando hizo el descubrimiento con el que siempre se le asociaría. Descubrió cómo producir vino a partir de las uvas. Es posible que QUIRÓN el centauro se lo enseñase; pero otra historia, más cautivadora, lo atribuye al apasionado amor del joven dios por la muchacha llamada ÁMPELO.* Dioniso estaba tan perdidamente enamorado de ella que organizó toda clase de competiciones deportivas con Ámpelo, a quien dejaba ganar siempre. Por lo visto, esto volvió a la muchacha una criatura consentida, o como mínimo imprudente y temeraria. Un día en que montaba a un toro salvaje cometió el error de fanfarronear sobre cómo llevaba a aquel animal por los cuernos con más destreza que la diosa Selene su cornuda luna. Escogiendo un castigo directamente extraído del sádico manual de Hera, Selene mandó a un tábano a picar al toro, lo que provocó que el animal herido tirase al suelo y cornease a Ámpelo.

Dioniso se acercó al cuerpo destrozado de la joven moribunda, pero no pudo salvarla.* Lo que hizo entonces fue que el cadáver retorcido se transformase por arte de magia en una planta trepadora enroscada y retorcida a su vez, mientras las gotas de sangre se solidificaban y crecían hasta formar unas exuberantes bayas cuyo pellejo brillaba con la sazón y el lustre que tanto había admirado el dios. Su amante se había vuelto vino (que todavía hoy se conoce como *ampelos* en Grecia). Con ella produjo Dioniso la primera vendimia y bebió la primera cosecha de vino. Esta hechicería, digamos, de convertir la sangre de Ámpelo en vino pasó a ser el regalo del dios para el mundo.

Una combinación de efectos tóxicos de su invención y la enemistad de Hera –cuyo odio hacia cualquier bastardo de Zeus, divino o no, era siempre implacable– volvió a Dioniso loco durante un tiempo. Para escapar de estas

maldiciones, se pasó los siguientes años viajando a lo largo y ancho del mundo, extendiendo la viticultura y las técnicas de elaboración del vino.* En Asiria conoció al rey ESTÁFILO y a la reina METHE, y a su hijo BOTRIS. Tras un banquete en honor de Dioniso, Estáfílo murió a raíz de la primera resaca fatal. Como compensación, y en honor de la familia, Dioniso bautizó a los racimos de uvas como *staphylos*, al líquido alcohólico y a la borrachera como *methe* y a la uva misma como *botrys*.

La ciencia ha tomado estos nombres y los ha inmortalizado de una manera que ejemplifica espléndidamente la relación continuada entre el mito griego y nuestro idioma. Cuando los biólogos del siglo XIX miraron por sus microscopios y vieron una bacteria con una cola de la que surgían unos grumos nodulares con aspecto de uva la llamaron *estafilococo*. El «alcohol metílico» y el «metano» toman sus nombres de Methe. El hongo botrytis, la «podredumbre noble» benévola que afecta a las uvas en la vid, prestando a los vinos de postre más excelentes su incomparable (y pasmosamente caro) *bouquet*, le debe el nombre a Botris.

A lo largo de sus aventuras, el nuevo dios iba acompañado no solo de Sileno y de su séquito de sátiros, sino también de un entregadísimo grupo de comparsas femeninas: las MÉNADES.*

Dioniso se estableció pronto como dios del vino, de la juerga, de la borrachera delirante, la disipación desinhibida y del «futuro orgiástico». Los romanos se refirieron a él con el nombre de BACO y lo adoraron casi tan devotamente como los griegos. Le tocó ocupar el lugar del polo opuesto de Apolo: uno representaba la luz dorada de la razón, la música armoniosa, la poesía lírica y las matemáticas; el otro encarnaba las energías oscuras del desorden, la liberación, la música desatada, la sed de sangre, el frenesí y la sinrazón.

Evidentemente, los dioses tuvieron personalidades e historias propias y, por lo tanto, a menudo se desviaban de identidades simbólicas tan encorsetadas. Apolo, como vamos a ver muy pronto, era capaz de mostrarse sanguinario, enloquecer o ser cruel, mientras que Dioniso podía ser más que una simple encarnación de la embriaguez y el desenfreno. A veces se le llamó «el Liberador», una fuerza vital vegetal cuyas licencias aliviarían y renovarían benévolamente el mundo.*

Trece a la mesa

La hoja de parra, el *tirso* –una vara coronada por una piña–, un carro tirado por leopardos u otros animales exóticos, seguidores depravados con furibundas erecciones al aire, ánforas hasta arriba de vino..., la Idea Dionisiaca aportó mucho al mundo. La importancia de este nuevo dios fue tal que no quedó otra que recibirlo bien en el Olimpo. Pero ya existía una dotación completa de doce dioses residentes y trece se consideraba, ya entonces, un número desafortunado. Los dioses se rascaron la barbilla y se preguntaron qué podía hacerse. Querían a Dioniso (lo cierto era que les caía bien y les agradaba la energía festiva que llevaba a cualquier reunión). Y lo más importante de todo era que les gustaba la idea de añadir vino al néctar, en lugar de miel fermentada y zumo de frutas a secas.

–Nos viene que ni pintado –dijo Hestia poniéndose en pie–. Cada vez siento con más intensidad que soy necesaria allí abajo en el mundo para ayudar a la gente y a sus familias y que he de estar presente en los templos que celebran las virtudes de la chimenea, el hogar y el recibidor. Dejad que el joven Baco ocupe mi lugar.

Se oyó un murmullo de protesta poco resuelto cuando Hestia cedía su puesto, pero se mostró insistente y el intercambio se llevó a cabo para deleite de todos los dioses... excepto uno. Hera consideraba a Dioniso como el mayor insulto de Zeus hacia ella. Apolo, Artemisa y Atenea ya eran suficientemente vergonzantes como añadidos ilegítimos al *dodecatheon*, pero que un dios bastardo semihumano hubiese de ser admitido en el cielo la ofendía en lo más profundo. Se prometió rechazar siempre la bebida venenosa de Dioniso y evitar las juergas con las que echaba a perder la paz y el decoro del cielo.

Cuando Afrodita dio a luz a un hijo de Dioniso, Hera maldijo al bebé, que se llamaba PRÍAPO, profetizándole fealdad e impotencia, e hizo que lo echasen del Olimpo. Príapo se convirtió en el dios de los genitales masculinos y los falos; era especialmente apreciado por los romanos como una deidad menor de las grandes erecciones. Pero el desinflamiento y la decepción eran su sino. Andaba por ahí en un estado de constante excitación que, debido a la maldición de Hera, siempre se venía abajo cuando trataba de

darle uso. Este problema crónico y embarazoso hizo que se lo empezase a asociar de manera natural con el alcohol, el don de su padre para el mundo que siempre «provoca el deseo pero impide la realización».

Sin embargo, por más que a Hera no le cayese bien, Dioniso el Dos Veces Nacido, el único dios con un padre humano, se alzó para ocupar su lugar como miembro por derecho de los Doce Olímpicos, por fin fijados.

LOS HERMOSOS Y LOS MALDITOS. DIOSAS COLÉRICAS

Acteón

La casa cadmea fue una de las dinastías más importantes del mundo griego. Primero Cadmo, como fundador de Tebas y portador del alfabeto, y luego su familia fueron cruciales en la construcción de Grecia. Pero, como muchas de las grandes casas, venían con maldición incorporada. El asesinato del dragón acuático permitió levantar la ciudad, pero proyectó la maldición también sobre Ares. Las parcas raramente permiten gloria y triunfo sin acompañarlos de sufrimiento y penas.

Autónoe, hija de Cadmo, tuvo un hijo, Acteón, de un dios menor llamado ARISTEO, muy venerado en Beocia (a veces se lo conocía como «el Apolo de los campos»). Como muchos de los últimos héroes, Acteón fue educado e instruido por el genial y sabio centauro Quirón. Creció y se convirtió en un cazador y líder admirado, famoso por su intrepidez en las persecuciones y por la habilidad y la tierna firmeza con la que manejaba a sus amados perros.

Un día, tras perder el rastro de un venado especialmente noble, Acteón y sus compañeros cazadores se separaron para recuperar la pista. A trompicones entre unos arbustos, resulta que Acteón se topó con un estanque en el que se bañaba Artemisa. Teniendo en cuenta que era la diosa de su actividad favorita, la caza, Acteón debería haber evitado quedarse embobado con la mirada clavada en su desnudez. Era, además, la brutal reina del celibato, la castidad y la virginidad. Pero era tan hermosa, tan preciosa en comparación con cualquier otra mujer que hubiese contemplado jamás Acteón, que se quedó allí plantado en el sitio con la boca abierta y los ojos –y no solo los ojos– saliéndosele del sitio.

Tal vez fue una ramita al romperse bajo su pie, tal vez el ruido de la baba de Acteón al caer al suelo, el caso es que algo hizo girarse a Artemisa. Vio a un joven allí en pie, de mirón, y le hirvió la sangre. La idea de que alguien fuese extendiendo el rumor de que la había visto desnuda le pareció tan abominable que le gritó:

–¡Tú, mortal! Que estés ahí mirando es algo profano. Te prohíbo hablar... Si pronuncias una sola sílaba, tu castigo será terrible. Indícame que me comprendes.

El infeliz muchacho asintió. Artemisa desapareció de su vista y dejó a Acteón, que se quedó solo reflexionando sobre su sino.

Tras él estalló una serie de llamadas a los perros por parte de sus compañeros cazadores que le anunció que habían vuelto a encontrar el rastro. Instintivamente, Acteón se sumó a las llamadas. En cuanto lo hizo, la maldición de Artemisa descendió y quedó convertido en un venado.

Acteón alzó la cabeza, ahora pesada por la cornamenta, y galopó por el bosque hasta que llegó a un estanque. Bajó la cabeza al agua y al ver su reflejo soltó lo que debía de ser un gruñido pero que sonó como un tremendo berrido. La respuesta al berrido fue un alboroto de aullidos y ladridos. En cuestión de segundos su propia jauría de perros había irrumpido en el claro. El propio Acteón los había entrenado para desgarrarles la garganta a las presas y darse un atracón con su sangre como recompensa.* Cuando las criaturas aullantes y rugientes se abalanzaron sobre él haciendo chasquear las mandíbulas, este alzó las patas hacia el Olimpo, como si implorase la clemencia de los dioses. O no lo escucharon o no les importó. En cuestión de segundos lo hicieron pedazos. ¡El cazador cazado!

Erisictón

La diosa Deméter se asocia con la fructífera abundancia y la generosa munificencia de la naturaleza, pero si uno pone a prueba su habitual paciencia puede ser tan vengativa como Artemisa, tal y como la historia del despiadado castigo que aplicó a ERISICTÓN, rey de Tesalia, nos muestra claramente.

Necesitado de maderos para la construcción de nuevos apartamentos en su palacio, el descarado, valiente e impaciente Erisictón encabezó un día un grupo de leñadores con rumbo al bosque, donde llegaron a una arboleda de robles en flor.

–Excelente –exclamó–. Descargad las hachas, muchachos.

Pero sus hombres retrocedieron mascullando y sacudiendo la cabeza.

Erisictón se volvió hacia su capataz.

–¿Pero qué les pasa?

–Estos árboles son sagrados para Deméter, señor.

–Chorradas. Tiene más de los que necesita. Taladlos.

Más murmuraciones.

Erisictón le arrebató al capataz el látigo, que en realidad su dueño solo blandía como advertencia, y lo hizo restallar amenazadoramente sobre las cabezas de los leñadores.

–¡Talad esos árboles o sufrid el látigo! –gritó.

Con su rey chasqueando el látigo y animándolos, los hombres empezaron a talar con reticencia los árboles. Pero al llegar a un roble gigantesco plantado solo al fondo de la arboleda volvieron a detenerse.

–¡Venga, pero si este es el más alto y ancho de todos! –dijo Erisictón–. De este sacaremos la madera para las vigas y las columnas de mi sala del trono y todavía sobrará para hacerme un buen camastro.

El capataz señaló con un dedo tembloroso las ramas del roble, de las que colgaban guirnaldas.

Al rey le resultó indiferente.

–¿Y?

–Señor –susurró el capataz–, cada una de esas guirnaldas es por una plegaria que la diosa ha atendido.

–Si las plegarias ya han sido atendidas, entonces ya no necesitaré esas coronas de flores. Taladlo.

Pero al ver que al capataz y a su cuadrilla les daba demasiado miedo hacerlo, el impetuoso Erisictón agarró el hacha y se puso manos a la obra por su cuenta.

Era un hombre fuerte y, como a la mayoría de los mandamases, le encantaba presumir de voluntad, habilidad y fuerza. No tardó mucho en crujiar el enorme tronco y el gigantesco roble empezó a bambolearse. ¿Oyó acaso Erisictón los lamentos de una hamadriade en las ramas? Si lo oyó no hizo caso, sino que golpeó con el hacha una y otra vez hasta que derribó el árbol: ramas, coronas votivas, guirnaldas, hamadriade y todo.

Al morir el roble, murió su hamadriade. Con su último aliento maldijo a Erisictón por su crimen.

Deméter se enteró del sacrilegio de Erisictón y le mandó la noticia a Limos. Limos era una de las viles criaturas que habían surgido del ánfora de Pandora. Era una diablesa de la hambruna que podía considerarse como la inversa de Deméter, el obligado polo opuesto de la diosa en el mundo mortal. Una, la fecunda y pródiga anunciadora de la cosecha; la otra, la precursora despiadadamente cruel del hambre y el infortunio. Dado que ambas existían en una relación irreconciliable de materia-antimateria, no podían encontrarse en persona, así que Deméter mandó a una ninfa de las montañas como enviada especial para instar a Limos a que descargase la maldición de la hamadriade sobre Erisictón, una tarea a la que la malevolente diablesa procedió contentísima.

Limos, según Ovidio, se empleó a fondo. La imagen y el rostro de la Hambruna ofrecían un espectáculo inquietante y pavoroso, con aquellos pechos colgantes, ajados, un hueco vacío por estómago, los intestinos podridos al aire, los ojos hundidos, los labios agrietados, la piel escamosa, una melena lacia y casposa, y unos tobillos hinchados y cubiertos de pústulas. Se coló aquella noche en el dormitorio de Erisictón, cogió en brazos al rey dormido y le exhaló en la boca su fétido aliento. Sus venenosos vapores se filtraron en la boca, la garganta y los pulmones del monarca. Por sus venas y por cada una de las células de su cuerpo reptó el terrible, insaciable gusano del hambre.

Erisictón se despertó en medio de extraños sueños sintiéndose muy, muy hambriento. Sorprendió a su personal de la cocina pidiendo un enorme desayuno. No dejó ni las migas, y aun así su apetito quedó sin saciar. A lo largo del día descubrió que cuanto más comía más famélico se encontraba. A medida que iban pasando los días y luego las semanas, las punzadas de hambre lo atenazaron cada vez con más fuerza. Por más que comiese no se quedaba satisfecho, ni ganaba un solo gramo de peso. La comida funcionaba en su interior igual que el combustible en el fuego, provocando que el hambre ardiese todavía con más ferocidad. Por este motivo su gente empezó a referirse a él a sus espaldas como AETÓN, que significa «ardiente».

Quizás fue el primer hombre en comerse su casa y su hogar. Uno por uno, sus tesoros y posesiones, e incluso su palacio, fueron vendidos para comprar comida. Pero aun así no bastó, puesto que nada era capaz de aplacar su

apetito colosal. Finalmente, llegó a vender a su hija MESTRA para conseguir dinero y acallar las incesantes exigencias de su insaciable apetito.

Se trataba de un acto más artero y menos bárbaro de lo que pueda parecer: la hermosa Mestra había sido amante en su momento de Poseidón, que la había recompensado con la habilidad de alterar su forma a voluntad (uno de los poderes del dios del mar siempre cambiante). Cada semana, Erisictón ofrecía a su hija a un rico pretendiente y aceptaba la dote. Mestra acompañaba a su prometido a casa, se escapaba bajo la forma de un animal o lo que fuese y volvía con Erisictón, lista para ser vendida de nuevo a un nuevo e ingenuo pretendiente.

Incluso este engaño terminó siendo insuficiente para pisotear las horrendas llamas del hambre, y un día, desesperado, el rey se comió su mano izquierda. Le siguió el brazo, luego el hombro, los pies y los muslos. Al poco, el rey Erisictón de Tesalia se había comido entero. Deméter y la hamadríade estaban vengadas.

EL MÉDICO Y EL CUERVO

El nacimiento de la medicina

Hubo una vez una joven princesa tremendamente atractiva llamada CORONIS, que provenía del reino tesalio de Flegia. Tan grande era su belleza que llamó la atención del dios Apolo, que la tomó como amante. Pensaréis que la compañía y el amor del más bello de los dioses bastarían para cualquiera, pero Coronis –estando embarazada de Apolo– quedó cautivada por los encantos de un mortal llamado ISQUIS y se acostó con él.

Uno de los cuervos blancos de Apolo fue testigo de aquel acto de traición y salió volando a contarle a su dueño todo lo relativo al insulto a su honor. Enfurecido, Apolo le pidió a su hermana Artemisa que se vengase. Más que dispuesta, la diosa atacó el palacio de Flegia con una plaga de flechas: dardos envenenados que extendieron una horrible enfermedad por toda la localidad. Muchos, aparte de Coronis, quedaron contagiados. El cuervo lo vio todo y volvió para hacerle un informe completo a Apolo.

–¡Se está muriendo, señor, se muere!

–¿Ha dicho algo? ¿Ha admitido su culpa?

–Ah, sí; ah, sí. «Me merezco este sino», ha dicho. «Dile al gran dios Apolo que le pido perdón y no imploro piedad, no imploro piedad, solo que salve la vida de nuestro hijo. Salva la vida de nuestro hijo.» ¡Ja, ja, ja!

El cuervo graznó con una alegría tan malévola que sacó a Apolo de sus casillas, así que lo volvió negro. Todos los cuervos, urracas y cornejas han sido desde entonces de este color.*

Cuando Apolo, lleno ahora de remordimientos, llegó a la ciudad de Flegia, asolada por la peste, se encontró a Coronis muerta en su pira funeraria, envuelta en llamas. Con un grito de desconsuelo se abalanzó sobre el fuego y del vientre de la mujer sacó al niño que seguía con vida. Apolo elevó a Coronis a las estrellas como la constelación Corvus, el cuervo.*

El niño rescatado, al que Apolo llamó Asclepio, quedó al cuidado del centauro Quirón. Quizás por haber sido dado a luz por medio de una

intervención quirúrgica (si bien bastante violenta), quizás porque al estar en el vientre de la madre la infección lo había enardecido, quizás por ser su padre Apolo, dios de la medicina y de las matemáticas..., tal vez por todas estas razones, Asclepio demostró muy pronto ciertos talentos más que destacables en el campo de la medicina.

Conforme el chico crecía fue quedando claro a Quirón que aunaba una mente incisiva, lógica y curiosa con un don natural para la curación. Quirón – naturalista, herbolario y razonador nada despreciable– disfrutó muchísimo instruyendo al muchacho en las artes médicas. Además de darle unos fundamentos concienzudos sobre anatomía animal y humana, le enseñó que el conocimiento se obtiene más a partir de la observación y del cuidadoso registro que de darles vueltas a teorías. Le enseñó a recoger plantas medicinales, molerlas, mezclarlas, calentarlas y transformarlas en polvos, pociones y preparaciones que podían comerse, beberse o echarse en los alimentos. Le enseñó a detener una hemorragia, cataplasmas de aplicación local, curar heridas y corregir huesos fracturados. Para cuando cumplió los catorce años ya había salvado a un soldado de que le amputasen una pierna, había sacado a una chica de una fiebre que estaba a punto de llevársela al otro barrio, había rescatado a un oso de una trampa, había salvado de una disentería a toda una aldea y había aliviado el sufrimiento de una serpiente herida aplicándole un ungüento de invención propia. Este último resultó ser de incalculable valor, puesto que la agradecida serpiente lamió a Asclepio una oreja y le susurró muchísimos secretos de las artes de la curación que le estaban vedados incluso a Quirón.

Atenea, para quien las serpientes eran sagradas, le dio las gracias también, bajo la forma de un ánfora de sangre de gorgona. Pensaréis que menuda birria de regalo. Nada más lejos de la realidad. A veces las leyes de los opuestos cobran sentido. Una sola gota del icor entre plateado y dorado que mantiene a los dioses inmortales es fatal para los humanos. La sangre de una criatura tan letal y peligrosa como una gorgona con serpientes por cabellera tiene el poder de devolver los muertos a la vida.

Para cuando Asclepio cumplió los veinte dominaba ya todas las artes de la cirugía y de la medicina. Abrazó a su maestro Quirón en cariñosa despedida y se marchó para instalarse por su cuenta como el primer especialista,

apotecario y sanador. Su fama se extendió por todo el Mediterráneo a toda velocidad. Los enfermos, débiles e infelices salieron en tromba hacia su consulta, en la entrada de la cual había colgado un cartel: una vara de madera con una serpiente enroscada alrededor que hoy todavía se ve en muchas ambulancias, clínicas y en webs (a menudo de mala reputación) médicas.*

Se casó con EPIONE, cuyo nombre significa «calma» o «alivio del dolor». Juntos tuvieron tres hijos y cuatro hijas. Asclepio enseñó a las chicas con tanto rigor como Quirón le había enseñado a él.

A la mayor, HIGÍA, le enseñó las prácticas de la limpieza, la dieta y el ejercicio físico que hoy llamamos «higiene» por ella.

A PANACEA le reveló las artes de la salud universal, de las preparaciones medicinales y de la producción de remedios y tratamientos que podían curarlo todo (que es lo que significa su nombre: «cura de todo»).

A ACESO le enseñó el proceso de sanación mismo, que incluye lo que hoy llamamos inmunología.

La más pequeña, YASO, se especializó en la recuperación y el restablecimiento.

Los chicos mayores, MACAÓN y PODALIRIO, se convirtieron en prototipos del médico militar. Su última actuación en la Guerra de Troya ha quedado registrada por Homero.

El benjamín, TELESFORO, suele aparecer representado con capucha y de estatura extremadamente baja. Su campo de estudio fue la rehabilitación y la convalecencia, la recuperación total de la salud por parte del paciente.

Todo podría haber ido bien si Asclepio hubiese mantenido bien cerrada el ánfora que Atenea le había regalado. Bien cerrada. Si fue por el prestigio de ser celebrado como una especie de santo y salvador o por un deseo genuino de derrotar a la muerte por medio de sus artes, eso no lo sabemos, pero Asclepio usó la sangre de la gorgona una vez para resucitar el cadáver de una paciente, luego una segunda vez, y pronto se vio usándola tan pródiga y regularmente como el aceite de ricino.

Hades empezó a refunfuñar e irritarse. Incapaz de soportarlo por más tiempo, llegó a salir del inframundo y plantarse malhumorado ante el trono de su hermano Zeus.

–Este hombre me está negando mis almas. Se las arrebató a Tánatos justo cuando están listas para cruzar hasta nosotros. Hay que hacer algo.

–Estoy de acuerdo –dijo Hera–. Asclepio está subvirtiendo el orden adecuado de las cosas. Si una persona ha sido tocada de muerte es más que inaceptable que un mortal interfiera. Tu hija hizo una estupidez al darle sangre de gorgona.

Zeus frunció el ceño. No se podía negar que aquello era verdad. Estaba decepcionado con Atenea. No lo había traicionado de una manera tan flagrante e imperdonable como Prometeo, pero había puntos de semejanza que lo inquietaban. Los mortales eran mortales y punto. Permitirles el acceso a pociones que les conferían poder sobre la muerte estaba bastante mal.

El rayo que alcanzó a Asclepio fue totalmente inesperado, como suelen ser los rayos que del firmamento vienen. Lo mató en el acto. Toda Grecia lamentó la pérdida de su amado y valioso médico y sanador, pero Apolo hizo más que llorar el fallecimiento de su hijo. Se enfureció. En cuanto oyó las noticias se fue al taller de Hefesto y con tres rápidos flechazos mató a Brontes, Estéropes y Arges, los cíclopes cuya eterna tarea y placer consistía en manufacturar los rayos del Padre Cielo.

Tan asombrosa rebeldía no iba a ser tolerada. Zeus no admitía ninguna clase de amenaza a su autoridad y siempre actuaba con rapidez para atajar la más mínima señal de insurrección. Apolo fue expulsado del Olimpo y enviado a servir al rey tesalio ADMETO en una posición de subalterno durante un año y un día. Admeto se había ganado la aprobación de Zeus gracias a su excepcionalmente cordial hospitalidad y amabilidad con los desconocidos (una vía directa al corazón de Zeus siempre).

Apolo había sido castigado de joven, como recordaréis, por matar a la serpiente Pitón. Su belleza, esplendor y dorado encanto ocultaban una voluntad terca y un temperamento explosivo. Se sometió a aquel castigo sin rechistar, no obstante. Era imposible que no te cayese bien Admeto, así que al servirle como pastor se aseguró de que sus vacas diesen a luz gemelos.* El ganado y los gemelos eran especiales para él.

Asclepio, mientras tanto, fue elevado al firmamento como la constelación

Ofiuco, el Portador de la Serpiente.

Posteriores tradiciones afirmaron que Zeus le devolvió la vida a Asclepio y lo convirtió en dios. Es cierto que por todo el mundo mediterráneo, él, su esposa y sus hijas fueron adorados como divinidades. Surgieron por todas partes templos conocidos como *asclepia* que guardaban muchas similitudes con los modernos balnearios y centros de salud. Sus sacerdotes oficiantes vestían de blanco y bañaban, masajearon y mimaban, previo pago, a los suplicantes con disparatados aceites, cremas y mixturas obvias, igual que hoy. Se animaba a las serpientes, siempre sagradas para Asclepio (las no venenosas), a reptar por las salas de tratamiento y las clínicas, una visión quizás un poco menos común en nuestros contemporáneos templos de salud. El espíritu y la mente se cuidaban tanto entonces como en nuestros días. «Holístico» es, después de todo, una palabra derivada del griego. A los sacerdotes se les contaban los sueños a la mañana siguiente de una estancia nocturna (conocida como «incubación») y Asclepio en persona se manifestaba a veces ante los pacientes. Sobre todo, estoy convencido, a aquellos que pagaban más.

El Asclepeion de Epidauro fue una atracción tan grande como lo es hoy el celebrado teatro del pueblo. Quienes lo visitan pueden ver todavía registros de enfermedades, tratamientos, dietas y curas de los pacientes que se congregaban allí.

CRIMEN Y CASTIGO

Los mortales más estúpidos y arrogantes de la Edad de Plata dieron por sentada a veces la aparición, intromisión y cohabitación habitual de los dioses en la sociedad humana –que tan notable, emocionante y turbadora nos resultaría si tuviese lugar hoy–. Algunos reyes estaban tan ensoberbecidos que ignoraban los preceptos más elementales de los dioses y daban muestras de las más flagrantes faltas de respeto. Actos tan blasfemos de lesa majestad raramente se libran del castigo. Igual que padres que advierten a los niños con espantosas fábulas morales, o igual que Dante o el Bosco con sus pandemonios admonitorios, los antiguos griegos parecían recrearse en los detalles y en la deliciosa aptitud de las a menudo elaboradas e insoportables torturas que el Olimpo y el Hades reservaban a aquellos hombres y mujeres cuyas transgresiones más les habían ofendido.

Ixión

No había pecado más grave a ojos de Zeus que el de la traición de la *xenia*, el sagrado deber de los anfitriones hacia los huéspedes, y de los huéspedes hacia los anfitriones. Pocos mortales mostraron más desprecio por sus principios que Ixión, rey de los lapitas, una antigua tribu de Tesalia.

Su primer crimen fue de simple avaricia. Estamos familiarizados con la idea de las dotes, la práctica de las familias de novias futuras de pagar para que les quitasen de encima a sus hijas. En el principio de los principios las cosas se hacían justo al revés: los futuros maridos pagaban a la familia de la novia por el derecho a casarse con su hija. Ixión se casó con la bella DÍA pero se negó a pagar a su padre, el rey DEYONEO de la Fócida, el precio de novia acordado. En represalia, el ofendido Deyoneo mandó una tropa de secuaces a arrebatarse una manada de sus mejores caballos. Ocultando su humillación tras una amplia sonrisa, Ixión invitó a Deyoneo a cenar en su palacio de Larissa. Cuando llegó, Ixión lo empujó a un foso en llamas. Este

flagrante incumplimiento de las reglas de la hospitalidad fue superado por el pecado aún más obscuro del asesinato de un pariente. El asesinato de un miembro de la familia se consideraba un tabú de los más atroces. Con este acto, Ixión había cometido uno de los primeros crímenes de consanguinidad; a menos que fuese purgado de su transgresión, las furias lo perseguirían hasta que se volviese loco.

Resulta que a los príncipes, señores y vecinos terratenientes de Tesalia les desagradaba Ixión y ninguno le propuso realizar la *catarsis*, el proceso ritual de purificación que lo habría redimido. El Rey de los Dioses, sin embargo, estaba de un humor sorprendentemente indulgente. La gente de Tesalia había actuado rápidamente al mostrar su rechazo por el doble crimen de infringir la *xenia* y matar al rey. Zeus tenía intención de ser clemente. No solo liberó a Ixión de su tormento, sino que llegó a invitarlo a un banquete en el Olimpo.

Un honor así era raro para los mortales. El glamour y la grandeza de un festejo olímpico estaban más allá de lo que Ixión hubiese visto jamás. Lo abrumó especialmente la regia belleza de Hera. Si fueron los efectos embriagadores de la gran ocasión o el vino, eso nadie pudo decidirlo después (tal vez no era más que mala educación e idiocia congénitas), pero lejos de comportarse con la humildad y gratitud que cabría esperar de cualquier mortal invitado a la inmortal mesa de la cena, Ixión cometió el catastrófico error de intentar seducir a la Reina del Cielo. Le lanzó besos a Hera, le guiñó un ojo, intentó mordisquearle una oreja, le susurró comentarios lascivos y se dedicó al magreo combinado de sus pechos. No solo insultó a la más digna y formal de los olímpicos, sino que una vez más transgredió las reglas de la *xenia*. Desatender tus deberes como huésped se consideraba tan despreciable como desatender tus deberes como anfitrión.

Después de que Ixión bajase tambaleándose del Olimpo, palmoteando espaldas y eructando agradecimientos, una ofendida Hera le contó a Zeus el ultraje a su honor. Zeus se sulfuró del mismo modo. Decidió tenderle una trampa a Ixión. El Recolector de Nubes recolectó una nube y esculpió con ella una figura anatómicamente idéntica y con una apariencia totalmente clavada a Hera. Sopló sobre ella para darle vida y la envió a un prado fuera de Larissa, donde había visto a Ixión durmiendo en la hierba despatarrado, roncando los efectos del banquete.

Cuando Ixión se despertó y se encontró a Hera a su lado, se giró y copuló con ella en el acto. Ante la visión de aquella inefable blasfemia, Zeus le envió un rayo y una rueda llameante. El rayo hizo saltar por los aires a Ixión y lo dejó clavado en la rueda, que Zeus lanzó girando por los cielos. Con el tiempo se consideró que los cielos eran un lugar demasiado bueno para Ixión y lo mandó, uncido a su rueda de fuego, al Tártaro, donde sigue dando vueltas, abierto de brazos y piernas, abrasándose en medio de sufrimientos hasta hoy.

A la Nube-Hera le pusieron el nombre de NÉFELE. Su unión con Ixión produjo un hijo, CENTAURO, un chico feo y contrahecho que terminó siendo un hombre solitario e infeliz que encontraba solaz, no entre humanos, sino con las yeguas salvajes del monte Pilio, por donde le agradaba deambular. La progenie indomesticable y salvaje de esta unión antinatural entre hombre y caballo recibió de él el nombre de «centauros».*

Consecuencias

Muchos de los mitos griegos condujeron a un torrente de consecuencias. Como ya hemos visto, las figuras principales de una historia acaban casándose y fundando dinastías de las que nacen héroes aún más legendarios si cabe. Y existen infinidad de mitos secundarios que surgen de la Rueda de Ixión.

En lo que se refiere al tema del monte Pilio, por ejemplo, vale la pena hacer alusión a la historia de IFEMEDEA, que estaba tan enamorada de Poseidón que acostumbraba a sentarse en la orilla, y cogía agua de mar entre las palmas de las manos y se la derramaba sobre los pechos y el regazo. Poseidón se sintió conmovido por esta demostración de idolatría y emergió del océano bajo la forma de una ola abarcadora para ayuntarse con ella. Nacieron un par de gemelos, OTO y EFIALTES. Eran auténticos gigantes en el sentido moderno: de niños crecían a un ritmo de un palmo de mano humana por mes. Estaba claro que cuando alcanzasen la madurez serían los seres vivos más grandes del mundo.

Como recordaréis, el celoso y ambicioso Poseidón siempre había

considerado la posibilidad de que un día su hermano pequeño Zeus se alzase y lo derrocara de su trono. El dios del mar les metió en la cabeza a sus fulgurantemente crecidos muchachos la idea de desafiar al cielo creando una montaña propia desde la cual gobernar el mundo. Su plan era levantar el monte Osa y colocarlo encima del Olimpo. Encima del Osa apilarían el monte Pilio. Pero, antes de que los gemelos hubiesen alcanzado el colmo de su tamaño y las fuerzas necesarias para lograr esta empresa, a Zeus le llegó el rumor de la posibilidad de rebelión y Apolo fue enviado para abatirlos a flechazos. Su castigo en el inframundo consistió en permanecer atados con serpientes a unos pilares.

Solo por seguir el hilo de la narrativa hasta una de sus conclusiones (y como un ejemplo más de cómo una historia puede llevarnos a mitos, incluso más significativos y trascendentes), debéis saber que Néfele, la imagen nubosa de Hera, fue a casarse con un rey beocio llamado ATAMANTE,* de quien tuvo dos hijos, FRIXO y HELE. Se dio el caso de que Néfele salvó la vida de FRIXO – el particular Isaac de su Abraham– cuando Atamante lo ató al suelo y se dispuso a sacrificarlo. Al igual que el dios hebreo reveló a Abraham un carnero en un matorral y salvó la vida de Isaac, Néfele envió a un carnero dorado a rescatar a su hijo Frixo. El vellón dorado de aquel carnero dio pie a la gran búsqueda de Jasón y sus argonautas. Todo gracias a un rey borracho y degenerado que tuvo la temeridad de hacerle ojitos a Hera.

La Rueda de Ixión se volvió un tema popular para artistas y escultores, y la frase «una rueda de fuego» se usa a veces para describir un peso, castigo o deber angustioso.* La expresión «apilar el Pilio sobre el Osa» también se da, con el significado de añadir dificultad a la dificultad.

Tántalo

Quizás el tormento más conocido que ingeniaron los dioses es el que fabularon para el avieso rey Tántalo. Las consecuencias de sus crímenes produjeron ramificaciones que retumbaron a lo largo de los años. La maldición que pesó sobre su casa no se levantó hasta el final de la era mítica.

Tántalo gobernaba el reino de Lidia al oeste de Asia Menor, la región que

más tarde se conocería como la provincia turca de Anatolia. Los depósitos minerales del cercano monte Sípilo le habían proporcionado enormes riquezas, con las que estableció una próspera ciudad que llamó inmodestamente Tántalis. Se casó con DIONE (una de las híades, o ninfas de la lluvia, que había amamantado a Dioniso de bebé) y tuvo con ella un hijo, PÉLOPE, y una hija, NÍOBE.*

O algo andaba mal en la personalidad de Tántalo o su poder y riqueza lo habían engañado como para creerse igual a los dioses. Del mismo modo que Ixión antes que él, cometió el error de abusar de la hospitalidad de Zeus, en su caso volviendo de un banquete en el Olimpo con los bolsillos llenos de ambrosía y néctar robados. También cometió la imperdonable irreverencia de contar anécdotas sobre la vida privada y las manías de los dioses, divirtiendo a sus cortesanos y amigos acompañándolo todo de insolentes imitaciones y chismorreos.

Pero luego cometió un crimen de sangre, uno incluso peor que el de Ixión al echar a su suegro a un foso lleno de carbones ardiendo. Habiendo oído que los olímpicos estaban furiosos por culpa de sus burlas y por el robo de su néctar y ambrosía, fingió arrepentirse con grandes aspavientos y suplicó que aceptasen su hospitalidad en compensación por su mala conducta.

Bueno, todo esto tuvo lugar más o menos por la época en que Deméter estaba buscando a su hija secuestrada Perséfone. En medio de su pesar, había dejado a todas las cosas crecer, marchitarse y morir. El mundo estaba yermo y estéril y nadie sabía cuánto podría durar. La perspectiva de un banquete se vio como un chute de animación deseable. Sabedores del opulento y ostentoso estilo de vida del rey Tántalo, los dioses esperaban con avidez los legendarios placeres de su mesa.* Lo que se encontraron los dejó pasmados.

Igual que había hecho ya el rey pelasgo Licaón, Tántalo sirvió a su propio hijo como comida para los dioses. El joven Pélope fue asesinado, desmembrado, asado, untado en una succulenta salsa y colocado ante ellos. Notaron al instante que algo andaba mal y declinaron la comida. Pero Deméter, que tenía la cabeza puesta en su hija perdida, cogió distraídamente un trozo y se comió el hombro izquierdo del chico.

Cuando Zeus comprendió lo que había sucedido, invocó a una de las tres parcas, Cloto, la hiladora. Esta recogió las partes de aquel cuerpo, les dio

vueltas en un enorme caldero y las volvió a unir. Deméter, consciente de su espantoso fallo, ordenó a Hefesto que tallase un hombro de marfil para sustituir al que se había comido. Cloto le colocó la prótesis, que encajaba a la perfección. Zeus animó el cuerpo del muchacho con su aliento y Pélope resurgió a la vida.

La gran belleza de Pélope atrajo a Poseidón, así que durante un tiempo fueron amantes. Aunque unas fuerzas más oscuras estaban actuando sobre el joven, y sus últimos días y acciones atrajeron sobre él y toda su estirpe una maldición.* De la misma sustancia que la maldición merecida por el abominable crimen de Tántalo, esta maldición habría de perseguir a sus descendientes hasta el último: ORESTES.

Tántalo en persona fue enviado directo al Tártaro y castigado como correspondía a quien ha osado tentar a los dioses para que coman de la carne de una víctima de un crimen de sangre. Lo metieron en un estanque con agua hasta la cintura. Sobre su cabeza ondulaba la rama de un árbol del cual colgaban unos frutos exuberantes y apetitosos. Rabiaba de hambre y sed, pero cada vez que se estiraba para tomar un bocado, la rama se retiraba de su alcance. Cada vez que se encorbaba para beber, el nivel de las aguas del estanque descendía para impedirselo. No podía irse de allí, puesto que sobre su cabeza, amenazando con aplastarlo si se atrevía a intentar escapar, oscilaba una enorme roca del duro y glauco elemento que un día sería conocido como «tántalo».*

Allí sigue plantado Tántalo hasta la fecha, angustiosamente cerca de la satisfacción, pero siempre sin lograr alcanzarla, representando la frustración torturada que lleva su nombre: *tantalizado*, pero nunca satisfecho, hasta el fin de los tiempos.*

SÍSIFO

Amor fraternal

El eterno castigo que sufre Sísifo en el Hades también ha entrado en la lengua y en el acervo, pero en su historia hay mucho más que la famosa piedra que está condenado a empujar colina arriba eterna e infructuosamente. Sísifo fue un hombre malvado, avaricioso, hipócrita y a menudo cruel, pero ¿quién no va a encontrar algo atractivo –heroico incluso– en la inagotable jugra y el obstinado desafío con los que vivió (de hecho, *sobrevivió*) su vida? Pocos mortales se atreverían a poner a prueba la paciencia de los dioses con tanta temeridad. Su insensato desdén y su rechazo a disculparse o comportarse nos hacen pensar en un Don Giovanni griego.

Deucalión y Pirra, los supervivientes de la Gran Inundación, habían tenido un hijo llamado HELENO, por quien los griegos de hoy se hacen llamar helenos. EOLO, el hijo de Heleno, tuvo cuatro hijos: Sísifo, SALMONEO, Atamante y CRETEO. Sísifo y Salmoneo se odiaban con una inquina tan visceral e implacable como el mundo humano ya ha presenciado. Rivales por el afecto de sus padres, rivales en todo, desde la cuna ninguno de los dos soportaba ver al otro triunfar. A los dos príncipes se les quedó pequeño el reino de su padre, Eolia, como se llamaba Tesalia por entonces, y se fueron al sur y al oeste a fundar los suyos propios. Salmoneo gobernó sobre Elis y Sísifo fundó Efira, más tarde llamada Corinto. Desde estas fortalezas se miraron torvamente uno a cada extremo del Peloponeso, mientras su amarga enemistad se acrecentaba con cada año que pasaba.

Sísifo odiaba tanto a Salmoneo que no podía ni dormir. Lo quería muerto, muerto, muerto. El deseo era tan angustioso que se apuñaló repetidas veces en el muslo con una daga para aliviarse. Pero no había nada que hacer. Las furias se vengarían terriblemente si se atrevía a asesinar a su hermano. El fratricidio estaba entre los peores crímenes de sangre. Al final decidió consultar al oráculo de Delfos.

–Hijos de Sísifo y Tiro se alzan para matar a Salmoneo –recitó la Pitia.

Aquello era música para los oídos de Sísifo. TIRO era su sobrina, hija de su odiado hermano Salmoneo. Lo único que tenía que hacer Sísifo era casarse y tener hijos con ella. Hijos que «se alzarían para matar a Salmoneo». Por aquella época los tíos podían casarse con las sobrinas sin provocar ni un solo arqueo de cejas, así que se dispuso a engatusar y seducir a Tiro con caballos, joyas, poemas y océanos de encanto personal, porque si algo podía ser Sísifo cuando se lo proponía era cautivador. A su debido tiempo el cortejo dio frutos, se casaron y ella le dio dos chicos saltarines.

Un día, algunos años después, Sísifo había salido a pescar con su amigo MÉLOPE. Mientras tomaban el sol en las márgenes del río Shytas, se pusieron a charlar. En ese preciso instante, Tiro salió del palacio con una criada, los dos niños –de cinco y tres años– y un cesto de comida y vino, con la idea de sorprender a Sísifo con un pícnic familiar.

De nuevo en la orilla del río, Mélope y Sísifo charlaban medrosamente sobre caballos, mujeres, deporte y guerra. El grupo de Tiro atravesaba los campos.

–Dime, señor –comentó Mélope–, siempre me ha sorprendido que a pesar de la amarga enemistad con el rey Salmoneo eligieses casarte con su hija. Por lo que veo, sigue desagradándote tanto como siempre.

–¿Desagradarme? Abomino de él, me asquea, lo desprecio y lo aborrezco –dijo Sísifo con una carcajada. Una carcajada que permitió a Tiro, que se acercaba, situar su posición exacta. Según se aproximaba el grupo, iba oyendo cada palabra que pronunciaba su esposo.

–Solo me casé con esa zorra de Tiro por lo mucho que odio a Salmoneo –estaba diciendo–. Mira, el oráculo de Delfos me dijo que si tenía hijos con ella, al crecer matarían a Salmoneo. Así que cuando muera a manos de sus propios nietos me habré librado de ese vil puerco que es mi hermano sin miedo a la persecución de las erinias.

–Eso es... –Mélope intentaba encontrar la palabra.

–¿Brillante? ¿Astuto? ¿Ingenioso?

Tiro observó a sus hijos, que estaban a punto de irrumpir en el lugar de donde llegaba la voz de su padre. Haciéndolos dar media vuelta, los empujó a toda prisa hacia un recodo del río, seguidos por la criada.

Tiro se había tragado el camelo de Sísifo, pero amaba a su padre Salmoneo

con una lealtad que se anteponía a cualquier otra consideración. La idea de permitir que sus hijos creciesen para matar a su abuelo estaba fuera de toda cuestión. Sabía cómo desafiar a la profecía del oráculo.

–Ven, niño –le dijo al mayor–, mira la corriente. ¿Ves algún pececillo?

El niño se arrodilló en la orilla y miró el agua. Tiro le apoyó una mano en el cuello y lo sumergió. Cuando dejó de forcejear le hizo lo mismo al más pequeño.

–Ahora –dijo bastante serena a la traumatizada criada–, esto es lo que vas a hacer...

Sísifo y Mélope pescaron muchísimo aquella tarde. Cuando se estaba yendo la luz y habían empezado a recoger las cosas para marcharse, la criada de Tiro apareció tras ellos, saludando con una nerviosa reverencia.

–Con la venia, majestad, la reina le pide que salude a los príncipes. Están en la orilla, esperando a su majestad. Justo detrás del sauce, señor.

Sísifo fue al lugar indicado y se encontró a sus dos hijos tumbados en la hierba, pálidos e inertes.

La criada corrió como alma que lleva el diablo y nunca se volvió a saber de ella. Tiro, para cuando el encolerizado Sísifo llegó al palacio con la espada desenvainada, estaba a salvo de camino al reino de su padre, Elis. Al llegar, Salmoneo la casó con su hermano Creteo, con quien estaba profundamente descontento.

El mismo Salmoneo, casi tan orgulloso y arrogante como su odiado hermano, se había establecido en Elis como una especie de rey de dioses. Como declaraba que igualaba a Zeus en el poder de convocar tormenta, hizo construir un puente de metal sobre el que le gustaba conducir su carro a toda velocidad, arrastrando cazuelas, calderones y cacharros para imitar el sonido del trueno. Se disparaban antorchas llameantes al cielo para simular los rayos. Tamaña impertinencia blasfema llamó la atención de Zeus, que atajó el pitorreo con un rayo auténtico. El rey, su carro, el puente metálico, los utensilios de cocina y todo lo demás estallaron en partículas y la sombra de Salmoneo fue lanzada a la condena eterna en las más oscuras profundidades del Tártaro.

Tareas sisífeas

Sísifo dio un gran banquete para celebrar la muerte de aquel ridículo lanzarrayos de hermano suyo. Al día siguiente lo despertó una delegación de señores, terratenientes y propietarios agraviados. Tras restregarse las legañas y despejarse de la jaqueca con una copa de vino sin aguar, consintió en escuchar de qué se trataba.

–Majestad, ¡alguien está robándonos el ganado! Cada uno de nosotros puede informar de una pérdida. Los rebaños reales de usted también se han visto mermados. Usted es un rey sabio y astuto. Seguro que es capaz de descubrir quién es el responsable.

Sísifo los despidió con la promesa de investigar. Tenía la casi total certeza de que el ladrón era su vecino AUTÓLICO, pero ¿cómo demostrarlo? Sísifo era avisado y astuto, pero Autólico era hijo del mismísimo Hermes, el príncipe de los ladrones y de los granujas, el dios que de niño había robado el ganado de Apolo. De Hermes, Autólico había heredado no solo la propensión a llevarse vacas ajenas, sino también los poderes de encantamiento que hacían tan difícil pillarlo con las manos en la masa.* Además, el ganado que Sísifo y sus vecinos habían perdido era marrón y blanco y generosamente enastado, mientras que el de Autólico era blanco y negro y sin cuernos. Era incomprensible, pero Sísifo estaba convencido de que detrás de aquello había algún conjuro que Hermes le había enseñado a su hijo, y que este le estaba cambiando el color a escondidas a las vacas robadas.

«Muy bien», se dijo, «vamos a ver qué es más poderoso, la magia barata del bastardo de un dios embaucador o la astucia y la inteligencia natas de Sísifo, fundador de Corinto, el rey más sagaz del mundo.»

Ordenó que se grabase en las pezuñas de todas las reses de sus vecinos las palabras «AUTÓLICO ME HA ROBADO» en una letra diminuta. A lo largo de las siguientes siete noches, según lo esperado, los ganados locales continuaron siendo mermados regularmente. Al octavo día, Sísifo y el portavoz de los terratenientes fueron a visitar a Autólico.

–¡Saludos, amigos! –exclamó el vecino con un animado gesto de bienvenida–. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

–Hemos venido a inspeccionar tu ganado –dijo Sísifo.

–Y tanto. ¿Estáis pensando en criar vacas negras y blancas también? El pedigrí de mi rebaño es único en la región, me dicen.

–¡Ah, vaya si es único! –replicó Sísifo–. ¿Quién más habrá visto pezuñas como estas? –Le levantó la pata a una de las vacas.

Autólico se inclinó para mirar, leyó las palabras grabadas en la pezuña y se encogió de hombros alegremente.

–Bah. Fue divertido mientras duró.

–Cogedlas todas –ordenó Sísifo. Mientras los terratenientes sacaban el ganado de allí, Sísifo miró hacia la casa de Autólico–. Creo que me voy a llevar todas tus vacas –dijo–. No me voy a dejar ni una novilla.

Con esto último se refería a ANFÍTEA, la esposa de Autólico.

Sísifo no fue un buen hombre.*

El águila

A Sísifo, la hazaña de engañar a la prole del dios de los embaucadores se le subió a la cabeza. Empezó a creerse de verdad el hombre más astuto y capaz del mundo. Se erigió en una especie de solucionador de problemas real, y se pronunciaba sobre toda clase de asuntos que le presentaban, cobrando enormes sumas por sus resoluciones. Pero no son lo mismo la astucia y el sentido común, el ingenio y el buen juicio, la agilidad de pensamiento y la sabiduría.

¿Os acordáis del Asopo? Fue en las aguas de este río beocio donde se bañó la sacerdotisa tebana Sémele, atrayendo las atenciones de Zeus y provocando el nacimiento de Dioniso. Desafortunadamente, el dios de este río tenía una hija, EGINA, lo bastante hermosa como para que Zeus le echase el ojo. Habiendo adoptado la forma de un águila, el dios bajó planeando, agarró a la chica y se la llevó a una isla cercana a la costa de Ática. El consternado dios del río la buscó por todas partes, preguntó a todo aquel con quien se cruzaba si había visto algún rastro de su amada hija.

–¿Una muchacha vestida con piel de cabra, dices? –respondió Sísifo cuando le llegó el turno de ser interrogado–. Vaya, sí, no hace mucho vi

cómo un águila se llevaba a una doncella como la que describes. Se había estado bañando en el río y emergió al sol... La mujer más...

–¿Dónde se la llevó? ¿Lo viste?

–¿Esas pulseras son de oro auténtico? He de decir que son excelsas.

–Cógelas, son tuyas. Pero, por piedad, dime que le pasó a Egina.

–Yo estaba en lo alto de una colina, así que lo vi todo. El águila se la llevó hacia... ese anillo que llevas, una esmeralda, ¿no? Vaya, gracias, veamos... Sí, volaron por encima del mar y aterrizaron allí, en esa isla. Ven a la ventana. La puedes distinguir ahí en el horizonte, ¿ves? Enone, llaman a esa isla, creo. Ahí la encontrarás. Ah, ¿te marchas?

Asopo fletó una barca y puso rumbo a la isla. No estaba ni a medio camino cuando Zeus lo vio llegar y le lanzó un rayo. El estallido fulminó a Asopo y su barca en medio de una tremenda ola que lo devolvió a su estuario y a su río.*

¡Pero Sísifo! Zeus se la tenía jurada a aquel bellaco desde hacía algún tiempo. Al dios de la *xenia* no le había pasado desapercibido que Sísifo tenía todo un historial de abusos a los huéspedes que viajaban por sus tierras. Les cobraba impuestos, los despojaba de sus tesoros, se tomaba libertades con sus esposas, transgrediendo descaradamente cualquier canon de las sagradas reglas de la hospitalidad. Y ahora pretendía interferir en asuntos que no lo atañían, inmiscuirse en los amoríos de sus superiores, contaba chismes del mismísimo rey de los dioses. Era hora de tomar medidas. Había que dar un ejemplo que sirviese de advertencia a otros. Muerte y condenación para él.

A pesar de la sangre real de Sísifo, su vida había sido demasiado malvada, demasiado desvergonzada, juzgó Zeus, como para merecer la dignidad de ser conducido al inframundo de la mano de Hermes. En su lugar fue enviado Tánatos, la Muerte misma, a encadenarlo y escoltarlo.

Engañar a Muerte

En la medida en que un espíritu tan sombrío fuese capaz de experimentar una emoción tan alegre, Tánatos siempre disfrutaba del instante en que se manifestaba ante aquellos designados para la muerte.

Apareciendo ante ellos, y visible para nadie más, su figura demacrada y ataviada de negro, emitiendo volutas de gases infernales a su alrededor, estiraba un brazo hacia sus víctimas con una lentitud cruelmente deliberada. En cuanto tocaba la carne con la punta de su dedo huesudo un gañido lastimero surgía del interior de sus almas. Tánatos se recreaba en la contemplación del empaldecimiento de la víctima, del huroneo de los ojos que se entelaban hasta extinguirse la vida en ellos. Sobre todo, le encantaba el sonido del último estertor del alma al emerger de su carcasa mortal y ponerse a disposición de sus grilletas, lista para que se la llevasen.

Sísifo, como la mayor parte de los intrigantes pícaros y ambiciosos, tenía el sueño ligero. Siempre le estaba dando vueltas a algo en la cabeza, y el menor ruido lo despertaba de golpe. Así fue como incluso el silencioso susurro de la Muerte al deslizarse en su alcoba lo obligó a incorporarse en la cama.

–¿Quién demonios eres tú?

–Los demonios habitan el infierno. Yo soy el Infierno en persona. ¡Muajajajá! –Tánatos soltó la siniestra risotada macabra que tan a menudo hacía que los mortales se pusiesen a chillar como locos.

–Déjate de gruñidos. ¿Qué te pasa? ¿Tienes dolor de muelas? ¿Indigestión? Y no me respondas con acertijos. ¿Cómo te llamas?

–Me llamo... –Tánatos hizo una pausa por mor del efecto–. Me llamo...

–No tengo toda la noche.

–Me llamo...

–¿Pero tienes nombre o no?

–Tánatos.

–Ah, entonces eres la Muerte, ¿verdad? Hum. –Sísifo no parecía sorprendido–. Te imaginaba más alto.

–Sísifo, hijo de Eolo –entonó Tánatos con énfasis sofocante–, rey de Corinto, señor de...

–Sí, sí, yo sí sé quién soy. El que parece tener problemas para recordar su nombre eres tú. Siéntate, ¿por qué no? Descansa los pies.

–No tengo los pies cansados. Floto.

Sísifo bajó la mirada hasta el suelo.

–Ah, pues sí. Y has venido a por mí, ¿no?

Receloso de que cualquier cosa que dijese fuera a ser recibida con el respeto y el recogimiento que merecía, Tánatos le enseñó a Sísifo los grilletes y los agitó amenazadoramente delante de sus narices.

–Así que te has traído grilletes. ¿Son de hierro?

–De acero. Acero irrompible. Cadenas forjadas en los fuegos de Hefesto por Estéropes el Cíclope. Encantadas por mi señor Hades. Aquel que es encadenado no puede ser desencadenado si no es por la mano del dios mismo.

–Impresionante –admitió Sísifo–. Pero, según mi experiencia, no hay nada irrompible. Además, ni siquiera tiene un cierre o un pasador.

–El cierre y el muelle son demasiado complicados como para que los perciban ojos mortales.

–Eso dices tú. Yo no me creo para nada que funcionen. Seguro que no los puedes cerrar ni alrededor de ese brazo flacucho que tienes. Vamos, prueba.

Una ridiculización tan franca de sus preciados grilletes era intolerable.

–¡Hombre estúpido! –exclamó Tánatos–. Estos artilugios tan complicados están más allá de la comprensión de un mortal. ¡Fíjate! Me lo paso una vez por la espalda y por delante. Fácil. Junto las muñecas, luego cierro las esposas. Y si eres tan amable de apretar aquí justo, para enganchar el cierre, hay un panelito invisible y... ¡observa!

–Sí, ya veo –dijo Sísifo pensativo–. Ahora lo veo. Estaba equivocado, bastante equivocado. Qué trabajo más soberbio.

–Oh.

Tánatos trató de agitar los grilletes, pero tenía la parte superior del cuerpo constreñida e inmovilizada.

–Eeehm... ¿me ayudas?

Sísifo saltó de la cama y abrió la puerta de un enorme armario ropero al fondo de la habitación. Mandar al flotante y bien maniatado Tánatos a la otra punta del cuarto fue la cosa más sencilla del mundo. De un solo empujón lo había metido dentro y le cerraba la puerta en las narices.

Mientras echaba la llave, Sísifo comentó con animación:

–La cerradura de este armario igual es barata y fabricada por hombres, pero te aseguro que funciona tan bien como cualquier grillete forjado en los fuegos de Hefesto.

Se oyeron unos gritos de desesperación amortiguados suplicando que lo sacasen de allí, pero Sísifo, con un jovial «muajajajá», se largó, sordo a los ruegos de Muerte.

La vida sin Muerte

Los primeros días de encierro de Tánatos transcurrieron sin incidentes. Ni a Zeus ni a Hermes, ni siquiera al propio Hades, se les ocurrió comprobar que hubiesen pasado lista a Sísifo en las regiones infernales según lo acordado. Pero cuando pasó una semana sin que llegase una sola alma muerta, los espíritus y los demonios del inframundo empezaron a murmurar. Pasó otra semana y ni una sola sombra difunta había sido admitida para ser procesada, salvo una venerable sacerdotisa de Artemisa, cuya vida intachable mereció el honor de ser acompañada personalmente al Elíseo por Hermes, el Psicopompo. Este repentino cese del flujo de almas dejó bastante perplejos a los habitantes del Hades, hasta que alguien señaló que no veían a Tánatos desde hacía días. Se enviaron partidas de búsqueda, pero no lograron encontrar a la Muerte. Jamás había sucedido algo así. Sin Tánatos, el sistema entero se vino abajo.

En el Olimpo, la opinión estaba dividida. A Dioniso la situación se le antojaba desternillante y bebía y brindaba por el fin de la cirrosis letal. Apolo, Artemisa y Poseidón eran más o menos neutrales sobre el tema. Deméter temía que la autoridad de Perséfone como Reina del Inframundo se pusiese en tela de juicio. Las estaciones sobre las que madre e hija detentaban el dominio requerían que la vida terminase y comenzase constantemente, y solo la presencia de la muerte podía lograr esto. La falta de decoro de tal escándalo tenía a Hera bastante indignada, cosa que, a su vez, inquietaba a Zeus. Hermes, normalmente alegre e incontenible, también estaba ansioso, dado que el eficiente funcionamiento del inframundo era, en parte, responsabilidad suya.

Pero era Ares quien consideraba la situación de lo más intolerable. Estaba encolerizado. Bajó la mirada a la tierra y contempló batallas ejecutadas en el reino humano con la habitual ferocidad, y no obstante nadie estaba muriendo.

Los guerreros estaban siendo atravesados con jabalinas, pisoteados por caballos, despanzurrados por ruedas de carros y decapitados por espadas pero no se morían. Aquello parecía un combate de cachondeo. Si los soldados y los civiles no morían, pues vaya..., la guerra no tenía sentido. No resolvía nada. No conseguía nada. Ningún bando podía ganar.

Las deidades menores estaban tan divididas a propósito del asunto como las olímpicas. Las kerés continuaron bebiendo de la sangre de los caídos en la batalla y les importaba bien poco qué sucedía con sus almas. Dos de las horas, Díké y Eunomia, convinieron con Deméter en que la ausencia de muerte perturbaba el orden natural de las cosas. Su hermana Irene, la diosa de la paz, apenas podía disimular su satisfacción. Si la ausencia de Muerte significaba la ausencia de guerra, entonces había llegado su momento, ¿no?

Ares incordió a sus padres Hera y Zeus con un clamor tan incesante que al final no pudieron soportarlo más. Declararon que había que encontrar a Tánatos. Hera exigió saber cuándo se le había visto por última vez.

–Oye, Hermes –dijo Zeus–, no hace tanto que lo enviaste a llevarse el alma de ese bellaco infame de Sísifo, ¿verdad?

–¡Maldita sea! –Hermes se dio una palmada de irritación en el muslo–. ¡Por supuesto! Sísifo. Enviamos a Tánatos a encadenarlo y escoltarlo hasta el Hades. Espérame aquí.

Las alas de los tobillos de Hermes se agitaron, batieron, vibraron, y se esfumó.

Volvió en un abrir y cerrar de ojos.

–Sísifo no llegó a entrar en el inframundo. Tánatos fue enviado a Corinto a buscarlo hace media luna y nadie ha vuelto a verlo desde entonces.

–¡Corinto! –rugió Ares–. ¿A qué estamos esperando?

Pronto fue encontrado y abierto a la fuerza el armario cerrado en la alcoba, revelando al humillado Tánatos sentado lloroso en un rincón bajo unos abrigos. Hermes se lo llevó a las regiones infernales donde Hades agitó una mano para liberarlo de los grilletes encantados.

–Ya hablaremos de esto más tarde, Tánatos –le dijo–. Por el momento te espera un atasco de almas.

–Primero déjame traer a ese bellaco de Sísifo, señor –rogó Tánatos–. No será capaz de engañarme una segunda vez.

Hermes arqueó una ceja, pero Hades miró a Perséfone, sentada en su trono al lado. Esta asintió. Tánatos era su favorito entre todos los sirvientes del inframundo.

–Pero asegúrate de que no vuelves a meter la pata –gruñó Hades, despidiéndolo con un gesto de la mano.

Ritos funerarios

Hemos dejado claro que Sísifo no era tonto. Ni por un segundo creyó que Tánatos se quedaría encerrado en el armario eternamente. Tarde o temprano sería liberado y puesto de nuevo sobre su rastro.

En la casa de campo donde había establecido su alojamiento temporal, Sísifo se dirigió a su mujer. Después de que su sobrina Tiro ahogase a sus hijos y lo dejase se había vuelto a casar. Su nueva y joven reina era tan amable y obediente como terca y obstinada había sido Tiro.

–Cariño mío –le dijo atrayéndola hacia sí–, intuyo que pronto moriré. Cuando haya expirado mi último aliento y mi alma se haya esfumado, ¿qué harás?

–Haré lo que haya de hacerse, mi señor. Te lavaré y te ungiré. Te colocaré un óbolo en la lengua para que pagues al barquero. Velaremos tu catafalco siete días y siete noches. Se quemarán ofrendas para complacer a la Reina y el Rey del Inframundo. Y de esta manera tu trayecto hasta los Prados Asfódelos contará con todas las bendiciones.

–Dices bien, pero eso es exactamente lo que no has de hacer –respondió Sísifo–. En el momento en que muera quiero que me desnudes y me tires en medio de la calle.

–¡Mi señor!

–Lo digo muy en serio. Totalmente en serio. Es mi deseo, mi ruego, mi orden. Da igual lo que diga cualquiera, no dedicarás plegarias, no harás sacrificios, no realizarás exequias. Trata mis restos como harías con los de un perro. Prométemelo.

–Pero...

Sísifo la cogió por los hombros y la miró profundamente a los ojos para

subrayar la gravedad de sus órdenes.

–Por todo lo que me amas y por lo que te ata a mí, porque no deseas que mi espectro irritado te persiga, prométeme que harás exactamente lo que te he dicho. Júralo por tu alma.

–Lo-lo juro.

–Está bien. Ahora, vamos a beber. Un brindis... ¡Por la vida!

Su sentido de la oportunidad, como siempre, fue impecable, puesto que aquella misma noche a Sísifo lo despertó el susurro de la Muerte a la cabecera de la cama.

–Ha llegado tu hora, Sísifo de Corinto.

–Ah, Tánatos. Te he estado esperando.

–Ni te plantees engañarme.

–¿Yo? ¿Engañarte? –Sísifo se puso en pie y se inclinó con humilde sumisión, levantando las muñecas para que lo engrilletasen—. Ni se me pasa por la cabeza.

Los grilletes se cerraron y la pareja se deslizó por la boca del inframundo. Tánatos dejó a Sísifo en la margen del Estigia y se marchó, ansioso por ponerse manos a la obra con la acumulación de almas que esperaban la recogida.

Caronte el barquero acercó remando su barca y Sísifo se subió a bordo. Mientras apartaba el bote de la orilla haciendo palanca, Caronte extendió una mano.

–No llevo suelto –dijo Sísifo palpándose los bolsillos.

Sin decir palabra, Caronte lo empujó a la negrura del Estigia. Estaba frío, abominablemente frío, pero Sísifo se las arregló para cruzarlo. Las aguas le quemaron y ampollaron la piel casi al límite de lo soportable, pero una vez que estuvo en el otro lado supo que presentaba el aspecto lastimoso que pretendía.

Las sombras pasaban revoloteando por su lado desviando la mirada.

–¿Por dónde se va al salón del trono? –le preguntó a una.

Siguiendo sus indicaciones terminó viéndose en presencia de Perséfone.

–Reina temida –Sísifo inclinó la cabeza–, te suplico audiencia con Hades.

–Mi marido está hoy en el Tártaro. Yo respondo por él. ¿Quién eres y cómo te atreves a plantarte ante mí en estas condiciones?

Sísifo estaba desnudo, tenía una oreja rota y uno de los ojos salido de la cuenca. Su cuerpo espectral estaba cubierto de mordiscos, ronchas, magulladuras, tajos y heridas abiertas, testimonio del brutal trato que su contrapartida física estaba padeciendo en las calles de Corinto, en la superficie. Su esposa había obedecido sus instrucciones.

–Señora –se inclinó en una reverencia ante Perséfone–, nadie lamenta esta impropiedad tanto como yo. Mi esposa, mi despreciable, malévola, monstruosa, blasfema esposa... es ella quien me ha puesto en tan lamentable estado. Ya en mi lecho de muerte la oí decirles a sus mujeres: «No desperdiciaremos oro en ritos funerarios. Los dioses del inframundo no significan nada para nosotros. Lanzad su cuerpo a la calle y que se lo coman los perros. Gastad el dinero que había apartado para su funeral en un gran banquete. Las vaquillas que guardaba para sacrificar a Hades y a Perséfone han de asarse para nuestro placer.» Soltó una carcajada, aplaudió y esos, reina temida, fueron los últimos sonidos que oí en el mundo.

Perséfone estaba encolerizada.

–¿A eso se atrevió? ¿A eso se atrevió? Ha de ser castigada.

–Claro, majestad. Pero ¿cómo?

–Despellejada viva...

–Sí. No está mal. Pero digo yo, si se me permite, que no sería divertido... – Sísifo sonrió conforme se le ocurría una idea–. ¿No sería divertido si me devolvieses a la superficie vivo? ¡Imaginaos el chasco!

–Hum...

–Y yo me encargaría de que pagase a diario por su insolencia y falta de respeto. Nada de oro ni banquetes, nada más que malos tratos, insultos y servidumbre. Me muero por ver qué cara pone cuando aparezca delante de ella, vivo, sano y entero... y a lo mejor... ¿a lo mejor incluso más joven, vital y guapo que nunca? Ella tiene solo veintiséis años, pero ¡imaginaos el tormento si la sobrevivo! La usaría como a una esclava. Todos los días serían para ella una tortura.

Perséfone sonrió ante la idea y aplaudió.

–Que así sea.

Los años pasados en el inframundo habían prestado a Perséfone un orgullo

regio y un rígido convencimiento del funcionamiento adecuado del reino infernal.

Y así fue como Sísifo fue conducido de nuevo al mundo de la superficie, donde vivió con su satisfecha reina por los siglos de los siglos.

Su muerte, cuando terminó llegándole, fue otro tema.

Empujando la roca

A Zeus, Ares, Hermes y Hades no les había hecho gracia descubrir cómo Sísifo había burlado la muerte una segunda vez. Perséfone había tomado una decisión, no obstante, y la resolución de un inmortal no podía ser anulada por otro.

Cuando, después de casi cincuenta años más de serena y próspera existencia, la vida mortal de la esposa de Sísifo tocó a su fin, el contrato entre Perséfone y Sísifo expiró con ella. Tánatos fue a visitarlo por tercera y última vez.

Esta vez Sísifo pagó a Caronte su salario y cruzó el Estigia como tocaba. Hermes lo esperaba en la margen del otro lado.

–Bueno, bueno, bueno. El rey Sísifo de Corinto. Mentiroso, farsante, canalla y embaucador. Mi alma gemela. Ningún mortal se las había arreglado para burlar la muerte una sola vez..., tú has logrado hacerlo dos. Qué astuto.

Sísifo le dedicó una inclinación de cabeza.

–Un logro así merece probar la inmortalidad. Sígueme.

Hermes hizo bajar a Sísifo por innumerables pasadizos y galerías hasta una vasta sala subterránea. Una tremenda rampa iba del suelo al techo. Una roca aguardaba en la base, iluminada por un haz de luz.

–La superficie –dijo Hermes señalando la fuente luminosa.

Sísifo vio que la cuesta conducía hasta un hueco cuadrado en lo alto del tejado, por el cual se colaba un rayo de sol.

–Bueno, lo único que tienes que hacer es empujar esta roca por la cuesta. Cuando llegues arriba, el agujero se abrirá. Podrás salir y vivirás para siempre como el inmortal rey Sísifo. Tánatos no volverá a visitarte nunca más.

–¿Nada más?

–Nada más –dijo Hermes–. Evidentemente, si no te agrada la idea, puedo llevarte al Elíseo, donde pasarás una eternidad dichosa en compañía de otras almas de virtuosos fallecidos. Pero si eliges la piedra tienes que seguir intentando subirla hasta que lo logres y ganes tu libertad e inmortalidad. Decídete. Un más allá idílico aquí abajo o la posibilidad de la inmortalidad ahí arriba.

Sísifo examinó la roca. Era voluminosa, pero tampoco colosal. La cuesta era pronunciada, pero no abrupta. Cuarenta grados de inclinación, pero no más. ¿Así que una eternidad brincando por los campos del Elíseo con los sosos y la gente bien o la eternidad allí arriba en el mundo real de la diversión, la suciedad, el jolgorio y el frenesí?

–¿Sin trampas?

–Sin trampas, sin presión –dijo Hermes poniéndole una mano en el hombro y dedicándole su sonrisa más cautivadora–. Es elección tuya.

El resto lo sabéis. Sísifo apoyó el hombro contra la roca y empezó a empujar pendiente arriba. A medio camino ya estaba seguro de que tenía la vida eterna ganada. A los tres cuartos estaba cansado, pero no extenuado. Cuatro quintos y..., caray, la cosa era dura. Cinco sextos, dolor. Seis séptimos, angustia. Siete octavos... Ya estaba a un centímetro de la cima, a una uña de distancia, un último esfuerzo dándolo todo y... ¡Nooooooo! La piedra resbaló, rebotó por encima de Sísifo y bajó rodando hasta el fondo. «Bueno, no está mal para un primer intento», se dijo Sísifo. «Si me tomo mi tiempo, si conservo las fuerzas, llegaré. Sé que puedo. Descubriré una técnica. Igual si subo de espaldas, apoyando el peso en los riñones. Podemos probar...»

Sísifo sigue en los pasillos del Tártaro, empujando esa roca pendiente arriba y a punto de llegar a la cima, antes de caer rodando y volver a empezar. Allí estará hasta el fin de los tiempos. Todavía cree que puede conseguirlo. Un último esfuerzo dándolo todo y será libre.

Pintores, poetas y filósofos han visto muchos significados en el mito de Sísifo. Han visto una imagen de la absurdidad de la vida humana, la inutilidad del esfuerzo, la implacable crueldad del destino, el invencible poder de la gravedad. Si embargo, también han visto algo del valor, la

adaptación, la fortaleza, la resistencia y la confianza en uno mismo del género humano. Han visto algo heroico en nuestro rechazo a rendirnos.

HIBRIS

Para los griegos, la *hubris* era un tipo concreto de orgullo. A menudo llevaba a los mortales a desafiar a los dioses, provocando castigos inevitables de uno u otro tipo. Se trata de un defecto común, si no esencial, en la constitución de los héroes de la tragedia griega y de muchos otros personajes protagónicos del mito griego. A veces el fallo no es nuestro, sino de los dioses, demasiado celosos, mezquinos y vanos como para aceptar que los mortales puedan igualarlos o superarlos.

Todo lágrimas

Tal vez recordéis que Pélope no era hijo único de Tántalo y Dione. También tuvieron una hija, Níobe. A pesar del terrible destino que padeció su padre y de las desoladoras aventuras de su hermano, ella era una mujer orgullosa y con confianza en sí misma. Había conocido y se había casado con Anfión, el hijo de Zeus y Antíope. Un antiguo amante de Hermes, si os acordáis, uno de los gemelos que había construido las murallas de Tebas, hechizando las piedras con su canto y el rasgueo de su lira.* Entre Níobe y Anfión tuvieron siete hijas y siete hijos, los nióbidas.

Henchida hasta niveles exagerados de arrogancia y engreimiento, a Níobe le gustaba contar a todo aquel que la escuchase lo importante que era ella y lo regio y divino que era su linaje.

–Por parte de madre desciendo de Tetis y de Océano: primera generación de titanes, ya sabéis. Por parte de padre, bueno, pues tenemos a TMOLO, por supuesto, el de más alta estirpe de todas las deidades de la montaña lidia. Mi querido esposo Anfión es hijo de Zeus y de Antíope, la hija del rey NICTEO, uno de los espartos tebanos originales que brotó de los dientes del dragón. De modo que mis queridos hijos e hijas pueden presumir del más distinguido linaje, se siente una con derecho a decir, de cualquier familia del mundo. No es que les permita presumir, claro está. Los bien nacidos nunca se dan aires.

Tanta memez podría haber quedado en poco más que levemente triste de no ser porque Níobe se atrevía incluso a compararse con la titánide Leto, madre de dioses. El mismo día que la gente de Tebas se reunía anualmente para cantar plegarias a Leto y contar la historia de Artemisa y el milagroso nacimiento de Apolo en Delfos; ese mismo día, sagrado para la titánide y su dignidad... Níobe dio rienda suelta a su lado más altanero.

–A ver, que yo soy la primera en admitir que los preciosos gemelos de Leto, Artemisa y Apolo, son preciosos y absolutamente divinos, por supuestos que lo son. Pero ¿dos hijos solo? ¿Un niño y una niña? Cielos, cómo se considera madre siquiera no lo llego a comprender. ¿Y quién os dice que de mis siete hijos y de mis siete hijas alguno, si no todos, no van a ascender al rango de divinos e inmortales?* Teniendo en cuenta su cuna creo que hay más probabilidades de que sí que de que no, ¿no os parece? Según yo lo veo, celebrar a una madre tan perezosa, vulgar y poco prolífera como Leto revela un mal gusto tremendo. El año que viene me encargaré de que el festival se cancele.

Cuando a Leto le llegó el rumor de que aquella tebana con ínfulas la estaba insultando de aquella manera, y que se atrevía a ponerse por encima de ella, estalló en lágrimas delante de sus compasivos hijos.

–Esa mujer horrible, fanfarrona y presuntuosa –dijo ahogándose–. Me ha llamado perezosa por tener solo dos hijos... Dice que he sido improductiva... y me ha llamado vulgar. Ha dicho que impedirá a la gente de Tebas celebrar mi día f-f-festivo...

Artemisa le pasó un brazo por el hombro mientras Apolo se paseaba de un lado a otro dándose puñetazos en la palma de la mano.

–Tiene catorce hijos –berreó Leto–, así que supongo que, comparada con ella, soy una incompetente...

–¡Basta! –dijo Artemisa–. Ven, hermano. Ha hecho llorar a nuestra madre. Es hora de que esta mujer sepa lo que significan las lágrimas.

Artemisa y Apolo fueron directos a Tebas, donde cazaron a todos y cada uno de los niños de Anfión y Níobe. Artemisa mató a las siete hijas con sus flechas de plata; Apolo mató a los siete hijos con sus flechas doradas. Cuando Anfión tuvo noticia de la matanza se quitó la vida con su propia espada. El pesar de Níobe también fue insoportable. Corrió a su casa natal y se refugió

en las laderas del monte Sípilo. Era horrible contemplar una infelicidad tan miserable e inconsolable, por más esnob, insensata, orgullosa y absurda que hubiese sido la mujer. Los dioses mismos no pudieron soportar oír sus incesantes lamentos, de modo que la transformaron en piedra. Pero ni siquiera la roca sólida tuvo el poder de contener lágrimas como aquellas. El llanto de Níobe se filtró por la piedra y corrió en cascadas y cataratas montaña abajo.

Aún hoy, los visitantes del Sípilo, ahora llamado monte Spil, pueden ver la formación rocosa en la que se distinguen todavía los rasgos de un rostro femenino. En turco se la conoce como *Ağlayan Kaya*, o «Roca que llora».* Preside la ciudad de Manisa, nombre moderno de Tántalis. Las aguas que brotan de esta roca fluirán eternamente en su aflicción.

Apolo y Marsias: soplando a dos carrillos

Los humanos mortales no eran los únicos seres capaces de demostrar un orgullo excesivo. El orgullo herido de la diosa Atenea llevó, indirectamente, a la ruina a una criatura malvada llamada MARSIAS.

Todo comenzó cuando Atenea inventó, bien orgullosa, un nuevo instrumento musical que llamó el *aulós*. Era una flauta de doble tubo de lo que hoy denominaríamos la familia de los vientos de madera, no muy distinto del moderno oboe o del corno inglés.* Este espléndido instrumento tenía un problema: cada vez que Atenea lo tocaba, por más bella que fuese la música que emergía de él, provocaba tremendas risotadas entre sus olímpicos pares. Atenea no podía sacarle un buen sonido a aquello sin soplar tan fuerte que se le hincharan los carrillos. Ver a aquella diosa, la personificación misma de la dignidad, ponerse toda rosa e inflarse como una rana toro era más de lo que su irrespetuosa familia podía soportar sin desternillarse ruidosamente. Por más sabia que fuese Atenea, y por más libre que estuviese (generalmente) de afectación y maldad, no carecía por completo de su punto de vanidad y no soportaba que se burlasen de ella. Tras tres intentos de ganarse a los dioses con las melifluas notas de su nuevo instrumento, lo maldijo y lo tiró Olimpo abajo.

El aulós cayó en Asia Menor, en el reino de Frigia, cerca de la cuenca del río Meandro (cuyo retorcido curso presta su nombre a todas las líneas laberínticas y enrevesadas), donde fue recogido por un sátiro llamado Marsias. Como seguidor de Dioniso, Marsias tenía el don de la curiosidad, así como otros muchos rasgos de mala reputación. Le limpió el polvo al aulós y sopló. Un pequeño pip fue el único resultado. Se rió y se rascó al notar el cosquilleante zumbido en los labios. Hinchó los carrillos y sopló con fuerza de nuevo hasta que produjo una larga y potente nota musical. Aquello era divertido. Así siguió, soplando y soplando hasta que logró, tras un espacio de tiempo sorprendentemente corto, tocar una melodía como tal.

En uno o dos meses su fama se había extendido por toda Asia Menor y Grecia. Fue celebrado como «Marsias el Musical», cuya habilidad con el aulós podía hacer bailar a los árboles y cantar a las piedras.

Se recreó en la fama y la adulación que sus aptitudes musicales le aportaban. Como todos los sátiros, necesitaba poco más que vino, mujeres y canciones para ser feliz, y su dominio de esa tercera cosa le garantizaba un suministro continuo de las otras dos.

Una noche, mientras el fuego crepitaba, con las ménades a sus pies contemplándolo embelesadas, gritó embriagado hacia el firmamento.

–¡Oye, Apolo! ¡Tú, dios de la lira! Te crees melodioso, pero seguro que si competísimos... compitísimos... compiter... ¿Cómo es la palabra?

–¿Compitiésemos? –sugirió una ménade adormilada.

–Eso es, sí. Si... hiciésemos eso que dice esta... ganaría yo. Fácil. Sin esfuerzo. Una lira la toca cualquiera. Aburrimento puro. Pero mis flautas... Mis flautas vencen a tus cuerdas cuando quieras. Ya lo sabes.

Las ménades se echaron a reír, Marsias también se rió, eructó y cayó en un sueño satisfecho.

La competición

Al día siguiente Marsias se puso en marcha, con sus muchos seguidores, hacia el lago Aulocrene. Habían quedado allí con otros sátiros para celebrar un gran festín en el que Marsias tocaría unas danzas salvajes y coribánticas

de composición propia. Arrancaría unos juncos de las orillas del lago (cuyo nombre real atestigua su abundancia: *aulos* significa «junco» y *krene* es «fuente» o «arroyo») y tallaría una nueva boquilla para su aulós. Soplando y bailando guió a sus seguidores en una animada conga hasta que al doblar un recodo se encontró el camino cortado por un espectáculo deslumbrante y perturbador.

En el prado había sido instalado un escenario sobre el cual aparecían dispuestas las nueve musas en un amplio semicírculo. En el centro, lira en mano, estaba plantado Apolo, con una sonrisa burlona en aquellos bellos labios suyos.

Marsias frenó con un derrape, y el surtido variado de sátiros, faunos y ménades que traía detrás chocó con él y entre ellos en una concertina de confusión.

–Bueno, Marsias –dijo Apolo–. ¿Estás listo para poner a prueba tus atrevidas palabras?

–¿Palabras? ¿Qué palabras? –Marsias había olvidado su fanfarroneo borrachuzo de la noche anterior.

–«Si se celebrase una competición entre Apolo y yo, le ganaría sin esfuerzo», dijiste. Ahora tienes la oportunidad de descubrir si es así. Las musas en persona han acudido desde el Parnaso para oírnos y juzgar. Su palabra es decisiva.

–Pe-pe-pero... yo... –A Marsias de repente se le había secado la boca y las piernas le flaqueaban.

–¿Eres mejor músico que yo o no?

Marsias oyó detrás de sí un murmullo de duda de sus seguidores y las llamas del orgullo se reavivaron.

–En un concurso justo –declaró con una explosión de bravuconería–, desde luego que puedo superarte.

La sonrisa de Apolo se amplió.

–Excelente. Súbete conmigo al escenario. Empezaré yo. Aquí va una breve melodía. A ver si puedes darle réplica.

Marsias ocupó su lugar junto a Apolo, que se encorvó para afinar su lira. Hecho esto, rasgó suavemente y arpegió con delicadeza. Emergió la más hermosa melodía: sutil, dulce y seductora. Salió en cuatro fraseos, y cuando

sonaba el cuarto, los seguidores de Marsias estallaron en un aplauso admirado.

Inmediatamente, Marsias se llevó el aulós a la boca y repitió las frases. Pero le dio a cada una un puntito distinto y una modulación: una lluvia de notas gráciles por aquí, una ondulación de alteraciones por allá. Un respingo de admiración de sus seguidores e incluso un gesto de la cabeza por parte de la mismísima Calíope lo animaron a concluir con una floritura.

Apolo respondió enseguida con una variación de las frases en doble tiempo. La complejidad del punteo y del rasgueo era maravillosa al oído, pero Marsias contestó con aún más velocidad, burbujeando la melodía y cantando desde las flautas con un esplendor mágico que provocó aún más aplausos del público.

Entonces Apolo hizo algo extraordinario. Puso la lira boca abajo y tocó las frases en el orden inverso: seguían funcionando como melodía, pero ahora se antojaban imbuidas de un misterio y de una extrañeza que cautivaba a todo aquel que las oía. Cuando terminó, Apolo le hizo un gesto con la cabeza a Marsias.

Marsias tenía un oído excelente y empezó a tocar las notas invertidas tal y como las había tocado Apolo, pero el dios lo interrumpió con una mueca.

–¡No, no, sátiro! ¡Tienes que poner tu instrumento del revés igual que he hecho yo!

–Pero eso... ¡eso no es justo! –protestó Marsias.

–¿Qué te parece esto, entonces? –Apolo tocó la lira y cantó–: Marsias es capaz de resoplar en su flautín infernal, pero mientras resopla, ¿no es capaz de cantar?

Enfurecido, Marsias tocó dándolo todo. Con la cara morada por el esfuerzo y las mejillas tan infladas que parecía que se le iban a resquebrajar, estallaron cientos de notas en una vollea de cuartas, octavas, decimosextas... que llenaron el aire de una música que el mundo no había oído hasta entonces. Pero la divina voz de Apolo, los acordes y arpeggios que volaban de las cuerdas doradas de su lira... ¿cómo iba a competir la flauta de Marsias con un sonido así?

Jadeando por la fatiga, sollozando de frustración, Marsias gritó: «¡No es justo! Mi voz y mi respiración resuenan en mi aulós igual que tu voz en el

aire. Es evidente que no puedo volver del revés el instrumento, pero un juez imparcial diría que mi talento es mayor.»

Fallo

Con un glissando final de triunfo, Apolo se volvió hacia el jurado de musas.

–Dulces hermanas, no es a mí a quien corresponde, sois vosotras, por supuesto, quienes tenéis que decidir. ¿A quién premiáis con la palma de la victoria?

Marsias estaba que se subía por las paredes. La humillación y una imperiosa sensación de injusticia le hicieron encararse con las juezas.

–No pueden ser imparciales, son tus tías o tus hermanastras o no sé qué otra incestuosidad. Sois familia. No se atreverían a...

–¡Chsss, Marsias! –rogó una ménade.

–¡No lo escuches, gran y buen Apolo! –instó otra.

–No está en sus cabales.

–Es bueno y honrado.

–No tiene mala intención.

A las musas no les llevó mucho tiempo parlamentar y anunciar los resultados.

–Declaramos unánimemente –dijo Euterpe– que Apolo es el ganador.

Apolo hizo una reverencia y sonrió dulcemente. Pero lo que hizo a continuación puede hacer que tengáis en menos a este dorado y hermoso dios, el melodioso Apolo de la razón, el encanto y la armonía.

Agarró a Marsias y lo despellejó. Os lo digo sin paños calientes. Para castigar a Marsias por su *hibris* de atreverse a desafiar a un olímpico, le arrancó la piel en vivo al sátiro, que chillaba, y la colgó de un pino para que sirviese de lección y advertencia para todos.*

«El desollamiento de Marsias» se convirtió en uno de los temas favoritos de pintores, poetas y escultores. Para algunos, la historia tiene ecos del sino de Prometeo: un símbolo de la lucha del artista-creador por igualarse a los

dioses, o del rechazo de los dioses a aceptar que los artistas mortales puedan superar a los divinos.*

ARACNE

La tejedora

En una casita de campo a las afueras de un pueblecito llamado Hipepa, en el reino de Lidia,* vivía un comerciante y artesano llamado IDMÓN. Trabajaba en una ciudad jonia cercana, Colofón, como mercader de tintes, especializado en el preciadísimo color púrpura foceo. Su esposa había muerto al dar a luz a una niña, ARACNE. Idmón estaba tan orgulloso de Aracne como pudiera estarlo un padre de una hija, puesto que desde muy pequeña había demostrado una extraordinaria habilidad tejiendo.

Hilar y tejer eran cosas de gran importancia por aquella época. Además de cultivar alimentos, pocas cosas eran tan cruciales para el bienestar humano como la manufactura fiable de tejidos para ropajes y enseres. Y «manufactura» es la palabra exacta. Significa literalmente «hacer a mano», y todo ese trabajo se hacía a mano por entonces. Los tallos de lino o el vellón se transformaban en hilo que se cargaba en telares para tejerlo y obtener telas de lino o lana. Hasta tal punto era este un campo propio de mujeres habilidosas que el género mismo recibió nombres que reflejaban la práctica en algunas culturas e idiomas. En inglés todavía hablamos de «*distaff side*» [rama femenina] de la familia, haciendo referencia a la línea materna. La «*distaff*» [rueca] es el huso en el que se enrolla la lana o el lino antes de empezar a hilar. Y las que hilaban eran llamadas «*spinsters*» [solteronas, pero también hilanderas], término que antaño se aplicaba sin ninguna connotación negativa a una mujer soltera.

Pero como sucede con casi todas las prácticas humanas, hay quienes poseen la misteriosa habilidad de elevar lo ordinario y cotidiano a la categoría de arte.

Desde un principio, la habilidad de Aracne en el telar fue motivo de orgullo en toda Jonia. La velocidad y la precisión de su trabajo eran asombrosas; la seguridad y destreza con que seleccionaba un hilo de color tras otro, prácticamente sin mirar, sorprendía a los admiradores que a menudo

se apiñaban en la casita de Idmón para verla trabajar. Pero eran las imágenes, cenefas e intrincados dibujos que emergían bajo el borrón de su lanzadera volante lo que provocaba salvas de aplausos entre los mirones, lo que la declaraba inigualable. Los bosques, palacios, vistas marinas y paisajes montañosos que creaba eran tan reales que uno tenía la sensación de poder saltar dentro. No solo los ciudadanos mortales de Colofón e Hipepa acudían a verla ante el telar: también las náyades locales del río Pactolo y las oréades del vecino monte Tmolo se amontonaban en la casita y sacudían la cabeza maravilladas.

Todos estaban de acuerdo en que Aracne era la clase de fenómeno que solo se da una vez cada cinco siglos de historia. Tanta habilidad técnica era motivo de admiración suficiente, pero estar dotada de tanto buen gusto – nunca abusaba de los morados ni de otros tintes caros y vistosos, por ejemplo– ya era un milagro.

Con la de elogios que recibía a diario a cualquiera se le hubiese subido a la cabeza. Aracne no era una niña consentida ni malvada, de hecho, cuando no estaba en el telar resultaba ser más práctica y prosaica que veleidosa o temperamental. Era consciente de que le había sido otorgado un don y que no era mérito suyo. Pero valoraba de verdad su talento y creía que al darle el valor justo sencillamente estaba siendo honesta.

–Sí –murmuró contemplando su trabajo una funesta tarde–, de verdad que creo que si la mismísima Palas Atenea se sentase aquí a tejer conmigo se vería incapaz de igualarme en talento. Después de todo, yo hago esto a diario y ella solo teje de vez en cuando, por diversión. No es de extrañar que yo sea muchísimo mejor.

Con tantas ninfas presentes en el salón de la casita de Idmón, podéis estar seguros de que las desafortunadas palabras de Aracne llegaron enseguida a oídos de Atenea.

Tejer a destajo

Alrededor de una semana más tarde, con la habitual multitud apiñada a su alrededor, Aracne estaba ante su telar acabando un tapiz que representaba la

fundación de Tebas. Unos respingos y gritos apreciativos saludaron su ilustración de los guerreros surgiendo de la tierra de los dientes del dragón, pero los oohs y aahs de sus admiradores fueron interrumpidos por un enérgico golpe en la puerta de la casita.

Se abrió y dejó paso a una anciana encorvada y arrugada.

–Espero haber venido al sitio indicado –resolló, arrastrando un enorme saco–. Me han dicho que aquí vive una tejedora fabulosa. Ariadne, ¿no?

La invitaron a entrar.

–Se llama Aracne –le dijeron, señalando a la chica sentada en su telar.

–Aracne. Ya veo. ¿Puedo echar un vistazo? Querida, ¿esto lo has hecho tú? Soberbio.

Aracne asintió complaciente.

La anciana dio un pellizco al tejido.

–Cuesta creer que una mortal sea capaz de hacer una cosa así. Atenea tiene algo que ver en esto, ¿verdad?

–Difícil veo –dijo Aracne con un punto de impaciencia que Atenea pudiese hacer algo tan delicado. Ahora, por favor, deje de deshacérmelo.

–¿Ah, tú crees que Atenea es inferior a ti?

–En lo que a tejer se refiere no hay mucho que discutir.

–¿Qué le dirías si estuviese aquí ahora, me pregunto?

–Le pediría que confesase que soy mejor tejedora que ella.

–¡Pues entonces ve pidiendo, estúpida mortal!

Con estas palabras las arrugas de la vieja cara se alisaron, los ojos apagados y nublados se aclararon hasta alcanzar un gris brillante y la vieja corcovada se enderezó hasta convertirse en la majestuosa forma de la mismísima Atenea. La multitud de curiosos reuló aturdida por la sorpresa. Las ninfas en particular se encogieron en sus rincones, avergonzadas y aterradas de ser descubiertas desperdiciando el tiempo en la contemplación del trabajo de una mortal.

Aracne se puso muy pálida y el corazón le latió con fuerza en el pecho, aunque se las arregló para mantener la compostura al menos en apariencia. Era desconcertante tener aquellos ojos grises clavados, pero toda aquella sabiduría y firmeza en la mirada no podían alterar la simple verdad.

–Bueno –dijo con tanta serenidad en la voz como fue capaz–, no es mi

intención ofender, pero es, creo, indudablemente cierto que como artista del telar no tengo adversario, sobre la tierra ni en el Olimpo.

–¿De verdad? –Atenea arqueó una ceja–. Descubrámoslo. ¿Quieres empezar tú?

–No, por favor... –Aracne dejó libre su sitio y señaló el telar–. Después de usted.

Atenea examinó el marco.

–Sí, me servirá –dijo–. Púrpura focea, veo. No está mal, pero yo prefiero el tiriano. –Diciendo esto, sacó de su saco varias lanas de colores–. Y ahora...

A los pocos segundos estaba manos a la obra. La lanzadera volante de madera volaba de un lado para otro y, por arte de magia, empezaron a aparecer unas imágenes fabulosas. La multitud se agolpó. Vieron que Atenea estaba dando vida ni más ni menos que a la historia de los dioses mismos. Estaba la castración de Urano con todos sus sangrientos detalles; qué pegajosa parecía la sangre. Ahí el nacimiento de Afrodita; qué fresca y húmeda la espuma del mar. Allí un recuadro que mostraba a Crono comiéndose a los hijos de Rea, y allá otro de Zeus de niño amamantado por la cabra Amaltea. Atenea tejió en el tapiz incluso la historia de su propio nacimiento a partir de la cabeza de Zeus. Luego vino una deslumbrante escena de los doce dioses entronados en el Olimpo. Pero aún no había terminado.

Como para humillar deliberada y públicamente a Aracne por su presunción, Atenea hizo unos recuadros que mostraban el precio pagado por los mortales por atreverse a presentarse como iguales o superiores de los dioses. En primer lugar, aparecieron la reina RÓDOPE y el rey HEMO de Tracia, que fueron transformados en montañas por osar comparar su grandeza como pareja a la formada por Hera y Zeus. Y en otro recuadro Atenea tejió la imagen de GERANA, reina de los pigmeos, que proclamó su belleza e importancia superiores con diferencia a las de la Reina del Cielo y fue transformada por una furiosa Hera en una grulla. En un rincón de ese mismo recuadro tejió una imagen de ANTÍGONA, a quien le volvieron la melena serpientes por un acto de impudicia similar.* Finalmente, Atenea adornó los bordes de su obra con dibujos de olivos –su árbol sagrado– y se puso en pie para recibir la aclamación merecida.

Aracne fue lo suficientemente elegante como para unirse al aplauso. Se había devanado los sesos a la misma velocidad que la lanzadera de Atenea y tenía clarísimo lo que iba a tejer. La poseyó una especie de locura. Al encontrarse sin buscarlo en la posición de competir contra una diosa olímpica, quería demostrar al mundo no solo que ella era mejor tejedora, sino que los humanos eran mejores que los dioses en todo. La irritaba que Atenea presentase un tema tan grandioso como el nacimiento y establecimiento de las deidades olímpicas y acto seguido representase aquellas fábulas torpes de la *hibris* castigada. Bueno, pues ella también podía entrar al trapo con las parábolas. ¡Se iba a enterar!

Aracne se sentó, hizo crujir los nudillos y comenzó. La primera forma que cobró vida bajo los veloces dedos fue la de un toro. Una muchacha lo montaba. Otro recuadro mostraba al toro elevándose por los aires y cruzando el mar. La chica miraba atrás por encima de las olas hacia un grupo de jóvenes que corrían aterrorizados por el acantilado. ¿Era posible? ¿Era esta escena el rapto de Europa y aquellos chicos Cadmo y sus hermanos?

Un murmullo se alzó entre los mirones, que daban empujones a todos lados para ver más de cerca. La siguiente serie de imágenes dejó bastante claro lo que pretendía Aracne. Aparecía ASTERIA, la hija de los titanes Febe y Ceo, transformándose desesperada en codorniz para intentar escapar de las ávidas atenciones de Zeus en forma de águila. A continuación, Aracne tejió una imagen de Zeus bajo la forma de un cisne insinuándose alrededor del cuerpo de LEDA, la esposa de TÍNDARO. Enseguida un sátiro bailón persiguiendo a la bella Antíope; luego el lujurioso dios aparecía en una de sus metamorfosis más extrañas: la de lluvia dorada, manifestación mediante la cual, por difícil que parezca, se veía claramente embarazando a su prisionera DÁNAE, hija del rey de Argos, ACRISIO. Muchos de estos raptos y seducciones eran objeto de chismorreos entre los mortales. Era imperdonable que Aracne les diese vida en seda colorida de aquella manera. Se sucedieron más escenas de la depravada carrera de Zeus: la malhadada ninfa Egina y la encantadora Perséfone de las que abusó bajo la forma de una serpiente moteada. El rumor de que Zeus había poseído de esta guisa una vez a Perséfone, su propia hija con Deméter, había corrido antes, pero que Aracne lo mostrase ahora allí era sacrilegio.

Sin embargo, Zeus no era el único dios de quien tejió punto a punto las anécdotas de degeneración. Ahora aparecieron escenas de Poseidón, el dios del mar, primero bajo la forma de un toro, galopando tras la aterrorizada ARNE de Tesalia, luego disfrazado del mortal ENIPEO para ganarse a la hermosa Tiro, finalmente como delfín persiguiendo a la encantadora MELANTO, hija de Deucalión.

Aparecieron a continuación los estragos de Apolo: Apolo el halcón, Apolo el león, Apolo el pastor, todos desflorando doncellas sin piedad ni vergüenza. Y Dioniso también aparecía retratado, disfrazándose de un enorme racimo de uvas para engañar a la hermosa ERÍGONE, y transformando, en una rabieta, a ALCÍTOE y las MINÍADES* en murciélagos por atreverse a preferir una vida contemplativa a una de parranda frenética.

Todos estos episodios y más materializó el arte de Aracne. Tenían en común el tema de los dioses aprovechándose de mujeres mortales con engaños y de manera a menudo brutal. Aracne concluyó su obra tejiendo alrededor una cenefa de flores entrelazadas y hojas de hiedra. Cuando hubo acabado apartó la lanzadera a un lado y se puso en pie.

La recompensa

Los espectadores retrocedieron horrorizados, fascinados y afectados. El atrevimiento de la muchacha era asombroso, pero no se podía negar la habilidad suprema y el talento artístico con el que aquella obra descarada y blasfema se había ejecutado.

Atenea se acercó para examinar centímetro a centímetro la superficie y no vio una sola imperfección ni ningún fallo. Era perfecto. Perfecto, pero sacrílego e intolerable. En silencio, desgarró la red y rompió todas las escenas. Al acabar, incapaz de controlar su rabia, agarró la lanzadera y se la tiró a Aracne contra la cabeza.

El dolor de la lanzadera al darle en la frente pareció despertar a Aracne de su trance. ¿Qué había hecho? ¿Qué locura la había poseído? No le sería permitido tejer nunca más. Le harían pagar un precio terrible por su

insolencia. Los castigos infligidos a las chicas cuyos destinos acababa de registrar en su tapiz serían nimiedades al lado de los reservados a ella.

Agarró un trozo de sogas de cáñamo del suelo.

–¡Si no puedo tejer no quiero vivir! –exclamó, y salió corriendo de la casita antes de que pudiesen detenerla.

Los espectadores se apiñaron en la ventana y abrieron la puerta y miraron paralizados de horror cómo Aracne corría por la hierba, echaba la sogas por encima de la rama de un manzano y se ahorcaba. Se volvieron a una para mirar a Atenea.

Una lágrima corría por la mejilla de la diosa.

–Niña estúpida, estúpida –dijo.

La multitud de mirones la siguió en un silencio acongojado fuera de la casa y camino del árbol. Aracne se balanceaba en un extremo de la cuerda, con los ojos muertos saliéndosele de las cuencas.

–Un talento como el tuyo no puede morir –dijo Atenea–. Hilarás y tejerás todos los días, hila y teje, hila y teje...

Mientras hablaba, Aracne empezó a encoger y encoger. La sogas de la que pendía se estrechó hasta convertirse en un fino filamento de brillante seda que empezó a escalar, no como muchacha ya, sino como un animalejo destinado a hilar y tejer afanosamente sin cesar.

Así es como la primera araña –el primer arácnido– surgió. No fue un castigo como tal, sino un premio por ganar la gran competición, una recompensa para una gran artista. El derecho a producir y tejer obras maestras a perpetuidad.

MÁS METAMORFOSIS

Hemos visto a los dioses transformando a hombres y mujeres en animales por piedad, como castigo o llevados por los celos. Pero, del mismo modo que podían ser tan orgullosos y mezquinos como los humanos, a los dioses también podía moverlos el deseo. La carne mortal, como hemos visto, los atraía tanto como la inmortal. A veces sus necesidades eran poco más que lujuria primitiva, pero también podían enamorarse sinceramente. Hay muchas historias de dioses persiguiendo jóvenes y transformándolos en animales, plantas y flores nuevas, o incluso en rocas y riachuelos.*

Niso y Escila

Niso fue un rey de Megara, una ciudad de la costa de Ática.* Le había sido concedida la invencibilidad en la forma de un mechón de pelo morado que lo hacía inmune a cualquier herida humana. Por alguna razón, su reino estaba siendo atacado por las fuerzas del rey Minos de Creta. Un día, la hija de Niso, la princesa ESCILA,* avistó a Minos a bordo de uno de sus barcos de guerra cuando pasaba cerca de las murallas de Megara y se enamoró de él. Tan loca de deseo se volvió que decidió arrebatarse a su padre el mechón morado y dárselo a Minos a bordo de su barco; a cambio, este le pagaría su generosidad con amor. Pero una vez que hubo robado el mechón, Niso se volvió tan vulnerable como cualquier mortal. Y mientras ella iba a escondidas al encuentro de Minos, su padre fue asesinado en un motín en palacio.

Minos, lejos de estar complacido por el acto de deslealtad de Escila, se sintió asqueado, y no quiso tener nada que ver con ella. La echó de su barco, izó las velas y abandonó Megara jurando no volver.

Tan subyugadora era su pasión que ni con esas pudo rendirse Escila. Nadó tras de Minos llamándolo penosamente. Gimió y chilló tan lastimeramente que fue convertida en gaviota. Cómo sería el sentido del humor de los dioses que a su padre, Niso, lo transformaron en águila marina.

Desde entonces siempre ha acosado incansablemente a su hija por todos los mares en venganza.

Calisto

Antes de ser convertido en un lobo –como quizás recordáis– durante los primeros tiempos de la humanidad pelasga, el rey Licaonte de Arcadia* tuvo una hermosa hija llamada CALISTO, que fue educada como una ninfa dedicada a la cazadora virgen Artemisa.

Hacía mucho que Zeus echaba espumarajos de deseo por esta bella e inalcanzable muchacha, así que un día la engañó transformándose en la viva imagen de Artemisa. Cayó al instante en los brazos de la gran diosa a la que seguía y al momento estaba siendo raptada por Zeus.

Poco después, la vio Artemisa mientras se bañaba en el río desnuda y, encolerizada por el claro embarazo de su seguidora, expulsó a la pobre Calisto de su círculo. Sola y desgraciada, esta deambuló por el mundo antes de dar a luz a su hijo, ARCAS. Hera, que jamás mostró clemencia por la más inocente y pura siquiera de las amantes de su marido, castigó aún más a Calisto al transformarla en una osa.

Algunos años después, Arcas, ya un muchacho, estaba cazando en el bosque cuando se encontró con una enorme osa. Estaba a punto de lanzarle su jabalina cuando Zeus intervino para evitar un matricidio involuntario y los elevó al cielo como Osa Mayor y Osa Menor. Hera, todavía enfadada, maldijo aquellas constelaciones para que nunca compartieran las mismas aguas, lo que (me han dicho) explica sus posiciones circumpolares permanentemente opuestas.*

Procne y Filomela

El rey PANDIÓN de Atenas tuvo dos bellas hijas, PROCNE y FILOMELA. Procne, la mayor, dejó Atenas para casarse con el rey TEREIO de Tracia, con quien tuvo un hijo, ICTIS.

Un año, su hermana pequeña fue a Tracia a pasar con la familia todo el

verano. El sombrío corazón de Tereo, uno de los más sombríos que haya latido, se vio tremendamente trastornado por la belleza de su cuñada y la arrastró a sus aposentos una noche y la violó. Temeroso de que su mujer y el mundo descubriesen el detestable crimen, Tereo le cortó la lengua a Filomela. Como sabía que la muchacha no sabía leer ni escribir, creyó que nunca podría comunicarle a nadie la abominable verdad.

Pero a lo largo de la siguiente semana Filomela tejió un tapiz donde representó para su hermana Procne los detalles de su violación. Las dos hermanas injustamente tratadas y coléricas planearon una venganza a la altura de la monstruosa maldad del crimen. Sabían qué era lo que más podía dolerle a Tereo. Era un hombre violento y repugnante, propenso a los estallidos de furia y entregado a depravaciones inefables, pero tenía una debilidad: su profundo amor por su hijo Ictis. Este afecto ilimitado era de sobra conocido para Procne y Filomela. Ictis era hijo de Procne también, pero todo el amor maternal que hubiese sentido alguna vez hacía mucho que había quedado sofocado por el odio y una insaciable sed de venganza. Ignorando cualquier clase de pena, las hermanas fueron al dormitorio del niño y lo asesinaron mientras dormía.

–Filomela se marchará pronto a Atenas –le dijo Procne a su marido al día siguiente–. ¿Por qué no celebramos un banquete para despedirnos de ella y honrar la amable hospitalidad que le has brindado?

Filomela gimió y asintió enérgicamente con la cabeza.

–Parece que a ella también se le antoja buena idea.

Tereo gruñó su aquiescencia.

En el banquete de aquella noche, se sirvió un succulento estofado que el rey engulló ávidamente. Rebañó todos los jugos con trozos de pan, pero consideró que le cabía más. Al alcance de su mano había un plato cubierto por una campana de plata.

–¿Qué hay ahí debajo?

Filomela le empujó el plato con una sonrisa. Tereo levantó la campana y soltó un grito de horror cuando vio la cabeza de su hijo muerto mirándolo con una mueca. Las hermanas se echaron a reír exultantes. Cuando se dio cuenta de lo que le habían hecho y comprendió por qué el estofado era tan deliciosamente tierno, Tereo pegó un gran rugido y agarró una lanza de una

pared. Las dos mujeres salieron corriendo y pidieron ayuda a los dioses a gritos. Según salía persiguiéndolas fuera del palacio, el rey Tereo se vio repentinamente alzado por los aires. Se estaba transformando en una abubilla, y sus gritos de dolor y furia empezaron a sonar como desolados lamentos. Al mismo tiempo, Procne se convirtió en una golondrina y Filomela en un ruiseñor.

Aunque los ruiseñores son célebres por la melodiosa belleza de su trino, solo el macho de la especie canta. Las hembras, al igual que Filomela sin lengua, son mudas.* En la actualidad, muchas especies de golondrina toman su nombre de Procne y la abubilla sigue portando una regia corona.

Ganimedes y el águila

En la esquina noroeste de Asia Menor se extiende un reino llamado Tróade, o Troya, en honor a su gobernador, el rey TROS. Troya estaba orientada hacia el mar Egeo, hacia poniente respecto de la península griega; detrás tenía lo que hoy es Turquía y al este las antiguas tierras. Al norte estaban los Dardanelos y Galípoli, y al sur la gran isla de Lesbos. Ilio, la ciudad principal (que terminaría siendo conocida simplemente como Troya) debía su nombre a ILO, el hijo mayor de Tros y su reina CALÍRROE, hija del dios del río local ESCAMANDRO. Del segundo chico de la pareja soberana, ASÁRACO, poco se ha conservado, pero fue su tercer hijo, GANIMEDES, quien retuvo la atención y hasta el aliento de todos los que se cruzaron con él.

No había vivido ni caminado sobre la tierra una belleza comparable a la del príncipe Ganimedes. Tenía el pelo dorado, la piel como miel cálida, sus labios eran una dulce invitación a abandonarse a besos mágicos y locos.

Se sabía que mozas y mujeres de todas las edades gritaban e incluso se desmayaban cuando él las miraba. Hombres que en su vida se habían planteado el atractivo de su propio género notaban que el corazón les martilleaba y la sangre se les desbocaba y percutía en las sienes al verlo. Se les secaba la boca y se veían tartamudeando estupideces y diciendo lo que fuese con tal de complacerlo o llamar su atención. Cuando llegaban a casa escribían poemas que destruían al instante y en los que rimaban «ojos» con

«sonrojo», «boca» con «biloca», «pecho» con «lecho» y «pasión» con «estrujón».

A diferencia de muchos nacidos con el genial privilegio de la belleza, Ganimedes no era malhumorado, quisquilloso ni consentido. Sus modales eran encantadores y nada afectados. Cuando sonreía, su sonrisa era amable y sus ojos ambarinos se iluminaban con una amistosa calidez. Quienes lo conocían mejor decían que su belleza interior igualaba o superaba su belleza exterior.

De no haber sido un príncipe es probable que su sorprendente aspecto hubiese armado mucho alboroto y se le hubiese hecho imposible vivir. Pero al ser el hijo preferido de un gran gobernador nadie se atrevía a seducirlo, y vivía una vida intachable entre caballos, música, deportes y amigos. Se suponía que un día el gran rey Tros lo emparejaría con una princesa griega y que se convertiría en un hombre atractivo y viril. La juventud es algo efímero, a fin de cuentas.

No habían contado con el Rey de los Dioses. Si Zeus oyó rumores sobre aquel deslumbrante faro de belleza juvenil o si lo vio por casualidad no se sabe. Lo que importa dejar por escrito es que el dios se encolerizó de puro deseo. A pesar del linaje real de aquel importante mortal, a pesar del escándalo que causaría, a pesar de la ira segura y de la rabia celosa de Hera, Zeus se transformó en águila, se lanzó en picado, agarró al chico por los talones y se lo llevó volando al Olimpo.

Fue un acto horrible, pero aún más sorprendente es saber que se trató de algo más que un arrebató de lujuriosa lascivia. La verdad es que parecía tener algo que ver con auténtico amor. Zeus adoraba al chico y quería estar con él a todas horas. Sus actos de amor físico no hacían sino reforzar dicha adoración. Le concedió el don de la inmortalidad y la eterna juventud y lo hizo su copero personal. Desde entonces hasta el final de los tiempos sería siempre Ganimedes, aquel cuya belleza de formas y alma tanto había cautivado al dios. El resto de los dioses, con la inevitable excepción de Hera, dieron la bienvenida a los cielos al joven. Era imposible que no te gustase: su presencia iluminaba el Olimpo.

Zeus envió a Hermes al rey Tros con unos caballos divinos como regalo para compensar a la familia por su pérdida.

–Tu hijo es un añadido bien recibido y amado en el Olimpo –le dijo Hermes–. No morirá nunca y, a diferencia de cualquier mortal, su belleza exterior siempre coincidirá con la interior, lo que significa que siempre estará satisfecho. El Padre Cielo lo ama al máximo.

Bueno, el rey y la reina de Troya tenía otros dos hijos y aquellos caballos la verdad es que eran el mejor regalo del mundo, no valía la pena mirarles el dentado, y si su Ganimedes tenía que ser un miembro inmortal de los olímpicos y Zeus lo amaba de verdad...

¿Pero el chico adoraba a Zeus? Eso cuesta mucho saberlo. Los antiguos creían que sí. Se le suele representar sonriente y feliz. Se convirtió en símbolo de una particular forma de amor del mismo sexo que había de terminar siendo una parte crucial de la vida griega. Su nombre, por lo visto, era una especie de juego de palabras deliberado, que venía de *ganumai*, «regocijarse», y *medon*, «príncipe» y/o *medeon*, «genitales». «Ganimedes», el príncipe regocijante con los genitales regocijantes, se transformó con el tiempo en el retruécano «catamito».

Zeus y Ganimedes estuvieron juntos como una feliz pareja durante mucho tiempo. Evidentemente, el dios era tan infiel a Ganimedes como a su propia esposa, pero aun así terminaron siendo casi elementos fijos.

Cuando el reino de los dioses estaba tocando a su fin, Zeus recompensó a este hermoso joven, su devoto compinche, amante y amigo, enviándolo a los cielos como constelación en la parte más importante del firmamento, el zodiaco, donde brilla todavía como Acuario, el Escanciador.

Los amantes de la aurora

Unas pocas palabras sobre dos hermanas inmortales. Hemos conocido de pasada a Eos (o AURORA, como la llamaban los romanos) y hemos sabido que su tarea consistía en comenzar cada día abriendo de par en par las puertas que permitían el paso primero del dios Apolo y luego de su hermano Helios guiando el carro del sol. Su hermana Selene (LUNA para los romanos) guiaba el equivalente nocturno, el carro de la luna, por el cielo de la noche. Con Selene, Zeus había engendrado dos hijas, PANDIA (a la que los

atenienses celebraban cada luna llena) y ERSA (a veces HERSE), la personificación divina del rocío.

Eos se enamoró varias veces. Un excelente y heroico joven llamado CÉFALO le llamó la atención y lo raptó. No le dio importancia al hecho de que estuviese apalabrado (casado, de hecho) con PROCRIS, hija de Erecteo, primer rey de Atenas (consecuencia del semen derramado de Hefesto), y su reina, PRAXITEA. A pesar de su radiante belleza y del lujoso palacio solar en el que lo instaló, resultó que el secuestrado Céfalo echaba muchísimo de menos a su esposa Procris. Independientemente de las argentinas artes amatorias que la diosa del amanecer emplease, no lograba excitarlo. Decepcionada y humillada, accedió a devolvérselo a su esposa. Los celos y el orgullo herido no dejaban de bullir en su interior. ¿Cómo se atrevía a preferir a una humana antes que a una diosa? La idea de que una mujer ordinaria pudiese estimular a Céfalo mientras que su ser divino lo dejaba frío...

Con despreocupación malévol, comenzó a meterle dudas en la cabeza al hombre.

–Bueeeno –suspiró, sacudiendo la cabeza apenada conforme iban acercándose a su casa–, me entristece pensar en cómo la mosquita muerta de Procris se habrá comportado durante tu ausencia.

–¿A qué te refieres?

–Ah, la de hombres a los que habrá estado entreteniendo. No soporto ni pensarlo.

–¡Qué poco la conoces! –le replicó Céfalo con cierto acaloramiento–. Es tan fiel como hermosa.

–¡Ja! –dijo Eos–. Solo hacen falta peculio y palique.

–¿Cómo?

–Un poco de labia y unas monedas de plata hacen del más virtuoso un traidor.

–Qué cínica eres.

–Me levanto con la primera luz del día y veo lo que hace la gente a oscuras. Lo mío no es cinismo, es realismo.

–Pero tú no conoces a Procris –insistió Céfalo–. No es como otros. Es fiel y honesta.

–¡Bah! Se encamaría con cualquiera en cuanto te dices la vuelta. Vamos a

hacer una cosa... –Eos se detuvo, como si se le acabase de ocurrir una idea–. Y si vas a su encuentro disfrazado, ¿eh? Muéstrate dispuesto, aturúllala con cortesías, dile que la amas, regálale cuatro fruslerías... Seguro que cae rendida a tus pies.

–¡Jamás!

–Como quieras, pero... –Eos se encogió de hombros y señaló la orilla por la que habían caminado–. Anda, mira..., un revoltijo de ropas y un casco. Imagínate si tuvieses una barba también...

Eos se esfumó y en ese preciso instante Céfalo se dio cuenta de que tenía barba. La muda que inexplicablemente había aparecido en medio del camino parecía hacerle señas.

A pesar de sus protestas, las palabras de Eos le habían metido la duda en la cabeza. Al colocarse aquel absurdo disfraz, Céfalo se dijo que no cedía a su duda, sino que más bien iba a demostrar a Eos que su cinismo iba errado. Procris y él le gritarían por la mañana temprano mientras el cielo se volvía rosa: «¡Qué equivocada estabas, diosa del amanecer!», le espetarían: «Qué poca comprensión de un corazón mortal enamorado.» Palabras en ese sentido. Así aprendería.

Poco rato después, Procris abrió la puerta a un atractivo desconocido barbado, encascado y entogado. Tenía una pinta un poco demacrada y macilenta. La repentina e inexplicable desaparición de su marido había sido un tremendo golpe para ella. Antes de que le diese tiempo a preguntarle nada al visitante, no obstante, Céfalo se abrió paso en la casa y despidió a los criados.

–Eres una mujer muy hermosa –le dijo con un marcado acento tracio.

Procris se ruborizó.

–Señor, he de...

–Ven, vamos a sentarnos en este diván.

–La verdad es que no puedo...

–Ven, nadie nos ve.

Procris era consciente de que era sobrepasar los límites de la hospitalaria *xenia* un poco más de lo requerido, pero terminó accediendo. Aquel hombre era tan insistente...

–¿Qué hace una belleza como tú sola en una casa tan grande? –Céfalo

cogió un higo de un cuenco de cobre, le dio un mordisco lascivo y balanceó la blanda y jugosa mitad restante ante los ojos de Procris.*

–¡Señor!

En el momento en que su boca se abría para protestar, Céfalos le metió el pulposo higo.

–Una estampa como para enardecer a los mismísimos dioses –dijo el hombre–. ¡Sé mía!

–¡Estoy casada! –trató de decir la mujer entre las semillas y la pulpa.

–¿Casada? ¿Eso qué es? Yo soy rico y te daré las joyas y adornos que me pidas con tal de que te entregues. Eres tan hermosa... Y te amo.

Procris se calló. Sería que trataba de tragarse lo que quedaba del higo. Tal vez se sintió tentada por el ofrecimiento de riquezas. Quizás la conmovió aquella súbita declaración de amor. La pausa fue lo suficientemente larga como para provocar la ira de Céfalos, que se arrancó el disfraz para revelarse.

–¡Así que esto es lo que sucede cuando estás sola! –vociferó–. ¡Mujer deshonesto, falso!

Procris se lo quedó mirando incrédulo.

–¡Céfalos! ¿Eres tú?

–¡Sí! ¡Sí, soy tu pobre marido! Así te comportas cuando no estoy. ¡Vete! Fuera de mi vista, infiel Procris. ¡Largo de aquí!

Se adelantó sacudiendo en alto el puño, y la aterrorizada Procris huyó. Salió de la casa, se metió en el bosque y no se paró hasta derrumbarse de agotamiento en las fronteras de una arboleda sagrada de Artemisa.

La diosa descubrió a Procris allí tendida al día siguiente y la convenció para que le contase lo sucedido.

Durante un año y un día estuvo con la divina cazadora y su séquito de fieras damas, pero finalmente no pudo soportarlo más.

–Artemisa, has cuidado de mí, me has instruido en las artes de la caza y me has enseñado que a los hombres siempre hay que rehuirlos. Pero no puedo mentirte: en el fondo amo a mi marido Céfalos como nunca. Me trató mal, pero el mal trato que me dispensó venía del gran amor que siente por mí y ansío perdonarlo y yacer entre sus brazos, ser de nuevo su esposa.

A Artemisa la entristeció ver que se marchaba, pero estaba de un humor caritativo. No solo permitió a Procris volver con su marido sin arrancarle los

ojos y dárselos a comer a los cerdos (actos que para nada le resultaban ajenos), sino que le otorgó dos regalos extraordinarios para que se los entregase a Céfalo como ofrenda de paz.

Láilape y Álopex Teumesia

Uno de los regalos que recibió Procris fue un extraordinario perro llamado LÁILAPE, que tenía el poder de atrapar cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa que persiguiese. Lo ponías a perseguir a un ciervo, un jabalí, un oso, un león o incluso a un ser humano y no dejaba de traerte a su presa. El segundo regalo, de igual valor, era una jabalina que siempre acertaba en el blanco. Aquel que se hallase en posesión de ambas cosas podía proclamarse con todo el derecho el mayor cazador entre los mortales. No es de extrañar que Céfalo recibiese complacido a su esposa, cargada con tales regalos, en su hogar, su seno y su lecho.

La reputación de Céfalo aumentó y aumentó a partir de entonces: los rumores de su destreza cinegética circulaban con reverencia de reino en reino. La noticia llegó a oídos del regente tebano CREONTE.* Como tantas veces en su ignorada historia, Tebas se encontraba en aquel momento bajo un flagelo, en aquel caso el de una feroz zorra, llamada entre los vecinos la Arpía Cadmea y temida por todo el mundo griego como la ÁLOPEX TEUMESIA, la Zorra Teumesia, una merodeadora cuya habilidad especial consistía en que había sido dispuesto por los dioses que jamás pudiese ser atrapada, indiferentemente de cuántos perros, caballos u hombres la rastreasen o persiguieran. Se pensaba que aquel terror vulpino lo había liberado Dioniso, todavía sediento de venganza sobre la ciudad que había rechazado y se había burlado de su madre Semele.

Un Creonte cada vez más desesperado, al oír hablar de los poderes casi sobrenaturales de Céfalo y su perro maravilloso, Láilape, envió mensajeros a Atenas a suplicarle que le prestase el animal. Céfalo accedió de buen grado, y lo pusieron enseguida ante el rastro de la zorra.

La debacle que se sucede a continuación revela una maravillosa cualidad de la mente griega: su fascinación por la paradoja. ¿Qué pasa cuando una

zorra imposible de capturar es perseguida por un perro del que es imposible escapar? Se trata de un problema comparable al de la fuerza irresistible opuesta a un objeto inamovible.

La Arpía Cadmea dio vueltas y vueltas mientras Láilape volaba a la carrera pisándole los talones, pues ninguna presa podía escapársele. Supongo que todavía hoy seguirían atrapados en ese bucle si Zeus no hubiese hecho algo al respecto.

El Rey de los Dioses bajó la mirada y reflexionó sobre el extraño caso autocontradictorio, que representaba una ofensa al buen discurrir y al sentido común, y que subvertía tan humillantemente las nociones encarnadas en el espléndido término griego *nous*. La autoridad de Zeus contaba con el respaldo de una norma previa que decía que ningún dios tenía el poder de deshacer los hechizos divinos de otro. Esto suponía que el perro y la zorra estaban condenados a aquella condición imposible a perpetuidad, convirtiéndose en una ridiculización pública del orden de las cosas. Zeus resolvió el problema transformando a la zorra y al perro en piedra. De esta manera permanecen congelados en el tiempo, sus posibilidades perfectas irrealizadas eternamente, sus destinos por siempre irreconciliados. A largo plazo, incluso esta situación de bloqueo parecía desafiar el sentido común, así que los catasterizó (los elevó al cielo) y los convirtió en las constelaciones conocidas como Can Mayor y Can Menor.

Céfalo y Procris, siento decirlo, no prosperaron demasiado. Sin Láilape, aunque armado aún con la jabalina encantada que jamás fallaba en el blanco, a Céfalo no le interesaba otra cosa que vagar por las colinas y valles que rodeaban Atenas cazando lo que se cruzase a su paso. Una tarde calurosísima, después de tres horas de perseguir y lanzar, cansado y cubierto de sudor, se tendió a echar una cabezada. El calor del día, incluso a la sombra de su roble favorito, lo incomodaba.

–Ven, Céfiro –llamó perezosamente al Viento del Oeste–, déjame sentirte en la piel. Abrázame, cálmame, alíviame, aplácame, juega conmigo...

Por pura casualidad, Procris había ido a donde estaba Céfalo para llevarle un plato con olivas y un poco de vino. Cuando se acercaba, oyó las últimas palabras de su marido: «déjame sentirte en la piel. Abrázame, cálmame, alíviame, aplácame, juega conmigo...». ¿Después de aquel numerito de cólera

posesiva que le montó la estaba engañando? ¡Procris no podía creer lo que oía! Se le cayeron el plato y el pellejo de vino de los dedos dormidos y dio un respingo involuntario.

Céfalo se incorporó. ¿Qué era aquel tambaleo entre los matorrales? ¡Aquel husmear! ¡Un cerdo, por los cielos! –Alargó la mano para coger la jabalina y la lanzó contra los arbustos donde había surgido aquel ruido. No tuvo ni que apuntar con cuidado. La jabalina encantada lo haría por su cuenta.

Lo hizo. Procris expiró en sus afligidos brazos.

Un cuento encantadoramente extraño y desgraciado.* Todo esto sucedió, conviene que recordemos, simplemente porque Eos decidió secuestrar a un mortal atractivo.

Endimión

Céfalo no fue el único jovencito al que una hermana de Eos echó el ojo. Una noche, mientras Selene surcaba el cielo del oeste de Asia Menor en su carro de plata, descubrió a lo lejos a ENDIMIÓN, un joven pastor de gran belleza tendido desnudo y profundamente dormido en una ladera delante de una cueva del monte Latmos. La visión de aquellos esplendorosos miembros plateados por sus rayos lunares y la atrayente y seductora sonrisa que afloraba a sus labios mientras soñaba llenaron a Selene de tal deseo que le suplicó a Zeus, padre de Endimión, que se asegurase de que no cambiara jamás. Quería verlo en aquella actitud exacta cada noche. Zeus le concedió el deseo. Endimión se quedó tal cual estaba, paralizado en un sueño eterno. Cada luna nueva, el día del mes lunar en que el carro no podía verse, Selene bajaba y le hacía el amor al chico dormido. Esta práctica conyugal tan poco convencional no le impidió dar a luz cincuenta hijas. Os dejaré imaginar los pormenores prácticos, las posturas y posiciones que la cosa permitía.

Una relación extraña, pero que al fin y al cabo funcionó e hizo feliz a Selene.*

EOS Y TITONO

La vida amorosa de Eos, la hermana de Selene, siguió siendo tumultuosa. Poco tiempo atrás, la diosa del amanecer había salido de un lío tremendamente desastroso con el dios de la guerra. Cuando Afrodita, la celosa amante de Ares, descubrió el asunto se prometió en lo más hondo que Eos jamás encontraría la felicidad en el único reino en el que ella era soberana: el amor.

Eos era una titánide de pura cepa dotada de todos los apetitos de su raza. Es más: como portadora del amanecer, creía en la esperanza, la promesa y la oportunidad que anunciaban un nuevo día. Y así, a lo largo de los años, fue dando tumbos de una relación a otra con trágico optimismo; sobre cada una pesaba la maldición de Afrodita, de la que Eos era despreocupadamente ignorante.

Aquella Eos asaltacunas se sentía especialmente atraída por muchachitos mortales: igual que antes había secuestrado a Céfalo, repitió con un joven llamado CLEITO. Aquello llevó a una dolorosa ruptura, porque aquel era un mortal y murió en lo que a ella se le antojó un abrir y cerrar de ojos.

Algo debía flotar en el ambiente de Troya por aquella época. LAOMEDONTE, el sobrino del estimado copero de Zeus, Ganimedes,* tenía un hijo llamado TITONO, que al hacerse mayor fue casi tan hermoso como su tío segundo. Titono era quizás un poco más delgado, esbelto y bajo de estatura que Ganimedes, pero eso no lo hacía menos deseable. Tenía una dulzura al reír muy suya y era por ello encantador e irresistible. Te daban ganas de abrazarlo y quedártelo para siempre.

Una tarde Eos vio a este muchacho exquisito caminando por la playa fuera de las murallas de Ilio. Sus innumerables devaneos, secuestros, antojos y calentones, incluso el lío con Ares..., no habían sido, ahora se daba cuenta, más que caprichos infantiles, ilusiones absurdas. Aquello iba en serio. Vaya que sí.

Amor a primera vista

Cuando Eos se le acercó andando por la arena, Titono levantó la mirada y se enamoró casi al instante y por entero igual que ella. Se cogieron directamente de las manos, sin siquiera haber intercambiado una palabra, y caminaron de aquí para allá por la orilla como hacen los enamorados.

–¿Cómo te llamas?

–Titono.

–Yo soy Eos, el amanecer. Vente conmigo al Palacio del Sol. Vive conmigo y sé mi amante, mi marido, mi igual, mi señor, mi súbdito, mi todo.

–Eos, así haré. Soy tuyo para siempre.

Se rieron e hicieron el amor mientras las olas rompían sobre ellos. Los rosados dedos de Eos encontraron maneras de volver loco de júbilo a Titono. Por su parte, ella estaba convencida de que esta vez sabría hacer que funcionase.

Sus apartamentos de coral, perla, ágata, mármol y jaspe en el Palacio del Sol se convirtieron en el hogar de ambos. Pocas parejas han sido tan felices. Sus vidas eran plenas. Lo compartían todo. Se leían poesía el uno al otro, iban a dar largos paseos, escuchaban música, bailaban, montaban a caballo, se sentaban en amigable silencio, se reían y hacían el amor. Cada mañana la contemplaba orgulloso mientras ella abría las puertas para dejar salir a Helios y su estruendoso carro.

La bula

Sin embargo, había un problema que angustiaba a Eos. Era consciente de que un día su hermoso y bienamado mortal le sería hurtado, como había pasado con Cleito. La sola idea de su muerte le causaba una desesperación interior que era incapaz de disimular.

–¿Qué sucede, amor mío? –le preguntó Titono una tarde, al sorprender su lindo semblante con el ceño fruncido.

–Tú confías en mí, ¿verdad, cariño mío?

–Siempre y por completo.

–Mañana por la tarde voy a salir. Volveré en cuanto pueda. No me

preguntas adónde voy ni por qué.

Su destino era el Olimpo y una audiencia con Zeus.

–Inmortal Padre del Cielo, Señor del Olimpo, Recolector de Nubes, Portador de Tormentas, Rey de Todos los...

–Sí, sí, sí. ¿Qué quieres?

–Me urge una bula, gran Zeus.

–Claro que te urge una bula, cómo no. Nadie de la familia me visita por otra razón. Siempre bulas. Bulas, bulas, bulas y nada más que bulas. ¿Esta vez qué es? Algo relacionado con ese muchacho troyano, supongo.

Un poco chasqueada por el comentario, Eos insistió:

–Sí, señor temido. Ya sabes cómo se pasa cuando nos unimos a un joven mortal... –Se permitió una mirada hacia Ganimedes, que estaba en pie al lado del trono de Zeus, siempre listo para rellenar la copa de néctar. Ganimedes sonrió y bajó la mirada ruborizándose hermosamente.

–Sí..., ¿y? –Zeus había empezado a hacer tamborilear los dedos en el reposabrazos del trono. Aquello nunca era buena señal.

–Un día Tánatos vendrá a por mi príncipe Titono y no voy a poder soportarlo. Te pido que le concedas la inmortalidad.

–Ah. ¿Eso? La inmortalidad, ¿eh? ¿Nada más? Inmortalidad. Hum. Sí, no veo por qué no. La inmunidad a la muerte. ¿Solo eso quieres?

–Bueno, sí, señor, nada más.

¿Qué otra cosa podía haber? ¿Acaso lo había pillado de buenas? Le empezó a latir el corazón satisfecho.

–Concedido –dijo Zeus con una palmada–. A partir de este momento, tu Titono es inmortal.

Eos se levantó de un salto de su postración suplicante con un gritito de júbilo y se adelantó corriendo a besarle la mano a Zeus. Este pareció tremendamente satisfecho también y le sonrió mientras aceptaba la muestra de gratitud.

–No, no. Un placer. Estoy convencido de que ya volverás a darme las gracias de nuevo muy pronto.

–Pues claro, si eso es lo que quieres. –Se le antojó una petición extraña.

–Ah, seguro que vienes de nuevo de aquí a nada –dijo Zeus, todavía incapaz de contener una sonrisa. No sabía qué le había metido aquella idea

maligna en la cabeza. Pero nosotros sabemos que era la maldición de Afrodita en su actividad implacable.

Eos se apresuró de vuelta al Palacio del Sol donde su adorado esposo esperaba pacientemente su regreso. Cuando le contó las noticias, él la abrazó y ella lo abrazó a él y bailaron por el palacio armando tanto alboroto que Helios golpeó las paredes y gruñó que algunos tenían que levantarse antes del amanecer.

Ten cuidado con lo que deseas

Eos dio a luz a dos hijos de Titono: EMATIÓN, que habría de gobernar Arabia, y MEMNÓN, que al hacerse mayor se convirtió en uno de los mayores y más temidos guerreros de todo el mundo antiguo.

Una tarde, Titono estaba tumbado con la cabeza en el regazo de Eos mientras esta se enredaba los dorados cabellos entre los dedos. Tarareaba en voz baja ella, pero se interrumpió con un repentino siseo de sorpresa.

—¿Qué sucede, amor mío? —murmuró Titono.

—¿Tú confías en mí, verdad, cariño mío?

—Siempre y por completo.

—Mañana por la tarde me marchó. Volveré tan pronto como pueda. No me preguntes adónde ni por qué me voy.

—¿Esta conversación no la habíamos tenido ya?

Su destino era el Olimpo y otra audiencia con Zeus.

—¡Ja! Ya te dije que volverías, ¿no? ¿Lo dije o no, Ganimedes? ¿Cuáles fueron mis palabras exactas, Eos?

—Dijiste: «Estoy convencido de que volverás a darme las gracias de nuevo muy pronto.»

—Eso dije. ¿Qué es esto que me enseñas?

La mano de Eos estaba tendida hacia Zeus. Sostenía algo entre el tembloroso índice y el tembloroso pulgar. Era un filamento de plata.

—¡Mira! —le dijo con voz entrecortada.

Zeus le echó un vistazo.

—Parece un pelo.

–Es un pelo. De la cabeza de mi Titono. Es gris.

–¿Y?

–¡Señor mío! Me lo prometiste. Me juraste que concedías la inmortalidad a Titono.

–Y eso hice.

–Entonces, ¿cómo explicas esto?

–La bula que pediste fue la inmortalidad e inmortalidad fue la bula que te concedí. Tú no dijiste nada sobre el envejecimiento. No me pediste la juventud eterna.

–Yo... tú... pero... –Eos tartamudeó reculando, consternada–. ¡No puede ser!

–«Inmortalidad», dijiste. ¿No es así, Ganimedes?

–Sí, mi señor.

–Pero yo di por hecho... O sea, ¿no es obvio lo que quería decir?

–Lo siento, Eos –dijo Zeus poniéndose en pie–. No se puede esperar que interprete cada una de vuestras peticiones. No morirá. La cosa es esa. Siempre estaréis juntos.

Eos se quedó sola, con el pelo arrastrando por el suelo mientras sollozaba.

El saltamontes

El leal Titono y aquellos dos hijos moviditos suyos dieron la bienvenida a Eos a su regreso. Ella hizo cuanto pudo por ocultar su aflicción, pero Titono notó que algo la inquietaba. Aquella noche, cuando los chicos se fueron a dormir, se la llevó a la terraza y le sirvió una copa de vino. Se sentaron y contemplaron las estrellas un rato antes de hablar.

–Eos, amor mío, mi vida. Sé qué es lo que no me cuentas. Lo veo. Me lo dice el espejo cada día.

–¡Ay, Titono! –Ella enterró la cara en su pecho y sollozó hasta quedarse seca.

Pasó el tiempo. Cada mañana Eos llevaba a cabo su tarea y abría las puertas a un nuevo día. Los chicos crecieron y se marcharon de casa. Los

años se sucedieron con la inevitabilidad despiadada que ni los dioses pueden alterar.

El poco pelo que le quedaba a Titono en la cabeza era ahora blanco. La edad lo había arrugado, encogido y debilitado tremendamente, aunque seguía sin poder morir. Su voz, un día tan melodiosa y dulce al oído, se había vuelto un áspero, reseco carraspeo. La piel y la complexión se le habían echado a perder de tal manera que a duras penas era capaz de caminar.

Seguía a la bella y siempre joven Eos a todas partes tan leal y amoroso como siempre.

–Por favor, apiádate de mí –le insistía entre pitos y ronquidos–. Mátame, aplástame, deja que se acabe todo, te lo ruego.

Pero ella ya ni le entendía. No oía más que roncros trinos y gorjeos. Por dentro, sin embargo, adivinaba perfectamente lo que debía de estar intentando decirle.

Eos tal vez no tuviese la habilidad de conceder la inmortalidad ni la eterna juventud, pero tenía el poder divino suficiente para poner fin de alguna manera al sufrimiento de su amado. Una tarde, cuando le pareció que ni ella ni él lo soportaban más, cerró los ojos, se concentró, y entre lágrimas observó cómo en el cuerpo encogido de Titono se operaban los pocos cambios necesarios para transformarlo de anciano ajado a saltamontes.*

Bajo esta nueva forma, Titono saltó del frío mármol del suelo al alféizar del balcón antes de precipitarse en la noche. Eos lo vio a la fría luz de su hermana Selene, aferrado a una larga brizna de hierba que se balanceaba en la brisa nocturna. Sus patas traseras rasgueaban un sonido que bien podría haber sido un agradecido chirrido de despedida. Se le caían las lágrimas y en algún sitio, a lo lejos, se oyó la risa de Afrodita.*

EL FLORECIMIENTO DE LA JUVENTUD

La historia de Eos y Titono puede ser considerada una especie de tragedia doméstica. El mito griego nos propone varias historias de amor entre dioses y mortales que casi siempre encajan en el género del «amor condenado al fracaso», a veces con un elemento de comedia romántica, farsa u horror añadido a la receta. En estos líos amorosos los dioses siempre parecen declararse con flores. El término griego para decir flores es *anthos...*, de manera que lo que sigue es, más que literalmente, una antología romántica.

Jacinto

Jacinto, un hermoso príncipe espartano, tuvo la mala fortuna de ser amado por dos divinidades: Céfiro, el Viento del Oeste, y el dorado Apolo. Jacinto prefería con mucho al bello Apolo, de modo que rechazó repetidamente las intimaciones juguetonas pero cada vez más feroces del viento.

Una tarde, Apolo y Jacinto competían en unas pruebas atléticas cuando Céfiro, en un ataque de rabia celosa, desvió el disco de Apolo de un soplado, enviándolo directo y a toda velocidad contra Jacinto. Lo golpeó con fuerza en la frente y lo mató en el acto.

Abrumado por el dolor, Apolo impidió a Hermes que transportase el alma del joven al Hades, y en lugar de eso mezcló la sangre mortal que manaba de la frente de su adorado con sus divinas y fragantes lágrimas. Este jugo embriagador empapó la tierra y de allí brotaron las exquisitas y perfumadas flores que llevan el nombre de jacinto hasta nuestros días.

Croco y Esmílax

Croco fue un joven mortal que languideció en vano por la ninfa ESMÍLAX. Por pura piedad, los dioses (no sabemos cuál, realmente) lo

convirtieron en la flor del azafrán que llamamos *crocus*, mientras que ella se transformó en una vid espinosa muchas especies de la cual siguen floreciendo bajo el nombre de *Smilax*.

Según otra versión de este mito, Croco era el amante y compañero del dios Hermes, quien accidentalmente lo mató con un disco y, apenado, lo transformó en una flor de azafrán. Esta historia es tan similar a la de Apolo y Jacinto que uno se pregunta si el poeta se emborrachó o se hizo un lío.

Afrodita y Adonis

Hubo un rey de Chipre llamado TÍAS que era famoso por su buen porte. Él y su esposa CENCREIS tuvieron una hija, ESMIRNA, también conocida como MIRRE o MIRRA, que creció albergando un amor incestuoso por su atractivo padre.

Bueno, Chipre era sagrado para Afrodita, por ser la primera isla en la que puso pie tras su nacimiento de la espuma del mar, y fue una rencorosa Afrodita quien insufló a Esmirna aquel deseo antinatural por su propio padre. Por lo visto, la diosa se había ofendido por la escasez de plegarias y sacrificios en su honor por parte del rey Tías. Se había descolgado con la temeridad de abrir un nuevo santuario dedicado a Dioniso, un culto que se estaba popularizando entre los isleños. Afrodita contemplaba el descuido de sus templos como el peor crimen posible, mucho mayor que el incesto. En las mentes de los mortales, sin embargo, incluso para los chipriotas más decadentes y que destacaban por su *laissez-faire*, el incesto era uno de los tabús más graves. Una angustiada Esmirna intentó ahogar sus sentimientos de culpa. Pero Afrodita, que realmente parecía decidida a sembrar cizaña, hechizó a HIPÓLITA, criada de Esmirna, y precipitó todo aquello en una crisis alarmante.

Una tarde, cuando Tías estaba bien borracho, como le gustaba hacer desde que descubrió las virtudes vinosas del dios Dioniso, Hipólita, bajo el hechizo de Afrodita, llevó a Esmirna a la alcoba del padre y la metió en su cama. El rey le hizo el amor avariciosamente a su hija, demasiado embriagado como para cuestionarse su buena fortuna. En la oscuridad de la noche y entre las

nieblas del vino no logró reconocer al fruto de sus propias entrañas; solo sabía que una chica joven, deseable y apasionadamente cumplidora había aparecido para complacerlo como si de un divino súcubo se tratase.

Tras una semana de aquellas intensas y alegres visitaciones, Tías se despertó una mañana con la determinación de saber más de ella. Hizo correr el rumor de que recompensaría con una montaña de oro a quien descubriese la identidad de la misteriosa desconocida que últimamente hacía sus noches tan salvajemente placenteras.

Esmirna había dejado desbocarse su pasión en una especie de sueño loco de lujuria, pero cuando se enteró de que toda Chipre trataba de averiguar el secreto de sus visitas nocturnas a Tías, se escapó del palacio y se escondió en el bosque. Quería morir, pero no podía renunciar al niño que ya notaba crecer en su interior. Clamando contra las leyes del hombre, que hacían de su amor algo criminal, suplicó al cielo que se apiadase de ella.* En respuesta a su plegaria, los dioses la transformaron en un árbol de mirra.

A los diez meses, el árbol se abrió por la mitad y desembuchó un bebé mortal. Las náyades ungióron al niño con las suaves lágrimas que exudaba la mirra –un bálsamo que todavía hoy es fuente de los aceites de nacimiento y coronación más importantes– y le dieron el nombre de Adonis.

El bebé de Esmirna creció hasta hacerse un muchacho de un atractivo físico sin parangón. Ay, queridos, he escrito esto mismo demasiadas veces como para que me creáis una más. Pero es verdad que todo aquel que posaba la mirada sobre él quedaba fascinado para siempre, y es verdad también que su nombre pervive como modelo de belleza masculina. Como mínimo, lo que necesitamos saber es que Adonis era lo bastante hermoso como para atraer, como ningún otro mortal hubiese conseguido atraer, a aquella que tanto había hecho por provocar su nacimiento: la diosa del amor y la belleza misma, Afrodita.

Se hicieron amantes. Había sido un tortuoso y complicado camino el de este emparejamiento: la diosa, por espíritu de mezquina venganza, había hecho que el padre cometiese un acto prohibido con su hija que había devenido en la existencia de un niño que Afrodita amaba quizás más que a ningún otro ser. Una vida entera de terapia seguramente no lograría limpiar semejante desastre psíquico.

Lo hacían todo juntos, Adonis y Afrodita. Ella era consciente de que el resto de los dioses odiaba al chico: Deméter y Artemisa no soportaban a tantas muchachas enamoradas hasta el hartazgo, Hera lo desaprobaba impasiblemente por tratarse de una cuestión de afrenta a las sagradas instituciones de la familia y el matrimonio tan vergonzante y flagrantemente indecente, mientras que Ares estaba tremendamente celoso de la intensa fascinación de su amante. Afrodita percibía todo esto y decidió mantener a salvo a Adonis de lo que fuese que su rencorosa familia pudiera hacerle.

Dado que su apreciado amante mortal, como la mayoría de los chicos y los hombres griegos, demostraba una gran pasión por la caza, la protectora Afrodita le dijo que, si bien era libre para cazar presas de un tamaño manejable y de una ferocidad limitada –liebres, conejos, palomas y pichones, por ejemplo–, le estaba completamente prohibido perseguir leones, osos, jabalíes y los venados más grandes. Pero los chicos son como son, y cuando no hay chicas a la vista no pueden evitar volver a las andadas y fanfarronear. Y así resultó que, una tarde, el amado de Afrodita se vio solo siguiendo el rastro de un gran jabalí (hay quien dice que el jabalí era, de hecho, el mismísimo Ares disfrazado). Adonis arrinconó al animal, y ya estaba echando atrás la lanza, listo para matarlo, cuando este dio media vuelta con un salvaje rugido, los colmillos desenfundados. Adonis dejó caer la lanza al recular de un salto, pero era un joven valeroso y se las arregló para recuperar el equilibrio y plantar los pies con suficiente firmeza para aguardar la embestida del jabalí. Al adelantarse el animal, Adonis giro sobre sí mismo con un gesto grácil de bailarín –el bicho le pasó rozando y Adonis lo agarró por el pescuezo al pasar–. Pero el jabalí era astuto. Dejó caer la cabeza en el suelo, haciendo creer al chico que lo había sometido. Adonis se arrodilló apretando con una mano la cabeza del animal mientras con la otra se palpaba en busca del cuchillo que llevaba en el cinturón. El jabalí vio su oportunidad y sacudió la cabeza con un gruñido, alzando y removiendo los enormes colmillos. Le abrió el estómago al muchacho y este cayó, mortalmente herido, al suelo.

Afrodita llegó a tiempo de ver a su amado desangrándose hasta morir y al jabalí –¿o era Ares?– gruñendo triunfal mientras huía galopando hacia las profundidades del bosque. No había nada que pudiera hacer la sollozante

diosa más que abrazar a Adonis y mirarlo mientras daba sus últimos estertores. De su sangre y de las lágrimas de la diosa brotaron unas anémonas rojas brillantes que llevan el nombre de los vientos (*anemoi* en griego) que tan rápidamente dispersaron los pétalos de aquella exquisita y bella flor, que es famosa por tener una vida tan corta como la juventud y tan frágil como la belleza.*

ECO Y NARCISO

Tiresias

La historia más conocida en la que aparece la transformación de un joven en flor comienza con una madre preocupada que lleva a su hijo a ver a un profeta. Así como había augures y sibilas que hablaban en nombre de los divinos oráculos, existían ciertos seres mortales escogidos a los que los dioses habían obsequiado con el don de la profecía. Organizar una consulta con uno de ellos no se diferenciaba de concertar una visita con el médico.

Los dos adivinos más celebrados del mito griego fueron CASANDRA y TIRESIAS. Casandra era una profetisa troyana sobre la cual pendía la maldición de ser siempre absolutamente precisa en sus pronósticos y, sin embargo, no ser creída absolutamente en ninguna ocasión. También el tebano Tiresias soportó una existencia estresante. Nacido varón, fue transformado en mujer por Hera como castigo por golpear a dos serpientes que se estaban apareando, por razones que él sabría. Tras siete años sirviendo a Hera como sacerdotisa, a Tiresias le fue devuelta su forma original de hombre, y enseguida Atenea lo dejó ciego por mirarla desnuda mientras se bañaba en el río.* Esta es una de las historias que explica la ceguera, pero yo prefiero la variante en la que se cuenta cómo lo llevaron al Olimpo para que hiciese las veces de árbitro en una apuesta entre Zeus y Hera. Estos dos habían estado discutiendo sobre quién disfrutaba más del sexo, si el hombre o la mujer. Dado que Tiresias, por haber sido tanto hombre como mujer, se encontraba en una posición única para responder a esta cuestión, acordaron que su juicio sería concluyente.

Tiresias declaró que, según su experiencia, el sexo era nueve veces más placentero para las mujeres que para los hombres. Esto enfureció a Hera, que había apostado con Zeus a que los hombres obtenían más placer en el acto. Tal vez basaba su opinión en la inagotable libido de su marido y en su más moderada pulsión sexual. Para su mal, Hera recompensó a Tiresias dejándolo ciego. Un dios no puede deshacer los efectos que provoca otro, así que lo

mejor que pudo hacer Zeus fue otorgarle en compensación la facultad de la clarividencia, el don de la profecía.*

Narciso

Hubo una vez una náyade llamada LIRÍOPE que copuló con el dios del río CEFISO y dio a luz a un hijo, NARCISO, cuya belleza era tan extraordinaria que la hizo temer por su futuro. Liríope sabía lo bastante de la vida como para convencerse de que la belleza extrema era un privilegio horrible, un atributo peligroso que podía conducir a nefastas e incluso fatales consecuencias. Cuando Narciso cumplió quince años y comenzó a atraer atenciones indeseadas, la madre decidió actuar.

–Vamos a ir a Tebas –le dijo– a ver a Tiresias y que te diga la buenaventura.

Y así madre e hijo caminaron durante dos semanas hasta llegar a Tebas y se pusieron a la cola que se formaba cada mañana fuera del templo de Hera para ver al profeta.

–Aunque seas ciego y no puedas ver a mi hijo –le explicó la madre a Tiresias cuando por fin les llegó el turno–, créeme si te digo que todos los que lo ven se quedan aturdidos por su aspecto. Jamás ha pisado la tierra un mortal más hermoso.

Narciso se ruborizó hasta la raíz del rubio pelo y jugueteó con los pies en una agonía de bochorno.

–Conozco lo bastante a los dioses –prosiguió Liríope como para temer que una belleza semejante llegue a ser más una maldición que una bendición. Bien sabe el mundo lo que le sucedió a Ganimedes, a Adonis, a Titono, a Jacinto y a todos esos otros chicos muchísimo menos hermosos que mi hijo. Así que querría que me dijese, gran vidente, si Narciso vivirá una vida larga y feliz. ¿Está en su *moira* que haya de alcanzar satisfecho una edad provechosa?

* Tú, que eres ciego, ves lo que para nosotros es invisible. Dime, te suplico, el destino de mi bienamado hijo.

Tiresias extendió las manos y siguió con los dedos los rasgos de la cara de Narciso.

–No temas –dijo–. Mientras no se reconozca a sí mismo, Narciso vivirá una vida larga y feliz.

Liríope soltó una carcajada.

–¡Mientras no se reconozca a sí mismo! Un pronunciamiento tan extraño no puede ser de ninguna utilidad. ¿Cómo no se va a reconocer uno a sí mismo?

Eco

Dejamos a Liríope dándole las gracias jubilosamente a Tiresias en el templo de Hera en Tebas y recorreremos una corta distancia hasta las faldas del monte Helicón, donde los riachuelos y los prados de la periferia de Tespias bullían con las ninfas más guapas de toda Grecia. Tan guapas que a menudo recibían visitas del propio Zeus, cuya debilidad por una ninfa guapa ya hemos apuntado.

La oréade ECO no era la menos guapa de aquellas, pero además tenía un rasgo de personalidad que provocaba en Zeus y en otros potenciales seguidores un temor: era una charlatana de aúpa. Mezcla de aldeana cotilla, vecina metomentodo y amiguísima hipersolícita, a Eco le era imposible morderse la lengua. Su parloteo no tenía nada de malicioso, de hecho a menudo tomaba la iniciativa de defender a sus amigos, cubrirlos, elogiarlos y describirlos de la manera más favorecedora. Había ahí un elemento de vanidad, porque tenía una voz preciosa, tanto en pronunciación como en melodía. Como mucha gente dotada de una lengua meliflua, le encantaba ejercitarla. La protegía hasta cierto punto la diosa Afrodita, que admiraba su manera de cantar, cosa que hacía siempre para alabar el amor. En resumidas cuentas, Eco era una romántica. Sus detractores podrán tildarla de sentimental e incluso de sensiblera, pastelosa y efusiva, pero no podrán negar sus buenas intenciones y su buen corazón.

A Zeus le gustaba visitar en secreto a las hermanas oréades de Eco y a sus primas náyades, y a Eco le gustaba ser la confidente y mejor amiga de todas. La emocionaba mucho pensar que sus allegadas y compañeras tenían líos con

Zeus, el Recolector de Nubes y Rey de los Dioses en persona. Era un secreto al que le encantaba aferrarse.

Hera siempre había sospechado de las ausencias de Zeus, pero es que además en los últimos tiempos habían sido prolongadas. Un pinzón que le era leal le contó que su marido había estado yendo a las estribaciones más bajas del Helicón, así que una tarde en particular decidió dirigirse hacia allí y ver si era capaz de pillarlo en plena traición. Apenas se había bajado del carro cuando una ninfa de la montaña la abordó cotorreando en plena cháchara pueril. Era Eco dando rienda suelta a su verborrea.

–¡Reina Hera!

Hera alzó las cejas.

–¿Te conozco?

–¡Ay, majestad! –exclamó Eco cayendo de rodillas–. ¡Qué suerte verla por aquí! ¡Qué honor nos hace! ¡Y además en carro! ¿Está permitido dar de comer a los pavos? ¡Mira que tener aquí a toda una diosa del Olimpo! No me acuerdo de la última vez que un olímpico se dignó a echarnos cuenta. Es algo tan...

–Mi marido Zeus sí que es un visitante frecuente de estos bosques y aguas, ¿no?

Eco sabía perfectamente que Zeus no estaba muy lejos de allí, en una orilla y haciendo cosas indecentes con una preciosa ninfa del río. Su amor por la intriga, el drama y el romance la llevó a proteger a la pareja. A fuerza de torrentes mareantes de palabrería vana que sacaba por la boca como una fuente saca agua, condujo los pasos de la diosa en la dirección opuesta al río.

–Hay una encina muy elegante justo en este claro, majestad, que estaba pensando en consagrarle a usted, con su permiso... Disculpe... ¿Zeus? Ah, no, jamás lo he visto aquí.

–¿De verdad? –Hera le clavó a Eco una mirada severa–. Había oído rumores de que estaba aquí ahora. Hoy mismo.

–¡No, no, mi reina! ¡No, no, no! De hecho... un criado de las musas bajó del Helicón no hace ni media hora para sacar agua de nuestro río y comentó que hoy el todopoderoso Zeus está en Tespias, honrando el templo de allí.

–Ah. Ya veo. Bueno, gracias. –Hera asintió cortésmente y, con

incomodidad, volvió a su carro y se perdió entre las nubes. Es mortificante que te vean tratando de pillar a tu marido por ahí.

Eco se largó, satisfecha de haberle sido útil a su compañera ninfa y a Zeus. Para ser justos, hubiese sido igual de feliz en caso de proteger a una pareja de amantes mortales. La deleitaba allanar el camino a todos los amantes de todas partes. Ella jamás había sentido amor, precisamente, salvo el amor de ayudar a otros a amar, que consideraba el más elevado de todos los amores. Tan desinteresada era que ni siquiera se molestó jamás en contarle a Zeus ni a su hermana su útil acto, cosa que alguien deseoso de recompensa no habría dejado de hacer, desde luego. Cantó mientras recogía flores y reflexionó que la vida de una ninfa es una buena vida.

Ecolalia

Al día siguiente, de vuelta en el Olimpo, Hera envió a buscar al pinzón que le había susurrado lo de la infidelidad de Zeus.

–Me mentiste –chilló–. ¡Me has hecho quedar como una tonta!

Hera agarró al pájaro por el pico de manera que apenas podía respirar y estaba a punto de castigarlo de alguna extraña y espantosa manera que habría alterado para siempre nuestra concepción de los pinzones cuando su compañera aleteó alrededor de sus orejas y de su melena llamando valerosamente la atención de la diosa.

–Pero temida reina, ¡te contó la verdad! Yo mismo vi al rey Zeus allí. Incluso mientras hablabas con esa ninfa, Eco, yacía con una náyade a menos de un kilómetro de distancia. Si no me creéis, las mariposas y las garzas pueden decírtelo. Pregunta a las sacerdotisas del templo de Tespías cuándo las ha visitado Zeus por última vez. ¡Hace tres lunas que no se pasa por allí!

Hera aflojó la mano y el pájaro, que se había puesto casi color escarlata, volvió a respirar, pero los machos de pinzón todavía hoy tienen el pecho rosa.

Eco chapoteaba juguetona en el riachuelo cuando Hera y su carruaje de pavos reales descendió de nuevo. La ninfa se precipitó salpicando y sacudiéndose para dar la bienvenida a la diosa, con una amplia y amistosa sonrisa en su semblante perfecto con hoyuelos. La sonrisa amistosa se

transformó rápidamente en una redonda O cuando vio la cara de cólera de Hera.

–De modo que –dijo la diosa con gélida calma– dices que mi marido no ha estado aquí. Dices que no estuvo aquí ayer. Dices que estaba en Tespias santificando un templo.

–Eso... eso es desde luego lo que tengo entendido –balbuceó una atemorizada Eco.

–¡Mentirosa estúpida, chismosa, charlatana y taimada! ¿Cómo te atreves a intentar engañar a la Reina del Cielo? ¿Quién te crees que eres?

–Yo... –Por una vez en su vida, a Eco no se le ocurría nada que decir.

–Bueno, ya puedes tartamudear y balbucear. Te encanta el sonido de tu voz, ¿verdad? Escucha esto...

Hera se irguió y alzó las manos a lo alto. Sus ojos parecían brillar con una luz morada. Eco tembló ante la grandeza de aquella visión y pensó que ojalá se la tragara la tierra.

–Ordeno que tus retorcidas y arteras habilidades para el habla cesen. De ahora en adelante serás muda a menos que se te pida que hables. No tendrás poder para responder nada más que la última cosa que te hayan dicho.

»Nadie puede deshacer esta maldición. Solo yo puedo. ¿Comprendido?

–¡... comprendido! –exclamó Eco.

–Esto es lo que pasa cuando desobedeces a los dioses.

–¡... obedeces a los dioses!

–Yo no perdono. Sin piedad.

–¡... piedad!

Con un resoplido y una mueca triunfal, Hera se esfumó de allí, dejando a la desgraciada ninfa temblando de miedo y frustración. Independientemente de cuánto se esforzase en hablar, no le salía ni una palabra. Parecía tener la garganta cortada y estrujada. Una de sus hermanas se la encontró carraspeando y farfullando.

–Hola, Eco... ¿qué haces?

–¿Qué haces? –respondió Eco.

–Yo he preguntado primero.

–Yo he preguntado primero.

–No, yo he preguntado primero.

–No, yo he preguntado primero.

–Bueno, si vas a estar así, me voy con viento fresco.

–¡Viento fresco! –exclamó Eco tras ella, fuera de sí de pena.

Uno por uno, todos sus amigos y sus familiares la fueron abandonando. La maldición infligida a alguien que había vivido su vida para el alegre cotilleo, que valoraba por encima de todas las cosas una charla jocosa y que confiaba todo su placer al cotorreo y la cháchara, fue tan terrible que Eco solo deseaba que la dejaran sola para revolcarse en una silenciosa agonía.

Eco y Narciso

En la dolorosa soledad del infierno privado de Eco irrumpió un día toda la risa, el griterío y el bullicioso clamor de una cacería. Los jóvenes de Tespias habían perseguido a un jabalí hasta internarse en el bosque, y uno de los cazadores se había separado del grupo. Era un muchacho de tan trascendental belleza que Eco, que había pasado por alto la pasión amorosa hasta entonces, se enamoró al instante.

El joven era Narciso, ahora mayor y más cautivador que nunca. Jamás había sido víctima de pasión amorosa antes. Se había acostumbrado tanto a que chicas y chicos, hombres y mujeres, faunos y sátiros, ninfas y dríades, oréades y centauros, y toda clase de seres, sensibles y no sensibles, chillasen, suspirasen y se desmayasen a su paso que pensó que todo aquel asunto del amor era absurdo. Volvía estúpida a la gente sensible. Narciso detestaba que le lloriqueasen y que se embelesasen con él. Le cabreaba advertir la inconfundible mirada del amor asomando a los ojos de los demás. Había algo tan agresivo y feo en aquella mirada... Algo hambriento, perdido y desalentador, amenazador, turbador y triste.

Para Narciso, el amor y el deseo eran enfermedades. Se lo habían enseñado de la peor manera posible un año antes, cuando un chico llamado AMEINIAS le declaró su amor. Narciso le había contestado, con tanta amabilidad como le fue posible, que aquel amor no era correspondido. Pero Ameinias no aceptó un «no» por respuesta y empezó a acosar a Narciso a cada paso que daba. Lo acompañaba en su paseo matutino al colegio, dándole palmaditas y

lanzándole miradas como un cachorrillo desvalido y dócil hasta que Narciso no pudo soportarlo más y le gritó que se largase y no volviese a acercársele nunca más.

Esa noche a Narciso lo despertó un extraño ruido fuera de su dormitorio. Se asomó a la ventana y vio a la luz de la luna a Ameinias colgando de un peral con una soga al cuello. Pronunció medio asfixiado una maldición antes de morir.

—¡Que seas tan desafortunado en amores como lo he sido yo, bello Narciso!*

Desde entonces, Narciso adoptó el hábito de andar con la cabeza gacha, taparse el cuerpo tanto como le fuese posible y ser cortante y huraño con los desconocidos, evitando el contacto visual.

Pero ahora, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que el resto de la partida de caza se había marchado y que estaba espléndidamente solo. Decidió aprovechar las frescas aguas del riachuelo y sus atrayentes márgenes musgosas. Se deshizo de la ropa y se zambulló en el agua.

En cuanto atisbó aquella forma flexible y dorada, medio iluminada por el sol, medio tapada por la sombra y chorreando de agua toda, Eco se quedó sin aliento. Y cuando espiando entre las hojas le vio la cara ya no pudo controlar sus sentidos. De no haber sido por la maldición de Hera habría pegado un grito allí tal cual. Lo que hizo, en cambio, fue observar en silencioso asombro mientras el joven desnudo dejaba sus ropas, su arco y sus flechas en la hierba y se tumbaba a dormir.

Cuando el amor llega tarde, llega como un tornado. Los sentimientos por aquel muchacho increíblemente hermoso pusieron patas arriba el ser entero de la pobre Eco. Nada, ni siquiera el horror de la maldición de Hera, le había hecho percutir el corazón con tanta violencia. La sangre le pulsaba y pasaba zumbando por sus oídos. Era como si fuera dando vueltas en el centro de un gigantesco torbellino. No le quedaba otra que echarle un vistazo más de cerca a aquel muchacho encantador. Si sentía unas pasiones tan tumultuosas arremolinarse en su interior solo con verlo, tal vez estaba en la naturaleza de las cosas que él sintiese lo mismo al verla a ella, ¿no? ¿No se daría algo así? Se adelantó con sigilo, sin atreverse prácticamente a respirar. Con cada paso se sentía más y más nerviosa, hasta que estuvo temblando y titubeando de

arriba abajo de la emoción. ¡Las historias de amor a primera vista que había oído contar toda su vida eran ciertas después de todo! Aquel hermoso muchacho estaría presto a corresponder a su amor. De lo contrario, el cosmos y la creación no tendrían sentido.

Evidentemente, vosotros y yo sabemos que el cosmos y la creación no tienen ni tendrán nunca ningún sentido. La pobre Eco estaba a punto de descubrir la verdad de esto que decimos.

Ya fuese por el sonido del corazón desbocado de Eco o por el trino de un pájaro, algo hizo que el durmiente Narciso abriese los ojos justo cuando esta se acercaba.

Se cruzaron sus miradas.

Eco era una ninfa guapa, preciosa, de hecho. Pero Narciso solo vio sus ojos. ¡Otra vez aquella mirada! Aquella mirada ojerosa, hambrienta, obsesionada. Aquellos ojos menesterosos, suplicantes. ¡Puaj!

–¿Quién eres? –dijo apartándose.

–¿Quién eres?

–¿A ti qué te importa? Eso es asunto mío.

–¡Eso es asunto mío!

–No, para nada. Me has despertado.

–¡Me has despertado!

–Supongo que, igual que todos los demás, te has enamorado de mí.

–¡Enamorado de mí!

–¡Amor! Estoy harto del amor.

–¡Harto del amor!

–No tienes ninguna posibilidad. Ninguna. Lárgate mejor, ¿no?

–¡Mejor no!

–Ya puedes gritarme cuanto te apetezca. Te desprecio con solo verte.

–¡Con solo verte!

–¿Quieres parar? Lárgate mejor, ¿no? –gritó Narciso.

–¡Mejor no!

–Me estás volviendo loco.

–¡Me estás volviendo loco!

–Lárgate antes de que me desespere del todo...

–¡Me desespere del todo!

–No me tientes, venga.

–¡Venga!

Narciso cogió su honda de caza y le puso una piedra.

–Vete. Largo. Si no te vas te voy a hacer daño. Entiendes, ¿no?

–¡No!

La primera piedra no la alcanzó, pero Eco dio media vuelta y huyó antes de que a Narciso le diese tiempo a recargar e intentarlo de nuevo. Mientras corría, oyó que el otro decía a su espalda:

–¡Y no vuelvas nunca!

–¡Nunca!

Escapó de él corriendo y siguió corriendo hasta que cayó sollozando al suelo, con el corazón reventado de pena y dolor.

El chico del agua

Narciso la observó mientras se alejaba. Sacudió la cabeza irritado. ¿Nunca se libraría de aquellos bobos gritones y de sus desvaríos quejicosos y obsesivos? ¡Amor y belleza! Palabras, nada más que palabras.

Acalorado y sediento por el nerviosismo y el drama, se arrodilló a beber en el riachuelo. Se le cortó la respiración cuando vio asombrado en sus aguas la cara más hermosa sobre la que había posado los ojos en su vida, la dulce y sorprendida cara de un muchacho bellísimo. Tenía el pelo dorado y unos labios de un rojo tenue. Narciso se fijó con emoción en que los ojos cautivadores y preciosos del chico tenían aquella cualidad hambrienta, menesterosa que siempre se le había antojado tan repelente en los demás. Pero aquella expresión exacta en el rostro precioso del misterioso desconocido hizo henchirse el pecho de Narciso y desbocarse de júbilo su corazón. ¡Tenía que significar que la gloriosa criatura del río se sentía igual que él! Narciso se inclinó para besar aquellos labios preciosos y los preciosos labios se acercaron para besar los suyos, pero en cuanto Narciso bajó la cara, los rasgos del desconocido se rompieron en mil pedazos ondulantes y danzantes hasta que dejó de verlo y se descubrió besando agua fría.

–Estate quieto, precioso –susurró, y el chico pareció susurrarle lo mismo.

Narciso levantó una mano. El chico levantó la suya en respuesta. Narciso quiso acariciar la hermosa mejilla del chico y el chico quería hacer lo mismo. Pero el rostro se fracturó y disolvió en cuanto Narciso se acercó.

Una y otra vez, lo intentaron ambos.

Mientras tanto, en los arbustos que tenía detrás, Eco (enardecida y fortalecida por su tremendo amor) había vuelto para probar suerte de nuevo. El corazón le dio un vuelco cuando lo oyó decir:

–¡Te amo!

–¡Te amo! –respondió ella.

–¡Quédate conmigo!

–¡Quédate conmigo!

–¡No me dejes nunca!

–¡No me dejes nunca!

Pero cuando se acercó más, Narciso se giró con un gruñido y le siseó:

–¡Largo! Déjanos solos. ¡No vuelvas jamás! ¡Jamás, jamás, jamás!

–¡Jamás, jamás, jamás! –vociferó Eco.

Con un rugido salvaje, Narciso agarró una piedra y se la lanzó. Eco corrió y se tropezó. Entonces Narciso cogió su arco y sin duda la habría abatido de no apresurarse ella a desaparecer en el bosque.

Narciso volvió con avidez la vista otra vez al riachuelo, temeroso de que el maravilloso muchacho se pudiera haber marchado. Pero allí estaba (con el semblante preocupado y enrojecido), tan hermoso y encantador como siempre y con un maravilloso destello en aquellos oscuros ojos azules. Narciso se tumbó de nuevo y acercó aún más la cara al agua...

Los dioses se apiadan

Eco corrió y corrió colina arriba, sollozando con pena y desolación. Se escondió en una cueva por encima del río en cuyas márgenes yacía el encantador Narciso.

Eco pergeñó para sí una plegaria a su diosa preferida, Afrodita. En muda desesperación suplicó que la aliviase del dolor del amor y del intolerable peso de aquella existencia maldita.

Afrodita respondió a las plegarias de la ninfa lo mejor que pudo. La liberó de su cuerpo y de la mayor parte de su ser físico. No tenía el poder de deshacer la maldición de Hera, de manera que conservó la voz. La voz que había metido a Eco en aquel lío desde un principio, la voz que estaba condenada a repetir y repetir. Nada más quedó de la ninfa, hermosa en su día, solo su voz al responder. Todavía podéis oír a Eco respondiendo las últimas palabras cuando gritáis cerca de cuevas, cañones, precipicios, colinas, calles, plazas, templos, monumentos, ruinas y habitaciones vacías.

¿Y Narciso? Pasaba día tras día tumbado en el río, apasionada y desesperadamente enamorado de su propio reflejo, contemplándose, lleno de amor hacia sí mismo y anhelándose a sí mismo, con ojos solo para sí mismo, y sin consideración para nadie más que para sí mismo. Se doblaba sobre el agua, inclinándose e inclinándose hasta que finalmente los dioses lo convirtieron en un delicado y hermoso narciso que lleva su nombre y cuya hermosa cabeza siempre se agacha para mirarse a sí misma en los charcos, estanques y riachuelos.

Quizás preferáis pensar en las características que estos muchachos condenados nos han legado a nosotros y a nuestro idioma como rasgos humanos comunes o como aflicciones problemáticas. El trastorno narcisista de la personalidad y la ecolalia (la repetición aparentemente involuntaria de lo que se dice) aparecen ambos clasificados en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, que define las enfermedades mentales desde un punto de vista médico y legal. El trastorno narcisista de la personalidad, del que tanto se habla últimamente, aparece señalado por la vanidad, la prepotencia, una impresionante ansia de admiración, aclamación y aplauso, y, por encima de todo, una obsesión por la imagen que proyecta uno mismo. Los sentimientos de los demás son atravesados y aplastados, mientras que consideraciones tales como la honestidad, la sinceridad o la integridad se desestiman con total despreocupación. El fanfarroneo, el bravuconeo y la exageración fantasiosa son signos comunes. Las críticas o los menosprecios se consideran intolerables y pueden provocar comportamientos extrañamente agresivos y explosivos.*

Quizás una definición mejor de narcisismo es la necesidad de mirar a los demás como superficies reflectantes que solo nos satisfacen cuando reflejan

una imagen encantadora o admirada de nosotros mismos. Cuando miramos a los ojos de otro, en otras palabras, no estamos buscando quién es el otro, sino cómo nos reflejamos en sus ojos. Según esta definición, ¿quién puede decir sinceramente que no es ni siquiera un poco narcisista?

AMANTES

Tristán e Isolda, Romeo y Julieta, Heathcliff y Catherine, Sue Ellen y J. R.: todos los amantes desgraciados que conocemos tienen una gran deuda con la tradición griega trágica que los precedió.

Píramo y Tisbe

Cuando oímos el nombre «Babilonia» pensamos en una civilización de Oriente Medio famosa por sus obscenidades y excesos. Sus jardines colgantes fueron una de las Siete Maravillas del Mundo originales y durante un tiempo fue la ciudad más grande de ese mundo.* El imperio babilónico ocupó la mayor parte de Asia Menor, de hecho hay quien cree que esta historia tuvo lugar en Cilicia, el reino que fundó Cílix antes de unirse a Cadmo y otros hijos de Agénor en la búsqueda de Europa. Ovidio, sin embargo, en su versión del cuento, se complace en ubicar la acción justo en el centro de Babilonia, así que ahí es donde la he ubicado también yo.

En Babilonia, entonces, vivían dos familias que habían estado reñidas, nadie recuerda ya bien por qué, durante generaciones. Sus magníficos palacios se erigían el uno junto al otro en la calle principal de la ciudad, pero los niños de cada casa fueron educados como enemigos, con la prohibición de hablarse, escribirse o gesticularse siquiera entre ellos.

Una de las familias tenía un hijo llamado PÍRAMO y la otra una hija llamada TISBE que no se sabe cómo se enamoraron pese a los obstáculos. Habían descubierto un agujero en un muro compartido entre las casas contiguas. A través de aquella abertura se susurraban, intercambiando sus opiniones sobre la vida, la poesía y la música hasta que se dieron cuenta de que estaban completa y profundamente enamorados. El agujero era demasiado pequeño como para que pudieran tocarse, pero el calor de su joven y ardiente pasión podía respirarse de una boca a otra por aquella rendija

benevolente, intensificada por la naturaleza prohibida de sus sentimientos y por su emocionante cercanía infranqueable.

Este intercambio de cálido y juvenil aliento los inflamaba de tal manera que una noche, irritados hasta lo insoportable, organizaron una fuga de sus respectivos palacios para verse de noche en el mausoleo del antepasado de Píramo, el rey asirio NINO, fundador de la gran ciudad de Nínive.

Y así, a la tarde siguiente, la astuta y sagaz Tisbe se escabulle entre los guardias de su alcoba y los centinelas apostados fuera del palacio de su padre y pronto está fuera de las murallas de la ciudad, construida tantos años atrás por su antepasada, la reina SEMÍRAMIS. Cuando llega al lugar de la cita, Tisbe se encuentra no a su amado Píramo, sino a un salvaje león cuyas fauces chorrean de sangre de su reciente presa, un buey. Aterrorizada por sus rugidos, Tisbe escapa corriendo del cementerio. Con las prisas y el pánico de la huida se le cae un velo. El león se acerca al velo, lo husmea, lo agarra entre las mandíbulas y lo sacude de aquí para allá, manchándolo con algo de la sangre del buey que le quedaba en el hocico antes de soltarlo de nuevo en el suelo, proferir un último rugido y desaparecer en la noche con su lento caminar.

Poco después llega Píramo a la escena y se pone a esperar a su amada bajo un alto árbol doblado bajo su pesada carga estival de blancas moras. Un rayo de luna se filtra entre las ramas e ilumina el velo de Tisbe, tirado en el suelo ensangrentado. Píramo lo recoge al momento. Horrorizado, reconoce la cimera de la casa familiar de Tisbe en la tela sanguinolenta, y aún más: reconoce el olor de la chica con la que tantas veces ha intercambiado la tremenda fiebre del aliento amoroso. Unas huellas de garras en el suelo testimonian la presencia del león.

Sangre, huellas de garras, cimera, el inconfundible perfume de la mismísima Tisbe: el claro y trágico significado de todo esto golpea por dentro a Píramo. Con un grito de desesperación saca su espada, se la clava en el estómago y ensancha la herida tironeando de lado a lado con prisa por reunirse con su amada muerta. La sangre brota de él como de una fuente, tiñendo las moras de color púrpura.

—¡Me habéis quitado a mi amada Tisbe antes de que pudiésemos unir

nuestra corta existencia –exclama Píramo a los cielos–, así que dejadnos ser uno en la interminable noche de la muerte eterna!

Con estas nobles palabras expira en el suelo.*

Entra Tisbe. En las manos muertas de Píramo ve su velo, untado y salpicado de sangre. Ve las huellas del león y descifra claramente la historia ahí escrita.

–Ay, dioses, ¿acaso estabais tan celosos de nuestro amor que habéis sido incapaces de permitirnos ni un breve instante de felicidad? –gime.

Ve la espada de Píramo. Todavía está caliente y húmeda de la sangre. Se lanza sobre ella, hundiéndosela profundamente en el vientre con un grito de triunfo y éxtasis en uno de los suicidios más freudianos del mundo.

Cuando llevan a las dos familias al lugar de la tragedia se echan llorando los unos a los brazos de los otros y se suplican perdón. La enemistad ha terminado. Los cuerpos de los amantes son incinerados y sus cenizas mezcladas en una sola urna.

En cuanto a sus espíritus..., bueno, Píramo fue convertido en el río que llevó su nombre durante milenios y Tisbe en un riachuelo cuyas aguas desembocaban en él. Al caudal del Píramo (hoy llamado Ceyhan) se le construyó una presa para obtener energía hidroeléctrica, de modo que el poder de los dos enamorados sirve hoy para iluminar los hogares turcos.

Es más: en honor al amor de la pareja y a su sacrificio, los dioses decretaron que el fruto de la mora sería en adelante siempre de un color púrpura oscuro, el color de su pasión y de su sangre.

GALATEAS

Acis y Galatea

Entre las muchas hijas de la oceánide Doris y el dios del mar Nereo había una que se llamaba GALATEA. El nombre se lo debía a la blancura láctea de su cutis, y POLIFEMO, el cíclope, la adoraba. No uno de los cíclopes originales: Polifemo era el salvaje y feo fruto de Poseidón y la oceánide TOOSA.

Galatea, por su parte, amaba a ACIS, un pastorcillo siciliano de encanto y belleza sencillos. A pesar de ser hijo de la ninfa fluvial SIMETHIS y del dios Pan, Acis era un simple mortal. Un día el celoso Polifemo vio a Acis y a Galatea abrazados y le lanzó al chico una roca que lo aplastó y mató en el acto. El pesar de Galatea logró invocar poder y recursos suficientes, o quizás tenía suficientes amigos en el Olimpo para conseguir convertir a Acis en un espíritu fluvial inmortal con quien se unió por toda la eternidad. Su historia es el tema de la ópera pastoral de Händel *Acis y Galatea*.

Galatea II

En lo que se refiere a chicas con el nombre de Galatea, hay dos que merece la pena conocer.

Pandión de Festo, en Creta, tuvo un hijo, LAMPRO, que se casó con una tal Galatea. Lampro no estaba interesado en tener hijas y le dijo a su mujer que si daba a luz a una niña debía matarla y que seguirían intentándolo hasta que pariese el hijo que ansiaba. Su primera hija fue una hermosa niña. Galatea no tuvo el valor de matarla –¿qué madre lo tendría?–, así que le dijo a su marido que el bebé había sido un chico sano y que quería llamarlo LEUCIPO (caballo blanco).

Lampro dio por cierto lo que decía su mujer sin preocuparse de hacer ningún tipo de inspección anatómica y así, criada como hombre, Leucipo

creció hasta ser una persona buena, inteligente, querida en general y considerada chico. Se acercaba la adolescencia, no obstante, y Galatea empezó a temer cada vez más que las exuberantes curvas naturales de su bienamada hija y la llamativa falta de vello en la barbilla acabasen por descubrir el pastel a Lampro, que no era la clase de hombre que pasa por alto un engaño así.

Por seguridad, Galatea cogió a Leucipo y buscó refugio en un templo de Leto (la titánide madre de Apolo y Artemisa), donde rezó por que su hija pudiese cambiar de sexo. Leto respondió a la plegaria y al instante Leucipo se transformó en muchacho. Le salieron pelos donde correspondía a un hombre, aparecieron los bultos adecuados, desaparecieron los bultos inadecuados. Lampro no se enteró y vivieron todos felices por siempre jamás.

Durante generaciones, la ciudad de Festo celebró un festival que llamaban la Ekdusia.* En este ritual todos los muchachos festinos viven entre mujeres y chicas, visten ropa femenina y tienen que hacer un juramento de ciudadanía antes de graduarse en su *agela*, su agrupación juvenil, y adquirir ropa y estatus de hombre con todas las letras.*

Leucipo II, Dafne y Apolo

Curiosamente, otro mito habla de otro LEUCIPO de sexo cambiante –esta vez un hijo de ENOMAO– que se enamoró de la náyade DAFNE, a quien Apolo amaba también pero a la que hasta el momento no había cortejado ni seducido.

A fin de estar cerca de Dafne, este Leucipo se disfrazó de chica y se unió a su grupo de ninfas. El celoso Apolo vio esto e hizo que los juncos susurrasen a Dafne que sus seguidoras y ella deberían bañarse en el río. Se avinieron a ello, se quitaron los vestidos y chapotearon por allí desnudas. Cuando Leucipo, por motivos obvios, se negó a despojarse de su doncellesco atuendo, las muchachas lo desnudaron entre bromas, descubrieron el bochornoso e inconfundible secreto y lo lancearon furiosamente hasta matarlo.

A esas alturas, la sangre lujuriosa de Apolo bullía. Se materializó y comenzó a perseguir a Dafne. La aterrorizada chica salió de un salto del río y

corrió tan rápido como pudo, pero el dios la alcanzó enseguida. Casi la había atrapado ya cuando esta alzó una plegaria a su madre, Gea, y a su padre, el dorado río LADÓN. En cuanto Apolo se acercó y la tocó, notó que la piel de Dafne cambiaba bajo sus dedos. Una fina corteza se formó sobre sus pechos, la melena empezó a estirarse en forma de brillantes hojas verdes y amarillas, las extremidades se poblaron de ramas y de los pies le salieron raíces que se clavaron lentamente en la tierra acogedora de su madre Gea. Un estupefacto Apolo se descubrió aferrando no a una náyade sino a un laurel.

Por una vez en su vida, el dios recibió un escarmiento. El laurel se convirtió en símbolo sagrado para él y sus ramas coronaron en adelante la frente, como ya he contado, de los ganadores de los Juegos Píticos de Delfos. Hasta la fecha, nos seguimos refiriendo al ganador de un gran premio como «el laureado».*

Galatea III y una que te llevas

La isla de Chipre, al ser el lugar donde arribó la espumosa Afrodita, llevaba mucho tiempo adorando a la diosa del amor y la belleza con especial fervor, cosa que valió a los chipriotas una reputación de libertina licencia y de libidinosa ligereza de cascos. En la península, Chipre se consideraba un lugar degenerado, una Isla del Amor Libre.

En Amanto, el puerto más al sur, un grupo de mujeres conocidas como PROPÉTIDES, o «hermanas de Propetus», estaban tan indignadas por la cantidad de lubricidad que impregnaba el ambiente que tuvieron la temeridad de proponer que Afrodita dejase de ser la patrona de la isla. Para castigar tan blasfema impertinencia, la airada Afrodita les envió a aquellas hermanas mojigatas sentimientos de insaciable lujuria carnal, al tiempo que las despojaba de cualquier noción de pudor o vergüenza. Así malditas, las mujeres perdieron la capacidad de ruborizarse y comenzaron a prostituir sus cuerpos entusiasta e indiscriminadamente por la isla.

Un joven escultor sensible y tremendamente atractivo llamado PIGMALIÓN vio el clamoroso y desvergonzado comportamiento de las

propétides y le desagradó de tal manera que decidió renegar del amor y del sexo a perpetuidad.

–¡Mujeres! –masculló una mañana para sí cuando se disponía a trabajar en una efigie en mármol de un general de Amanto que le habían encargado–. A mí no me vais a pillar desperdiciando mi tiempo con mujeres. Ah, no. Con el arte me basta. El amor no es nada. El arte lo es todo. El arte es..., bueno, a ver, qué raro...

Pigmalión retrocedió para mirar su obra y arrugó la frente sorprendido. Su general estaba tomando forma de una manera extrañísima. Juraría que el hombre tenía barba. Es más, el viejo guerrero era más bien barrigón, pero de lo que estaba seguro era de que no tenía un par de exuberantes pechos. Ni su cuello y su garganta eran tan esbeltos, suaves e irresistibles...

Pigmalión salió al patio y sumergió la cabeza en la fuente de agua fría que allí corría. Al volver refrescado al taller miró de nuevo su obra en marcha y no pudo sino sacudir la cabeza con desconcierto. El general, cuando le permitieron a Pigmalión pasarse por su mansión para estudiar los rasgos del gran hombre, se le había antojado construido más bien con el molde de un verraco que de cualquier cosa humana, y aun así estaba emergiendo del mármol como una refinada y milagrosa beldad. Una beldad marcadamente femenina, para ser exactos.

Agarrando un cincel, Pigmalión paseó su mirada de artista por la obra y supo que con algunos golpes inclementes y bien atinados podría enderezar con facilidad el curso del trabajo y no malgastar el valioso bloque de mármol por el que había pagado un mes de sueldo.

¡Crac, crac, crac!

Así mucho mejor.

¡Tac, tac, tac!

Debía de haber sido una especie de desliz del subconsciente.

¡Clic, clic, clic!

O a lo mejor indigestión.

Ahora, unos pasos atrás de nuevo y a ver...

¡¡¡No!!!

Lejos de salvar la obra y devolver al rostro de la escultura la mirada

masculina y marcial del general, se las había arreglado, a saber cómo, para subrayar su feminidad, gracia, sensualidad y –caramba– su punto sexy.

Ahora su actitud era febril. En el fondo sabía que ya no trataba de salvar al general. Estaba embarcado en una misión para llegar hasta el final de la locura que lo había invadido.

La locura era, por supuesto, obra de Afrodita. No le había agradado que uno de los muchachos más atractivos e idóneos de la isla decidiese darle la espalda al amor. Un hombre, además, cuya casa junto al mar se ubicaba en el punto exacto donde ella había arribado después de nacer entre las olas y que, razonaba, debería vibrar con una especial intensidad amorosa. El amor y la belleza, como la mayoría de nosotros descubrimos a lo largo de nuestras vidas, son despiadados, implacables e inflexibles.

Durante días y noches, Pigmalión trabajó en pleno frenesí de creatividad, de literal *enthousiasmós*. Desde entonces, generaciones de artistas de todas las disciplinas han reconocido el angustioso, apasionante éxtasis de la inspiración que se había adueñado de él. Ni se le pasó por la cabeza comer o beber –ni siquiera un pensamiento consciente– mientras golpeaba, martilleaba y tarareaba.

Finalmente, cuando el rosado rubor de Eos y un trazo de luz nacarado de levante anunciaron el comienzo de su quinto día de trabajo consecutivo, reculó con esa certeza milagrosa que solo comprenden los artistas: de algún modo, sí, desde luego, por fin... estaba acabada.

A duras penas se atrevía a levantar la mirada. Todo el trabajo hasta el momento había sido ejecutado muy de cerca, en detalle: los alineamientos de la figura completa solo existían en algún oscuro rincón inaccesible para su mente. Por primera vez pudo observarlo en su conjunto. Respiró hondo y miró.

Soltó un grito de pasmo y se le cayó el cincel.

Desde los dedos de los pies exquisitamente representados hasta las flores de perfecto acabado que enguirnaldaban la melena, la escultura era lo mejor que había hecho en su vida con diferencia. Es más: seguramente era la obra de arte más hermosa que se había visto en el mundo. Para un auténtico artista como Pigmalión, aquello significaba que su obra era más hermosa que

cualquier persona que se hubiese visto sobre la tierra, puesto que sabía que el arte siempre supera a lo mejor que la naturaleza puede ofrecer.

Pero se dio cuenta de que la figura que había representado en mármol a partir de su imaginación era incluso algo más que la cosa más hermosa sobre la faz de la tierra. Era real. Para Pigmalión era más real que el techo que tenía sobre la cabeza y el suelo que tenía bajo los pies.

Le latía a toda prisa el corazón, se le habían dilatado las pupilas, tenía la respiración entrecortada y el núcleo de su ser removido como nunca. Era júbilo y dolor al mismo tiempo. Era amor.

La expresión y la postura de la chica –cuyo nombre supo que debía ser Galatea, porque su marmórea belleza era blanca como la leche– estaban captadas en un momento de sublime vacilación, entre el despertar y la duda. Parecía un poco sorprendida, como a punto de dar un respingo. ¿Ante qué? ¿Ante la belleza del mundo? ¿Ante la guapura del joven artista que se estaba recreando tan hambrientamente en su contemplación? Sus rasgos eran regulares y perfectos, pero también lo eran los de muchas chicas. Tenía algo más que un atractivo convencional. Una hermosura interna de alma cantaba desde lo más profundo de su ser. Sus contornos eran tremendamente, arrebatadoramente, arrobadoramente suaves, elásticos y sensuales. Sus pechos parecían empujar suavemente para abrirse paso, más seductora aún su desnudez por la forma de tocarse con una mano la garganta en un gesto de alarma dulcemente pudorosa.

Pigmalión dio vueltas a su alrededor para contemplar la estremecedora generosidad de la curva de las nalgas y la gloriosa plenitud de los muslos. ¿Se atrevería a posar una mano en aquella carne? Alargó el brazo –con suavidad, como no queriendo lastimarla–. Pero los dedos tocaron frío mármol. A la vista y en lo más hondo, Galatea parecía bullente, cálida y viva, pero para las acariciadoras manos de Pigmalión y para la cariñosa mejilla que apoyó en su flanco estaba fría como una muerta.

Se sintió enfermo y supercargado de vida a la vez. Saltó de aquí para allá. Pegó gritos. Gruñó. Se rió. Cantó. Maldijo. Dio rienda suelta a todos los comportamientos salvajes, trastornados, furiosos, eufóricos y desesperados de un joven tempestuosa y terroríficamente enamorado.

Finalmente, se abalanzó sobre su Galatea, la rodeó con los brazos y las

piernas, se acurrucó contra ella, besándola, manoseándola y frotándola hasta que todo en su interior explotó.

La locura que consumía su alma no se calmó tras este primer frenesí. Ahora se entregó a Galatea con todo el ardor y la atenta ternura de un auténtico enamorado. La llamó por motes afectuosos. Salió al mercado a comprarle togas, guirnaldas y fruslerías. Le adornó las muñecas con pulseras y brazaletes, y el cuello con collares y colgantes de jaspe y perla. Compró un diván que adornó con sedas de púrpura tirio. La tumbó allí y le cantó baladas. Como la mayoría de los grandes artistas visuales era incompetente como músico y un poeta deplorable.

Su amor era apasionado y generoso, pero –salvo por la febril imaginación de la mayoría de sus optimistas estados de ánimo– no del todo correspondido. Aquello era un cortejo unidireccional, y en lo más hondo de su corazón a punto de reventar lo sabía.

Llegó el día del festival de Afrodita. Pigmalión le dio un beso de despedida a la fría pero hermosísima Galatea y salió de casa. Toda Chipre y miles de visitantes del interior se habían reunido en Amanto para esta festividad anual. La enorme plaza de delante del templo estaba atestada de peregrinos que llegaban a rezar a la diosa del amor y la belleza para que les trajese éxito en los asuntos del corazón. Se sacrificaron vaquillas enguirnaldadas, la atmósfera estaba cargada de olor a incienso y en todas las columnas del templo se habían entrelazado flores. Las plegarias se volvieron numerosas, rápidas y vociferantes.

–Mándame una esposa.

–Mándame un marido.

–Mejora mi talento.

–Apacíguame.

–Líbrame de estos sentimientos.

–Haz que Menandro se enamore de mí.

–Haz que Jantipa deje de engañarme.

Gritos y lamentos suplicantes llenaban el ambiente.

Pigmalión se abrió paso a ciegas entre el hacinamiento de vendedores ambulantes y peticionarios. Llegó a los escalones del templo, sobornó a los

guardias, convenció a las sacerdotisas y por fin lo condujeron a un santuario interior donde solo a los ciudadanos más influyentes y ricos se les permitía rezar directamente frente a la gran estatua de Afrodita. Se arrodilló ante ella.

–Gran diosa del amor –susurró–. Se dice que en tu día concedes deseos a los amantes ardorosos. Concédeme el deseo a un pobre artista que te ruega si podrías...

En la barandilla del altar había hombres y mujeres importantes barboteando sus imprecaciones a Afrodita, y aunque las posibilidades de que Pígalión fuese oído eran escasas, una especie de pudor o vergüenza le impidió pronunciar su auténtico deseo.

–... pobre artista que te ruega si podrías proporcionarle una mujer viviente como la que ha creado a partir del mármol. Concédeme esto, diosa temida, y habrás ganado a un esclavo devoto cuya vida y arte estarán por siempre consagrados al servicio y la alabanza del amor.

Una divertida Afrodita entrevió la plegaria. Sabía perfectamente lo que Pígalión quería en realidad. Las velas del altar que tenía delante llamearon y su fuego se alzó nueve veces a lo alto.

Pígalión corrió a su casa. Hasta en su lecho de muerte sería incapaz de decir cómo llegó ni cuánto tiempo tardó. Seguramente se llevó por delante lo mismo a una que a cuarenta personas mientras embestía entre la muchedumbre.

La estatua inerte está tendida en el bello diván tal y como la dejó. Jamás ha parecido la figura tallada menos accesible ni más gélidamente remota. Aun así, con la fe y la furia trastornada del enamorado, Pígalión se arrodilla y besa la fría frente. La besa una, dos..., veinte veces. Luego besa su cuello, sus mejillas... y, ¡alto ahí! ¿Es solo que el fuego de sus besos ha calentado el mármol, o percibe acaso un creciente calor entre sus labios hambrientos? ¡Sí! Al tacto de su boca, la firme piedra se está ablandando en forma de carne, ¡en una presta, cálida y deliciosa carne!

Una y otra vez besa, y de la misma manera que la cera del panal se ablanda y se derrite al sol, el frío marfil de su amada se ablanda a cada suave caricia de la boca y de la mano.

Esta maravillado. No se lo puede creer. ¡Coloca un dedo en las venas del

brazo de ella y nota la circulación y el pulso de la caliente sangre humana! Se pone en pie. ¿Será verdad? ¿Será verdad? Acuna a Galatea en sus brazos y nota cómo se le hincha el pecho al tomar las primeras bocanadas de aire. ¡Es verdad! ¡Vive!

–¡Bendita seas, Afrodita! ¡Afrodita, la más grande de los dioses todos, te lo agradezco y me comprometo a servirte por siempre!

Se inclina para encontrarse con unos labios cálidos que le devuelven con entusiasmo los besos. Pronto la pareja ríe abrazada, gimiendo, suspirando y amando.

Nueve veces cambió la luna antes de que la unión de esta pareja feliz fuese bendecida con el nacimiento de un niño, un chico al que llamaron PAFOS, y cuyo nombre bautizó al pueblo donde Pigmalión y Galatea vivieron el resto de sus amorosas y satisfechas vidas.

Solo una o dos veces en el mito griego se concede a los mortales un final dichoso. Es esta esperanza, quizás, la que nos induce a creer que nuestra búsqueda de la felicidad no será fútil.*

Hero y Leandro

El mar griego, o «Helesponto», se conoce en nuestra época como Dardanelos y es más célebre por ser el escenario de algunas de las batallas más brutales en los alrededores de Galípoli durante la Primera Guerra Mundial. Como parte de la frontera natural que divide Europa y Asia, estos estrechos siempre han sido importantes desde el punto de vista estratégico para la guerra y el comercio. Pese al tamaño de la separación simbólica que hay entre ambos, en realidad están lo suficientemente cerca como para que un nadador fuerte salve la distancia.

La ciudad natal de LEANDRO* era Abidos, en la zona asiática del Helesponto, pero estaba enamorado de una sacerdotisa de Afrodita llamada HERO, que vivía en una torre en Sestos, en la zona europea. Se habían conocido durante el festival anual de Afrodita. Muchos jóvenes habían quedado prendados por «el prado de rosas entre sus brazos»* y por su rostro tan puro como Selene, pero solo el atractivo Leandro le despertó a ella una

pasión similar. En el poco tiempo que tuvieron para ellos en el festival tramaron un plan que les permitiría verse una vez que volviesen a casa y los separasen los estrechos. Cada noche, Hero tenía que colocar una lámpara en la ventana de su torre y Leandro, con los ojos clavados en este punto de luz en la oscuridad, nadaría las corrientes del Helesponto, treparía y estaría con ella.

Como sacerdotisa, Hero había jurado celibato, pero Leandro la persuadió de que la consumación física de su amor sería algo sagrado, una consagración a la que Afrodita accedió. De hecho, dijo él, tenía que ser un insulto entregarse a la diosa del amor y aun así permanecer virgen. Sería como adorar a Ares pero negándose a luchar. Este excelente argumento convenció a Hero y cada noche se encendió la lámpara, los estrechos fueron cruzados a nado y se hizo el amor. Eran la pareja más feliz del mundo.

A lo largo de todo el verano continuó este estado dichoso, pero el verano dio paso enseguida al otoño y al poco soplaron los vendavales equinocciales. Una noche, los tres vientos Bóreas, Céfiro y Noto (los vientos del norte, del oeste y del sur) aullaron al unísono, lanzando rachas y ráfagas por todas partes, una de las cuales apagó la lámpara de la ventana de Hero. Sin nada que lo guiase al cruzar el Helesponto y con los vientos removiendo las olas hasta levantar altos muros de agua, Leandro perdió el rumbo, se vio en apuros y se ahogó.

Hero estuvo toda la noche en vela a la espera de su amado. Al día siguiente, en cuanto Eos hubo abierto las puertas del amanecer y había suficiente luz para ver, se asomó y vio el cuerpo destrozado de Leandro entre las rocas al pie de la torre. En el paroxismo de la desesperación, se tiró por la ventana y corrió a su encuentro en aquellas mismas rocas.*

Desde lo de Leandro, muchos otros han cruzado a nado el Helesponto. Ninguno más recordado que el poeta Byron, que se las arregló para hacerlo el 2 de mayo de 1810 (en el segundo intento). En su diario, consigna orgullosamente un tiempo de una hora y diez minutos. «Lo hice sin demasiados problemas. Me ufano de este logro más de lo que llegaré a hacerlo de cualquier clase de gloria política, poética o retórica», anota.

Lord Byron nadó acompañado por un tal teniente William Ekenhead de los Royal Marines, que obtuvo su parte de inmortalidad con la inclusión de su

nombre en una estrofa de la obra de arte épica satírica de Byron *Don Juan*. Cuando alaba la proeza de cruzar el Guadalquivir a nado en Sevilla, Byron dice de Juan:

Podría, tal vez, haber cruzado el Helesponto,
Como en su día (hazaña de la que nos enorgullecemos)
Leandro, el señor Ekenhead y yo hicimos.*

Por lo visto, Shakespeare apreciaba especialmente la historia de aquellos antiguos enamorados, puesto que le dio al personaje de *Mucho ruido y pocas nueces* el nombre de Hero y puso estas palabras maravillosamente cónicas y antirrománticas en boca de Rosalinda en *Como gustéis*:

Leandro habría vivido sus buenos largos años aunque Hero se hubiera metido a monja de no haber sido por una ardiente noche de verano. Pues, querido joven, fue a bañarse al Helesponto, le dio un calambre y se ahogó, y los cronistas de la época lo achacaron a Hero de Sestos. Pero todo eso son mentiras. Los hombres se mueren y se pudren, pero no por amor.

ARIÓN Y EL DELFÍN

Los griegos, como todas las grandes civilizaciones, apreciaban tremendamente la música: en tan alta estima la tenían como arte que tomó su nombre de las nueve hijas de Memoria. Los festivales y los premios musicales, un rasgo tan ubicuo de nuestra vida cultural hoy en día, en el mundo griego eran casi tan importantes como para nosotros.

Pocos se ganaron una mejor reputación a lo largo de su existencia como cantante, trovador, bardo, poeta y músico que ARIÓN, natural de Metimna, situada en la isla de Lesbos.* Era hijo de Poseidón y de la ninfa ONCEA, pero a pesar de su linaje quiso dedicar su talento musical a la celebración y alabanza del dios Dioniso. Su instrumento preferido era la *kithara*, una variante de la lira.* Se acepta en todas partes que fue el inventor de la forma poética conocida como «ditirambo», un himno coral salvaje dedicado al vino, al carnaval, al éxtasis y al goce.

Con aquellos soñadores ojos castaños, aquella voz dulce y una habilidad fascinante para provocar en los demás el taconeo y la ondulación de caderas, Arión pronto se convirtió en una especie de ídolo en todo el mundo mediterráneo. Su padrino y más entusiasta defensor fue PERIANDRO, el tirano de Corinto,* y fue él quien se enteró de que se estaba celebrando un gran festival musical en Tarento, una próspera ciudad ubicada en el empeine de la bota de Italia. Periandro le dio a Arión dinero para que cruzase el mar y participase en las secciones competitivas del festival con la condición de que repartiesen el dinero del premio a su regreso.

El viaje transcurrió sin incidentes. Arión llegó a Tarento, entró en la competición y ganó el primer premio de cada categoría con facilidad. Los jueces y miembros del público no habían oído jamás una música tan emocionantemente original. Un cofre lleno de plata, oro, marfil, piedras preciosas e instrumentos musicales exquisitamente fabricados fueron su recompensa. En agradecimiento por tan generoso premio, Arión dio un concierto gratis para los vecinos del pueblo al día siguiente.

La región de Tarento era famosa por los enormes licósidos que

acostumbraban habitar el campo. Los vecinos los llamaban, como su propia ciudad, «tarántulas». Arión había oído que el veneno de tarántula podía provocar ataques histéricos, de modo que improvisó para la muchedumbre una variación de sus descarados ditirambos que denominó «tarantela». Los ritmos delirantes de aquella danza popular* encolerizaron a los excitables tarentinos, pero hacia el final los amansó con un popurrí de sus melodías más suaves y románticas. Para cuando amaneció, habría tenido posibilidades con cualquier chica, chico, hombre o mujer del sur de Italia, y según se dice, como el exitoso músico que era, así fue.

Al día siguiente, una gran multitud esperaba para despedirse de Arión, muchos le lanzaban besos y un buen puñado sollozaban sin consuelo. Lo llevaron en barca a él y a su equipaje hasta el mar, cofre del tesoro incluido, donde un pequeño pero aprovechable bergantín tripulado por un capitán y nueve marineros civiles lo aguardaban. Arión pronto estuvo cómodamente instalado a bordo. La tripulación desplegó velas y el capitán puso rumbo a Corinto.

Por la borda

En cuanto perdieron de vista la ciudad y estuvieron en alta mar, Arión notó que algo iba mal. Estaba acostumbrado a que lo observasen –al fin y al cabo, era tremendamente guapo y talentoso–, pero las miradas que le dirigía la tripulación eran algo distintas. Pasaron los días en medio de aquella atmósfera hosca y amenazante y cada vez se sentía más y más incómodo. Algo en los ojos de los marineros se le antojaba lujuria, pero insinuaba un propósito más oscuro. ¿Qué podía andar mal? Entonces, una tarde calurosa, el más feo y malcarado de los marineros lo abordó.

–¿Qué es lo que llevas en ese cofre sobre el que vas sentado, muchacho?

Pues claro. El corazón le dio un vuelco a Arión. Ahora lo entendía. Los marineros habían oído lo del tesoro. Supuso que querían una parte, pero iban listos si se pensaban que iba a compartir lo que tanto le había costado ganar con nadie que no fuese Periandro. En un principio tenía pensado dar una

generosa propina a la tripulación al final del viaje, pero ahora su corazón se endureció.

–Mis instrumentos musicales –respondió–. Soy *kitharedo*.

–¿Que eres qué?

Arión negó apenado con la cabeza y repitió lentamente, como si hablase con un niño:

–Toco la *ki-tha-ra*.

Menuda equivocación.

–¿Ah-sí? Bueno-pues-tócanos-algo-entonces.

–Mejor no, si no te importa.

–¿Qué está pasando? –Se acercó el capitán del bergantín.

–Este mocoso dice que es músico pero que no quiere tocar. Dice que en esa caja lleva una *kithara*.

–Bueno, pues supongo que no te importará enseñárnosla, ¿verdad, jovencito?

Llegados a este punto, la dotación del barco al completo lo había rodeado.

–N-no me encuentro demasiado bien como para tocar. A lo mejor por la noche estoy en mejor forma.

–¿Por qué no bajas y descansas un rato a oscuras?

–N-no, prefiero el aire fresco.

–¡Agarradlo, muchachos!

Unas ásperas manos alzaron a Arión con tanta facilidad como si fuese un cachorro recién nacido.

–¡Soltadme! Dejad eso. ¡No es vuestro!

–¿Dónde está la llave?

–La... la he perdido.

–Encontradla, chicos.

–¡No, no! Por favor os suplico...

Encontraron fácilmente la llave y la arrancaron del cuello de Arión. Unos silbidos bajos y unos murmullos se elevaron cuando el capitán abrió la cerradura y levantó la tapa. La luz proveniente del fulgor del oro y el destello de las gemas onduló sobre los rostros avariciosos de los marineros. Arión supo que estaba perdido.

–Estoy más que d-dispuesto a co-compartir mi tesoro con vosotros...

Los marineros parecieron encontrar aquello tremendamente divertido y se rieron con ganas.

–Matadlo –dijo el capitán, sacando una larga ristra de perlas y alzándola a la luz.

El marinero más feo sacó un cuchillo y se acercó a Arión con una sonrisa malvada.

–Por favor, por favor..., ¿podría, po-podría por lo menos cantar una última canción? Mi treno, mi propio canto fúnebre. Me lo debéis, ¿no? Los dioses os castigarán si os atrevéis a mandarme a la muerte sin ningún tipo de exequias catárticas...

–Voy a hacer que te dejes de tanta palabrería –lo interrumpió el marinero feo acercándose más.

–No, no –dijo el capitán–. Tiene razón. Dejemos que nuestro Cicno cante su canto del cisne. Supongo que necesitarás esta lira.

Cogió la *kithara* del cofre y se la dio a Arión, que la afinó, cerró los ojos y empezó a improvisar. Le dedicó la canción a su padre Poseidón.

–Señor de los Océanos –cantó–, Rey de las Mareas, Sacudidor de la Tierra, amado padre. A menudo te he descuidado en mis plegarias y sacrificios, pero tú, grande entre los grandes, no descuidarás a tu hijo. Rey de las Mareas, Sacudidor de la Tierra, amado...

Sin previo aviso y agarrando fuertemente la *kithara*, Arión saltó por la borda y cayó en las aguas. Lo último que oyó fue la risa de la tripulación y la voz seca del capitán:

–¡Pan comido! Ahora a por el botín.

Si alguno se hubiese molestado en mirar abajo, habría sido testigo de una visión extraordinaria. Arión se había zambullido en la superficie y estaba más que dispuesto a abrir la boca y dejar entrar el agua del mar sin ofrecer resistencia. Alguien le había contado que ahogarse es una muerte dulce y plácida, un lento desvanecerse en el sueño, siempre que no te resistas. La asfixia es una horrible pesadilla terrorífica, pero el auténtico ahogamiento es un alivio sereno e indoloro. Eso le habían dicho. A pesar de ese conocimiento consolador, Arión mantuvo la boca firmemente cerrada y con las mejillas abombadas pateó el agua con la *kithara* bien agarrada.

Y entonces, justo cuando estaban a punto de estallarle los pulmones,

sucedió algo asombroso. Notó que algo lo empujaba hacia arriba. Lo empujaba con fuerza y velocidad. Surcaba el agua. ¡Había roto la superficie! ¡Podía respirar! ¿Qué estaba pasando? Debía de ser un sueño. La ráfaga de agua, las burbujas y la espuma, el horizonte inclinado, dando vueltas, el estallido en las orejas, chorreante, el estruendo y el deslumbramiento..., todo esto le impidió comprender lo que sucedía hasta que se atrevió a mirar hacia abajo y a través de los ojos escocidos vio que... que... ¡iba a lomos de un delfín! ¡Un delfín! ¡Lo cabalgaba entre las olas! Pero tenía la piel resbaladiza, así que empezó a escurrirse. El delfín giró y se retorció, y Arión quedó enderezado de nuevo. ¡El animal había maniobrado deliberadamente para mantenerlo a salvo! ¿Le importaría si alargase una mano y se agarrara a su aleta dorsal igual que un jinete se agarraría al cuerno de su silla? Al delfín no le importó, de hecho, corcoveó un poco, como dando su aprobación, y aumentó la velocidad en el agua. Arión cogió lentamente la correa de su *kithara* y se colgó el instrumento a la espalda para poder disfrutar del viaje con las dos manos en la aleta.

El bergantín apareció de nuevo ante su vista. El sol resplandecía, hombre y delfín surcaban el mar, dejando a su paso penachos de espuma iridiscente. ¿Adónde se dirigían? ¿Lo sabía el delfín?

–Eh, delfín, pon rumbo al golfo de Corinto. Te guiaré cuando lleguemos.

El delfín soltó una serie de grititos y chasquidos que parecían indicar que comprendía y Arión se rió. Avanzaron y avanzaron persiguiendo el horizonte siempre lejano. Arión, confiado ahora de su equilibrio, se puso la *kithara* por delante y cantó la canción de Arión y el delfín. Se ha perdido, pero dicen que era la canción más hermosa que se haya compuesto.

Al final terminaron llegando al golfo. El delfín recorrió aquel corredor marítimo con grácil y briosa facilidad. Los marineros de las atareadas barcas, gabarras y botes se giraban a contemplar la extraordinaria estampa de un muchacho navegando a lomos de un delfín. Arión guiaba con las aletas a fuerza de leves tirones a un lado y a otro y no se detuvieron hasta haber alcanzado el embarcadero real.

–Dadle el aviso al rey Periandro –dijo bajándose del animal al muelle–. Ha vuelto su trovador. Y dadle de comer a mi delfín.

El monumento

Periandro estaba contentísimo con el regreso del músico al que amaba. La historia de su rescate llenó la corte de maravilla y asombro. Festejaron toda la noche y hasta bien entrada la mañana. Era ya la tarde para cuando salieron a ver, alabar y acariciar al heroico delfín. Pero a su vista se ofreció una triste escena. Los ignorantes trabajadores del muelle habían sacado del mar al animal para darle de comer. Había pasado la noche postrado sin agua que mantuviese su piel húmeda y se había quedado allí tendido toda la mañana y toda la tarde en el embarcadero, rodeado de niños curiosos, con el sol ardiente cociéndolo y reseándolo. Arión se arrodilló en el suelo y le susurró en el oído. El delfín burbujeó una afectuosa respuesta, soltó un trémulo suspiro y murió.

Arión se recriminó amargamente y ni siquiera las instrucciones que dio Periandro de que construyesen una alta torre para conmemorar y glorificar el recuerdo del delfín lo animaron. Al mes siguiente todas sus canciones eran tristes y el palacio se plañía con él.

Entonces llegó la noticia de que una tormenta había traído el bergantín tripulado por los nueve marineros y el bellaco de su capitán hasta Corinto. Periandro envió mensajeros para ordenar que la tripulación se presentase ante él, e hizo que Arión esperase mientras los interrogaba.

–Se suponía que teníais que traer a mi bardo Arión de vuelta de Tarento – les dijo–. ¿Dónde está?

–Ay, mi temida majestad –respondió el capitán–. Tristísimo. El pobre chico salió disparado por la borda en plena tormenta. Recuperamos el cadáver y le dimos la más respetuosa sepultura en alta mar. Una pena tremenda. Un muchacho encantador, popular entre toda la tripulación.

–Ay. Y tanto. Un mozo agradable. Una pérdida horrible... –mascullaron los marineros.

–En cualquier caso –dijo Periandro–, me llegó la noticia de que ganó el campeonato de canto y regresaba con un cofre lleno de tesoros, la mitad del cual me pertenece.

–En cuanto a eso... –El capitán extendió las manos–. El cofre se perdió durante los violentos vaivenes de la tempestad. Se abrió mientras se deslizaba

por la cubierta hacia el mar y nos las arreglamos para recuperar algunas cosillas. Una especie de lira de plata, un aulós..., dos o tres cachivaches. Ojalá hubiese sido más, señor, de verdad.

–Ya veo ... –comentó Periandro ceñudo–. Reuníos mañana a primera hora junto al nuevo monumento en los muelles reales. No hay pérdida. Tiene un delfín esculpido en lo alto. Traed los tesoros que queden y a lo mejor os dejo quedaros con la parte de Arión, ahora que el pobre muchacho está muerto. Podéis marcharos.

«No temas», le dijo a Arión cuando le contaba lo que se había dicho. «Se hará justicia.»

Al día siguiente, el capitán y sus nueve hombres llegaron pronto al monumento. Venían riéndose y relajados, de buen humor por no tener que devolver más que una pequeña cantidad del tesoro de Arión y con la posibilidad incluso de que les fuese entregada una parte de manos de aquel ingenuo tirano.

Periandro llegó con sus guardias de palacio exactamente a la hora acordada.

–Buenos días, capitán. Ah, el tesoro. ¿Esto es todo lo que lograsteis salvar? Sí, ya veo lo que decíais, poca cosa, ¿no? Bueno, ¿me recordáis lo que le sucedió a Arión?

El capitán repitió su historia con elocuencia y sin dificultad, palabra por palabra igual que el día anterior.

–¿Entonces está muerto realmente? ¿De verdad recuperasteis el cadáver, preparasteis su entierro y lo devolvisteis a las olas?

–Sin duda.

–¿Y estos cachivaches son lo único que queda del tesoro del premio?

–Me apena decirlo, majestad, pero sí.

–Entonces, ¿cómo explicáis el descubrimiento de todo esto escondido en los huecos de los maderos de vuestra embarcación?

A una señal, algunos guardias se adelantaron cargando una litera sobre la que aparecía dispuesto el tesoro.

–Ah. Sí. Bueno... –El capitán esbozó una sonrisa triunfal–. Qué estúpido por nuestra parte tratar de engañarlo, temido señor. El pobre muchacho

murió, como dije, y quedó su tesoro. No somos más que unos pobres marineros trabajadores, señor. Su astucia y sabiduría nos ha cazado.

–Elegante por su parte –dijo Periandro–. Pero sigo perplejo. Mandé que le hiciesen a Arión una *kithara* de plata, oro y marfil. No iba a ninguna parte sin ella. ¿Por qué no está entre el resto de las cosas?

–Bueno, pues a ver –contestó el capitán–. Le conté el cariño que le teníamos al muchacho. Era como un hermano pequeño para nosotros, ¿sí o no, camaradas?

–Claro, claro... –mascullaron los marineros.

–Sabíamos lo que significaba su *kithara* para él. Se la pusimos dentro del sudario antes de entregar su cuerpo al oleaje. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer?

Periandro sonrió. El capitán sonrió. Pero de repente la sonrisa se borró. De la boca del delfín de oro en lo alto de la columna emergió un sonido de *kithara*. El capitán y sus hombres se quedaron mirando estupefactos. La voz de Arión se unió a las notas del instrumento y estas son las palabras que salieron de la boca del delfín esculpido en lo alto:

«Matadlo, mis hombres», dijo el capitán.

«Matadlo ya y quitadle el oro.»

«Lo mataremos ya», gritaron los marineros,

«y a él lo echaremos a los tiburones.»

«Pero alto», dijo el trovador. «Dejadme cantar solamente una canción de despedida.»

Uno de los marineros soltó un grito de pánico. El resto cayó de rodillas temblando. Solo el capitán, lívido, se quedó en pie.

Se abrió una puerta en el plinto y Arión en persona salió del monumento tocando su *kithara* y cantando:

Pero llegó el delfín y lo salvó.

Surcó las olas rompiendo a lomos de él.

Cruzaron el mar hacia Corinto,
el delfín y el bardo.

Los marineros empezaron a sollozar y gimotear implorando perdón. Se

echaban la culpa los unos a los otros y sobre todo culpaban al capitán.

–Demasiado tarde –dijo Periandro dando media vuelta–. Matadlos a todos. Ahora ven conmigo, Arión, y cántame una canción de amor y vino.

Al final de la larga y exitosa vida del músico, Apolo, para quien los delfines y la música son sagrados, puso a Arión y a su rescatador en las estrellas, entre Sagitario y Acuario, como la constelación del Delfín.

Desde su posición en el firmamento, Arión y su rescatador podían, en cierto modo, ayudar a los navegantes y recordarnos la extraña y asombrosa amistad que existe entre la humanidad y los delfines.

FILEMÓN Y BAUCIS, O LA HOSPITALIDAD RECOMPENSADA

En las colinas de las tierras de poniente de Frigia, en Asia Menor, un roble y un tilo crecen uno al lado del otro, con las ramas tocándose. Se trata de una escena sencilla, rural, lejos de deslumbrantes palacios o agobiantes ciudadelas. Los campesinos agricultores se buscan la vida aquí, fiados por completo a la clemencia de Deméter en lo tocante a la maduración de sus cosechas y el engorde de sus cerdos. La tierra no es rica y siempre es una lucha para la gente llenar sus graneros con provisiones suficientes para soportar los meses de invierno, cuando Deméter languidece y lamenta la ausencia en el mundo de la superficie de su deslumbrante hija Perséfone. El roble y el tilo, por más corrientes que se antojen comparados con las majestuosas arboledas de álamos y las elegantes avenidas de cipreses que jalonan las carreteras que comunican Atenas con Tebas, son los árboles más sagrados del mundo mediterráneo. Los sabios y los virtuosos peregrinan hasta ellos y cuelgan sus ofrendas votivas en las ramas.

Muchos años atrás creció un asentamiento en el valle de más abajo. En tamaño, era algo a medio camino entre un pueblo y una aldea. Se hizo llamar, con esa esperanzada desesperación que siempre delata la denominación de asentamientos fallidos, Eumenia, que significa «el lugar de los buenos meses», con la vana expectativa, quizás, de que Deméter bendijese la tierra estéril del sitio y los proveyese de abundantes cosechas. Lo hizo raras veces.

En el centro del ágora, la plaza central, se erigía un enorme templo a Deméter, enfrente de uno de casi idéntico tamaño dedicado a Hefesto (dado que la gente necesitaba que sus forjas y talleres estuviesen bendecidos). Alrededor del pueblo se podían ver numerosos santuarios votivos a Hestia y Dioniso. Las escasas viñas que se diseminaban por las laderas se cuidaban con tanta premura como los olivos o los campos de maíz. La vida era dura, pero los hombres y las mujeres encontraban aquí gran solaz en el vino amargo de la región.

Al final de un caminito serpenteante que llevaba fuera del pueblo, en una casita de piedra, vivía una pareja de ancianos llamados FILEMÓN y

BAUCIS. Llevaban casados desde jóvenes y ahora, en su vejez, se amaban tan profundamente como siempre, con una tranquila intensidad inquebrantable que los vecinos encontraban divertida. Eran más pobres que la mayoría, sus campos eran los peores y más yermos de toda Eumenia, pero nunca se les había oído quejarse. Cada día, Baucis ordeñaba a la única cabra que tenían, segaba, cosía, lavaba y recogía, mientras Filemón sembraba, plantaba, cavaba y labraba el terreno de detrás de la casa. A última hora de la tarde recolectaban setas silvestres, cogían leña o se limitaban a pasear por las colinas de la mano, charlando de esto y aquello, contentos de ser silenciosos compañeros. Si había comida suficiente para hacer la cena, comían, si no se iban hambrientos a la cama y se dormían abrazados. Sus tres hijos hacía mucho que se habían mudado y se habían llevado a sus familias lejos. Nunca los visitaban y raro era que alguien más fuese a llamar a su puerta. Hasta una tarde trascendental.

Filemón acababa de volver de los campos y estaba sentado preparándose para su corte de pelo mensual. Poco le coronaba por entonces ya la vieja cabeza calva, pero se trataba de un ritual que ambos encontraban agradable. El fuerte golpeteo en la puerta casi hizo que a Baucis se le cayese la cuchilla que había estado afilando. Se miraron con gran sorpresa, incapaces de recordar la última vez que alguien los había visitado.

Dos desconocidos esperaban en el umbral, un hombre barbudo con un acompañante más joven y lampiño. Su hijo, tal vez.

–Hola –dijo Filemón–. ¿En qué podemos ayudarlos?

El más joven sonrió y se quitó el sombrero, un extraño gorro redondo con un ala mínima.

–Buenas tardes, señor. Somos un par de viajeros hambrientos, nuevos en esta parte del mundo. Me pregunto si sería abusar de su buena voluntad...

–¡Pasen, pasen! –dijo Baucis, apareciendo de repente detrás de su marido–. Hace frío para andar por ahí fuera en esta época del año. Estamos más alto que el resto del pueblo, ¿saben?, y sufrimos un poco más el frío. Filemón, ¿por qué no avivas el fuego para que nuestros huéspedes puedan calentarse?

–Por supuesto, amor mío, por supuesto. ¿Dónde están mis modales?

Filemón se agachó, sopló en el hogar y despabiló las brasas.

–Dejen que les quite los abrigo –dijo Baucis–. Siéntese, señor, al fuego. Y

usted, señor, se lo ruego.

–Qué amable por su parte –dijo el mayor de los dos–. Me llamo Astrapo y este es mi hijo Arguro.

El más joven se inclinó al pronunciarse su nombre con algo de reverencia y se sentó también al lado del fuego.

–Estamos sedientos –dijo con un ruidoso bostezo.

–Tienen que beber algo –dijo Baucis–. Marido, tú trae la jarra de vino, que yo traeré unos higos secos y unos piñones. Espero que se avendrán a cenar con nosotros. No podemos ofrecerles grandes yantares, pero están más que invitados.

–Pues si no le importa... –dijo Arguro.

–Deje que le quite el sombrero y el bastón...

–No, no. Me los quedo. –El joven mantuvo el bastón contra el pecho. Tenía un dibujo muy curioso. ¿Era acaso una vid lo que tenía tallado alrededor?, se preguntó Baucis. Se enroscaba con tal esmero que parecía viva.

–Me temo –dijo Filemón acercándose con una jarra de vino que el vino de la localidad les va a parecer un poco aguado y tal vez un poco... amargo. La gente de regiones vecinas se burla de nosotros por eso, pero les aseguro que, una vez que se acostumbra uno al sabor, puede ser más que potable. Al menos es lo que creemos.

–No está mal –dijo Arguro tras un sorbo–. ¿Y cómo conseguisteis sentar al gato en la jarra?

–Ignórenlo –dijo Astrapo–. Se cree gracioso.

–Bueno, tengo que admitir que ha sido bastante gracioso –dijo Baucis acercándose con frutas y frutos secos en una escudilla de madera–. Miedo me da, joven señor, lo que va a decir de la pinta que tienen mis higos secos.

–Como lleva blusa no se los veo, pero la fruta en conserva de este plato tiene buen aspecto.

–¡Señor! –Baucis le dio una bofetada juguetona y se puso muy rosa. Qué joven más extraño.

La leve incomodidad que generalmente acompaña a la fase de bebidas y aperitivos de una velada fue rápidamente suavizada por el descaro y la alegría de Arguro y la risa fácil de sus anfitriones. Astrapo parecía de una

disposición más sombría, y cuando se dirigían a la mesa, Filemón le puso una mano en el hombro.

–Espero que perdone la curiosidad de un viejo estúpido, señor –le dijo–, pero parece un poco distraído. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarlo?

–Ah, ignórelo. Siempre está con el ánimo por los suelos –dijo Arguro–. ¡Que es de donde abastece su guardarropa, ja, ja! Pero, ahora en serio, no le pasa nada que no pueda curarle una buena comida.

La mirada de Baucis se cruzó un instante con la de Filemón. Tenían tan poca cosa en la despensa. Un pedazo de tocino salado que habían estado guardando para la fiesta de mediados de invierno, algo de fruta en conserva, pan negro y media col. Sabían que pasarían hambre durante una semana solo con satisfacer la mitad del apetito de dos hombres tan saludables. Pero la hospitalidad era cosa sagrada y las necesidades de los huéspedes tenían que ir siempre por delante.

–Otro vaso de vino no me vendría mal –dijo Arguro.

–Ay, amigo –dijo Filemón mirando la jarra–, me temo que ya no queda...

–Tonterías –dijo Arguro arrebatándosela–, hay de sobra.

Se llenó el vaso y luego también el de Astrapo.

–Qué raro –dijo Filemón–. Habría jurado que no teníamos ni media ánfora.

–¿Dónde están sus vasos? –preguntó Arguro.

–Ah, por favor, no nos hace falta...

–Tonterías. –Arguro se arrellanó en su silla y alcanzó dos vasos de madera de la mesilla que tenía detrás–. Ahora... Brindemos.

Filemón y Baucis se quedaron asombrados, no solo de que hubiese suficiente vino en el jarro como para llenar sus vasos hasta el borde, sino de la calidad del mismo, mucho mejor de la que uno y otro recordaban. De hecho, a menos que estuviesen soñando, aquel era el vino más delicioso que habían probado en su vida.

Medio atontada, Baucis limpió la mesa con hojas de menta.

–Querida –le susurró Filemón al oído–, ese ganso que íbamos a sacrificar a Hestia el mes próximo. Seguramente es más importante dar de comer a nuestros huéspedes. Hestia lo entenderá.

Baucis estuvo de acuerdo.

–Saldré y le retorceré el pescuezo. Mira a ver si puedes avivar el fuego lo

suficiente como para asarlo bien.

El ganso, no obstante, no se dejó coger. Por más cuidadosamente que Baucis esperase y se abalanzase sobre él, aquel saltaba y se zafaba cada vez. Volvió a la casa en un estado de agitada decepción.

–Caballeros, lo siento muchísimo –dijo, y tenía lágrimas en los ojos–. Me temo que su cena será vulgar y desagradable.

–Chitón, señora –dijo Arguro sirviendo más vino a todos–. Jamás he asistido a un festín mejor que este.

–¡Señor!

–Es verdad. Díselo, padre.

Astrapo le dirigió una lúgubre sonrisa.

–Nos han cerrado las puertas de todas las casas de Eumenia. Algunos de los vecinos nos han insultado. Otros nos han escupido. Otros nos han tirado piedras. Otros nos han soltado los perros. La vuestra ha sido la última casa en la que hemos probado y no nos habéis mostrado sino amabilidad y un espíritu de la *xenia* que empezaba a temer que se hubiera esfumado de la faz de la tierra.

–Señor –dijo Baucis notando la mano de Filemón por debajo de la mesa y apretándosela–. Solo podemos disculparnos por el comportamiento de nuestros vecinos. La vida es dura y no a todos se les ha educado para venerar las leyes de la hospitalidad como deberían.

–No hay necesidad de disculparse por ellos. Tengo hambre –dijo Astrapo, y tal y como lo decía se oyó retumbar un trueno.

Baucis cruzó la mirada con Astrapo al otro lado de la mesa y vio algo que la atemorizó.

Arguro se rió.

–No se alarme –dijo–. Mi padre no está enfadado con ustedes. Está complacido.

–Salid de la casa y subid la colina –dijo Astrapo poniéndose en pie–. No miréis atrás. Pase lo que pase no miréis atrás. Os habéis ganado vuestra recompensa y vuestros vecinos se han ganado su castigo.

Filemón y Baucis se levantaron cogidos de la mano. Ahora sabían que sus visitantes eran algo más que viajeros corrientes.

–No tenéis por qué inclinaros –dijo Arguro.

Su padre señaló la puerta.

–Hasta lo alto de la colina.

–Recordad –les gritó Arguro a su espalda–, nada de mirar atrás.

De la mano, Filemón y Baucis subieron la colina.

–¿Sabes quién era ese joven? –dijo Filemón.

–Hermes –respondió Baucis–. Cuando abrió la puerta para que saliésemos he visto unas serpientes enroscándose en su báculo. ¡Estaban vivas!

–Entonces el hombre al que llamaba padre era..., tenía que ser...

–¡Zeus!

–¡Ay, dioses! –Filemón se detuvo en la ladera para recuperar el aliento–. Está oscureciendo, amor mío. El ruido del trueno se acerca. Me pregunto si...

–No, cariño, no podemos mirar atrás. No debemos.

Disgustado por la hostilidad y las desvergonzadas infracciones de las leyes de la hospitalidad que le habían demostrado los vecinos de Eumenia, Zeus había decidido hacer con esta comunidad lo que había hecho en la época de Deucalión y el Gran Diluvio. Las nubes se amontonaron en una densa masa a una orden suya, un trueno retumbó y comenzó a llover.

Para cuando la pareja de ancianos acabó de llegar como buenamente pudo a la cima de la colina, unos torrentes de agua fluían tras ellos.

–No podemos quedarnos aquí plantados en medio de la lluvia de espaldas a la ciudad –dijo Baucis.

–Miraré si tú miras.

–Te amo, Filemón, marido mío.

–Te amo, Baucis, esposa mía.

Se volvieron a mirar ambos. Les dio el tiempo justo de ver el gran diluvio inundando Eumenia antes de que Filemón se convirtiese en un roble y Baucis en un tilo.

Durante centenares de años los dos árboles estuvieron allí el uno junto al otro, símbolos del amor eterno y de la humilde amabilidad, y de sus ramas entrelazadas colgaron ofrendas de peregrinos admirados.*

FRIGIA Y EL NUDO GORDIANO

A los griegos les encantaba mitologizar a los fundadores de pueblos y ciudades. El regalo del olivo por parte de Atenea a los habitantes de Atenas y la entronización de Erecteo (el asunto de Hefesto y el pañuelo empapado en semen, como recordaréis) para que fuese fundador de la ciudad parecen haber fomentado el sentido de la identidad ateniense. La historia de Cadmo y los dientes del dragón hizo lo mismo por los tebanos. A veces, como es el caso del fundador de la ciudad de Gordio, unos elementos de la historia pueden pasar del mito a la leyenda y a la historia real y documentable.

Vivía en Macedonia un pobre pero ambicioso campesino llamado GORDIAS. Un día, mientras labraba sus terrenos yermos y pedregosos, un águila aterrizó en el tiro de su carreta y le clavó una intensa mirada.

«¡Lo sabía! Siempre había intuido que estaba señalado para la grandeza. Esta águila lo demuestra. Tengo un destino», se dijo Gordias.

Levantó el arado y condujo buey y carreta muchos centenares de kilómetros hasta el oráculo de Zeus Sabacio.* Mientras Gordias avanzaba con pesadez, el águila se aferraba al tiro con toda la fuerza de sus garras, sin inmutarse por más violentamente que el carro se bambolease o saltase sobre baches y pedruscos.

De camino, Gordias se encontró con una joven telmisana dotada a partes iguales de grandes poderes proféticos y una deslumbrante belleza que le puso el corazón patas arriba. Parecía que lo hubiese estado esperando y lo conminó a que se dirigieran juntos a Telmiso, donde debía sacrificar aquel buey a Zeus Sabacio. Gordias, espoleado por el cumplimiento de todas sus esperanzas, convino en seguir su consejo a condición de que accediese a casarse con él. Ella agachó la cabeza y asintió, y se pusieron en marcha rumbo a la ciudad.

Resultó que, en aquel preciso momento, el rey de Frigia acababa de morir en su cama. Dado que no había dejado herederos ni sucesor obvio, la gente de la capital corrió al santuario de Zeus Sabacio para averiguar qué había que hacer. El oráculo les dijo que ungiesen y coronasen al primer hombre que

entrarse en la ciudad en un carro. De ahí que los habitantes de la ciudad estuviesen apiñados nerviosamente alrededor de las puertas en el instante en que Gordias y la profetisa llegaron. El águila salió volando del tiro con un tremendo chillido al cruzar el umbral. El populacho lanzó al aire sus gorros y vitoreó hasta quedarse ronco.

En muy poco tiempo, Gordias había pasado de buscarse la vida en solitario trabajando el suelo macedonio a estar casado con una bella telmisana vidente y ser coronado rey de Frigia. Planeó reconstruir la ciudad (que llamó inmodestamente Gordio en su propio honor), ponerse a reinar en Frigia y vivir feliz para siempre. Cosa que hizo. A veces, incluso en el mundo de la mitología griega, las cosas van bien.

La carreta se convirtió en una reliquia sagrada, un símbolo del derecho divino de Gordias a gobernar. Un poste grabado de cerezo pulido se colocó en el ágora y el yugo del carro se ató allí con el nudo más complicado que se había visto en el mundo. Gordias estaba decidido a que jamás robasen el carro de la plaza. Surgió la leyenda, de esa manera misteriosa y de fuente desconocida en que surgen las leyendas, de que quien desatase ese nudo endemoniado gobernaría Asia un día. Muchos lo intentaron: capitanes marinos, matemáticos, jugueteros, artistas, artesanos, estafadores, filósofos y niños ambiciosos, pero ninguno logró siquiera empezar a deshacer sus elaborados y entretejidos bucles, lazos y retorcimientos.

El gran nudo gordiano quedó sin solucionar durante más de mil años hasta que un temerario y brillante conquistador macedonio y rey llamado Alejandro irrumpió con su ejército en la ciudad. Cuando le contaron la leyenda le echó un vistazo al enorme amasijo de sogas, levantó la espada y la dejó caer, cortando el nudo gordiano y ganándose el satisfecho elogio de sus futuras generaciones.*

Mientras tanto, volviendo atrás en el tiempo, el príncipe Midas, hijo de Gordias, al hacerse adulto se convirtió en un afable y alegre joven, amado y admirado por todo aquel que lo conocía.

MIDAS

El feo forastero

Gordias murió a su debido tiempo y su hijo Midas lo sucedió como rey. Su vida fue sencilla pero elegante –se había vuelto un joven afable y alegre, educado y admirado por todos–. Frigia no era un reino especialmente rico, pero la mayor parte del tiempo y el dinero que Midas poseía se malgastaba en un magnífico jardín de rosas en el terreno del palacio. Fue conocida como una de las maravillas de su época. A Midas nada le gustaba más que deambular por ese paraíso de colores y fragancias y cuidar de sus plantas (de cada una de las cuales brotaban otras sesenta gloriosas flores).

Una mañana, mientras vagaba por el jardín, observando con el habitual deleite lo exquisitamente que titilaban las gotas de rocío en los delicados pétalos de sus queridas rosas, Midas tropezó con el bulto durmiente de un feo viejo barrigón, acurrucado en el suelo y roncando como un cerdo.

–Oh, lo siento mucho. No te he visto –dijo Midas.

Con un eructo y un hipido, el viejo se puso en pie e hizo una profunda reverencia.

–Le pido perdón. No pude evitar que anoche me atrajese hasta aquí el dulce aroma de sus rosas. Me quedé dormido.

–Ningún problema –dijo Midas cortésmente. Lo habían educado para mostrarse siempre respetuoso con sus mayores–. Pero ¿por qué no entra en palacio y desayuna conmigo?

–Si no le importa. Muy amable por su parte.

Midas no tenía manera de saber que aquel feo viejo barrigudo era Sileno, amigo íntimo del dios del vino Dioniso.

–¿A lo mejor le apetece darse un baño? –le propuso Midas según entraban.

–¿Para qué?

–Ah, por nada. Una ocurrencia.

Sileno se quedó diez días y diez noches, e hizo tremendas incursiones en

las mermadas bodegas de Midas, pero lo compensó con canciones, bailes e historias estrafalarias.

En la décima noche, Sileno anunció que se marcharía al día siguiente.

–Mi amo debe de añorarme –dijo–. Supongo que su gente no podrá llevarme hasta él, ¿verdad?

–Con gusto –respondió Midas.

Al día siguiente, Midas y su séquito acompañaron a Sileno en su largo viaje a los viñedos que Dioniso gustaba de frecuentar en aquella época del año. Tras muchas horas de bregar con el calor y lo enrevesado de angostos caminos, empinados montes y estrechos senderos, dieron con el dios del vino y sus seguidores celebrando un pícnic en un campo. Dioniso estuvo encantado de ver a su viejo amigo.

–El vino sabe amargo sin ti –dijo–. Las danzas y la música suenan sin gracia al oído. ¿Dónde has estado?

–Me perdí –dijo Sileno–. Este amable caballero –empujó al reticente Midas para que se pusiese ante el dios– me llevó a su palacio y me dejó hacer a mi antojo en su casa. Me he bebido la mayor parte de su vino, me he comido la mayor parte de su comida, me he meado en sus ánforas de agua y he vomitado sobre sus cojines de seda. Jamás se ha quejado. Un tío legal de la cabeza a los pies.

Sileno palmeó la espalda de Midas. Midas puso una sonrisa de circunstancias. No se había enterado de lo de las ánforas de agua y los cojines de seda.

Dioniso, como muchos bebedores avezados, tenía facilidad para ponerse muy emotivo y afectuoso. Palmeó agradecido a Midas.

–¿Veis? –declaró al mundo en general–. ¿Veis? Justo cuando uno pierde la fe en la humanidad, te demuestran que vale la pena. A esto es a lo que mi padre se refiere con el nombre de *xenia*. Me va a estallar el corazón en el pecho. Lo que me digas.

–¿Perdón? –Midas estaba deseando marcharse. Diez días y noches de Sileno habían sido más que suficientes. Se moría por estar a solas con sus flores. Un Dioniso borracho con todo un séquito de ménades y sátiros iba a ser demasiado incluso para una paciencia como la suya.

–Lo que me digas de recompensa. Lo que quieras. Lo que se te ocurra...

¡hip!..., ocurra te lo divinaré concisamente. Quiero decir –rectificó Dioniso con dignidad– que te lo concederé divinamente. Así que venga –añadió beligerante, volviéndose de repente para mirar a nadie en concreto.

–¿Quiere decir, señor mío, que puedo pedirle lo que sea?

¿Quién de nosotros no ha albergado dichas fantasías de genios y hadas que nos conceden deseos? Siento decir que, ante la propuesta de Dioniso, a Midas la sangre se le agolpó en la cabeza.

He comentado que Frigia era uno de los reinos más pobres, y si bien Midas no era considerado por sus amigos una persona codiciosa ni avariciosa, sí anhelaba, como cualquier poderoso, contar con más dinero para gastar en sus ejércitos, su palacio, sus súbditos y sus instalaciones municipales. Los gastos de una economía real son cuantiosos, y Midas siempre había sido un rey demasiado benevolente para cargar a su gente con impuestos abusivos. Y por eso descubrió que un deseo extraordinario se abría paso desde su cerebro febril hasta su boca.

–Entonces pido lo siguiente: que todo lo que toque se convierta en oro.

Dioniso esbozó una sonrisa más bien diabólica.

–¿En serio? ¿Eso es lo que quieres?

–Eso es lo que quiero.

–Vete a casa –dijo el dios–. Báñate en vino y acuéstate. Cuando te levantes por la mañana, tu deseo te habrá sido concedido.

Goldfinger

Es probable que Midas no se creyera que fuese a resultar nada de aquella conversación. Los dioses eran famosos por esquivar, retorcer y escabullirse de sus obligaciones.

Sin embargo, por si acaso –después de todo, ¿qué tenía de malo? Es decir, nunca se sabe–, aquella noche Midas vertió unas cuantas cubas de su menguante provisión de vino en una bañera real. Los vapores que desprendía garantizaban que cuando se acostase disfrutaría de un sueño profundo y sereno.

Midas despertó a una mañana esplendorosa que desterró todas las ideas de

deseos atrevidos y dioses borrachos de su mente. Pensando solo en sus flores, saltó de la cama y se apresuró hacia su amado jardín.

Las rosas jamás habían estado tan bonitas. Se inclinó y olió un rosado retoño híbrido que se encontraba en ese estado perfecto a medio camino entre capullo y abierto del todo. La exquisita fragancia lo dejó mareado de júbilo. Hizo un amago de separar los pétalos. Al instante el tallo y la flor se habían transformado en oro. Oro macizo.

Midas se quedó mirando, incrédulo.

Tocó otra rosa y luego otra. En cuanto sus dedos las tocaban se transformaban en oro. Corrió de aquí para allá por el jardín ululando con frenesí, rozando con las manos los arbustos hasta que todos y cada uno hubieron quedado congelados en duro brillante, invaluable, glorioso, dorado oro.

Pegando brincos y gritos de alegría, Midas contempló lo que en su día había sido un jardín de raras rosas y era ahora el más valioso tesoro del mundo entero. ¡Era rico! ¡Era demencial, monumentalmente rico! Ningún hombre sobre la faz de la tierra había sido más rico.

El alboroto de sus gritos exultantes atrajo a su esposa, que salió por las puertas del palacio y se quedó plantada observando, con su hija pequeña en brazos.

–Cariño, ¿por qué estás gritando?

Midas corrió hacia ella y abarcó a madre e hija en un estrecho abrazo de excitado júbilo.

–¡No te lo vas a creer! –dijo–. ¡Todo lo que toco se vuelve oro! ¡Mira! Lo único que tengo que hacer es... ¡Oh!

Dio un paso atrás para ver que su mujer y su niña eran ahora una estatua dorada, resplandeciente al sol de la mañana, un grupo congelado de madre e hija del que cualquier escultor se habría sentido orgulloso.

«Me ocuparé de esto más tarde. Tiene que haber una manera de devolverles... Dioniso no será tan... mientras tanto... ¡Flim! ¡Flam! ¡Flum!», se dijo.

Un guardia en su garita, el gran portón lateral del palacio y su trono favorito eran ahora totalmente de oro.

¡Bim! ¡Bam! ¡Bum!

La mesilla, el cáliz, la cubertería..., ¡oro macizo!

¿Pero qué era eso? ¡Crac! Casi se rompe los dientes al morder un melocotón de oro. ¡Plunc! Sus labios fueron a dar con un vino metálico. ¡Pop! Un pesado jirón dorado que había sido una servilleta de tela chocó con su boca y le hizo daño.

El desenfrenado goce empezó a desvanecerse a medida que Midas era consciente de las auténticas consecuencias de su don.

El resto os lo podéis imaginar. De repente, la emoción y el placer de poseer oro se volvieron temor y pavor. Todo lo que tocaba Midas se transformaba en oro, pero su corazón se volvía de plomo. Ninguna palabra, ningún gemido de imprecación a los cielos podía devolver a su esposa y a su hija, frías y solidificadas, a la cálida vida. La visión de sus amadas rosas con las cabezas gachas le hacía cabecear bajo el peso de su propio pesar. Todo a su alrededor resplandecía y destellaba, brillaba y relucía con un precioso fulgor chillón dorado, pero su corazón estaba lúgubre y gris como granito.

¡Y el hambre y la sed! A los tres días de convertir en oro incomedible la comida y la bebida en cuanto la tocaba, Midas se sentía a punto de morir.

Tumbado en su cama dorada, cuyas duras y pesadas sábanas no le prestaban abrigo ni confort, cayó en un sueño febril. Soñó con sus flores brotando de nuevo a la vida suave, delicada –sus rosas, sí, pero sobre todo las flores que ahora comprendía que importaban más, su esposa y su hija–. En el tremendo y enrevesado sueño vio los suaves colores volver a sus mejillas y brillar de nuevo la luz en sus ojos. Mientras estas imágenes cautivadoras danzaban y titilaban en su mente, irrumpió la voz de Dioniso en su interior.

–¡Hombre estúpido! Eres afortunado de que Sileno te tenga en tanta estima. Solo por él te muestro clemencia. Cuando te despiertes por la mañana, vete al río Pactolo. Sumerge las manos en sus aguas y tu encantamiento será anulado. Todo lo que laves en la rápida corriente será restaurado.

Al día siguiente, Midas hizo lo que la voz del sueño le había ordenado. Según lo prometido, el contacto con las aguas del río lo despojó de su toque dorado. Loco de alegría, se pasó una semana entera corriendo de un lado para otro sumergiendo en el río a su esposa, a su hija, a sus guardias, sirvientes,

rosas y todas las demás posesiones y palmoteando regocijado cuando iban volviendo a su estado original sin valor –pero de valor incalculable.

Después de esto, las aguas del Pactolo, que serpentean por las faldas del monte Tmolos, se convirtieron en la única fuente de electro, una aleación natural de oro y plata, de todo el Egeo.

Las orejas del rey Midas

Pensaréis que a estas alturas Midas había aprendido la lección. La lección que se repite y se repite a lo largo de la historia del hombre. No hagas el tonto con los dioses. No te fíes de los dioses. No enfurezcas a los dioses. No negocies con los dioses. No compitas con los dioses. Deja en paz a los dioses. Considera todas las bendiciones una maldición y todas las promesas una trampa. Sobre todo, jamás insultes a un dios. Jamás.

En un aspecto, desde luego, Midas había cambiado. Ahora desdeñaba no solo el oro, sino todas las riquezas y posesiones. Poco después de que Dioniso lo librara de la maldición, Midas se volvió un devoto seguidor de Pan, el dios de patas de cabra de la naturaleza, los faunos, los prados y todas las cosas salvajes del mundo.

Con flores en el pelo, sandalias en los pies y su vestuario reducido a la mínima expresión, lo justo para cubrir sus partes, Midas dejó a su esposa y a su hija a cargo de Frigia y se consagró a la vida *happy flower* de la sencilla virtud bucólica.

Todo habría ido bien de no ser porque a su señor Pan se le metió en la mollera retar a Apolo a una competición para determinar qué era superior, la lira o las flautas.

Una tarde, en un prado que se extendía por las laderas del monte Tmolos, Pan se llevó la siringa a los labios ante un público de faunos, sátiros, dríades, ninfas, semidioses varios y otros mortales menores. Esto convocó, por lo visto, a muntíacos, aguas caudalosas, conejos saltarines, venados en celo y caballos galopantes. La áspera y rústica melodía deleitó a la audiencia, sobre todo a Midas, que adoraba de verdad a Pan y todo el jubiloso jolgorio y la locura que el de las patas caprinas representaba.

Cuando Apolo se presentó y tocó las primeras notas de su lira, se hizo un silencio. De sus cuerdas se elevaron visiones de amor universal, armonía y felicidad, un alborozo pertinaz y profundo ante la vida y una percepción del cielo mismo.

Cuando terminó, el público se levantó a una para aplaudir. Tmolos, la deidad de la montaña, exclamó:

–La lira del gran señor Apolo gana. ¿Todos de acuerdo?

–¡Vaya que sí, vaya que sí! –rugieron los sátiros y los faunos.

–¡Apolo, Apolo! –gritaron las ninfas y dríades.

Una voz sola disintió.

–¡No!

–¿No?

Decenas de cabezas se giraron para ver quién se podía haber atrevido a discrepar.

Midas se puso en pie.

–No estoy de acuerdo. Yo digo que las flautas de Pan producen mejor sonido.

Hasta Pan estaba asombrado. Apolo dejó su lira en silencio y se acercó a Midas.

–Repíte eso.

Por lo menos puede decirse de Midas que tenía la valentía de sus convicciones. Tragó saliva dos veces antes de repetir:

–Y-yo digo que las flautas suenan mejor. Su música es más... apasionante. Más artística.

Apolo debía de estar de un humor sereno ese día, porque no masacró a Midas en el acto. No lo despellejó capa a capa como había hecho con Marsias cuando aquel desgraciado tuvo la temeridad de desafiarlo. Ni siquiera le provocó a Midas el más mínimo dolor, sino que le dijo en voz baja:

–¿Sinceramente crees que Pan ha tocado mejor que yo?

–Lo creo.

–Bueno, en ese caso –dijo Apolo con una carcajada–, debes de tener orejas de burro.

Tan pronto como estas palabras salieron de la boca del dios, Midas notó que algo extraño, caliente y áspero subía por su cuero cabelludo. Al llevarse

una mano inquisitiva a la cabeza, comenzaron a oírse entre la turba congregada alaridos, risotadas, chiflas y resoplidos de risa burlona. Entendían por qué Midas no se reía. Dos largas y grises orejas de asno le habían brotado entre el pelo y se retorcían y temblaban a ojos de todo el mundo.

–Por lo visto estaba en lo cierto –dijo Apolo–. Realmente tienes orejas de burro.

Sonrojándose de vergüenza y mortificación, Midas dio media vuelta y salió corriendo del prado, con las burlas y la guasa de la muchedumbre resonando más claras que nunca en sus enormes orejas peludas.

Su vida como seguidor permanente de Pan terminó. Se envolvió la cabeza en una especie de turbante, volvió con su esposa y con su familia al palacio de Gordio y –dando por concluido, sin duda, su despreocupado experimento de vida campestre– se centró de nuevo en su vida de monarca.

La única persona que vio sus orejas de burro fue, por pura necesidad, el sirviente que le cortaba el pelo cada mes. Nadie más en Frigia conocía el terrible secreto y Midas estaba decidido a que así continuase la cosa.

–El trato es el siguiente –le dijo al barbero–: te doy un salario más alto y una pensión más generosa que a cualquier otro miembro del personal de palacio y tú guardas silencio sobre lo que has visto. Si, no obstante, sueltas una sola palabra a cualquiera, mataré a tu familia delante de tus ojos, te cortaré la lengua y te dejaré para que vagues por el mundo en muda pobreza y exilio. ¿Comprendido?

El aterrorizado barbero asintió.

Durante tres años, ambas partes se mantuvieron fieles al trato. La esposa del barbero y su familia prosperaron lustrosos y felices gracias al dinero extra que entraba y nadie descubrió lo de los apéndices asnales del rey. Los turbantes al estilo Midas se pusieron de moda en toda Frigia, Lidia, Tracia y más allá. Todo iba bien.

Pero los secretos son algo horrible de guardar. Sobre todo los que son tan jugosos como aquel del que el barbero real estaba al tanto. Cada día se despertaba y notaba que aquella información se retorcía y se le hinchaba por dentro. El barbero amaba a su mujer y a su familia y era en cualquier caso lo bastante leal a su monarca como para no albergar deseo alguno de humillarlo o abochornarlo. Pero aquel secreto que se inflamaba, se le abombaba, tenía

que salir de alguna manera o reventaría. Ninguna vaca sin ordeñar con las ubres hinchadas, ninguna madre preñada de gemelos, ningún gastrónomo ahíto apretando en las letrinas podría llegar a experimentar una necesidad tan desesperada de alivio de sus sufrimientos como aquel pobre barbero.

Al final dio con una treta que creyó que le permitiría deshacerse con toda seguridad de su peso sin poner en peligro a su familia. Al despertar de una noche tortuosa en la que había soñado que revelaba el secreto al populacho pasmado de Gordio desde un balcón en plena plaza mayor, con las primeras luces del día se internó en la remota campiña. En un lugar solitario junto a un riachuelo, cavó un profundo hoyo en la tierra. Tras mirar en todas direcciones para asegurarse de que estaba solo y de que no había posibilidad de ser oído, se arrodilló, hizo altavoz con las palmas de las manos alrededor de la boca y gritó estas palabras dentro del agujero:

–¡Midas tiene orejas de burro!

Mientras escarbaba frenéticamente para volver a tapar el hoyo antes de que las palabras se escapasen, no se dio cuenta de que una semillita caía y se quedaba enterrada en el fondo...

Cuando acabó de rellenar el agujero, el barbero pisoteó con ganas por todas partes la tierra para sellar allí el espantoso secreto. Volvió pegando brincos a Gordio, se fue directo a su taberna favorita y pidió una jarra del mejor vino de la casa. Ahora podía beber sin miedo a que el vino le soltara la lengua. Era como si fuese Atlas y el cielo por fin hubiese sido descargado de sus hombros.

Mientras tanto, a lo largo de las siguientes semanas, en el remoto campo junto al riachuelo aquella semilla diminuta calentada por el suave aliento de Gea dentro de la tierra comenzó a germinar. Pronto, un delicado junquito despuntó en el suelo y se abrió paso una delicada cabeza a la vista. Cuando la brisa atravesaba el junco este susurraba suavemente «Midas tiene orejas de burro».

Las leves palabras llegaron a los arroyos y cañas que jalonaban las márgenes del río. «Midas tiene orejas de burro.»

El susurro de los arroyos y el siseo de las cañas se los llevaron las hierbas y hojas de los árboles y el murmullo de los cipreses y sauces mandó rápidamente el sonido a la brisa.

«Midas tiene orejas de burro», suspiraban las ramas.

«Midas tiene orejas de burro», trinaban los pájaros.

Y finalmente la noticia llegó a la ciudad.

«¡Midas tiene orejas de burro!»

El rey Midas se despertó con un sobresalto. Se oían risas y gritos fuera de palacio. Se arrastró hasta la ventana agachado y escuchó.

La humillación fue demasiado insoportable. Sin pararse a infligir venganza alguna en la persona del barbero y su familia, mezcló un mejunje venenoso de sangre de buey, levantó los ojos al cielo, soltó una amarga risotada, se encogió de hombros, se bebió aquello de un trago y murió.

Pobre Midas. Su nombre siempre significará que alguien es afortunado y rico, pero en realidad fue desafortunado y pobre. Si se hubiese conformado con sus rosas... Mejor tener buena mano para la jardinería que una mano llena de sortijas.

APÉNDICES

Los hermanos, un aparte

Un último apunte sobre Epimeteo y Prometeo, los hijos de Clímene (o Asia) la oceánide y Jápeto el titán, y hermanos pequeños de Atlas el apuntalador de cielos y Menecio el alcanzado por el rayo. Normalmente se sostiene que Prometeo significa «previsión» y Epimeteo «ocurrencia tardía», de lo que habitualmente se infiere que Epimeteo metía la pata sin pensar en las consecuencias mientras que su hermano mayor Prometeo deliberaba con más perspicacia. Se podría argumentar con todas las de la ley que en los actos de Prometeo al entregar el fuego al hombre no hubo nada especialmente prudente, previsor o clarividente. Fue un acto impulsivo, generoso..., cariñoso incluso, pero no especialmente inteligente. Epimeteo era también un individuo cordial y bien dispuesto, y sus fallos solo fueron..., iba a decir humanos, pero apenas doy una idea de la situación, puesto que era un titán. Sus fallos fueron ciertamente titánicos en sus consecuencias. La diferencia que percibimos entre ambos hermanos la emplean los filósofos hasta la fecha para expresar algo fundamental sobre todos nosotros.

En el diálogo de Platón *Protágoras*, el personaje del título propone un mito de la creación un tanto distinto al tradicionalmente aceptado.

Los dioses (así se lo cuenta Sócrates a Protágoras) decidieron poblar la naturaleza con nuevas cepas de vida mortal, dado que por entonces solo había seres inmortales en el mundo. Con tierra y agua, y con fuego divino y aliento divino crearon a los animales y al hombre. Encargaron a Prometeo y a Epimeteo la tarea de asignar a aquellas criaturas todos los atributos y características que los capacitarían para vivir vidas plenas y prósperas. Epimeteo dijo que él se encargaría de repartir y que Prometeo podía ir comprobando su trabajo. En eso quedaron los hermanos.

Epimeteo se puso a ello a conciencia. A unos animales les dio armadura – al rinoceronte, al pangolín y al armadillo, por ejemplo–. A otros, casi al azar se diría, les otorgó densos pelajes impermeables, camuflaje, veneno, plumas,

colmillos, garras, escamas, zarpas, branquias, alas, bigotes y dios sabe qué más. Asignó velocidad y ferocidad, proporcionó flotabilidad y capacidad de vuelo –a cada animal se le dotó de una especialidad práctica propia sagazmente asignada, desde la habilidad para la navegación hasta la maestría a la hora de excavar, construir nidos, nadar, saltar y cantar–. Estaba felicitándose por haber provisto a los murciélagos y a los delfines de ecolocación cuando se dio cuenta de que aquellos eran los últimos dones disponibles. Había, con su característica falta de previsión, pasado por alto por completo qué le otorgaría al hombre (al pobre hombre desnudo, vulnerable, de piel lisa, bípedo).

Epimeteo fue a ver a su hermano sintiéndose culpable y le preguntó qué debían hacer ahora que no quedaba nada en la cesta de los dones. El hombre no tenía defensas con las que protegerse de la crueldad, la astucia y la avidez de aquellos animales ahora soberbiamente equipados. Los mismos poderes que había prodigado a aquellos acabarían, seguro, con la humanidad inerme.

La solución de Prometeo fue robar las artes de Atenea y la llama de Hefesto. Con esto, el hombre podría emplear la sabiduría, la astucia y la pericia para defenderse de los animales. Quizás no nadaba tan bien como un pez, pero podría averiguar cómo construir embarcaciones; quizás no corría tan velozmente como un caballo, pero podría aprender a domarlos, herrarlos y cabalgarlos. Un día llegaría a construir, incluso, alas que rivalizarían con las de los pájaros.

Así, por lo tanto, por accidente o por error, de entre todas las criaturas mortales únicamente el hombre recibió cualidades del Olimpo: no para desafiar a los dioses, sino sencillamente para poder apañárselas con animales mejor capacitados.

El nombre de Prometeo significa, como he dicho, «previsión». La previsión tiene unas implicaciones bastante amplias. Bertrand Russell, en su *Historia de la filosofía occidental* (1945), tenía esto que decir:

El hombre civilizado se distingue del salvaje principalmente por la prudencia o, para emplear un término más amplio, por la previsión. Está dispuesto a sufrir penas momentáneas para obtener placeres futuros, incluso aunque estos sean muy lejanos. [...] La verdadera previsión no solo aparece cuando el hombre obra sin que ningún impulso lo dirija, sino porque su razón le aconseja que en el porvenir sacará más provecho así. [...] el individuo, habiéndose acostumbrado a considerar su vida como un conjunto, sacrifica cada vez el presente al porvenir.

Esta es, tal vez, una manera de insinuar que Prometeo es padre de nuestra civilización de un modo más sutil que como proveedor de fuego, ya sea real o simbólico. Prometeo también nos proporcionó la cualidad de prever, de ser capaces de actuar más allá del impulso. ¿Acaso fue la previsión prometeica lo que nos hizo pasar de cazadores y recolectores a agricultores, sedentarios domésticos y comerciantes? Uno no brega y planta, planifica y construye, almacena e intercambia a menos que sea capaz de mirar hacia el futuro.

A menos que llevemos demasiado lejos la adoración de un Prometeo ideal y potencialmente similar a Cristo (a fin de cuentas, uno de los lemas favoritos de los griegos era *mēdén ágan*: «nada con exceso»), Russell nos recuerda que los griegos parecían ser conscientes de una necesidad de contrarrestar su influencia con pasiones más oscuras, profundas y menos estables:

Es evidente que este proceso [actuar con prudencia y previsión] puede ser llevado demasiado lejos, como, por ejemplo, en el caso del avaro. Pero aun sin llegar a estos extremos, la prudencia puede fácilmente traer consigo la pérdida de las mejores cosas de la vida. Los adoradores de Dioniso reaccionan contra la prudencia. En la embriaguez física o espiritual recobran una intensidad de sentimiento que la prudencia ha destruido. Encuentran el mundo lleno de delicia y belleza, y su fantasía se libera de repente de la prisión de las preocupaciones cotidianas. El rito báquico producía lo que se llamaba entusiasmo, lo cual quiere decir, etimológicamente, que el dios entraba en la persona que le vengaba, y que esta entonces se creía una con el dios. Muchas cosas admirables de las obras humanas llevan en sí un elemento de embriaguez, donde la prudencia es barrida por la pasión. Sin el elemento báquico la vida carecería de interés; con él, es peligrosa. La prudencia contra la pasión: este conflicto se extiende por toda la Historia. Es un conflicto en el cual no debíamos tomar parte por uno o por otro bando resueltamente.

La complejidad y ambigüedad de Prometeo es extraordinaria. Nos dio fuego, el fuego creativo, pero además nos dio la previsión civilizadora, que aplacó otro tipo de fuego más intenso. Es su rechazo a ver a cualquier ser divino como perfecto, cumplido y completo por sí solo, ya sea Zeus, Moros o Prometeo, lo que hace que los griegos nos resulten tan satisfactorios. Por lo menos a mí...

Esperanza

Lo que significaba para los griegos el hecho de que Elpis quedase dentro del ánfora de Pandora, y lo que podría significar para nosotros en la

actualidad, ha sido objeto de un curioso debate entre eruditos y pensadores desde la invención de la escritura y tal vez incluso antes.

Para algunos, esto refuerza la terrible naturaleza de la maldición de Zeus sobre el hombre. Todas las enfermedades del mundo nos fueron enviadas para asolarnos, argumentan, y se nos negó incluso el consuelo de la esperanza. La pérdida de la esperanza, después de todo, se usa a menudo como una fórmula que preludia el desentendimiento y el final de toda lucha. Las puertas del infierno de Dante ordenaban a todo el que entrase que abandonara por completo la esperanza. Qué terrible entonces es creer que la esperanza pueda abandonarnos a nosotros.

Otros han sostenido que Elpis significa algo más que «esperanza», sugiere expectativa y no solo eso, sino expectativa ante lo peor. Presagio, en otras palabras, temor y sensación de inminencia de la fatalidad. Esta interpretación del mito de Pandora nos informa de que el último espíritu encerrado en el ánfora era, de hecho, el más malvado de todos ellos, y que sin él al hombre se le niega, por lo menos, un presentimiento de lo espantoso de su propio destino y de la absurda crueldad de su existencia. Con Elpis encerrada, en otras palabras, somos, al igual que Epimeteo, capaces de vivir el día a día, despreocupadamente ignorantes de, o por lo menos ignorando, la sombra del dolor, la muerte y el fracaso último que se cierne sobre todos nosotros. Tal interpretación del mito es, de un modo siniestro, optimista.

Nietzsche lo contemplaba de una manera, no obstante, ligeramente distinta. Para él la esperanza era la más perniciosa de todas las criaturas encerradas en el ánfora porque la esperanza prolonga el sufrimiento de la existencia del hombre. Zeus la incluyó en el ánfora porque quería que se escapase y atormentase a la humanidad a diario con su falsa promesa de lo bueno por venir. Que Pandora la mantuviese prisionera fue un acto triunfal que nos salvó de la mayor crueldad de Zeus. Con esperanza, argumenta Nietzsche, somos lo suficientemente estúpidos como para creer que la existencia tiene un sentido, un fin y que hay una promesa. Sin ella, podemos por lo menos tratar de seguir y vivir libres de aspiraciones ilusorias.

Por suerte, o por desgracia, podemos decidir por nosotros mismos.

Saltos gigantescos

Por el mito griego corren algunas historias sobre la GIGANTOMAQUIA, o «Guerra de los Gigantes». Un centenar de miembros de esta raza guerrera (que, como comenté, no eran especialmente altos ni gigantescos en el sentido moderno) nacieron de Gea y de la sangre de Urano castrado. Tal vez la guerra fuese el último intento de Gea de arrebatarle el control sobre el cosmos. En algunas fuentes parece darse un solapamiento o fusión con la Titanomaquia. Lo que probablemente sea cierto es que tuvo lugar algún tipo de brutal alzamiento contra los dioses y que lo encabezó el rey de los gigantes, EURIMEDONTE.

No tenemos los nombres de todos los participantes, pero el destino de varios de los más poderosos ha quedado documentado, desde luego. El más poderoso de todos, ENCÉLADO (el ruidoso), fue enterrado por Atenea bajo el monte Etna, desde cuya prisión continúa refunfuñando volcánicamente.* POLIBOTES fue aplastado bajo Nisiros, un pedazo de la isla de Cos que Poseidón partió y le tiró encima.* DAMISO (el conquistador) fue asesinado al principio de la batalla, pero su fama llegó más tarde, cuando su cadáver fue exhumado por el centauro Quirón, que buscaba piezas de recambio. Hefesto derramó una cuba de hierro fundido sobre el desgraciado MIMAS (el imitador); CLITIO (el renombrado) fue consumido por las llamas de las antorchas de Hécate; SICEO, perseguido tenazmente por Zeus, se salvó de la extinción cuando Gea lo transformó en higuera.* HIPÓLITO (la estampida de caballos) fue masacrado por Hermes, que lo engañó gracias a su manto de invisibilidad; y Dioniso mató a TIFÓN (el humo) con su sagrado tirso.

Algo he leído de un gigante llamado ARISTEO (el mejor),* que se libró de la guerra escondido por su madre, Gea, bajo la forma de la pelota de estiércol de un escarabajo. Pero el final que sufrieron TOANTE (el ágil), FOITOS (el temerario), MOLIOS, EMFITOS (el arraigado) y dios sabe cuántos más de la raza gigante, hasta donde sabemos, no está documentado.

Curiosamente, un relato cuenta cómo el feroz gigante PORFIRIÓN (el morado) murió a manos de Zeus y Hércules mientras violaba a Hera, cosa que sitúa su muerte mucho más tarde en la línea cronológica del resto de la Gigantomaquia. Como si un método tan coherente y estable como una línea

cronológica pudiera usarse para delinear el complejo, caleidoscópico y desordenado despliegue del mito griego.

Pies y dedos

Los griegos, al igual que el mundo anglosajón todavía hoy, usaban el pie como unidad de medida. Un *pous* (plural *podes*) estaba constituido por unos quince o dieciséis dedos (*daktyla*) y era aproximadamente como un pie británico o americano. En un *plethron* (la anchura de una pista de atletismo) había cien *podes*, que multiplicado por seis daba un *stadion* (la longitud de una pista de atletismo, de donde viene nuestro «estadio»), y ocho *stadia* eran una milla o *milion* (1,609 kilómetros). El asunto de los pies –podólogos, octópodos, trípodes y demás– deja ver el interesante recorrido de la letra «pe» en su extraña contorsión hacia la «efe» conforme avanza: de manera que *pous* devino *Fuss* en alemán y *foot* en inglés. *Pfennig*, *Pfeife* y *Pfeffer* la siguen llevando incrustada en el alemán moderno, pero se han convertido en *penny*, *pipe* y *pepper* en inglés (aunque también existe *fife* [pífano]). El filólogo de principios del siglo XIX Friedrich von Schlegel fue el primero en advertir este «gran cambio fricativo», que terminó formando parte de la Ley de Grimm, así llamada en honor de los hermanos Grimm, que fueron quienes realmente llevaron a cabo la labor de demostrar cómo podíamos remontarnos en el origen de la mayoría de los idiomas de Europa y Oriente Medio hasta India y su teórico predecesor protoindoeuropeo.

EPÍLOGO

He reunido a continuación unos cuantas reflexiones a propósito del mito y un breve esquema de algunas de las fuentes a las que he recurrido a la hora de escribir este libro.

No voy a dejar de repetir que mi intención en ningún momento ha sido interpretar o explicar los mitos, sino limitarme a contarlos. Evidentemente, he tenido que servirme de líneas cronológicas a fin de intentar conseguir una coherencia narrativa. Mi versión de las «edades del hombre», por ejemplo, varía de la bien conocida del poeta Hesíodo con el objetivo de separar más claramente las eras del gobierno de Crono y la creación de los humanos. La explosión de historias fue tan activa hace casi tres mil años que necesariamente toda clase de acontecimientos parecen suceder al mismo tiempo. Si alguien me dice que he entendido «mal» las historias, creo que puedo responder justificadamente que son, a fin de cuentas, ficciones. Al trastear con los detalles he hecho lo que la gente ha hecho siempre con los mitos. En este sentido, pienso que he puesto mi granito de arena para mantenerlos vivos.

Mito vs. Leyenda vs. Religión

De manera similar a como una perla se forma alrededor de un grano de arena, se da por hecho que la leyenda se ha construido alrededor de un grano de verdad. La leyenda de Robin Hood, por ejemplo, parece provenir de una figura histórica auténtica.* La sustancia narrativa que crece según la historia va pasando de generación en generación, embellecida y exagerada por el camino, en algún momento adquiere las propiedades de leyenda. Es esperable que termine redactándose, dado que la palabra misma deriva del gerundivo del latín *legere*, que significa «ser leído».*

Sin embargo, los mitos son constructos simbólicos e imaginativos. Nadie cree que Hefesto existiera en la realidad. Supone una representación de las

artes de la metalistería, la fabricación y la artesanía. Que una figuración así se describa como verrugosa, fea y coja nos tienta a interpretarla y explicarla. Tal vez nos damos cuenta de que los auténticos herreros, además de fuertes, suelen ser de tez oscura, con cicatrices y tan musculosos como para resultar gigantescos y temibles a la vista. Tal vez las culturas requieren que la gente en forma, alta y saludable siempre ocupe las categorías de hombres guerreros y que, desde un principio, los niños varones tullidos, cojos y más bajos sean instruidos en las forjas y talleres más que enviados a la batalla. Por lo tanto, cualquier dios de los herreros que imagine la cultura colectiva reflejará muy probablemente el arquetipo humano consabido de antemano. Esta clase de dioses se crean a nuestra imagen y semejanza, no al revés.

Por más simbólicos antes que históricos que los mitos y las figuras míticas sean en origen, han atravesado el mismo proceso de remodelación y embellecimiento que otras leyendas más factualmente arraigadas. También estas fueron redactadas, y los mitos griegos sobre todo, gracias a Homero, Hesíodo y a quienes los siguieron, fueron conservados en crónicas y detallados de maneras que nos proporcionan las cronologías, genealogías e historias de personajes que nos permiten producir un relato del tipo que he intentado yo en este libro.

Los mitos, por decirlo de una manera sencilla y obvia, tienen que ver con dioses y monstruos que no pueden ser observados ni señalados con el dedo. Es posible que algunos miembros de la antigua población griega creyeran en centauros y dragones acuáticos, dioses del mar y diosas del hogar, pero les hubiese costado mucho demostrar su existencia y convencer a otros. La mayoría de aquellos que contaron una y otra vez los mitos tenían que ser conscientes, creo, hasta cierto punto, de que estaban relatando historias ficticias. Puede que pensasen que el mundo estuvo habitado en su día por ninfas y monstruos, pero podían tener la certidumbre de que tales seres ya no existían.

La plegaria, el ritual y el sacrificio, los impuestos pagados a las invisibles fuerzas de la naturaleza..., eso es otro tema. Llegados a cierto punto, el mito deviene culto y deviene religión. Pasa de ser un conjunto de historias contadas alrededor del fuego a convertirse en una serie de creencias sistematizadas a las que se debe obediencia. Cómo terminan codificándose

los mitos en escrituras, liturgias y teologías es un tema para otro libro y un tema bastante fuera de mi alcance. Podemos, no obstante, decir que los antiguos griegos no cuentan con textos revelados al estilo de la Biblia o el Corán. Había «misterios» e iniciaciones de varios tipos que incluían estados extáticos, tal vez no muy distintos de los chamánicos que vemos hoy en otras partes del mundo, y había montones de templos y santuarios. Es verdad, también, que incluso en la gran época ateniense de la razón y la filosofía un hombre como Sócrates pudo ser ejecutado por motivos religiosos.*

Los griegos

Siempre es un error pensar en los griegos como en seres humanos superiores excepcionalmente dotados de una sabiduría cultivada y de una racional benevolencia. Podríamos encontrar muchas cosas en la Grecia antigua que nos resulten ajenas y desagradables. Las mujeres no podían desempeñar ningún papel en los asuntos de fuera del hogar, la esclavitud era endémica, los castigos eran duros y la vida podía ser brutal. Dioniso y Ares eran tan dioses suyos como Apolo y Atenea. Pan, Príapo y Poseidón también. Lo que hace que los griegos se nos antojen tan atractivos es que parezcan tan sutil, perspicaz y vivamente conscientes de esas distintas partes de sus naturalezas. «Conócete a ti mismo» era el lema grabado en el pórtico del templo de Apolo de Delfos. Como pueblo –si los leemos tanto a través de los mitos como en el resto de sus escritos–, intentaron atenerse lo mejor que pudieron a esta antigua máxima.

Así que, por más que estuviesen lejos de ser perfectos, los griegos antiguos parecen haber desarrollado el arte de ver la vida, el mundo y a ellos mismos con más ingenuidad y nítida claridad que muchas otras civilizaciones, incluida la nuestra.

Ubicación, ubicación

Grecia. ¿Qué es y dónde está eso? En la época de los mitos no era para nada una nación. Hoy existe una superficie terrestre y un grupo de islas

soberanas políticamente identificables, pero el mundo griego del *Mythos* incluye gran parte de Asia Menor, incorporando Turquía, partes de Siria, Irak y Líbano, así como zonas del norte de África, Egipto, los Balcanes, Albania, Croacia y Macedonia. La historia de «Arión y el delfín» nos lleva al sur de Italia, y otros mitos tratan de gente que a veces se considera a sí misma helénica, jonia, argiva, ática, tracia, eolia, espartana, dórica, ateniense, chipriota, corintia, tebana, frigia, siciliana, cretense, troyana, beocia, lidia... y mucho más. Todo esto resulta, soy del todo consciente, confuso y probablemente irritante a cualquiera que no sea un erudito o un ciudadano griego. Se puede consultar el mapa, pero en cualquier caso espero de verdad que no os devanéis los sesos intentando encajarlo todo. Dios sabe que yo me devané los míos más de la cuenta y no os deseo lo mismo a vosotros.

Fuentes antiguas

Volver a contar historias míticas griegas consiste en ir pisando huellas de gigantes. En el epílogo a este libro comparto la observación de Edith Hamilton de que el mito griego es «la creación de grandes poetas». Mientras que sus orígenes más profundos están en la prehistoria y en el folclore no documentado, al preparar material para este libro he tenido la posibilidad, como cualquiera de nosotros la tiene, de consultar a los primerísimos poetas de la tradición occidental, que resulta que fueron griegos y cuyo tema resultó ser el mito.

Contamos con un tesoro único de fuentes vigentes que trazan la cronología del mito griego desde la creación del universo y el nacimiento de los dioses hasta el final de su interacción e interferencia en los asuntos humanos. Comienza con HOMERO, que puede haber sido o no un único (y ciego) bardo jonio, pero cuyo nombre está vinculado a los dos grandes poemas épicos, la *Ilíada* y la *Odisea*, que fueron reunidos como tales, se cree, en el siglo VIII a. C. El marco es el asedio de Troya y su desenlace, pero Homero hace incontables referencias útiles a mitos anteriores. Su coetáneo aproximado, el poeta HESÍODO (indudablemente un individuo), se esforzó al máximo para crear lo que podríamos llamar una línea temporal para la

mitología griega. Su *Teogonía* narra la creación, el alzamiento de los titanes, el origen de los dioses y el establecimiento del Olimpo. Su *Erga kai Hemerai* (*Los trabajos y los días*) cuenta las grandes historias de la creación humana de Prometeo y Pandora, así como el esquema de las Cinco Edades de la humanidad: de Oro, Plata, Bronce, Heroica y de Hierro.

Otros poetas, escritores y viajeros griegos y romanos posteriores rellenaron huecos, elaboraron, ribetearon, fusionaron, confundieron e inventaron directamente historias míticas griegas provenientes en su mayor parte del esquema genealógico de Hesíodo. De entre estos, la *Bibliotheca*, un enorme diccionario del mito es, tal vez, la fuente más valiosa. En un principio se consideraba que fue obra del erudito APOLODORO DE ATENAS, que escribió en el siglo II a. C., pero hoy se pone en duda; últimamente se atribuye este trabajo a un desconocido al que se alude con el degradante sobrenombre de PSEUDO-APOLODORO y se data entre el siglo I y II d. C. Entre otras fuentes convincentes y/o fiables –todas ellas probablemente del siglo II d. C. se cuentan el viajero y compilador de guías de viaje PAUSANIAS, los «novelistas» LONGO (que escribió en griego) y APULEYO (que escribió en latín) y el prosista latino HIGINO.

Por encima de todos ellos se encuentra el poeta romano OVIDIO (43 a. C.-17 d. C.), cuyas *Metamorfosis* nos hablan de aquellos mortales, ninfas y demás que fueron transformados por los dioses en animales, plantas, ríos o incluso piedras como castigo o por piedad. El resto de sus obras, principalmente el *Ars Amatoria* (*Arte de amar*) y las *Heroides* (*Heroidas*), contienen también refundiciones del mito griego, usando siempre nombres latinos para los dioses: «Jove» o «Júpiter» para «Zeus», «Diana» para «Artemisa», «Cupido» o «Amor» para «Eros», etcétera. Ovidio es prolífico, profuso, irreverente, pícaro y cinemático en su energía e incansable cambio de puntos de vista. Queda claro en la riqueza de referencias de sus obras y poemas que Shakespeare, entre otros muchos escritores y artistas, se vio tremendamente influenciado por él. Ovidio no tuvo empacho en añadir, sustraer e inventar, y eso me ha influido y envalentonado a mí también a la hora de ser..., ¿puede decirse que *imaginativo?*, en algunas de mis versiones.

Fuentes modernas

Muchos niños de ambos extremos del Atlántico se criaron, al igual que yo, con colecciones clásicas de los mitos griegos firmadas por cuatro norteamericanos de prolongada popularidad. Dos eran escritores del siglo XIX: Nathaniel Hawthorne, que nos dio *El libro de las maravillas para chicos y chicas* (1851) y su secuela, *Cuentos de Tanglewood* (1853); y Thomas Bulfinch, cuya *Edad dorada del mito y la leyenda* (1855), incorporada más tarde al compendio *Mitos y leyendas* (1881), ha conocido decenas y decenas de ediciones a lo largo de sus ciento sesenta años de vida. El siglo XX fue dominado por la incomparable obra de Edith Hamilton *Mitología: todos los relatos griegos, latinos y nórdicos* (1942), que por suerte sigue imprimiéndose, y la inmarcesible de Bernard Evslin *Heroes, Gods and Monsters of the Greek Myths* (1967). Entre los equivalentes británicos se cuentan *Las aventuras de Ulises* (1808), de Charles Lamb, y *Favourite Greek Myths* (1905), de L. S. Hyde, siendo este último uno de mis grandes favoritos de la infancia.

Por estimables que fuesen, y continúen siendo, todos estos libros, tienden tímidamente a soslayar o expurgar los episodios eróticos o violentos que constituyen una parte más que esencial del mundo mítico griego. El poeta y novelista Robert Graves no tuvo tales reparos, pero sus dos volúmenes *Los mitos griegos* (1955), excéntricamente estructurados y narrados, si bien son meticulosos, eruditos e inspiradores, trazan un curso más literario y mitográfico –a menudo con vistas a subrayar su obsesión por los cultos de una «diosa blanca»–. Los enfoques de James Frazer y aquellos que vinieron después, Joseph Campbell incluido, por más valiosos que sean, se ocupan de cortar un bacalao menos específicamente griego y más académico, psicológico, comparativo y antropológico. En la actualidad existen montones de sitios en línea dedicados a ayudar a los jóvenes a «descubrir» el mito griego –aunque uno puede percibirlos como un tanto perezosos después de leer que se describe a Cadmo como «un colega», a Hermes como «guay» y a Hades como «un tío con problemas».

El único sitio web que recomiendo encarecidamente es theoi.com: un recurso sencillamente magnífico dedicado enteramente al mito griego. Se

trata de un proyecto holandés y neozelandés con más de 1.500 páginas de texto y una galería de 1.200 imágenes que abarcan pinturas en cerámica, escultura, mosaicos y frescos sobre temas mitológicos griegos. Ofrece una serie concienzuda de listas, genealogías y encabezados por temas. La bibliografía es soberbia, y puede llevarle a uno a una carrera laberíntica, saltando de una fuente a otra como un eufórico cazador de mariposas.

Ortografía de los nombres

Dado que muchos de los mitos griegos y de los personajes que los protagonizan nos han llegado por vía de escritores latinos, y dado que nuestro alfabeto es más romano que griego, la ortografía de las personalidades y lugares puede ser un tanto peliaguda. Podría haber decidido emplear únicamente la ortografía griega, y poner Kerberos, Iason y Kadmos en lugar de Cerbero, Jasón y Cadmo. ¿Debería haber propuesto «Cronus» en lugar de Crono? ¿Tal vez debería haber preferido «Akataion» a Acteón? «Narkissos» se me antoja artificioso cuando conocemos todos tan bien el nombre de Narciso. Al final he sido incoherente, pero con un punto de coherencia.

Decir los nombres

Mi consejo es que los pronunciéis mentalmente de la manera que más cómoda os resulte. La letra griega *kappa* abarca sonidos bastante oclusivos, y la letra *ji* los más aspirados y las fricativas guturales que encontramos en la «ch» de «loch» y «Bach», aunque si pronunciáis todas las «ch» como sonidos «ka» corrientes tampoco iréis mal encaminados. La *eta*, o «e» larga griega, se pronunciaba «i» cuando me enseñaron griego clásico en el colegio, de manera que la letra misma se pronunciaba «ita».

Entonces, ¿se dice Titis o Tetis? ¿Mitis o Metis, e Hira o Hera? ¿Aris o Ares? Los griegos modernos lo pronuncian de una manera, los académicos norteamericanos y británicos de otra, y el uso común, en tanto que exista un uso común, va por su cuenta. Cualquiera que os diga que hay una manera

correcta y otra err6nea de pronunciar puede ser puesto en duda, en mi opini6n.

AGRADECIMIENTOS

Para empezar, a mi querido marido Elliott, por ser lo bastante paciente como para soportar mis largos períodos enfrascado en el mítico paisaje de la antigua Grecia. A mi querida y persistente hermana y ayudante, Jo Crocker, por darle forma a mi vida de tal manera que me sea posible encontrar horas para escribir.

Como siempre, gracias a mi agente, Anthony Goff, y a Louise Moore y a toda la gente de Michael Joseph, el encantador sello de Penguin Random House que es tan amable de publicarme. Muy especialmente a mi diligente, exasperante, encantadora, considerada y testarudamente perspicaz editora Jillian Taylor.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Sección primera

1. *Gea, Madre diosa*; relieve. Ancient Art Architecture Collection Ltd / Alamy.
2. Cerámica ática de figuras rojas, bpk / Antikensammlung Berlin.
3. *Polifemo*, Johann Heinrich Wilhelm Tischbein, 1802. Landesmuseum Oldenburg.
4. Cabeza en bronce de Hipnos, ca. 275 a. C. British Museum / Alamy.
5. *Crono castrando a su padre Urano*, Giorgio Vasari, ca. 1560. Palazzo Vecchio, Sala de los Elementos.
6. *El nacimiento de Venus*, Sandro Botticelli, ca. 1485. Galería de los Uffizi. Florencia / Bridgeman.
7. *Saturno devorando a un hijo*, Francisco de Goya, ca. 1823. Museo del Prado, Madrid / Alamy.
8. Cerámica ática de figuras rojas atribuida al pintor de la Nausícaa, ca. 475-425 a. C. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.
9. *Júpiter amantado por Amaltea*, Nicolas Poussin, ca. 1640. National Gallery of Art, Washington DC / Bridgeman.
10. Relieve en mármol de la Guerra de los Gigantes. Gigantomaquia. Getty Images / De Agostini Picture Library.
11. Hidria de figuras negras, ca. 540-530 a. C. Staatliche Antikensammlungen, Múnich.
12. *El baile de las musas*, Joseph Paelinck, 1832. Colección particular / Alamy.
13. Relieve de las tres moiras. Alte Nationalgalerie, Berlín.
14. *La batalla entre dioses y gigantes*, Joachim Antonisz Wtewael, ca. 1608. Art Institute of Chicago / Bridgeman.
15. *Los dioses del Olimpo*, Sala dei Giganti, ca. 1528. Palazzo del Te / Bridgeman.

Sección segunda

1. Hierogamia, artista desconocido, siglo I d. C. Museo Archeologico Nazionale, Nápoles / Bridgeman.
2. *Vulcano forjando los rayos de Júpiter*, Peter Paul Rubens, 1636/1638. Museo del Prado, Madrid / Bridgeman.
3. Cabeza de Ares, a partir de un original griego de Alcámenes, 420 a. C. State Hermitage Museum, San Petersburgo, Rusia / Alamy.
4. *Venus y Marte*, Sandro Boticelli, ca. 1485. National Gallery, Londres / Alamy.
5. Ánfora de figuras negras, siglo VI a. C. Museo del Louvre, París / Bridgeman.
6. *Minerva o Palas Atenea*, Gustav Klimt, 1898. Wien Museum Karlsplatz, Viena / Bridgeman.
7. Copa de figuras rojas, siglo V a. C. Museo del Louvre, París / Bridgeman.
8. *Apolo*, Escuela italiana, siglo XVII. Musée Massey, Tarbes, Francia / Bridgeman.
9. *Diana*, Paul Manship, 1925. National Gallery of Art, Washington, DC / Alamy.
10. *Prometeo lleva el fuego a la humanidad*, Friedrich Heinrich Fuger, 1817. Neue Galerie, Kassel, Alemania / © Museumslandschaft Hessen Kassel / Ute Brunzel / Bridgeman.
11. *Prometeo encadenado*, Jacob Jordaens, ca. 1640. Wallraf-RichartzMuseum, Colonia, Alemania /

Alamy.

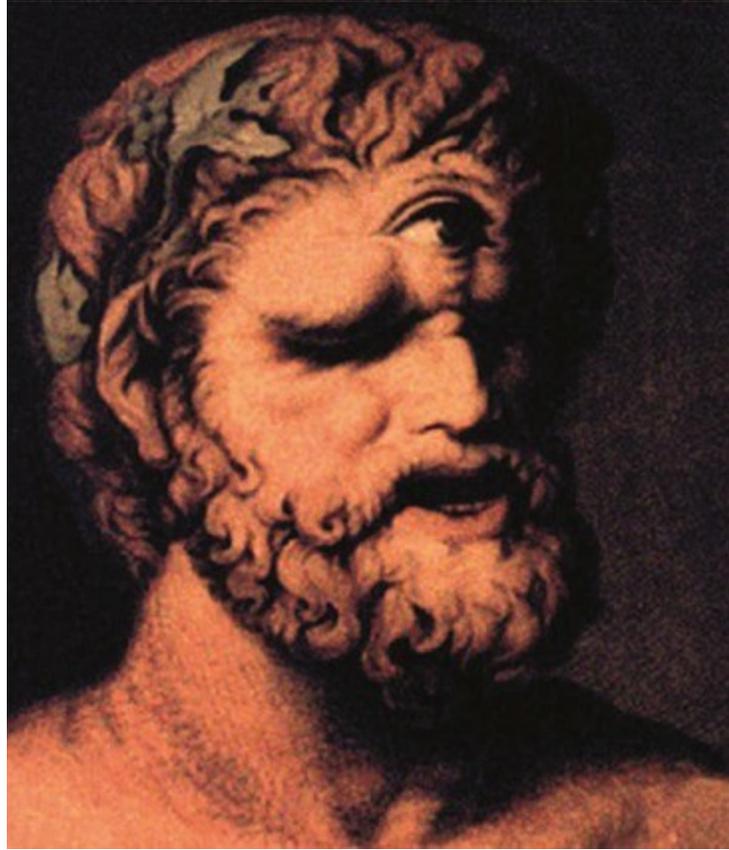
12. *El paso de la laguna Estigia*, Joachim Patenier o Patinir, 1515-1524. Museo del Prado, Madrid, España / Bridgeman.
13. *Pandora*, John William Waterhouse, 1896. Colección particular / Alamy.
14. *El regreso de Perséfone*, Frederic Leighton, ca. 1891. Leeds Museums and Galleries (Leeds Art Gallery), Reino Unido / Bridgeman.
15. *Cupido y Psique*, François Édouard Picot, 1817. Museo del Louvre, París / Bridgeman.
16. *Caída de Faetón*, Peter Paul Rubens, ca. 1604-1608. National Gallery of Art, Washington DC / Bridgeman.
17. *Sileno borracho*, Peter Paul Rubens (taller de), ca. 1620. National Gallery, Londres / Bridgeman.
18. *Apolo y Marsias*, Michelangelo Anselmi, ca. 1540. National Gallery of Art, Washington DC / Bridgeman.
19. *Las hilanderas o la fábula de Aracne*, Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, 1657. Museo del Prado, Madrid / Bridgeman.



1. Gea, una diosa primigenia y la personificación de la Tierra, engendrada en los albores de la creación.



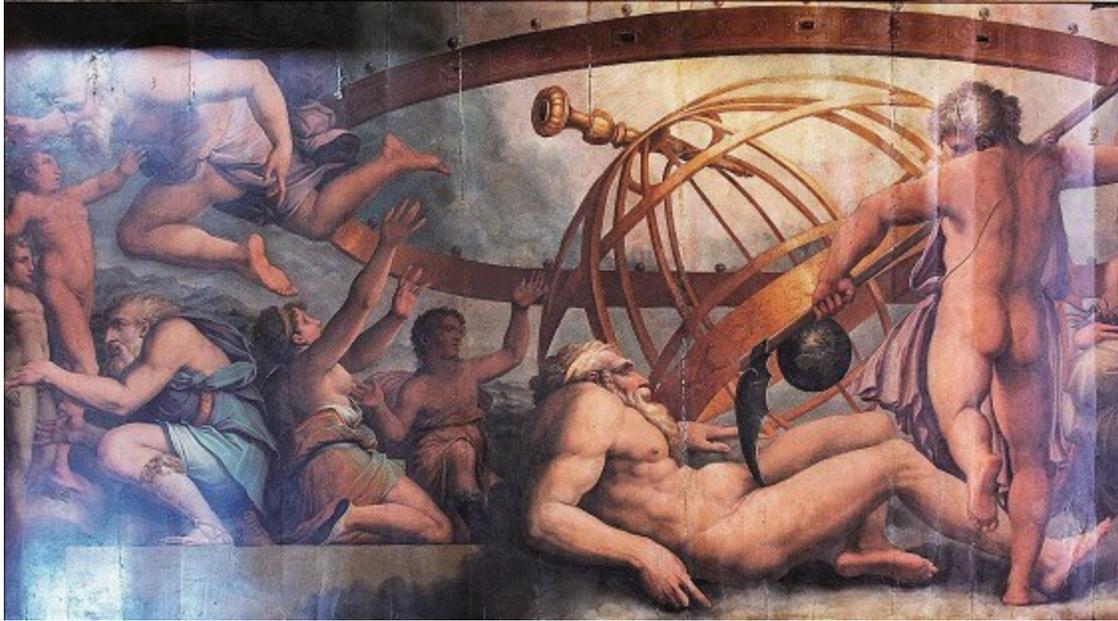
2. Temis, la diosa titánide que se convirtió en encarnación de la ley, la justicia y el orden. Aquí aparece sentada en el trípode délfico, sosteniendo una copa en una mano y una rama de laurel en la otra.



3. Los cíclopes tenían un único ojo redondo en el centro de la frente.



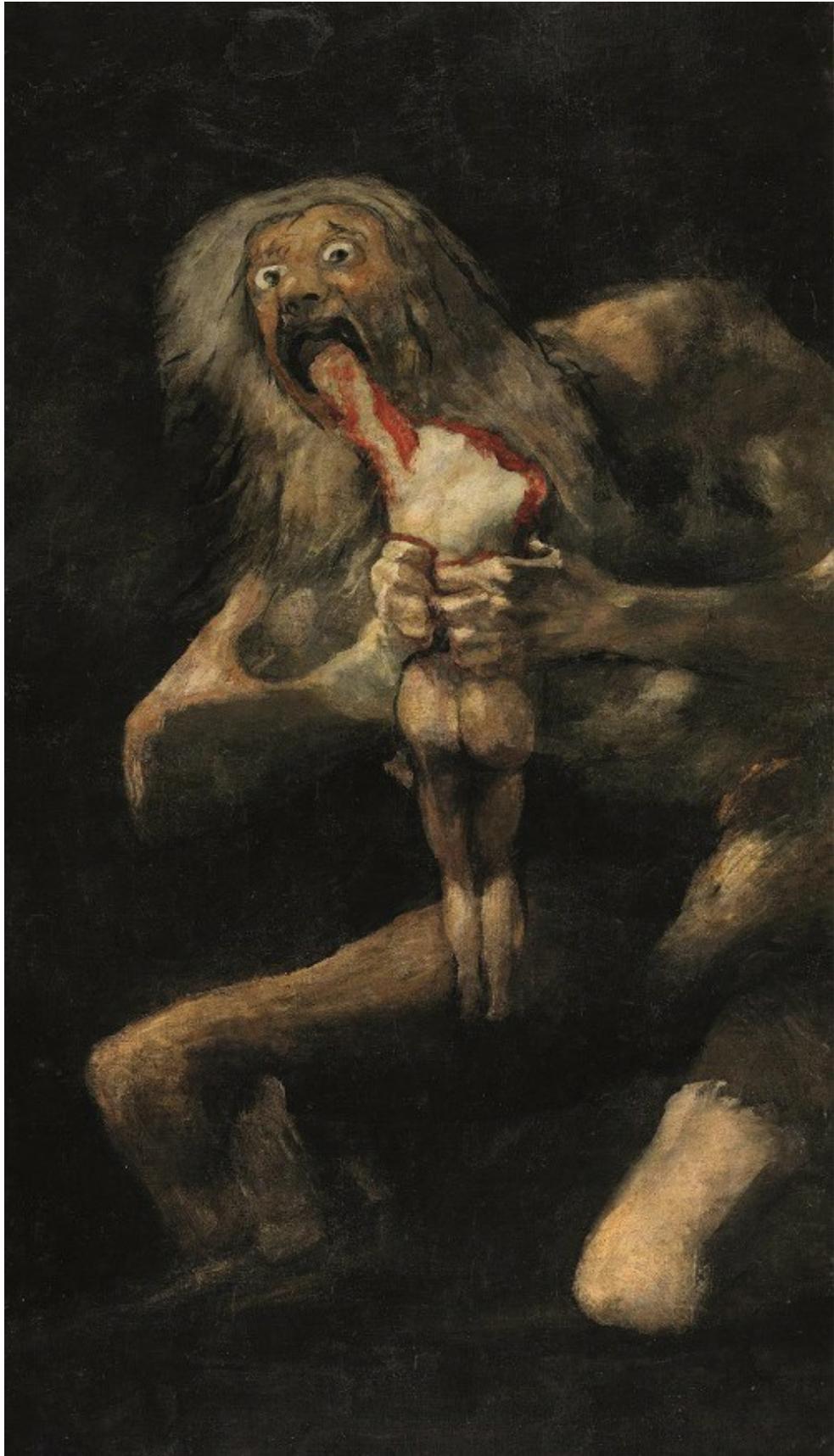
4. Hipnos, la personificación del sueño. Engendraría a Morfeo, que creó y moldeó los sueños.



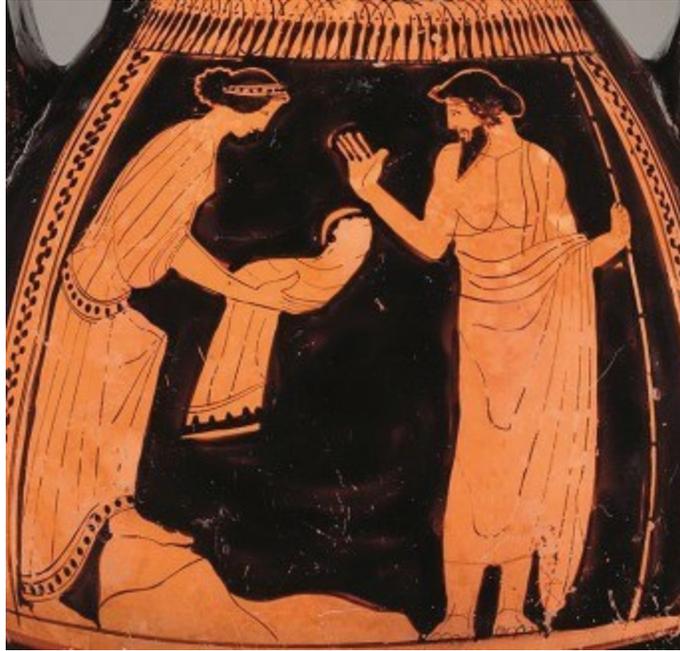
5. Crono usa una guadaña para mutilar a su padre, Urano.



6. *El nacimiento de Venus* de Botticelli muestra a Afrodita arribando a Chipre.



7. Crono devorando a uno de sus hijos.



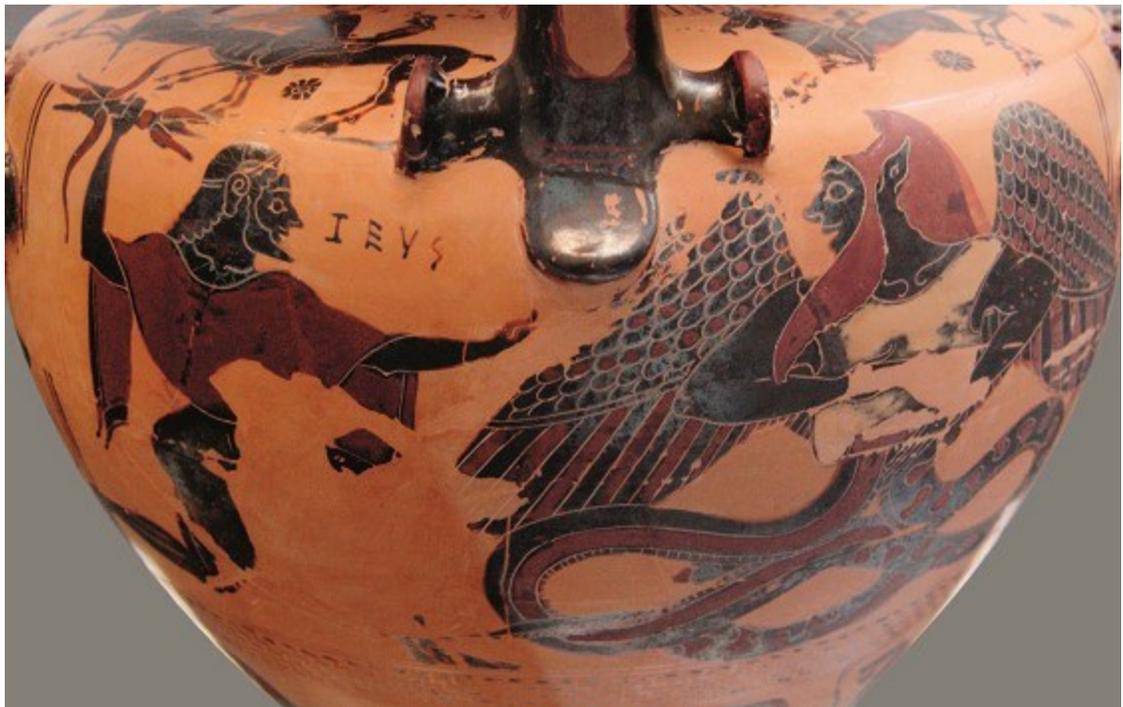
8. Crono recibe el Ónfalos de manos de Rea.



9. Zeus niño alimentado por las ninfas y la cabra Amaltea en Creta.



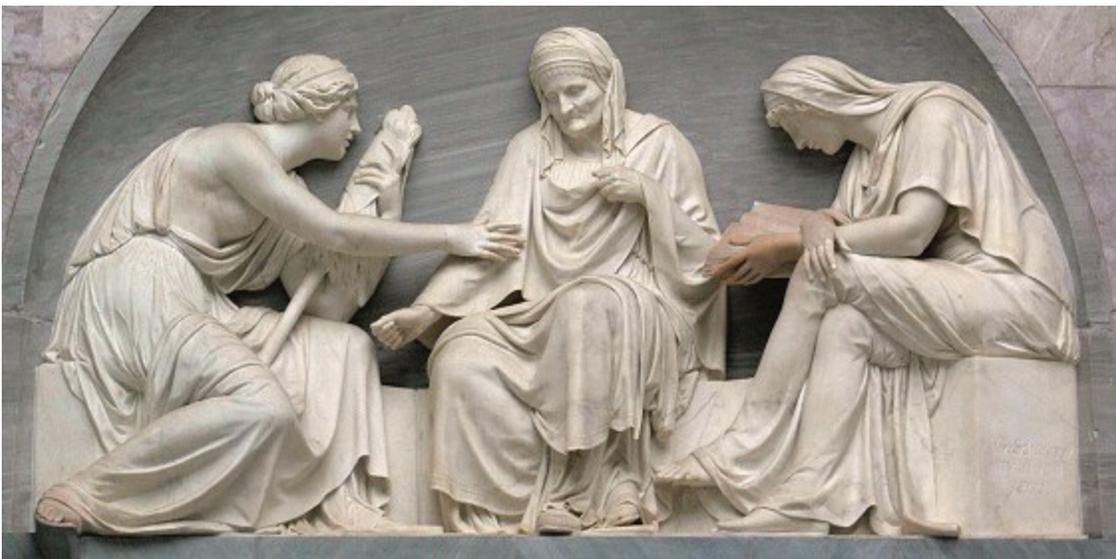
10. Dos gigantes combatiendo contra los dioses durante la Gigantomaquia.



11. Zeus apunta con un rayo a Tifón, el monstruo alado con serpientes por piernas.



12. Las musas: nueve hermanas, cada una de las cuales representa y supervisa un arte en particular.



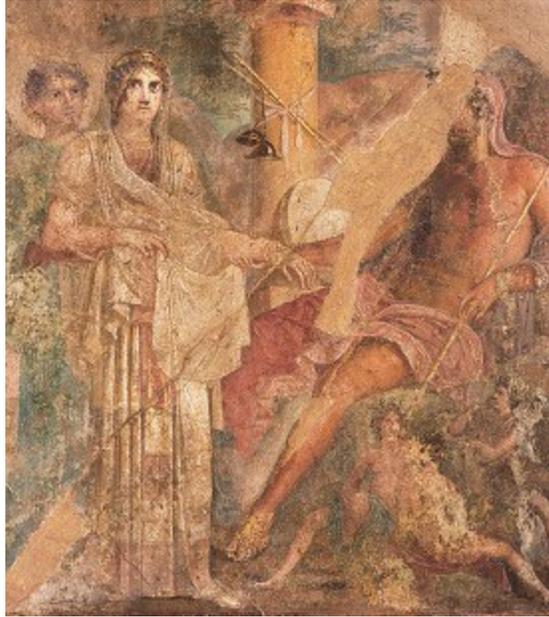
13. Las tres moiras, o parcas. Cloto hila la hebra que representa la vida, Láquesis mide su longitud y Átropos decide cuándo cortarla.



14. Los dioses luchan contra los titanes durante el conflicto de diez años conocido como Titanomaquia.



15. Los dioses victoriosos del Olimpo.



1. La boda de Hera y Zeus.



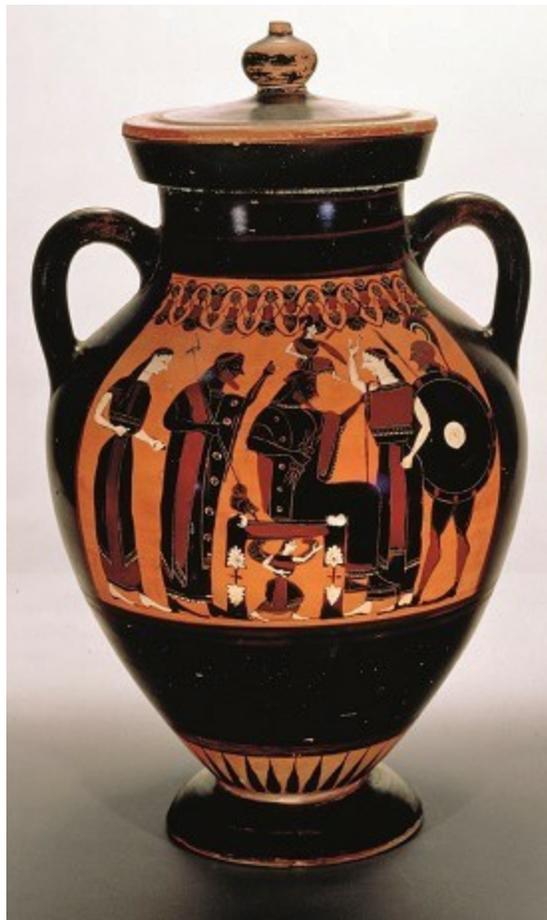
2. Hefesto, dios del fuego, de los herreros, artesanos, escultores y trabajadores metalúrgicos, trabajando en su fragua.



3. Ares, dios de la guerra.



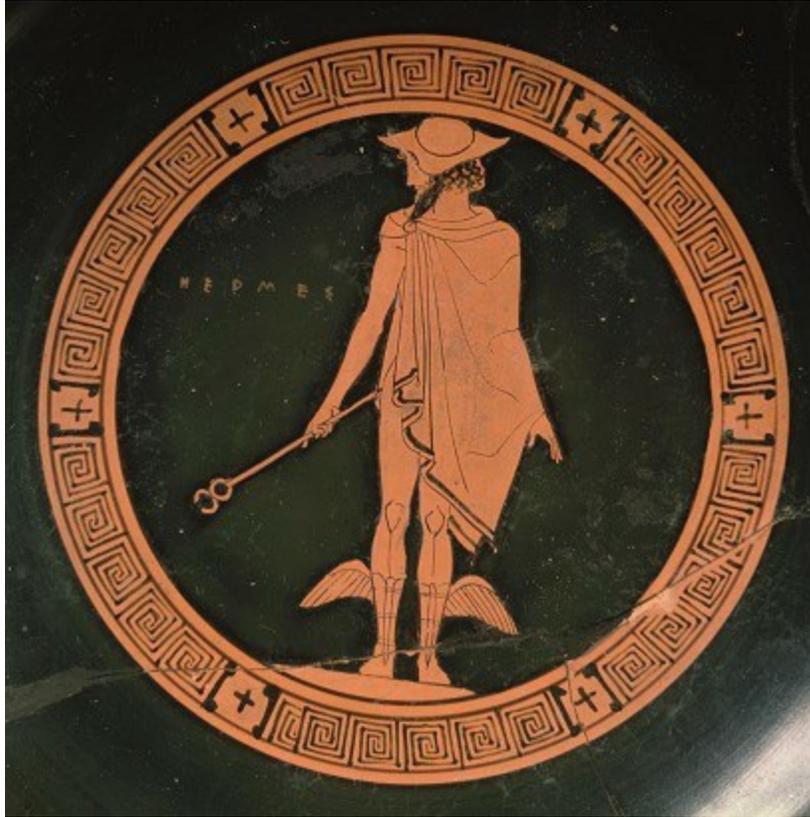
4. Ares duerme tranquilamente mientras Afrodita vigila, despierta y alerta.



5. Equipada con armadura, escudos, lanza y casco empenachado, Atenea surge de la cabeza de su padre, Zeus.



6. Palas Atenea, diosa de la guerra.



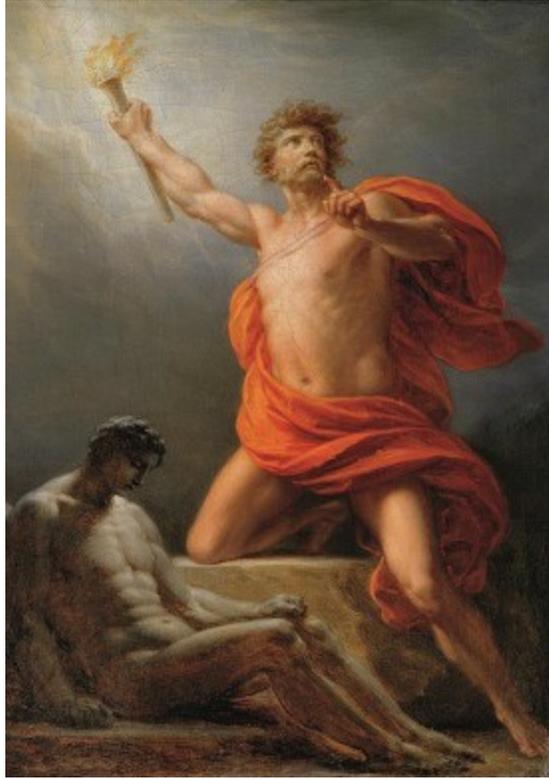
7. Para el mensajero de los dioses, Hefesto fabricó lo que se convertiría en su calzado característico, la talaria: un par de sandalias aladas.



8. Apolo, fascinado por el regalo de Hermes al dios de la música.



9. Artemisa, diosa de la caza y la castidad, de los perros y las ciervas, reina de los arqueros y cazadoras.



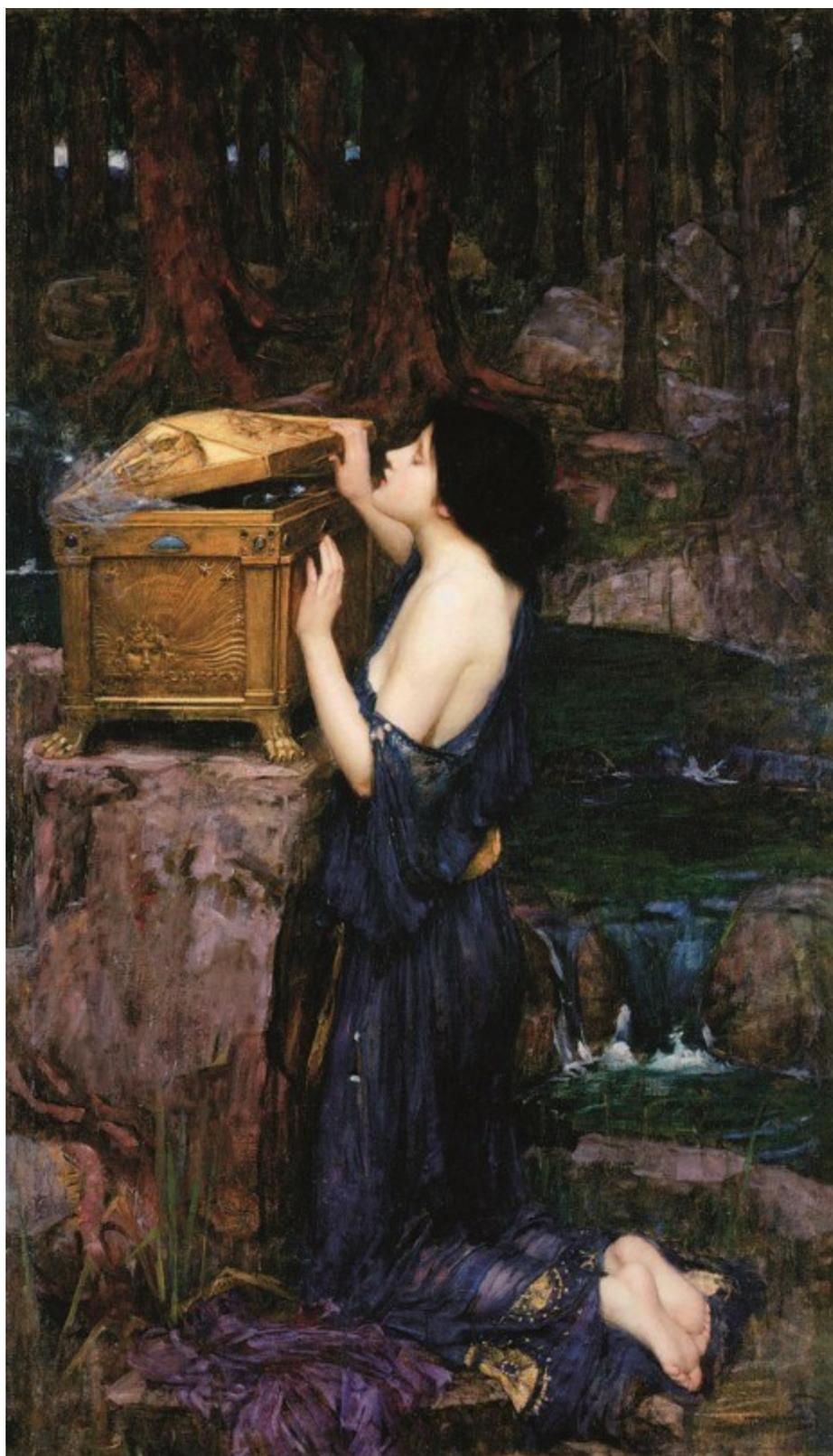
10. Prometeo lleva el fuego a la humanidad.



11. La sentencia de Zeus a Prometeo: «Te quedarás tendido y encadenado a esta roca para siempre. [...] Cada día estas águilas vendrán a desgarrarte el hígado, igual que tú me desgarraste el corazón. Esta tortura no tendrá fin.»

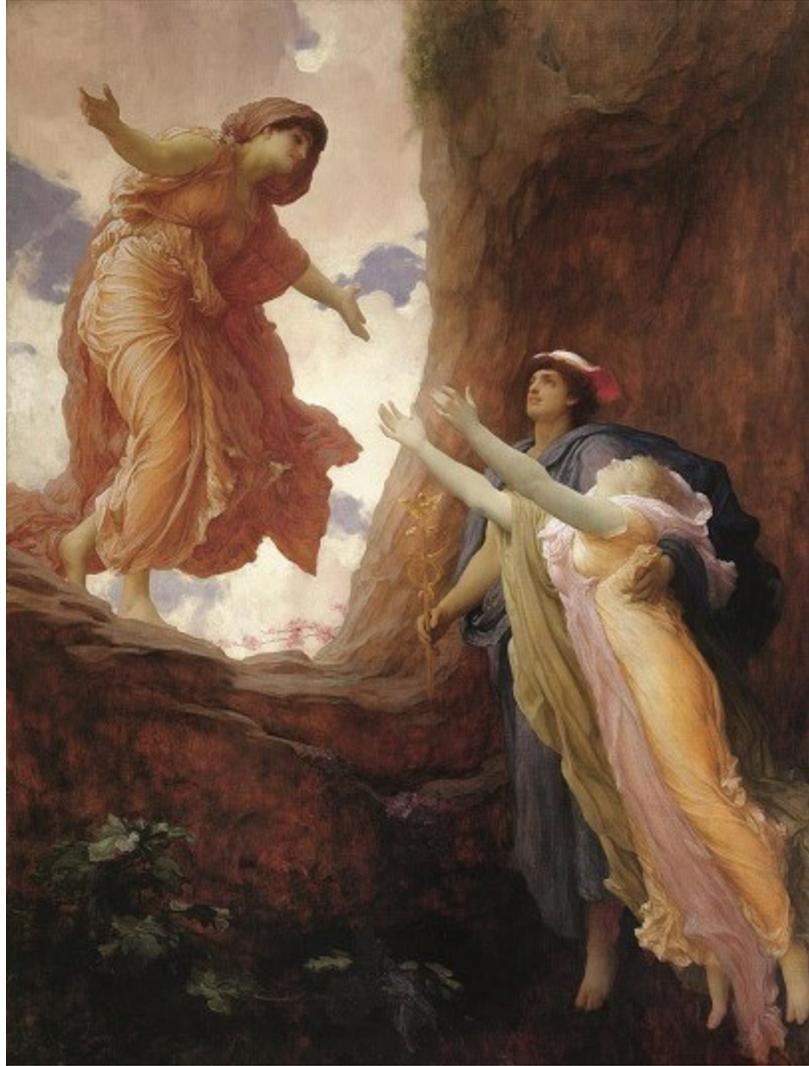


12. En el instante en que los espíritus humanos abandonaban sus cuerpos, eran conducidos donde el río Estigia (Odio) confluye con el Aqueronte (Aflicción). Allí el repelente y silencioso Caronte les tendía la mano para recibir el pago por cruzar a las almas por el Estigia.



13. La Edad de Oro de los dioses y de la humanidad tocó a su fin cuando Pandora abrió el ánfora y dejó

escapar a Enfermedad, Violencia, Engaño, Miseria y Deseo.



14. Durante seis meses al año, Perséfone era la Reina del Inframundo. A lo largo de los seis siguientes volvía con su madre, Deméter, como la Coré de la fertilidad, las flores, y el regocijo.



15. Eros y Psique... Cupido y Ánima... Amor y Alma.



16. Faetón había suplicado a su padre Apolo que le permitiese conducir el carro del sol por el cielo.



17. Sileno, el barrigudo tutor de Dioniso, acompañado de criaturas con aspecto de sileno y sátiro, asociado para siempre con la revuelta bufonesca, el desmadre y la juerga.



18. Para castigar a Marsias por su *hibris* al osar poner a prueba a los olímpicos, Apolo lo despellejó vivo.



19. Aracne, tan orgullosa de su pericia como tejedora, retó a una olímpica a una competición.

Título de la edición original:
Mythos

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© imagen de cubierta, «Hamlet», © CODERCH&MALAYA Sculptors

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2019

© Stephen Fry, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4082-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

* Este truco del alumbramiento virgen, o partenogénesis, todavía podemos encontrarlo en la naturaleza. En los áfidos, en algunos reptiles e incluso entre los tiburones es hasta cierto punto una manera habitual de tener descendencia. No se darán las variaciones que dos pares de genes procurarían; lo mismo sucede en la génesis de los dioses griegos. Los que nos interesan son todos fruto de dos progenitores, no de uno.

* De hecho, hoy en día la palabra griega «Οὐρανός» sigue designando el cielo.

* El brontosaurio o «lagarto trueno» recibió su nombre por Brontes. Las hermanas novelistas de Yorkshire *puede que* también. Su padre nació «Brunty» pero se lo cambió a Brontë, bien para adornar su apellido irlandés con el repiqueteo mayestático del trueno, bien en honor al almirante Nelson, que había sido nombrado duque de Brontë (el ducado estaba situado en las laderas del Etna y se cree que su nombre derivaba de los cíclopes que dormitaban debajo).

* Pronunciado e-ka-tón-ki-ros: *hecaton* significa «cien» y *quiros* «manos» (como «quiropático»).

* «Tetis» es también el nombre que le dan los paleontólogos al viejo mar inmenso que fue el antepasado del Mediterráneo.

* Dado que tal vez hubo como tres mil oceánides, sería inútil enumerarlas, aun en el caso de saberse todos sus nombres. Pero vale la pena presentar a CALIPSO, ANFÍTRITE y a la oscura y aterradora ESTIGIA, quien –al igual que su hermano Nilo– habría de convertirse en la deidad de un río muy significativo. Hay una última oceánide digna de mención, pero solo por su nombre: DORIS. Doris la oceánide. Acabó uniéndose en matrimonio con el dios NEREO y con él engendró varias NEREIDAS, afables ninfas del mar.

* Temis se convirtió luego en la personificación de la ley, la justicia, las costumbres (*mores*, las normas que deciden cómo son o deben ser los comportamientos y las cosas).

* Tifón nos trajo el tifus, la fiebre tifoidea y la tremebunda tormenta tropical, el tifón. Más adelante conoceremos a dos de los repugnantes descendientes que le dio a Tifón una criatura mitad mujer, mitad serpiente acuática llamada EQUIDNA.

* Momo (MOMUS para los romanos) terminaría siendo incensado de una forma literaria serio-cómica como espíritu guía de la Sátira. Esopo lo incorporó a algunas de sus fábulas y es el héroe de una obra perdida de Sófocles.

* Los romanos, de un modo tal vez confuso, llamaban a Némesis INVIDIA.

* Al protagonista del *Sandman* de Neil Gaiman, Sueño, también se lo conoce como Morfeo, y fue la inspiración para el personaje de Morfeo interpretado por Laurence Fishburne en la saga *Matrix* de las Wachowski.

* *Cuatro* excepciones, quizás. Hipnos no es tan malo, a fin de cuentas. Cuanto más tiempo vives, más cariño le coges. Y, hablando de vivir mucho, igual Geras tampoco es tan horrible. Así que cinco.

* Sus nombres no se refieren a su tamaño, sino a su origen ctónico: generados a partir de la tierra, «Gea-gen», si lo preferís. El caso es que el nombre de Gea terminó reducido a *Ge* en una etapa posterior de Grecia. Pervive en ciencias relacionadas con la tierra como la «geología» y la «geografía», por no hablar de los últimos estudios medioambientales que han recuperado su nombre completo (siendo James Lovelock y su famosa Hipótesis de Gea un ejemplo excelente).

* La savia azucarada del fresno, que sigue brotando en el sur de Europa, presta hoy su nombre al edulcorante Manitol.

* Por lo menos, el derrocado Padre Cielo tiene el consuelo de que el planeta Urano recibiese su nombre en su honor, habida cuenta de que los planetas adoptan el nombre latino de los dioses que representan.

* A las hembras de la raza se las puede llamar «titánides».

* De hecho, la zona de la Grecia central donde se alza el monte Otris se llama Magnesia todavía hoy: le presta su nombre al magnesio, a lo magnético y, evidentemente, a la magnetita. También al manganeso, por culpa de una falta de ortografía.

* Como sucede a menudo con gente extraordinariamente atractiva. Nos corresponde a nosotros disculparnos o desviar la mirada cuando nuestra belleza produce incomodidad.

* La cuestión de cuánto tiempo cuesta a los inmortales dejar la teta, aprender a caminar, hablar y llegar a la madurez es controvertida. Algunas fuentes sostienen que Zeus pasó de bebé a joven adulto en un solo año. El tiempo divino y el tiempo mortal parecen haber transcurrido de manera distinta, igual que sucede entre perros y humanos, o elefantes y moscas, por ejemplo. Seguramente nos conviene más no empeñarnos en ser demasiado literales con la estructura temporal del mito.

* Zeus acostumbraba a ser juguetón. Los romanos lo llamaban JÚPITER o JOVE, así que tenía una disposición más que literalmente jovial. «El portador de jovialidad», lo llama Gustav Holst en su suite para orquesta *Los planetas*.

* La poción la preparó Metis y sería bonito pensar que es de ahí de donde viene nuestra palabra «emético», pero no creo que sea así.

* Aunque por orden de alumbramiento Hera había sido la última en nacer antes de Zeus, ahora contaba como segunda hija. Operaba pues una especie de antigüedad inversa según fueron emergiendo de las entrañas de Crono. Zeus se convirtió oficialmente en el mayor, mientras que Hestia, que había sido la primogénita, pasaba a ser considerada la benjamina. Si eres un dios tiene sentido.

* Hesíodo, en el siglo VIII a. C., nos ofrece el informe más completo existente, pero otros poetas también lo cantaron; una composición épica titulada *Titanomaquia*, obra de Eumelo de Corinto en el mismo siglo (o tal vez del legendario bardo ciego Támiris el Tracio), se menciona sugestivamente en otros textos, pero no se ha conservado. Hesíodo describe la encarnizada batalla que sacudió la tierra como sigue: «Terriblemente resonó el inmenso ponto y la tierra retumbó con gran estruendo; el vasto cielo gimió estremecido y desde su raíz vibró el elevado Olimpo por el ímpetu de los Inmortales. La violenta sacudida de las pisadas llegó hasta el tenebroso Tártaro, así como el sordo ruido de la indescriptible refriega y de los violentos golpes. ¡De tal forma se lanzaban recíprocamente funestos dardos! La voz de unos y otros llamándose llegó hasta el estrellado cielo y allí chocaron con enorme alalá.»

* Véase Apéndices, p. 402.

* Las PIÉRIDES también venían de Pieria. Fueron nueve hermanas que cometieron el error de retar a las musas, con lo que terminaron convertidas en pájaros. Alexander Pope se refiere a Pieria como la fuente de toda sabiduría y conocimiento en este conocidísimo pareado de su *Ensayo sobre la crítica*:

Un poco solo de conocimiento es algo arriesgado;
El agua de la fuente pierina, o ni la pruebes o bebe un buen trago.

* Para darles a los actores una estatura extra, también metafórica.

* Que también nos ha dado (a través del término que designa el brote visible de la hierba) el elemento *talio*, ojito derecho de escritores de novela negra y de envenenadores.

* Que compartía nombre con la musa de la comedia.

* La atropina, un veneno proveniente de las mandrágoras y de la *Atropa belladonna*, toma su nombre de esta última y más terrible de las hermanas.

* Más tarde, los griegos consideraron que las parcas no eran hijas de Noche, sino de Necesidad (ANANKÉ). Se parecían muchísimo a las Nornas de la mitología nórdica.

* Las TÁGIDES eran ninfas asociadas a un río en particular, el Tajo, pero tal como las menciono las podemos ir olvidando, porque no volveremos a verlas.

* El hermano de Atlas, MENECEO, cuyo nombre significa «poderío funesto», también fue un contrincante poderoso y terrible, pero Zeus lo había destruido con uno de sus primeros rayos.

* Estas imágenes, sin embargo, lo representan sosteniendo no el cielo sino el mundo.

* Para algunos mitógrafos, Crono (el titán) y Cronos (Tiempo) son entidades bastante distintas. Yo prefiero las versiones que los unen.

* Los astrónomos consultan con eruditos de lenguas clásicas cuando bautizan los cuerpos celestes de nuestro sistema solar. Los numerosos satélites de Saturno llevan los nombres de Titán, Jápeto, Atlas, Prometeo, Hiperión, Tetis, Rea y Calipso. Luego están los Anillos de Saturno. Tal vez simbolicen el tiempo, igual que los anillos de un árbol.

* Algunas de las titánides eran muy guapas, así que – tan lujurioso, sexualizado y proclive a enamorarse como cualquier ser que haya existido Zeus tenía planes para una, dos o más de las más resultonas.

* Y «previsión» o «presciencia» es precisamente lo que significa el nombre de Prometeo...

* La hospitalidad, o *xenia*, gozaba de tan altísima estima en el mundo griego que Hestia compartía esa responsabilidad con el propio Zeus, quien en su momento recibió el apodo de Zeus Xenios. A veces los dioses ponían a prueba la «amabilidad para con el visitante» de los humanos, como veremos en la historia de Filemón y Baucis. A eso se le llamaba *theoxenia*. La *xenofobia*, evidentemente, consistía en no tender una mano amable a los desconocidos...

* Alguna vez veréis el nombre DIS (*Dis Pater*: el padre rico) referido a Hades o a su descendiente judeocristiano, Lucifer. Dante llamó Dite a la ciudad del infierno. Hoy en día, solo los crucigramistas crípticos usan este nombre con alguna frecuencia.

* O «planeta enano», como hoy se lo denomina irrespetuosamente. Los satélites de Plutón son Estigia, Nix, Caronte, Cerbero e Hidra.

* Lo que resulta extraño, porque las náyades, claro está, eran ninfas de agua dulce, a diferencia de las saladas nereidas y oceánides. Quizás en este caso los astrónomos no consultaron con un erudito antes de repartir los nombres.

* Proteo, el Viejo del Mar que cambia de forma, pastoreaba animales marinos y sabía de todo. Para sacarle información había que luchar contra él, cosa peliaguda, dado que podía adoptar rápida y frustrantemente cualquier forma que se le antojase, desde la del lagarto hasta la del leopardo, pasando por el delfín o el lirón. De esta escurridiza habilidad sacamos la palabra «proteico».

* No confundir con ARIÓN DE LESBOS, el cantor y bardo, a quien conoceremos luego.

* *De-méter* se traduce a menudo como «madre cebada» o «madre maíz», aunque hoy se cree que es más probable que originalmente significase «madre tierra», demostrando cuán concienzudamente había tomado las riendas de manos de Gea la generación de dioses de Zeus.

* Desde un punto de visto anagramático, se puede decir que «Rea» sale de «Hera» (si uno «rae» antes la hache a conciencia).

* No debemos olvidar que Gea es también un planeta, aquel que habitamos. Ha sido latinizado como *Tellus* o *Terra Mater*, y sajonizado como *Earth* (similar a la diosa germánica *Erde*, *Erda*, *Joeth* o *Urd*).

* Yo diría que por los linajes de la actriz canadiense Marie Dressler, la viuda por antonomasia Lady Bracknell y Agatha, la tía de Jeeves, podemos remontarnos hasta llegar a Hera.

* Desde que Zeus tomó esta decisión, el número doce parece haber adquirido importantes propiedades. Es divisible entre dos, tres, cuatro y seis, claro, de manera que es el doble de compuesto que el tontorrón del número diez. Todavía encontramos la docena por todas partes: en el zodiaco, en las horas del día, en los meses, en las pulgadas y en los peniques (bueno, cuando yo era niño, un chelín eran doce peniques), por no hablar de las tribus de Israel, los discípulos de Jesucristo, los días de Navidad y el ciclo de doce años asiático. Tenemos un mundo duodecimal.

* Los dioses eran –si lo pensamos bien– sobrinos y sobrinas de Afrodita. Habían nacido de Crono y ella había surgido directamente de la eyaculación de Urano.

* Aquí se demuestra un principio importante que nos encontraremos en varias ocasiones. Ningún dios puede deshacer los hechizos, transformaciones, maldiciones o encantamientos de otro.

* Vulcano y sus habitantes –en concreto el comandante Spock– no guardan relación con él, hasta donde yo sé. Los romanos a veces se referían a Vulcano como MULCIBER, derretidor, ya fuese en reconocimiento de su poder de ablandar el metal para trabajarlo o por su habilidad para aplacar la ira de los volcanes.

* Los griegos siguen añadiendo resina de pino al vino, lo llaman *retsina* y lo ofrecen a los visitantes. Nadie sabe por qué una gente de natural amable y hospitalaria hace tal cosa. Sabe a lo que es, al fin y al cabo, esa especie de aguarrás que usan los pintores para ablandar el óleo. A mí me encanta.

* Desde luego, esta no será la última vez que seamos testigos de cómo Zeus hace malabarismos con sus juramentos y se escabulle de sus compromisos.

* O Cos, de donde viene la lechuga romana que lleva el nombre y constituye uno de los ingredientes esenciales de la ensalada César.

* En realidad, los dioses no tenían sangre en las venas, sino un hermoso líquido entre plateado y dorado llamado ICOR. Era un fluido paradójico, porque mientras que retenía todas las cualidades dadoras de vida eterna de la ambrosía y el néctar, era letal e instantáneamente venenoso para los mortales.

* También Atena (no parece que la variante ortográfica aporte ningún otro matiz).

* El poder naval, y el comercio consecuente, habría de suponer la salvación de Atenas (le valió una asombrosa victoria sobre los persas en Salamina). Pero se puede decir que el cultivo del olivo y otras artesanías, artes y técnicas que eran dominio de Atenea tuvieron una importancia aún mayor.

* Además de con armadura, a Atenea siempre se la representaba con una ÉGIDA. Nunca ha habido acuerdo sobre el aspecto exacto que tiene una égida. A veces se representa como una piel de animal (originalmente cabra: *aiga* es como se dice «cabra» en griego), aunque más adelante se podrían ver pieles de león o leopardo en esculturas y cerámicas. Normalmente se sostiene que la égida de Zeus era un escudo, quizás forrado en piel de cabra y a menudo con un rostro de gorgona. Los reyes y emperadores humanos gustan de insinuar un estatus semidivino echándose sobre los hombros una égida como señal de su derecho a gobernar. Hoy en día el término sugiere una distinción de liderazgo o autoridad. Se llevan a cabo actos y proclamaciones «bajo la égida» de tal o cual persona, principio o institución.

* *Partenos*, el término griego para «virgen», se añadía con frecuencia a su nombre, de ahí el Partenón, su templo en la Acrópolis.

* Podemos permitirnos el uso de esta palabra manida aquí; es griego, a fin de cuentas, y nos permite imaginarnos a Atenea imbuida de la gracia de las cárites.

* Lo he buscado en un diccionario de sinónimos y me encuentro: «llana, dócil, tierna, reservada, retraída, circunspecta, tímida, vergonzosa, reticente, asustadiza, remilgada; decorosa, decente, púdica, femenina, respetable, formal, virtuosa, pura, inocente, casta; sobria, serena, seria, puritana, buenecita, gazmoña». No creo que ninguna mujer salte de alegría si le aplican cualquiera de estas palabras.

* En la Tracia actual, limitada por Grecia, Bulgaria y Turquía.

* Afrodita y Atenea, que la igualaban en belleza, no habían *nacido*, en sentido estricto, así que la afirmación es válida.

* Por qué Apolo volvió negro al cuervo, y por qué el laurel también terminó siendo sagrado para él, lo descubriremos más adelante.

* Junto con los periódicos Juegos Nemeos y Juegos Ístmicos, los Pitios y los Olímpicos sumaban lo que conocemos como los cuatro Juegos Panhelénicos. Los premios no pueden compararse con la riqueza y el apoyo lucrativo de la actualidad. Una corona de olivo para los ganadores de los Olímpicos, de laurel para los Pitios, de pino para los Ístmicos y –el colmo del delirio– de apio para el afortunado ganador de los Juegos Nemeos.

* Se cree que «Delfos» viene de la acepción griega «vientre». Evidentemente, podría venir de *adelpi*, que significa «hermanos» (porque vienen del mismo vientre). Así que tal vez el lugar sagrado debe su nombre a Apolo el gemelo, o tal vez al vientre de Gea. Existe otra teoría que propone que Apolo llegó a Pito a lomos de un delfín, *delphis* en griego. Un delfín es, al cabo, un pez con vientre. Pero cómo fue capaz de recorrer una distancia tan larga por tierra a lomos de un delfín, eso no sabría decirlo.

* Cuando la pitia profetizaba se encontraba poseída por el dios Apolo, la titánide Temis o la diosa Gea. O quizás por los tres. El término griego para decir «posesión divina» es *enthusiasmos*. Entusiasmarse o ser entusiasta es estar «endiosado», estar inspirado por la divinidad.

* Dicen algunos que del subsuelo de la fuente Castalia surgía vapor, que, por lo visto, encantaba a las cabras del lugar. Quizás le recordaba a la gente el espiráculo por el que respiran los delfines, encontrando así una explicación más para el cambio de nombre de Pito a Delfos. Castalia, por cierto, es el nombre del mundo futuro en la novela de Hermann Hesse *El juego de los abalorios*.

* El emperifollado casco de Hermes se conoce como el *petasus*. Su bastón, el *kerykeion* –o *caduceus* para los romanos–, a menudo aparece como símbolo universal de la medicina y las ambulancias, o bien como alternativa o como confusión con el bastón de ASCLEPIO (de quien nos ocuparemos más adelante).

* Los alquimistas medievales y renacentistas lo llamaban Hermes *Trismegisto* (Hermes el Tres Veces Majestuoso). Como se decía que era capaz de sellar por arte de magia tubos de cristal, cofres y cajas, una invención del siglo XVII llamada Hemisferios Magdeburgo (que aprovechaban el poder de la presión atmosférica y el vacío para crear un cierre increíblemente sólido) fue descrito como «herméticamente sellado», una frase todavía hoy en uso.

* Este es su nombre moderno, que significa literalmente «cacerolas gigantes» y hasta la fecha una estampa gratificante para los alpinistas que se atreven a escalar las alturas del Olimpo.

* O fue obra de los hecatónquiros, o de las glaciales morrenas. Nadie puede afirmarlo con total seguridad.

* El término griego para decir «entre dos ríos» es *Mesopotamia*, que es como conocían ellos esa zona.

* Véase Apéndices, p. 403.

* Esta es una de las teorías del origen de la palabra *anthropos*, que en sentido estricto significa «hombre». Desafortunadamente, parece ser que muchas de las palabras aplicables a nuestra especie solo hacen referencia al macho. «Humano», por ejemplo, guarda relación con *homo*, «hombre» en latín. Por lo tanto, «humanidad» deja groseramente a la mitad de la especie fuera. «Gente» o «habitante» no son tan específicos. Vale la pena tener en cuenta, no obstante, que *man*, «hombre» en inglés, en realidad está ligado a *mens* (mente) y *manus* (mano), y que, de hecho, era de género neutro hasta hace quizás mil años.

* Es un nombre más sutil de lo que parece, puesto que *pan-dora* puede significar tanto «la que recibe todos los dones» como «la que da todos los dones».

* Se dice que fue Erasmo, precisamente, el gran erudito del siglo XVI y príncipe de los humanistas, quien confundió la *pithos* (ánfora) de Pandora por *pyxis* (caja).

* Véase Apéndices, p. 401.

* Previsión, pero no profecía...

* Otro término para designar a un lobo es *licántropo*, en griego, «hombre-lobo».

* Por lo menos según Ovidio. Otras fuentes proponen el monte Etna o el monte Athos. Más o menos por la misma época, Noé atracaba en el monte Ararat. La arqueología confirma, por lo visto, que allí hubo realmente una Gran Inundación.

* Véase Apéndices, p. 397.

* Caronte también se conformaba con un *danake* o *danace*, el equivalente persa, más tarde incorporado a la moneda antigua griega.

* La descripción virgiliana de la visita de Eneas al inframundo nos informa del color de la barca de Caronte.

* La historia de cómo Zeus sedujo a Europa la contaremos un poco más adelante.

* Las Canarias eran las candidatas de Byron a las Islas de los Bienaventurados en su *Don Juan*.

* Pero no en Francia, a pesar del nombre de la gran vía pública de París, los Champs Élysées.

* Tiene una aparición importante en el *Macbeth* de Shakespeare.

* Helios podía ser tan corto y lento de entendederas como brillante y ágil en el carro del sol. Cómo llegó a relevar a Apolo de tales deberes se revelará más tarde.

* Aunque hay quien lo niega, me inclino por la creencia de que Pan (FAUNO para los romanos) era más viejo que los olímpicos. Tal vez tan viejo como la mismísima naturaleza. Nos lo encontraremos de vez en cuando según avancemos.

* Había dos montes Ida: el cretense, lugar de nacimiento de Zeus, y otro en Frigia, Asia Menor (hoy Anatolia, en Turquía). De este último proviene Hermafrodito.

* Los grandes museos del mundo han ocultado tesoros que representan figuras intersexuales como Hermafrodito. Muchos de ellos no han salido a la luz hasta hace muy poco, en exposiciones en el Museo Ashmolean, Oxford, y en otras instituciones destacadas que han favorecido una tendencia para redescubrir este campo preterido. Coincide con una mayor y más generalizada comprensión social de la fluidez del género.

* O Pan, posiblemente.

* La bien conocida estatua de aluminio obra de Alfred Gilbert, que constituye el centro del Shaftesbury Memorial en Piccadilly Circus, Londres, no es en realidad de Eros, sino de Anteros, escogido deliberadamente para celebrar el amor desinteresado que no exige nada a cambio. Se consideró un homenaje apropiado a los grandes logros filantrópicos del séptimo duque de Shaftesbury a la hora de acelerar la abolición del trabajo infantil, reformar las leyes sobre la demencia, etcétera.

* *Cupid draw back your bow / And let your arrow go / Straight to my lover's heart for me, for me...* © Sam Cooke (Cupido, apunta tu arco / y deja que la flecha fluya / directa hacia el corazón de mi amada)

* En la Biblia del rey Jacob, en la conclusión del decimotercer capítulo de la primera epístola de San Pablo a los corintios (escrita en griego, por supuesto), se lee: «Y ahora subsisten estas tres: fe, esperanza, caridad. Pero la más importante de todas es la caridad.» En traducción moderna, «caridad» se deja simplemente como «amor».

* Habréis detectado similitudes entre *La bella y la bestia* y *Cenicienta*, por ejemplo.

* Apuleyo, que apareció en el siglo II d. C., venía del norte de África pero escribió en latín, de modo que usó los nombres de Cupido (intercambiable por *Amor*) para Eros, Venus para Afrodita y *Ánima* para Psique, una traducción que expresa el sentido no solo del término «alma» sino de «aliento de vida»: «aquella que anima». Si tuviésemos que traducir literalmente a Apuleyo nos resultaría un cuento bastante alegórico, de hecho. «Amor le dijo a Alma, no debes mirarme», «Alma huyó de Amor», etcétera.

* A su debido tiempo, Psique dio a luz a su bebé: una niña, HEDONÉ, que habría de ser el espíritu del placer y del goce sensual. Los romanos la llamaron VOLUPTAS. El hedonismo y la voluptuosidad, como no nos sorprenderá, son suyos.

* Dio nombre a la ciudad de Micenas.

* Una vaquilla es a una vaca lo que una potrilla es a una yegua.

* «Argiva» significaba «ciudadano de Argos», pero en los últimos tiempos se usaba a menudo para referirse a cualquier griego; sobre todo para distinguirlo de un troyano.

* Hay a quien le gusta sugerir la idea de que los cien ojos de Argos surgen de una manera original de expresar su extremada capacidad de vigilancia. También podría haberse dicho por hacer el juego de palabras y luego habría sido creído seriamente, sostienen, que tenía ojos en la nuca. Rechazamos tan sosas y antirrománticas propuestas con el desdén que merecen. Argos tenía cien ojos. Es un hecho.

* Los pintores y los escultores representan a Hera a menudo en un carruaje tirado por pavos reales, y ahí está, por supuesto, la obra de teatro de Sean O'Casey *Juno y el pavo real*.

* Qué extraño que «Oxford» y «Bósforo» signifiquen exactamente la misma cosa.

* El mismísimo héroe que un día desencadenaría a Prometeo y lo pondría en libertad.

* El nombre «Erictonio» se usa a veces tanto para Erecteo como para varios de sus descendientes. Su nacimiento ctónico a partir de Gea se advierte en ambos nombres.

* En cuanto a Pándroso, la obediente hermana que se resistió a mirar en la canasta, se le dedicó un templo cerca del de Minerva y se instituyó un festival en su honor llamado *Pandrosia*.

* Faetón (igual que el nombre alternativo de Apolo, «Febo») significa «el que brilla». A veces Faetón, cuando no Faetonte.

* Hija de Océano y Tetis, la oceánide Clímene puede ser considerada una de las madres más influyentes de todo el mito griego. Desde sus cópulas con el titán Jápeto fue, por una parte, madre de Atlas y Menecio (dos de los titanes que se opusieron furiosamente a los dioses durante la Titanomaquia y fueron debidamente castigados) y, por la otra, de Epimeteo y Prometeo. Ya únicamente esta descendencia establece la importancia de Clímene como gran matriarca del mundo primigenio. Algunos, sin embargo, dicen que la oceánide Clímene y la Clímene madre de Faetón no eran para nada la misma mujer, y que en realidad a la madre de Atlas y de los demás titanes deberíamos llamarla ASIA, para no mancillarla con la mortal Clímene, madre de Faetón. Todo se embrolla bastante, así que es mejor dejárselo a los académicos y a quienes tengan tiempo de sobra.

* Incluso la naturaleza del padre de Faetón se discute. En algunas versiones de la historia su padre es el titán del sol, Helios. Yo seguiré a Ovidio y le atribuiré la paternidad de Faetón al dios Apolo.

* O Cigno.

* Solo, desde luego –SOL era el nombre latino de Helios–. Cuando inhalamos el gas que lleva su nombre –helio–, nos hace reír exactamente con la misma risilla burlona, aguda e histérica que el propio Helios le dedicó a Faetón.

* El término más bien amable para significar algo elevado y puesto en el firmamento, el equivalente proverbial clásico de canonización tal vez, es «catasterismo». Existe una obra en prosa, en su mayor parte perdida y titulada *Catasterismi*, que cuenta los orígenes mitológicos de las constelaciones; se atribuye a un tal Pseudo-Eratóstenes de Alejandría.

* Antes de esta genial idea fenicia, la escritura adoptó la forma de símbolos visuales tales como jeroglíficos y pictogramas. Al igual que nuestros números, no guardaban relación con cómo sonaban. El «24» escrito, por ejemplo, no da ninguna pista sobre la pronunciación y cada uno pronuncia este signo de manera distinta dependiendo de las prácticas de su idioma. Los caracteres alfabéticos (es decir, fonéticos) de *veinticuatro* o *vingt-quatre* o *twenty-four* nos dicen cómo hemos de pronunciarlos. Este fue el avance crucial. Los griegos adaptaron el alfabeto fenicio al sistema escrito que más o menos sigue vigente hoy en día. Su cercana relación cirílica se extendió desde Bulgaria en el siglo IX d. C. hasta los Balcanes, Rusia y muchas otras regiones de la Europa del Este y Asia, mientras que los romanos adaptaron la *alfa* y la *beta* de los griegos en el sistema alfabético que en este instante descifráis con tanta fluidez. Herodoto, el «padre de la Historia», que vivió en el siglo V a. C., todavía denominaba a aquella escritura «cadmeo».

* No la ELECTRA trágica, hija de AGAMENÓN y de CLITEMNESTRA, sino otra mucho anterior. El nombre es interesante; es la forma femenina de *electron*, el término griego para designar el «ámbar». Descubrieron que si frotas con fuerza ámbar con una tela, esta atrae por arte de magia polvo y partículas varias. Llamaron a esta extraña propiedad «ambarinidad», y de ahí nuestras palabras «eléctrico», «electrón», «electrónico», etcétera.

* Dio nombre a los Dardanelos, lugar de los nefastos desembarcos de Galípoli durante la Primera Guerra Mundial.

* Algunas fuentes declaran que Ares y Afrodita eran los padres de Harmonía. Su ascenso final al estatus de diosa de la armonía (CONCORDIA, para los latinos) indica, desde luego, un pedigrí más divino. Teniendo en cuenta lo que Ares está a punto de hacerle, pensaríais que se trata de un padre desnaturalizadísimo (tan leal a su dragón acuático y tan cruel con su hija humana). Otros mitógrafos, sobre todo Roberto Calasso, un escritor italiano cuyas creativas interpretaciones del mito vale la pena leer, han comprometido e insinuado elegantemente que Harmonía era, en efecto, hija de Afrodita y Ares, pero que fue entregada a Electra de Samotracia para que la adoptase y amamantase.

* Forma la cuña de tierra que separa Turquía de Siria y hoy se llama Çukurova.

* Una región central de Grecia, al norte del golfo de Corinto. Sin adelantar gran cosa, vale la pena comentar que en su día llevó el nombre de «Cadmea».

* Ovidio se refiere al dragón ismenio como *Anguis Martius*, la «serpiente de Marte». Por lo visto, *(ap)ophis* (serpiente) y *drakon* (dragón) eran términos casi indiferenciados en el mito griego, más o menos como *Wurm* (gusano) y *Drachen* (dragón) son intercambiables en la leyenda germánica.

* Ctonio llevó el nombre que los definía a todos como seres ctónicos.

* La *polis* o «ciudad estado» había de convertirse en la unidad de gobierno de la antigua Grecia. Atenas era más conocida, pero Esparta, Tebas, Rodas, Samos y muchas otras prosperaron por todo el mundo griego, formando alianzas, comerciando y luchando entre ellas. A pesar de que los griegos nos diesen la palabra «democracia», la *polis* también podía estar gobernada por un rey (*týrannos* en griego, de manera que cuando decimos «tirano» no siempre queremos decir «déspota») o por el «gobierno de unos pocos», que en griego se dice oligarquía. De *polis* vienen palabras como «política» o «policía».

* Que me aspen si soy capaz de encontrar una definición convincente de «ceñidor». Hay quien piensa que es un cinturón, otros dicen que es un adminículo más semejante a un soporte de Playtex acolchado o un corsé; otros lo han descrito como «mítico Wonderbra». Calasso lo llama «faja bajamente engañosa».

* «Una guirnalda de luz dorada que pendía casi hasta el suelo» es la excelente descripción de Roberto Calasso en su libro *Las bodas de Cadmo y Harmonía*.

* Escenario de *Noche de Reyes*, de Shakespeare, y de *Las manos sucias*, de Jean-Paul Sartre. Los *dálmatas* (un término proveniente en última instancia de una antigua forma albana para decir «oveja») eran una tribu del noroeste de la región que le daba nombre a la costa dálmata (y al perro).

* Al ser natural de Tiro, es posible que Cadmo usase la palabra más frecuentemente empleada en todo Oriente Medio para decir «que suceda de esta manera»: amén.

* Polidoro e Ilirio, los hijos de Cadmo y Harmonía, eran demasiado jóvenes para gobernar. Con el tiempo Polidoro acabaría reinando en Tebas, e Ilirio gobernaría en el reino que llevó su nombre, Iliria, como ya hemos visto.

* La auténtica Beroe, una oceánide que, de hecho, amamantó a los jóvenes dioses, dio nombre a la ciudad de Beirut.

* Otro término para significar la aparición y revelación de un dios a un mortal es «teofanía».

* Era habitual, como recordaréis por la promesa de Apolo a Faetón, que los dioses juraran por este oscuro y aborrecible río.

* Una historia asombrosa. Tal y como Ovidio dice: «Si a un hombre le es dado creerlo.»

* Probablemente, el nombre aún «dios» (*Dio*, en referencia a Zeus) y *Nisos*, el lugar de nacimiento.

* Un agradecido Zeus las recompensó poniéndolas en el firmamento como las Híades, una constelación espiral cuya aparición y disposición los griegos interpretaban como presagio de lluvias.

* Los cantos 10, 11 y 12 del monumental poema épico de cuarenta y ocho cantos *Las dionisiacas*, escrito por el poeta griego Nono de Panópolis en el siglo v d. C., detallan por extenso esta relación y su desenlace.

* Nono interrumpe aquí la acción (algo que hace a menudo: su poema es asombrosamente soso, teniendo en cuenta lo soberbio del tema que aborda) haciendo que Eros acuda a consolar a Dioniso con historias de otros grandes amantes varones. Le habla de CÁLAMO y de CARPO (este último, hijo de Céfiro, el Viento del Oeste, y de CLORIS, ninfa de la vegetación y de los brotes: como en «clorofila» y «clorina»), dos jóvenes apasionadamente enamorados. Durante un campeonato de natación (el atletismo y la caza, por lo visto, fueron temas recurrentes entre jóvenes que acaban teniendo un fin peliagudo, como veremos en las historias de JACINTO, ACTEÓN, CROCO y ADONIS, entre otros), Carpo muere, y un Cálamo desolado por el pesar comete suicidio. Cálamo se transforma entonces en juncos y Carpo en fruto: hasta la fecha, su nombre es el de «junco» y «fruto» en griego.

* Se dice que regaló sus secretos de la viña a todas las tierras conocidas excepto a Bretaña y Etiopía. Es tristemente cierto que ni uno ni otro país tienen una gran reputación por su industria vinícola, aunque la cosa está cambiando y en los últimos tiempos los vinos ingleses se están haciendo un nombre. Quizás sucede lo mismo con las cosechas etíopes.

* Los violentos misterios de estas adoradoras extremas fueron descritos en toda su pasmosa brutalidad por el dramaturgo ateniense Eurípides en el siglo v a. C. en *Las Bacantes*. En esta tragedia sangrienta, Dioniso regresa a Tebas para vengarse de aquellas hermanas de Sêmele, su madre, que no la creyeron cuando afirmaba que llevaba en su vientre al hijo de Zeus. El dios hace que el rey Penteo se vuelva loco y que sus hechizadas tías, Ágave, Ino y Autónoe, despedacen al pobre hombre.

* Ovidio, en su reformulación del mito de Dioniso, utiliza generalmente el nombre LIBER para designarlo. Ello conlleva el sentido de «libertad» o de «libertino», además, sin relación alguna, del de «libro».

* Si queréis impresionar a vuestros amigos, aprendeos la lista de los nombres de los perros y perras que aporta a continuación Ovidio en su versión del mito. Como mínimo da para recopilar un puñado de ideas de contraseñas para internet.

Perros: Melampo, Icnobates, Pamfago, Dorceo, Oríbaso, Nebrófono, Lélape, Terón, Telas, Hileo, Ladón, Drómade, Tigre, Leucón, Asbolo, Lacón, Aelo, Too, Hárpalo, Melaneo, Labro, Arcas, Agriodonte, Hilactor. Perras: Agre, Nape, Peménide, Harpía, Cánaque, Esticte, Alce, Licisca, Lacne, Melanquetes, Terodamante, Oresítrofo.

* Aunque yo, en una adaptación televisiva de los libros de *Gormenghast* para la BBC, trabajé con un cuervo albino llamado Jimmy White.

* *Koronis* es el término que en griego designa al «cuervo». Su sentido original es «curvado»; no sabría decir si es en referencia a las curvas de la princesa o al pico del ave.

* Algunos usan la vara de Asclepio (la vara hipocrática): un palo recio de madera con una serpiente enroscada. Otros usan el *caduceo* de Hermes: una vara más fina y elegante con dos serpientes enroscadas cuyas cabezas se tocan en el extremo superior y aparecen coronadas por un par de alas. No parece que esto responda a un significado concreto profesional o clínico, se trata de una cuestión de puro gusto.

* El poeta y erudito Calímaco, que vivió en el siglo III a. C., insinuó que Apolo y Admeto habían sido ardorosos amantes durante aquel período de servidumbre.

* Solo se había visto un híbrido equino-humano así sobre la tierra antes: el gran Quirón, tutor de Asclepio, Aquiles y muchos otros. El nacimiento de Quirón se remonta a la época de Crono, hijo de Urano y Gea, padre de Zeus y Hera. Durante una pausa en la Titanomaquia, Crono se enamoró de FILIRA, una oceánide de gran belleza. Esta rechazó sus tanteos hasta que, hartado de su mojigatería, el dios se transformó en un enorme semental negro y la poseyó contra su voluntad. Quirón era el resultado de esta unión y –a pesar de preceder a Centauro en varios centenares de años– nos referimos a él como a un centauro por pura convención.

* Atamante era hermano de Sísifo, el motivo de cuya infamia veremos enseguida.

* El rey Lear de Shakespeare exclama:

Vos sois un alma bienaventurada, pero yo estoy atado
a una rueda de fuego, que mis lágrimas
escaldan como plomo derretido.

* Tuvieron otro hijo, BROTEAS, a quien le gustaba cazar y cuya vida parece haber transcurrido sin incidentes comparada con la de sus hermanos. Se dice que talló una efigie de Cibele, la madre de los dioses de los anatolios, en la roca del monte Sípilo. Hoy todavía quedan algunas partes para disfrute de los turistas.

* Es posible que los olímpicos subsistieran a base de ambrosía y néctar, pero se recreaban también en la variedad que ofrecía la dieta mortal.

* Llamada por convención histórica «estirpe de Atreo», por uno de sus hijos. La caída de la casa de Pélope y Atreo afecta a los destinos de muchos héroes y guerreros desde la mismísima Guerra de Troya hasta su desenlace. Agamenón, Clitemnestra y Orestes eran descendientes de Pélope y se dice que heredaron la maldición de este y de Tántalo. El nombre de Pélope perdura, por supuesto, en el Peloponeso, la gran península al suroeste de Grecia.

* El tántalo es uno de esos metales ignífugos esencial en nuestros días para la fabricación de muchos de nuestros aparatos electrónicos.

* Un *tantalus* es un armarito en el que caben dos o tres decantadores, normalmente de brandy, whisky o ron. Las bebidas están a la vista pero el armarito cerrado, «tantalizándose» así del alcance de los niños de la casa.

* El pícaro embaucador, randa, maleante y «ratero de bagatelas sin importancia» en *El cuento de invierno* de Shakespeare se llama Autólico.

* La violación de Anfítea dio alas al rumor de que Sísifo era el verdadero padre de ANTÍCLEA, la hija de Autólico. Anticlea engendró a LAERTES y Laertes engendró al gran héroe ODISEO alias Ulises, que fue célebre por su astucia y resolución.

* Asopo tenía como mínimo dos ríos a su cargo. Estaba el de Beocia, que fluía por Tebas, y este otro, que atravesaba Corinto.

* Una vez que se hubo casado con Níobe y la hubo llevado a Tebas, ciudad que había ayudado a fundar, Anfión añadió tres cuerdas a las cuatro que tenía originalmente la lira, para, en honor de su lugar de nacimiento en Asia Menor, poder tocar música en lo que todavía hoy se conoce como modo lidio.

* Por esta época, como en la subsiguiente Edad Heroica, siempre existía la posibilidad de que los humanos alcanzasen la categoría inmortal. Eso sucedería a HERACLES. En civilizaciones posteriores, los emperadores romanos serían deificados, los católicos santificados y los actores de cine «catasterizados» en el Paseo de la Fama de Hollywood.

* La roca es de piedra caliza, pero el elemento niobio, muy similar en composición y características al tántalo, debe su nombre a la reina de las lágrimas.

* Se trata de una grata coincidencia que uno de los principales usos del paladio, el elemento bautizado en honor de Palas Atenea, sea el de fabricar instrumentos de viento de madera. Porque es una coincidencia, ¿no?

* Ahora bien, si de verdad no podéis soportar la idea de tamaña crueldad de un dios por otra parte admirable, quizás preferáis otra lectura del relato. El filólogo y mitógrafo húngaro Károly Kerényi, uno de los grandes pioneros del estudio del mito griego, señaló que los sátiros acostumbraban a vestirse con pieles de animales. Sostiene que lo que hizo Apolo en realidad fue arrebatarse las pieles para que tuviese que ir desnudo. Nada más. El castigo no iba más allá. Esta es una interpretación amable y convincente, pero no es por la que han optado generaciones y generaciones de artistas.

* Una versión del mito sostiene que fue un caprichoso y enfurruñado Apolo quien desafió al dotado Marsias, no a la inversa, volviendo así la fábula más sobre celos divinos que sobre *hibris* mortal.

* Lidia es un escenario común para muchos de los mitos. Los griegos colonizaron la zona que llamaron Jonia, que incluía Lidia, y que hoy reconoceríamos como la región anatoliense de Turquía.

* Los dioses se apiadaron de ella más tarde y la transformaron en cigüeña. Las cigüeñas comen desde entonces serpientes, por lo visto. No se trata de la ANTÍGONA tebana, hija de EDIPO, sino de la muchacha troyana que llevaba el mismo nombre.

* Hijas de Minias, un rey de Beocia. Eran LEUCIPE, ARSIPE y ALCÍTOE. Una especie de murciélago europeo descubierto recientemente lleva el nombre de *Myotis alcathoe* en su honor. El sino de las hermanas a menudo se usaba como advertencia para aquellos que rechazan una vida de juerga dionisiaca; en los tiempos que corren es más probable que nos adviertan de lo contrario.

* A veces podemos considerar estos mitos como *etiológicos*; es decir, que ofrecen explicaciones sobre por qué las cosas son como son. Podríamos considerar la historia de Aracne como una historia que cuenta por qué la araña teje, Melisa nos cuenta por qué la abeja hace miel, etcétera. Fábulas del estilo de «Cómo consiguió su trompa el elefante». Desde luego, los nombres de las flores y de los animales referidos a esta clase de mitos nos han llegado en nomenclatura científica latina, como es el caso de *Daphne laureola* para la adelfilla o gran parte del vocabulario botánico: narciso, jacinto, etcétera.

* Ática es la zona de Grecia en la que se encuentra Atenas. El griego ático es la variante clásica del idioma que nos ha llegado a nosotros en poesía, teatro, oratoria y filosofía de los grandes escritores atenienses de los siglos V y IV a. C. Para muchos griegos de fuera de Ática, tal vez esta representa lo mismo que Inglaterra para otros países del Reino Unido, la activa región dominante en la que los forasteros piensan perezosamente y dan muestras de poco tacto cuando dicen «Grecia».

* No confundir con ESCILA, el cruel monstruo marino que, junto con el remolino CARIBDIS, formaba una barrera infranqueable para los marineros en el estrecho de Mesina, entre Sicilia y la península de Italia.

* Que Zeus convirtió en un lobo – como quizás recordáis– durante los primeros tiempos de la humanidad pelasga.

* De hecho, Calisto está pluriempleada en los cielos, puesto que es una de las lunas de Júpiter.

* Los griegos consideraban que el canto de la abubilla decía *¿pou?, ¿pou?*, que significa «¿dónde?, ¿dónde?», indicando tal vez el desamparo de Tereo llamando a su hijo. Shakespeare llamó al ruiseñor «Philomel» en el soneto CII –«Tal como Filomena cuando llega el verano, / y cierra su garganta al acostarse el día»–, pero, para colmo de confusiones, el nombre de Filomela lo encontramos más comúnmente en el nombre científico que se da al zorzal común: *Turdus philomelos*.

* El término griego para «quien enseña higos» es *sicofante*: por lo visto, o los vendedores de fruta callejeros y de mercado eran célebres por sus serviles y aduladoras atenciones, o bien enseñar un higo era el equivalente a un gesto fálico (los higos siempre han sido considerados una fruta erótica, a fin de cuentas), o bien tenía algo que ver con cómo se cosechaban los higos. En cualquier caso, enseñar un higo/psicofancia devino un término asociado en contextos legales atenienses con aquellos que hacían acusaciones frívolas, maliciosas o injustificadas. Sus maneras de lameculos motivaron que la palabra «sicofante» tomase la acepción que tiene en la actualidad.

* Creonte fue aquella criatura modelo de pragmatismo y buen gobierno cuya trágica historia familiar fue el tema del Ciclo tebano de tragedias de Sófocles *Edipo Rey*, *Edipo en Colono* y *Antígona*. Las interpreté a los dieciséis años y obtuve reseñas. No diré más.

* En *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, Bottom y sus aturdidos amigos deforman memorablemente los nombres de estos amantes condenados en su interpretación de «Píramo y Tisbe»:

Píramo (Bottom): No fue Sáfalo tan fiel a Proco.

Tisbe (Flauta): Pues yo te soy tan fiel como Proco a Sáfalo.

* Conformar el tema del poema de John Keats *Endimión*.

* Laomedonte era el hijo del hermano mayor de Ganimedes, Ilo, el rey de Troya.

* En algunas versiones, una cigarra. A mí siempre me dijeron que era un saltamontes quizás porque en Gran Bretaña son más comunes. Los libros de texto infantiles británicos debían de considerar que una cigarra era un insecto más difícil de visualizar para nosotros. Curiosamente, el nombre de Titono perdura biológicamente hablando no como cigarra ni como saltamontes, sino en un tipo de mariposa *birdwing* o papiliónida, la *Ornithoptera tithonus*.

* Una feliz ocurrencia inspiró al geólogo Albert Opper a bautizar una de las últimas eras jurásicas como Titoniense en homenaje a Eos, puesto que se trata de una era que marca el amanecer del Cretácico. El «Titono» de Alfred, Lord Tennyson, es uno de sus poemas más apreciados y antologados. Adopta la forma de un monólogo dramático dirigido a Eos, en el cual el enamorado le suplica que lo libere de su senilidad.

[...] y al término de muchos veranos muere el cisne.

A nadie sino a mí consume

esta cruel inmortalidad: me marchito en tus brazos lentamente,

aquí en el tenue límite del mundo,

encanecida sombra que cruza como un sueño [...]

Contiene el famoso verso que podría ser considerado uno de los grandes temas del mito griego:

No, ni siquiera un Dios puede anular sus dones.

* «La civilización humana ha hecho leyes vengativas, de manera que lo que permite la naturaleza las leyes lo prohíben», es su queja, según Ovidio en sus *Metamorfosis*.

* El largo poema de Shakespeare *Venus y Adonis* vuelve a contar el mito, basándose en la versión que ofrece Ovidio en sus *Metamorfosis*. Según la versión de Shakespeare, la muerte de Adonis provoca que Venus maldiga el amor y decreta que, en adelante, este siempre irá teñido de tragedia. Como profetiza en pleno lamento:

Será causa de guerras y funestos acontecimientos
sembrará la discordia entre el padre y el hijo;

[...]

Aquellos que bien aman, que nunca lo disfruten.

Una profecía que parece haberse cumplido con creces.

* Fijaos en la semejanza de la ofensa con el crimen de Acteón al espiar a Artemisa. El pudor de los dioses durante el baño era prodigioso.

T. S. Eliot hace una referencia memorable a Tiresias en «El sermón del fuego», una sección de su poema *La tierra baldía*:

Yo, Tiresias, aunque ciego, palpitando entre dos vidas [...]

Viejo, con arrugados pechos de mujer, veo [...]

Yo, Tiresias, viejo de pezones arrugados [...]

Vi la escena y predije lo demás [...]

Y yo, Tiresias, he sufrido todo por adelantado [...]

* El honor de que a uno le pidiesen mediación entre los dioses podía parecer genial para un mortal, pero como muestra esta historia, y como el príncipe troyano Paris iba a descubrir, los resultados pueden ser catastróficos.

* Las moiras, como recordaréis, eran las parcas. Los griegos consideraban que por cada individuo había una moira personal y singular que podía expresarse como una mezcla de necesidad, fatalidad, justicia y fortuna. Algo a medio camino entre la suerte y el *kismet*.

* Ameinias, según algunas fuentes, se convirtió en una hierba de dulce aroma. Tal vez comino. Anís, quizás.

* Nadie que conozcamos, claro está...

* Las ruinas de Babilonia yacen debajo de –o entre– las arenas de Irak, a unos ochenta kilómetros al sur de Bagdad.

* En la farsa representada dentro de *Sueño de una noche de verano*, Píramo (interpretado por Bottom) exclama al clavarse la espada:

Así muero, así, así.

Ya estoy muerto,

Ya he volado;

Mi alma está en el cielo.

Apaga, lengua, tu luz:

Emprende, luna, tu vuelo.

Ahora muero, muero, muero, muero.

* Un término que incluye las acepciones mudar la piel, descascarillarse, quitarse de encima y reevaluar. Quitarse una cosa y ponerse otra.

* Para más información sobre este fascinante tema, véase David D. Leitaó, «The Perils of Leukippos: Initiatory Transvestism and Male Gender Ideology in the Ekdusia at Phaistos», *Classical Antiquity*, vol. 14, n.º 1 (1995).

* No debemos confundir a Dafne con DAFNIS, un muchacho siciliano de gran belleza que encontraron de bebé bajo un arbusto de laurel que le dio nombre. Hermes y Pan se enamoraron de él, el último le enseñó a tocar la flauta. Alcanzó tal maestría que generaciones venideras le atribuyeron la invención de la poesía pastoril. En el siglo II d. C., Longo, un autor de Lesbos, escribió un romance (al igual que *El asno de oro*, un aspirante a Primera Novela de Todos los Tiempos) titulado *Dafnis y Cloe* que habla de dos amantes bucólicos que atraviesan toda clase de pruebas y aventuras para demostrar su amor. Offenbach compuso una opereta basada en este relato. Todavía más conocido es el revolucionario ballet de 1912 con música de Maurice Ravel, coreografiado por Fokine y protagonizado por Nijinsky.

* «Pafiano» devino un término para describir a Afrodita y las artes amatorias. George Bernard Shaw escogió a Pigmalión para titular su obra sobre un hombre que trata de transformar a una chica *cockney* en una dama de Mayfair.

* Poco se sabe de Leandro. El poema de Christopher Marlowe no nos dice mucho más aparte de que era un joven que se topó con Hero y se enamoró. Leigh Hunt escribió otro que es más informativo.

* En el poema de Marlowe lleva un velo de flores bordadas con tal realismo que tiene que espantarse a las abejas...

* El nombre de Leandro pervive en el del venerable y exclusivo club de remo de Inglaterra, cuyos calcetines, corbata y remos rosa caramelo son elementos alarmantemente característicos de la Real Regata de Henley.

* Está claro que la hazaña significaba mucho para el patizambo pero soberbiamente atlético poeta. Le escribió a su amigo Henry Drury lo siguiente: «Esta mañana nadé de Sestos a Abidos. La distancia exacta no llega a dos kilómetros, pero la corriente hace que sea arriesgado; hasta tal punto que dudo que ni siquiera el afecto conyugal de Leandro no se viese un poco aliviado al pasar al Paraíso.»

Seis días después de su hazaña, Byron escribe incluso un poema heroico satírico sobre el tema: «Escrito tras nadar de Sestos a Abidos»:

Si en el umbroso mes de diciembre
Leandro, que cada noche estaba habituado
(¿Qué chica hay que el cuento no recuerde?)
A cruzar tu corriente, ¡Helesponto ancho!
Si cuando la tempestad invernal bramaba,
Él, sin pereza, a Hero presto acudía
Y a tu corriente ancestral se enfrentaba,
¡Qué pena me dan ambos, Venus mía!
Pues yo, miserable y moderno libertino,
Aunque en el mes cálido de mayo,
Chorreante, piernas y brazos estiro,
Y pienso que hoy una hazaña he logrado.
Pero como hizo frente a la marea vivaz,
Según la dudosa historia, y cruzó
Para cortejar –y– Dios sabe para qué más,
Y como yo por Gloria, por Amor nadó;
Es difícil decidir a quién le fue mejor:
Él trabajó en vano; a mí me salió mal la broma;
¡Tristes mortales!, ¡así os maltratan los dioses!
Pues él se ahogó, y yo tengo tiritona.

Una obra posterior de Byron que se refiere a la ciudad natal de Leandro, aunque sin relación con el mito, es *La novia de Abidos* (1813).

* Solo Orfeo, cuya historia pertenece a una Edad Heroica posterior, superó a Arión en destreza y fama.

*1 La palabra «guitarra» deriva de la palabra *kithara*.

* «Tirano» no es más que el término que en griego significa «gobernador autocrático», en ocasiones se trataba de un rey autoproclamado. Periandro fue una figura histórica real, citada como uno de los llamados «Siete sabios de Grecia», de los que Sócrates contó que detentaban todas las cualidades de la sabiduría gnómica a la que la humanidad debe aspirar.

* La tarantela sigue siendo popular en toda Europa.

* Esta *teogenia*, esta divina puesta a prueba de la hospitalidad humana, es curiosamente similar a la que se cuenta en el capítulo 19 del Génesis. Los ángeles visitan Sodoma y Gomorra y solo Lot y su esposa les muestran decencia y amabilidad. Los ciudadanos disolutos de Sodoma, claro está, más que soltarles los perros a los ángeles lo que quisieron fue «conocerlos» (en un sentido tan literalmente bíblico como fuese posible, dándonos así la palabra «sodomía»). A Lot y su esposa, al igual que a Filemón y Baucis, se les ordenó que huyesen y no volviesen la mirada atrás mientras la venganza divina se cernía sobre las Ciudades de la Llanura. La esposa de Lot se volvió y fue transformada, no en un tilo, sino en una columna de sal.

* Sabacio fue una encarnación caballuna de Zeus adorada por los tracios y los frigios.

* La primera vez que oí la historia no pensé mejor de Alejandro sino peor. «¡Hizo trampas!», dije. Supongamos que «resuelvo» un cubo de Rubik a base de despanzurrarlo con un destornillador para colocar de nuevo las piezas en el orden correcto. ¿Quién me alabaría? Pero se felicita a Alejandro por «pensar más allá» y se le llama Magno. Una regla para los geniales reyes guerreros del mundo y otra para los demás.

* Ahora los científicos nos dicen que la luna de Saturno llamada Encélado, a escasos 80 millones de kilómetros de la Tierra, reúne, por lo visto, las condiciones necesarias para la vida. O sea que tal vez Gea había planeado expandir su linaje por otros mundos.

* Mi lexicón griego-inglés no ayuda demasiado con el nombre de Polibotes. Parece significar «mucha nutrición» o «muchos alimentos». *Fértil*, quizás.

* La higuera, en adelante, llevó el nombre de Siceo.

* No confundir con un dios menor de la apicultura de idéntico nombre.

* Robin de Loxley/Locksley y Lord Fitzooth, el conde de Huntingdon, son candidatos populares.

* Curiosamente, el origen del verbo *legere* y su forma supina *lectum* tienen el significado de «reunir» (como en «colectar»). Así que, quizás, las leyendas tienen tanto que ver con historias que han sido recogidas como con aquellos que las han escrito y leído.

* Fue acusado de negación profana a reconocer a los dioses del estado ateniense.